AMISTAD AMOROSA

por

Hermine Oudinot Lecomte du Nouy

Ilustración de G. Costetti

1896

Traducción de José M. Ramos González. Pontevedra 2009.

http://www.iesxunqueira1.com/maupassant

HERMINE LECOMTE DU NOUY

Hélène (Hermine) Oudinot nace en París en 1855. Se casa en 1880 con Emile André Lecomte du Noüy, con el que tiene un hijo, Pierre (1883-1947), célebre biógolgo. Pertenece a la alta sociedad y tiene naturalmente un salón, muy bien frecuentado desde el punto de vista mundano pero también en el plano literario; la influencia de los escritores de la época la lleva hacia una escritura distinta de unas autoras "per signorine" a ella contemporáneas, y sus novelas están sutilmente invadidas de aquel espiritu mundano que la lleva a escribir sobre relaciones amorosas sin reticencia. Triunfa con una pieza teatral, ***Steeple-chase***, *scènes de la vie mondaine en un acte* (1896), escrita en colaboración con Suzanne Reichenberg, luego comienza a escribir novelas. ***L'erreur d'aimer*** (1893) está prologada por otro escritor bastante popular y más bien atrevido: Marcel Prévost (autor del famosísimo *Les demi-vierges*). Cuando aparece ***Amitié amoreuse*** (1896), la novela goza de una alta popularidad y es traducida a todas las lenguas y continuamente reimpresa, pero tanto éxito se debe al hecho de que Hermine se ha inspirado en la correspondencia por ella mantenida con el escritor Guy de Maupassant (1850-1893) de quién se murmura haber sido amante, o al menos la preferida entre otras tantas, en el perido que va de 1883 a 1885, es decir mucho antes de que se dedicase a escribir. El texto contiene el prologo de Stendahl. Hermine publicó hasta 1910 y muere en 1915.

Sus obras son:

Bon amis (1892)
Désobéissance criminelle (1895)
L'amour est mon péché (1898)
Le doute (1899, en L'illustration)
Le doute puls fort que l'amour (1900)
Maudit soit l'amour! (1901)
Hésitation sentimentale (1902)
En regardant passer la vie (1903, con Henri Amic, 1853-1929)
La joie d'aimer (1904)
L'amour guette ... (1908)
Jours passés (1908, con Henri Amic)
La route interrompue (1910, con B. Mayra)

A LA SEÑORA LAURE DE MAUPASSANT

Dedico este libro, como testimonio de mi profunda admiración y mi afectuoso respeto.

H.L.N.

Octubre de 1896

LIBRO PRIMERO

Las mujeres prefieren las emociones a la razón… siempre están eternamente ávidas de emociones…

La diferencia entre el nacimiento del amor en los dos sexos debe proceder de la naturaleza de la esperanza, que no es la misma. Una ataca y la otra defiende…

El amor tal y como es en la alta sociedad, es el amor de los combates, es el amor del juego.

STENDAHL

I

Philippe de Luzy a Denise Trémors.

12 de noviembre de 18…

Señora,

¿Me permite presentarme en su casa mañana hacia las cinco, y que sea yo mismo quién le lleve el pequeño volumen de versos que usted desea? El tan agradable recuerdo de la conversación que hemos mantenido esa velada en la que me aburría – dónde nos aburríamos tanto – me insta a pedírselo; me atrevo a esperar que no lo considere inoportuno: Escribiéndole, obedezco a una impresión de afinidad que me ha hecho sentir, la pasada noche, mientras le hablaba, que éramos amigos desde hacia mucho tiempo. Sé que hay que desconfiar de las manifestaciones del instinto, que en general son oscuras e inciertas; tal vez mi imaginación exagere todo esto y haya usted olvidado por completo la velada, el libro y a su propietario. En ese caso, señora, sea usted lo suficientemente bondadosa para no hacérmelo dar a entender abiertamente, pues me haría daño.

Le ruego que añada a todo ello mis más sentidos respetos.

II

Denise Trémors a Phlippe de Luzy.

12 de noviembre, a las cinco.

Señor, me haría feliz recibirle mañana para averiguar si es correcto o incorrecto hacerlo. Todavía tengo demasiado vivo en el espíritu el recuerdo de esa aburrida velada donde, gracias a usted, no ha resultado serlo tanto.

Y además, es tan encantador dejarse llevar en vez de cuando por el placer… y lo tendré en grado sumo repitiendo en un rincón, al lado del fuego, la tan interesante conversación de la pasada noche.

III

Philippe à Denise.

14 de noviembre.

Señora, no me había equivocado; con toda seguridad la simpatía me guiaba misteriosamente hacia usted. Le confieso que ayer estaba un poco azorado entrando en su salón. Me preguntaba – ese tipo de experiencias son tan peligrosas – si no iba a ver desvanecerse de repente el delicado sueño que allí me había llevado. ¡Qué lástima sería para mí que la pequeña flor nacida en mi imaginación hubiese muerto súbitamente trasplantada en la realidad. Habría sufrido mucho; pero de inmediato me he sentido tranquilo, y soy muy dichoso al no poder resistirme al placer de decírselo.

Que benévola y hermosa, y confiada y espiritual, como sabe usted ser sencillamente una mujer, en lugar de tratar de parecerse, siguiendo la moda, a un aburrido maniquí ocupado en disertar psicológicamente sobre el amor. Le agradezco que sea tan alegre, y estoy prendado del aire tan formal que usted adopta vertiendo el agua hirviendo sobre el té.

Gracias a usted, señora, he pasado dos horas exquisitas. Se lo debía agradecer y lo hago de una manera un poco ligera, es cierto, pero no crea que es debido a las muestras de confianza que usted me ha dado. Ese es un terreno de algún modo sagrado, donde mi joven amistad no se atreve todavía a aventurarse. Me detengo respetuosamente y le ruego que me crea, señora, siempre suyo.

PHILIPPE DE LUZY.

P.D. – ¿Sabe usted que la señora Ravelles es casi bonita, casi inteligente, y que a riesgo de sorprender a todo el mundo casi me dan ganas de abrazarla? Acaba de decirme que tiene la intención, a partir del próximo sábado, de reunir a sus amigos todas la semanas. De modo que, viéndola a usted los martes en casa de su cuñada, la señora de Aulnet, y los sábados en casa de la señora Ravelles, y si usted me permitiese hacerle una pequeñas visita entre ese intervalo, la existencia se me haría más o menos soportable. Luego, ha añadido mirándome: «Sobre todo no falte el sábado próximo; la señora Trémors vendrá y cantará.» ¿Por qué ha insistido? ¿Habría adivinado, con ese curioso instinto de los seres primitivos, que yo la amo? Sin embargo no se lo he dicho a nadie, ni siguiera a usted.

IV

Denise a Philippe

15 de noviembre.

Señor, señor, tengo mucho miedo a que se pierda… y me apresuro a gritarle, como jugadora honesta que soy: ¡Atrevido!

Soy muy feliz con la amistosa inclinación que hemos descubierto mutuamente; nuestros espíritus se han tocado y entre ellos parece haber adherencia. Pero tal vez voy a parecerle muy burguesa: tres palabras me espantan en su carta: ya sabe usted cuales, ¿no es así?

No hace falta que algunas de mis franquezas le parezcan libertad de maneras; la amistad entre un hombre y una mujer me parecen la cosa más encantadora de cultivar, tal vez, a mis espaldas, haya tomado demasiado impulso la flor naciente. Dejémosla morir un poco, ¿quiere?

No iré el sábado a casa de la señora Ravelles; no se trata de una estrategia de coqueta, tan típica de las mundanas; lo que me hace tomar esa resolución, pues en caso contrario me habría abstenido de ir allí sin advertírselo. Es - ¿cómo decirlo, por no decir ni mucho ni poco? – Es por prudencia, quizás también por pudor: me ha asustado usted mucho con su «*curioso instinto de los seres primitivos»*

Lo acepto a usted como el costurero galante de mi espíritu, puesto que parece tomarse mucho interés en que sus agujas no vuelvan jamás de vacío de los trozos que le gusta ganchillar en mi cerebro de parisina; pero tenga usted en cuenta que eso es la única alegría que me está permitido concederle.

V

Philippe a Denise.

5 de diciembre.

«¡*Es usted tan perezoso y tan indolente*!» Sin reproches, señora, ¡me ha repetido usted a menudo esta frase! Todavía ayer, un poco a traición, en el preciso momento en el que no podía defenderme. Sin embargo tengo que responderle y no se escapará usted a mis razones. ¿Cómo puede, mi sabia y querida filósofa, conceder tanta importancia a lo que dedicamos constantemente nuestra actividad desordenada e inquieta a través de los acontecimientos? ¿No se ha dado cuenta que las cosas se arreglan por sí solas de maravilla, que las más enmaralladas de desanudan fácilmente, a condición de que nadie ponga en ellas la mano, y con qué tranquila fatalidad se obtiene lo que parece imposible? Mire usted:

> … los perezosos han sido, en todos los tiempos, personas queridas por los dioses.

Eso es sabio. Tenemos tan limitada nuestra capacidad de actuación que lo mejor que podemos hacer es permanecer tranquilos. ¿Para qué adoptar siempre una actitud de marioneta en rebelión? ¿ Se imagina en el Guiñol al policía que no quiere dejarse vapulear por el ladrón, bajo el pretexto que lo contrario sería más adecuado a la moral pública, a las leyes, y también a la realidad? Sería insensato. Todo es cuestión de no tener el rol del policía.

En realidad siempre he encontrado ridículo y torpe querer intervenir en la curiosa obra teatral cuyo autor está en lo alto. Siempre he repetido honestamente el texto sin tratar de introducir siquiera, como los actores de revista, un aporte de mi cosecha, y siempre me ha salido bien. ¿Quiere usted un ejemplo? ¿Recuerda usted cierta carta que me escribió en respuesta a la solicitud – combinación de marioneta – que yo le había hecho para que viniese a una recepción en casa de la señora Ravelles? ¿Qué hice esa noche? Lo recuerdo: ¿me encontraba descompuesto; me rebelé? ¿urdí planes? Simplemente salí y caminé al azar envuelto en mis sombrías reflexiones.

Las sombrías reflexiones de las que usted era la causa, me llevaron hasta su casa. Llamé al timbre, me abrieron, y algunos instantes después me encontré en su salón, tan sorprendido de estar allí como usted de verme. Nuestro asombro común era tan cómico y tan completo que no pudimos impedir reírnos. Usted me perdonó y de ello resultó que en lugar de verla en una aburrida velada, como yo había tontamente proyectado, la tuve para mí solo en un delicioso cara a cara; hablamos tanto y tan íntimamente que, mal que le pese, contra toda conveniencia y contra sus escrúpulos, nuestra amistad ha quedado definitivamente consolidada.

Pienso que este ejemplo le dará que reflexionar. Ahora, amiga mía, si usted sabe más, dígamelo. No pido otra cosa, según la expresión del favorito de sus poetas, que dejarme conducir «por un ángel de ojos azules».

Esperando su respuesta, beso respetuosamente la punta de sus alas.

VI

Denise a Philippe.

6 de diciembre.

¿Ve usted eso, amigo mío? ¡cómo se felicita de hecho por la cosa más incorrecta que podamos hacer! Pero, querido Títere, si yo hubiese sido la mujer prudente por excelencia, habría debido no recibirle esa nefasta noche de la que usted habla. Únicamente, eso. No me esperaba en absoluto su visita… No había previsto nada… Con todo eso no es razonable, y algunos finales de sus cartas y algunas de sus miradas siempre me preocupan un poco.

Por deber y por prudencia, he debido proteger mi espíritu de la seducción del suyo. ¿De qué sirve multiplicar sus afectos? ¿acaso no es prepararse para el dolor? Su última carta sin embargo me tranquiliza, querido amigo perezoso. Viendo el hombre que es usted, esperando tan pacientemente la conclusión de los acontecimientos y creyendo que las pequeñas golondrinas van a caerle asadas en el pico, ya casi no le temo. Yo soy golondrina, pero todavía no estoy asada en el bello asador que su indolencia, sacudiéndose – ¡mediante qué imprevisto y maravilloso esfuerzo! – se ha creído obligada a encender en mi honor.

¡Ah! ¡ah! caballero, ¿niega usted el poder de la voluntad? Estoy muy contenta. ¿Qué sería de mí sin el esfuerzo continuo de una voluntad?

No obstante hay mucho que reflexionar, ¿el alma blanca de mi amigo es tan blanca como pretende? Tengo un temor vago a las posibles sorpresas surgiendo de una amistad excesiva… y además, independientemente de eso, tengo una lamentable naturaleza muy franca y muy leal que no sabe acostumbrarse a sufrir estando mal en un alma. ¿A base de procurar estar bien, no llegaría a estar en ella demasiado?

Mire usted, le revelo mi punto débil, ¡no abuse de ello! En serio, le he visto demasiado últimamente a cualquier lugar que yo fuese y sobre todo en mi casa. Tiene usted unas formas de callarse que me confunden. Esta amistad tan intensa, tan ardiente me asusta. Hay que moderarse… se lo ruego, amigo mío. Me lo ha prometido. Tal vez concluya usted de todo esto que no tengo entusiasmo; al menos tengo prudencia.

Adiós.

VII

Philippe a Denise

18 de diciembre.

¡Qué divertida carita turbada – un poquito – que puso usted al descubrirme en esa fiesta infantil! Yo he obedecido, señora, he espaciado mis visitas; ¿pero no está exigiendo que renuncie a verla en sociedad tan a menudo como me sea posible?

Además, ayer, yo no estaba en casa de la señora Dalvillers por usted, sino por su deliciosa Hélène. Cuando se tiene una hija de seis años tan exquisita, hay que esperar que se la vea buscada y admirada por los chicos mayores. Y además yo estaba allí también por su sobrina Suzanne d'Aulnet – ¿acaso no lo he demostrado ocupándome casi exclusivamente de ella? – Es bonita, desde luego; tiene precisamente todas las características de la belleza que Alejandro Dumas recomienda a la atención de los hombres – a fin de que no se casen. – La he sometido a un discreto galanteo que ella no ha desdeñado y su cuñada ha parecido conmovida. Hasta su suegra no me quitaba la vista de encima… Ve, señora, como no soy de temer. ¿De qué me castiga? ¿qué he

hecho? Sea clemente, en una palabra, levante la prohibición o voy a comenzar a creerme peligroso. Evíteme esta imbécil fatuidad.

VIII

Denise a Philippe

19 de diciembre.

Los hombres son niños grandes… Venga pues, dado que al fin y al cabo no puedo dar un paso sin verlo surgir en mi camino.

Mañana doy una recepción íntima: Sully-Prudhomme, Massenet, Paul Hervieu, Marcel Prévost, Abel Hermant y usted. La cena está prevista a las ocho; pero usted tiene el derecho de venir un poco antes y asistir a la cena de la pequeña Hélene, a la que ha conquistado.

IX

Denise a Philippe.

21 de diciembre.

Ayer dijo usted: «La conozco perfectamente, absolutamente.» Esa afirmación resulta un poco presuntuosa por su parte. Pues bien, yo también le conozco: es usted especialmente inteligente, pero no es sencillo. Se analiza, vive en contemplación ante las agitaciones de su espíritu, de su alma; sus más mínimas sensaciones le son queridas; se centuplican en usted, manteniéndole en una perpetua búsqueda de cosas deleitables, en primer lugar sobre usted y a continuación sobre cualquier otro; se trata de una embriaguez de una cualidad muy superior; y la engulle golosamente. Le confiere un predominio innegable sobre la multitud de los jóvenes de nuestro mundo.

Habría sido – usted mismo así lo convenía ayer – un escritor de una rara cualidad, poseyendo « ciertos dones de entusiasmo y amargura » de los que habla Maurice Barrès.

¡Se parece a éste en tantos aspectos!

Usted posee esos dones, y sabe gozar de ellos con una agudeza maravillosa. Supongo bien que, como *el hombre libre*, en caso de tomar una decisión, fuese usted «*disuadido de ese querido proyecto por la necesidad de ser extremadamente enérgico para ejecutarlo*».

¿Comprende mis medias palabras? Por desgracia usted vive en un medio de inútiles, de personas cuya existencia es vacía, donde el dinero prima sobre las ideas. Sin embargo le agradan; ¡de tal modo siente, en la anodina compañía de éstos, su preciosa individualidad! y luego el lujo en el que viven le encanta, habiendo provocado su indolencia, tal vez incluso su pereza. Es más difícil producir sea lo que sea que arrojarse en un coche diciendo al cochero: ¡A las carreras! Es más difícil ganar dinero que perderlo, ni siquiera divirtiéndose, sino aparentando divertirse. Ese *farniente* elegante responde demasiado bien a algunas de sus aspiraciones para que yo le turbe por mi férrea moral. Pero no nos eche en cara tan a menudo estos versos:

Tú no has sido nunca, en tus días más raros,

Más que un banal instrumento bajo mi arco victorioso[1]

No diga de nosotras: *Ella no es más que un instinto danzarín al que yo quiero adorar por el placer de humillar mis pensamientos*.

Ese es un gran desprecio, señor Barrès, señor Philippe… ¿puede usted saber lo lejos que están nuestros corazones, nuestra sensibilidad y nuestra ternura de la banalidad un poco bochornosa que nos atribuyen a veces los suyos, mis queridos caballeros que se jactan de intelectualidad, de arte y de idealismo?

Llego a pensar que el hombre que simplemente tiene buen corazón *sublimiza* el amor en nuestro honor, mientras que el artista y el diletante no buscan en él más que una satisfacción completamente personal. ¡Ah! ayer, ustedes eran todos famosos, presumidos e ingenuos, queridos, creyendo que nosotras no los estudiamos tanto como ustedes nos estudian a nosotras.

Si ustedes supiesen que dones de frío análisis se ocultan a menudo detrás de nuestros peores entusiasmos…

Lo que buscamos, es un poco de ilusión y sueño; a veces logramos encontrarlo, pero estén bien seguros de que nosotros contamos con ustedes por lo que valen en esas agradables reuniones que, no pudiendo mantener solas, nos vemos obligadas a compartir con ustedes.

Vayan, vayan, nosotras también tenemos un pequeño arco victorioso, y puede ocurrir perfectamente que sepamos tocar como ustedes, nuestros maestros, el banal instrumento del que ustedes obtienen sonidos maravillosos, porque ellos proceden de nuestros sueños más aún que de los suyos.

Buenas noches y buenos días, señor, pues es la una de la madrugada.

X

Philippe a Denise.

23 de diciembre.

Señora, estoy confundido; no pensaba ofenderla creyendo conocerla y confesándoselo inocentemente. Estoy profundamente apenado de habérselo dicho, no como usted piensa, sino de una manera inconveniente, dado que la he disgustado.

Si supiese lo arrepentido que estoy, usted me perdonaría.

Sus buenas noches y buenos días me han alegrado. Pensaba precisamente en usted hacia esa hora, al regresar de la Ópera, y lamentaba no haberla tenido a mi lado para disfrutar juntos del encanto de la música de Reyer que acababa de escuchar.

Me alegro de cenar mañana en casa de la señora de Nimerck. Su madre me ha invitado a esa fiesta mediante unas encantadoras palabras. También me alegra haber conocido a ese tío Gérald con quién la pequeña Hélène me pone celoso en su infantil entusiasmo hacia su tío el marino.

A sus pies.

Yours very sincerely.

XI

[1] Louis Bouilhet.

Denise a Philippe.

28 de diciembre.

Va usted a ser regañado… Hélène ha recibido una muñeca de su tamaño y que la ha hecho brincar de alegría. Antes de haber encontrado la tarjeta de quién la enviaba ya lo quería; cuando supo que era usted, su alegría se convirtió en delirio. ¡Es una lástima que no estuviese usted allí! ¡Es tan hermoso ver la felicidad de los niños!

Pero ese delirio de mi hijita ha destruido un poco las convicciones que le he expuesto en mi última carta; ¿habrá seres a los que más particularmente elige el arco victorioso? ¿Por qué la alegría de la pequeña Hélène ha aumentado con el hecho de que la muñeca procedía de usted? Esa preferencia me parecía como una debilidad. Sería necesario adiestrar su corazón para no sentir más que alegrías impersonales y sería entonces solamente cuando el arco sería verdaderamente vencedor.

La muñeca se llamara Philippine; le he prometido un espléndido bautismo, Suzanne ha solicitado ser la madrina. Los radiantes veinte años de mi sobrina no son óbice para jugar de vez en cuando. Creo que la idea de quién debería ser el compañero que se le destina tiene algo que ver en ese consentimiento. Sobre todo no vaya a negarse a venir a la merienda de golosinas con nosotros. No se trata de hipotecar su futuro con responsabilidades serias sino tan solo prometer velar por el alma de una muñeca.

¿Pero por qué haberme dado una bofetada? Desde luego, si esperase recibir una bofetada de alguien no era de usted. ¡He aquí que se ha tomado una gran libertad! el colmo es que esa bofetada me gusta; la encuentro encantadora, exquisita, la más adorable, la más seductora de las bofetadas – « lo que la incluye, señora, en el numero de mujeres que disfrutan siendo golpeadas », – diría un no iniciado.

– De acuerdo, señor, siempre que sea yo quién elija la mano que me golpee.

Y hete aquí, amigo mío, como un escándalo puede nacer de un *quid pro quo,* pues hay bofetadas y bofetadas, ¿verdad?

Ese precioso jarrón, divirtiendo en su forma, ese Saxe de flores pintadas, de tulipanes armoniosos y brillantes, desbordante de auténticas flores fragantes y flexibles, es absolutamente elegante y bonito; me gusta y le agradezco habérmelo regalado.

Qué lástima que su tarjeta me haya llegado al mismo tiempo que usted parte para Luzy; no podrá ver nuestras caras de alegría; sin embargo es mejor así, a pequeñas dosis.

XII

Philippe a Denise

29 de diciembre.

La gran noticia, mi querida amiga, es que no voy al campo. Me veo obligado a permanecer en París; he tenido una discusión bastante seca con mi hermano; nos hemos despedido con palabras agridulces. En tales circunstancias lo dejo partir solo. Pasar ocho dís cara a cara con alguien que me esquiva me volvería loco. Así pues, estoy completamente dispuesto a acudir a ver su alegría, muy feliz de que esa bofetada, banal testimonio de mi gran afecto, se la haya provocado.

XIII

Denise a Philipe

29 de diciembre, a las cinco.

¿Qué es lo que ocurre? yo contaba con ese descanso físico para reconfortar algunos rincones dolorosos de su pensamiento. Me produce una auténtica pena saber que se encuentra usted triste y es infeliz.

Es usted una pobre alma en pena que me interesa. ¿Puede confiarme esa nueva preocupación? Si es así, venga esta tarde a pasar una hora conmigo. Intentaría animarle un poco; usted ya sabe que en ocasiones lo consigo.

Lo noto cansado de tal modo, hastiado de todo, que quisiera encontrar palabras adecuadas, algo saludable que le haga bien.

Y además cuento con usted para almorzar el día 1 de enero. Ese día, la mesa se pone aquí para todos los sin familia, los solitarios y los abandonados. Como si se tratase de una fundación. Hay años en los que somos cuatro; otros, quince. Se dejan caer en mi casa, brindamos juntos y eso estrecha los lazos afectuosos y da a todos la ilusión de una familia.

Por la mañana, realice usted sus visitas oficiales, entregue sus tarjetas; llegue a las doce y media y nos sentaremos a la mesa. Mi madre preside conmigo; pasamos juntos el resto de la jornada; se reciben *mis* visitas y por la noche mamá nos lleva a todos a cenar a su casa.

Mi vida no es todavía muy larga pero lamentablemente ya cuento con desaparecidos entre esos invitados del primer día del año. Me acuerdo de uno de esos almuerzos donde estaban presentes entre otros, Jean Baudry, Guy de Maupassant y Renan. – Maupassant había hecho traer para Hélène, por mediación de su fiel François, toda una maleta, una gran maleta llena de juguetes, de esos juguetes de trece a cuarenta y cinco centavos de las pequeñas tiendas ambulantes de los bulevares.

Después del almuerzo se vació la maleta sobre la alfombra donde, bonita con su vestido escotado que dejaba ver su piel rosada aún llena de leche, su carne fresca y redonda de un bebé de dos años, la pequeña Hélène, sentada en el suelo, era la reina. Y emitía gritos de asombro sobre las mil combinaciones de los movimientos de todos esos juguetes; rodaban, caminaban, silbaban, corrían. Una vida liliputiense hormigueaba alrededor de mi hija que, gigante, se daba de vez en cuando el gusto de romper un objeto de ese pequeño mundo puesto en movimiento por unos cordelillos.

¿Qué cree usted que hacían ante ese espectáculo mis ilustres hombres? ¿filosofaban? en absoluto: todos tumbados sobre la alfombra, atrapaban al paso y se enviaban uno a otro pequeños hombrecillos, peonzas, cestitas de pan, molinos de viento, bicicletas, tirando, corriendo, volando, en un torbellino. Y gritaban: «¿El cordelillo? ¿Dónde está mi cordelillo? ¡Baudry me lo ha quitado y lo acapara! – ¡No, es Maupassant quién lo tiene! –¡Oh! Mirad eso, muchachos, ¡lo he encontrado! » Y unos entusiasmos, y unas alegrías, y besos a Hélène quien, percatándose, entre toda esta multitud de juguetes, de un molino que marchaba al mismo tiempo que giraba las aspas – ¿por qué? ¡Qué misterio es el cerebro de los pequeños! – escupía valientemente encima todas las veces que pasaba al alcance de su boca.

Y mientras tanto llegaban personas muy serias a visitarme. Cada vez que sonaba el timbre, se cerraba precipitadamente la puerta que separaba el gran salón del pequeño; yo recomendaba a todos que fuesen discretos, que no hiciesen ruido, e iba muy seria a recibir al visitante en el saloncito. Cuando mis jugadores no se ponían de repente a

aullar de alegría, todo iba bien. En caso contrario, yo daba explicaciones… vagamente. Pero si el recién llegado era amigo de los grandes hombres, se le introducía y poco después era un vientre más por tierra. Y Hélène, tan divertida por las gansadas de sus amigos grandes, mostraba sus dientecitos, se dejaba besuquear y levantar triunfalmente en el aire.

Las bolsas de caramelos estaban prestas al pillaje; una vez saboreados, aquellos a los que los mayores no gustaban se apilaban en una copa donde ya los trozos yacían esperando ser tirados. «La amarga copa de los Rechazados », decía alegremente Baudry. He aquí, amigo mío, alegrías sencillas como las que usted necesita. Puedo contar con usted, ¿verdad?

Tengo una idea: ¿Le gustaría partir al día siguiente para Nimerck con mi hermano Gérald? Va a permanecer allí ocho días para supervisar el comienzo de los trabajos de restauración de un ala del viejo castillo. Ese viaje lo haría cambiar de aires y le resultaría muy saludable.

XIV

Philippe a Denise

30 de diciembre.

¡Qué buena es usted, señora, grande y buena, y la amo! Acepto formar parte del almuerzo de los Abandonados. No seré un ilustre, sino un profundo reconocedor y devoto admirador del hada indulgente y dulce que es usted con los pobres humanos.

XV

Denise a Philippe

16 de enero.

Usted me interesa en grado sumo, prefiero decírselo de inmediato a fin de que mis actos sean considerados por usted lo que son: una búsqueda completamente espiritual. Acabo de ir a ver a mi suegra. Mi sobrina hacía los honores del té; estaban allí algunas mujeres jóvenes, entre otras Germaine Dalvillers. ¿No me había dicho usted que su madre lo había conocido de niño? Hablamos de usted. ¡Ah! ¡ah! ¿le gustaría saber de qué, curioso? Germaine contaba que usted era bajito, melancólico y zalamero; la simpatía, el encanto casi femenino del bebé, ganaba el corazón de las madres.

Mientras que la conversación saltaba de usted a los dos equipos de polo, yo pensaba: toda esa simpatía y esa melancolía se ha convertido en seducción. ¿Pero no ha perdido sus energías? Usted era el amigo infantil del placer, de las zalamerías, de las elegancias, de las indolencias, de la caricia que aflora. ¿No ha permanecido demasiado tiempo ese niño ahí?

Me he quedado absolutamente sorprendida al descubrir lo que es usted. La fuerza de su espíritu me había hecho sospechar en usted a otro hombre. Su inteligencia sutil, profunda, viril y fría, un poco desdeñosa también, contrasta con su corazón vacilante y su débil voluntad. Cuando está usted a mi lado quedo prendada bajo el encanto de su palabra impregnada de acariciadora filosofía; sus paradojas más decepcionantes me

parecen cosas naturales; me descubro asombrada de no haber pensado en ello antes. Una vez que usted se va, la fantasmagoría de su elocuencia se derrumba. Encuentro mi juicio sano, mi *razonabilidad*, como dice usted apaciblemente. ¿Quizás exagere usted la importancia de nuestros gestos morales? ¿A fuerza de analizarse de ese modo, todo verbo, todo impulso, no dejan al margen nuestras almas? ellas ya no tienen sensaciones imprevistas, las únicas vibrantes, acabando por posar ante nosotros mismos; ¿no es entonteces cuando el espíritu se extravía?

«Abandónese, renuncie a usted y gozará de una gran paz interior – se dice en *l'Imitatiton*, – entonces se desvanecerán todos los pensamientos vanos, las inquietudes penosas, los cuidados superfluos.»

¿No es un bello texto para distraerlo? ¡Debería usted amarme hasta la locura por enviarle símbolos de interrogación sobre tales observaciones filosóficas!

XVI

Philippe a Denise.

17 de enero.

Usted siembra nuestras relaciones de exquisitez, señora; he posado mis labios ávidos de un poco de usted, aunque sea en apariencia, sobre cada uno de sus símbolos de interrogación. Pero ¡qué severa es usted! ¿Por qué preguntarme las razones de un eterno mal de mi cerebro? Luego decir a mi sensibilidad que deje de permanecer en mí; a mi imaginación que deje de vivir. Y además, ¿qué recurso quiere usted que extraiga de mi miserable cuerpo? ¿Llegado al descalabro del único *yo* que me interesa, hará falta pues dedicarme a una labor constante, material, que me transformará, según usted, en un buen luchador contra la vida? Dígame, ¿cuál será el buen resultado? Mi manera de vivir es permanecer sin voluntad, ajena a esa búsqueda de coger de aquí y de allá, algunas raras impresiones; eso es lo único que le pido a la vida monótona y pesada; mi indolencia es el talismán que me hace penetrar más profundamente en la alegría y en el dolor: cambio por obras vivas las búsquedas, los descubrimientos hechos en el alma de los demás, sobre todo en la mía. ¿No es un bello poder? Aunque breves, mis alegrías son superiores. Yo abandono el fruto para alimentarme de la savia, auténtica potencia creadora.

¿Por qué ese eterno reproche de no estar ocupado, como todos en mi lugar, en conquistar el mundo? ¿Me ve usted abogado, juez, médico? Me habría conformado con tener una sola cosa: genio. Dado que no lo tengo, debo consolarme con mis sueños. Soy « ligero, escéptico, entrañable, irresoluto, capaz de todo y nada, egoista y generoso, entregándome y recuperándome sin cesar en una lucha entre instintos opuestos, »– como dice el otro, –«sacando provecho de las circunstancias sin tomarse la molestia de originarlas ». De acuerdo. ¿Aún puedo dar un golpe? Los elementos que asimila el cerebro humano tienen de maravilloso que producen resultados muy diferentes cambiando de individuos. Unos son especulativos, los otros ensoñadores; los tranquilos tienen la riqueza de la sangre, los nerviosos, el poder de las sensaciones. De un mismo principio estalla la prodigiosa variedad de los seres. La misma educación ha hecho de mi hermano un soldado, de mí, un soñador. Nuestro cerebro elaborando la misma sustancia ha obtenido una nutrición diferente. ¿Qué puedo hacer? No me vanaglorio ya de tener alguna disposición en buscar el secreto de las causas finales, como él no debe regocijarse de ser un hombre apuesto de organismo perfecto, muy e únicamente

preocupado de ganar lo más pronto posible sus galones al finalizar su instrucción en Saint-Cyr.

Llegamos aquí, señora, al oscuro misterio del valor del átomo diferente que cada uno de nosotros somos.

¿Es que acaso yo le pregunto a usted por qué es tan morena, tan esbelta, tan pálida? ¿Conoce usted el por qué de sus energías? ¿La razón de su belleza física? ¿El motivo de sus mil veces rara y preciosa belleza moral? ¡Ah! señora, usted es usted, y eso es bastante para mí.

La pasada noche usted me dijo: «Me gustaría encontrarle una carrera que pudiese proporcionar alguna distracción a su espíritu, una labor reconfortante para su alma doliente. » ¡Loca! mi carrera es no tener una. No le pido más que una cosa: no pierda interés en mí. No se asuste de esta gran ambición, no adopte ese aire altivo que adoro, escúcheme: ¿Conoce algo más poderoso para describir la unión infinita que las palabras de Dante*: esos dos que van juntos*. – Que dependencia noble se prevé del uno y del otro. Esa corta frase despierta en el pensamiento las afinidades misteriosas que unen estrechamente las almas sin confundirlas jamás: « Esos dos que van juntos… » ¿Quiere usted que seamos nosotros?

Y luego, señora, no vaya a enfadarse y a regañarme; todo esto es culpa suya… ¿Por qué su amistad se ha vuelto tan dulce? ¿Por qué las horas pasadas junto a usted, tan cortas? ¿Por qué el recuerdo de todo lo que usted es, tan querido? A base de mucho buscar, lo he descubierto: su corazón dirige sus actos, guía sus pensamientos; él fecunda su espíritu, lo atrae y lo envuelve, conservándolo para siempre. Todas sus acciones se desprenden de ese corazón, impregnándose de él. Eso es. ¿Mis observaciones filosóficas no valen como las suyas?

XVII

Denise a Philippe

18 de enero.

¡*Eso es*!... Fue pronto dicho, señor; después de todos esos bellos discursos, ¿cree usted que me va a ser fácil ser modesta? Tenga cuidado, me admira usted demasiado; su amistad me parece basada sobre la ilusión y eso es un frágil cimiento. ¡Qué decepciones se están forjando! Un buen día va usted a descubrirme… ¡qué caída! tengo la carne de gallina, amigo mío.

Mi nodriza, que permaneció a mi lado sirviéndome siendo yo mayor, me decía cuando me arrojaba a su cuello con demasiado ardor: «Quiéreme menos de un golpe, Nisette, así me amarás durante más tiempo ».

Las amistades duraderas no nacen de un capricho, piense en eso; hace solamente cuatro meses que usted me ha conocido; sin embargo hace dos o tres años que nos hemos encontrado en sociedad. ¿Qué entusiasmo súbito lo ha empujado hacia mí? Usted me saludaba con indiferencia. Bastó una noche de aburrimiento para que se dignase a sentarse a mi lado. Nuestro encuentro fue algo encantador, pero no exageremos, querido nuevo amigo, y pongamos las cosas en su sitio, se lo ruego.

Desde luego quiero ser parte de «esos dos que van juntos» si no van demasiado lejos.

¿Qué quiere usted que le diga? la variedad en el equilibrio es tal vez lo que lo atrae hacia mí; pero tengo un poco de miedo a que esas vitalidades, esas languideces, ese

poderío de réplica que tanto le gustan, no provengas de usted, suscitadas en mí por el aliento creador, intelectual y fuerte, que permanece en todo hombre incluso ignorándolo.

XVIII

Philippe a Denise

19 de enero.

Se engaña usted, amiga mía, es usted quién posee *el aliento creador;* además es usted la seducción hecha mujer.

¿He dedicado mucho tiempo en descubrirla? Hace mal en reprochármelo. Usted lleva consigo una cierta altivez un poco arrogante para alejar a un sensitivo de mi especie. Yo la admiraba sin atreverme a acercarme. Cuando de vez en cuando me abandono a saborear mis recuerdos, tan atrás como puedo, la encuentro en mi pensamiento: fina, bonita, flexible, delicada y tan pálida… Yo la saludaba y pasaba de largo, no teniendo el orgullo de creer posible un interés suyo hacia mi persona.

Bendije esa aburrida velada. ¡Así es, señora, como las experiencias ordinarias crean inopinadamente entre las almas los más fuertes vínculos!

XIX

Denise a Philippe

20 de enero.

¡Búrlese, irónico! Mi sobrina tiene razón al considerarle el más decepcionante de entre todos sus flirteos. ¿Sabe usted que está un poco celosa de sus frecuentes visitas a la avenida Montaigne? Ha venido a verme antes « esperando encontrarle »; yo he sonreído; la gata afila, sin atreverse demasiado sin embargo a clavar, sobre la pequeña tía, sus finas garras rosas. Iba al círculo a patinar con su padre; le hubiera gustado encontrarle aquí y llevárselo con ella.

Qué graciosa amalgama hacía de la opinión sobre usted, la rabia que le producía una arruga inesperada en su falda, de la admiración que había provocado su sombrero, todo eso mezclado con términos técnicos tomados prestados de la solemnidad de sus inicios sobre el hielo en el círculo; ¡esas palabras adquieren en su boca la importancia de lo más selecto!

Por otra parte, esta carta no es para decirle a usted esto, sino lo siguiente: Mi madre me encarga que lo invite a cenar a su casa el sábado. ¿Vendrá? ¿Estará usted esa noche con mi cuñada? La señora d'Aulnet y Suzon cuentan con usted… yo también.

XX

Philippe a Denise

21 de enero.

Si ayer le dije que aceptaba con entusiasmo la invitación de su querida madre, debo escribirle ahora para tener el pretexto de contarle la alegría que sentí con ese encuentro imprevisto en el Bosque de Bolonia hoy.

Usted venía hacia mí, ligera, caminando aprisa, con ese paso rítmico que adoro, enfundada en su abrigo; no me veía. Su vestido ondeante de pronto se ciñó sobre su grácil cuerpo por un capricho del viento. Me quedé emocionado desde el punto de vista artístico, mi querida estatuilla, y más turbado que si se tratase de una desnudez absoluta.

He aquí el hombre fuerte que soy: algunas curvas tienen sobre mi imaginación el poder y el germen del desconcierto. Nada de lo que procede de usted es vulgar. Es usted el catalizador de mis energías; puebla usted mi vida de sensaciones. ¡Y qué carita ha puesto al reconocerme! Su forma de ser tímida y decidida me encanta.

No, no, no todos los placeres son inferiores a lo que la imaginación crea; los míos son intensos y penetrantes cuando, de vez en cuando, me dedico a saborear mis recuerdos. Y no debe regañarme cuando me enardezco enviándole de este modo el «alegre vuelo de mis pensamientos…»

XXI

Denise a Philippe

22 de enero.

«De amor »… está bien así, ¿verdad? ¡Oh! ¡el cobarde que no se atreve a finalizar su cita! ¡Oh! ¡al sucio amigo mío al que sorprendo en flagrante delito de galantería! pues usted galantea. Galante galanteando sin saberlo tiene una excusa; pero usted, sabiéndolo, no tiene ninguna; es una inferioridad notoria. Actúe de otro modo si quiere continuar agradando a su amiga.

Mi cuñada me ofrece su palco en la Ópera para el viernes. ¿Quiere usted venir? Se representa *Sigurd*. Acaba de llegar Germaine Dalvillers; ella acepta dos localidades para ella y su marido. ¿Será usted mi Mentor? Le dejo, ella charla, lee por encima de mi hombro, ¡no sé ya lo que digo!

XXII

Philippe a Denise.

23 de enero.

Lamentándolo mucho, amiga mía, me es imposible. Cae sobre mi indolencia una misión; compadézcame. Tengo que ir a Bruselas para una conferencia sobre cuestiones muy técnicas. Le ruego por favor que no me haga explicárselas.

Sea buena y escríbame. Yo me comprometo a comenzar.

XXIII

Philippe a Denise.

25 de enero.

¡Mi primera impresión del viaje ha sido deplorable! Cuando la dejé, antes de tomar el tren, no había tenido tiempo de cenar. En Compiègne, primera estación, quise ver si al menos encontraba cigarrillos. Comencé por luchar un rato con la portezuela del vagón que no quería abrirse. Por fin salté sobre el andén; pero apenas había dado diez pasos, he aquí que mi tren se pone en marcha. Me precipité; un factor de la estación con galones me tomó por el brazo – educadamente, debo reconocerlo – y me dice: « Caballero, va usted a romperse una pierna. » Yo le respondí: «Señor mío, déjeme subir, se lo ruego…» El factor estrechó su abrazo y el tren se perdió en el campo cada vez más. – «Pero, señor, es espantoso lo que me sucede…¡Mi equipaje! ¡Mi bastón! ¡mi neceser de viaje! ¡Mi abrigo! » – El factor, benevolente, me condujo al despacho del telégrafo y envío un telegrama al jefe de estación de Tergnier, (Tergnier es, según parece, la siguiente estación), para que recogiese mis accesorios; los recuperaría al pasar.

Conclusión: tengo dos horas que matar en Compiègne; volveré a tomar el tren de las diez menos cinco y llegaré tranquilamente a Bruselas hacia las cuatro de la madrugada.

He comenzado por cenar más mal que bien en el hotel de Flandres. Luego he pasado una media hora en un café-concert de soldados, rodeado de artilleros, donde hay unas cantantes extraordinarias, y que se llama el café *Juana de Arco*. Finalmente he llegado al interior de la ciudad y es en el café *la Campana*, el más elegante de Compiègne, desde donde le escribo esta resignada carta. La observación más profunda que haya hecho hasta este momento es que esta ciudad es fértil en artilleros. Experimento la necesidad de hacerme justicia cuando he tomado mi aventura con una serenidad, una indiferencia, una paciencia y una suavidad, eminentemente filosóficas. Si no encuentro mi maleta, una vez que llegue, contaré mi desgracia a los buenos belgas, y pronunciaré una conferencia en camiseta, eso es todo. Mi viaje se presume bien, como uste ve. Pero este principio me da derecho a unas compensaciones y las espero con confianza.

Adiós, querida amiga mía. No quiero perder esta vez mi tren, y no tengo tiempo de besarle las manos.

PHILIPPE.

Observaciones: Compiègne está atravesado por un curso de agua. Hay un puente. También hay algunas farolas de gas en las calles. La mayoría de sus habitantes están en la artillería. La cerveza es mediocre. He oído decir que había un castillo. No hay ni restaurante ni cigarrillos en la estación. Uno se instruye mucho viajando.

XXIV

Philippe a Denis.

26 de enero.
Gran-Hotel, bulevar Anspach.

Continuación de mis « impresiones de viaje ». Así pues, he tomado, querida Nisette, el tren de las diez menos cinco en Compiégne. Pero me habían engañado diciéndome que llegaría a Bruselas a las cuatro de la madrugada. He debido esperar aún dos horas en Tergnier, puerto de mar de cuatro mil almas.

Restaurante modesto, donde he cimentado las bases de una sólida amistad con un empleado del ferrocarril ofreciéndole un ponche. He pasado una hora en un baile popular cercano a la estación. Entrada: veinte céntimos. El espectáculo de la alegría de los simplones me ha consolado por un instante de la vida. He visto a una hermosa muchacha del brazo de un artillero.

Llegué por fin a Bruselas a las cinco y media. Me alojé en el Gran Hotel y me levanté al mediodía; almorzé y deambulé por las calles. Temía ser demasiado dirigido y un poco acompañado; pero no del todo: no vi en el casino donde debo pronunciar la conferencia, más que al gerente. Así que estoy libre hasta esta noche.

Recorrí la calle de la Ley y la calle Real. «El infinito silencio de esas calles rectilineas me asustaba», como dice Pascal. Ni un café, ni una cervecería en la ciudad alta que es noble, limpia, blanca, elegante y un poco fría. Más abajo, el bulevar Anspach que se parece a los bulevares de Lyon. El gerente del casino me recomendó el palacio de justicia; pero está demasiado lejos, lo veré en otra ocasión. Recogí estos fragmentos de romances en el escaparate de un vendedor de periódicos.

La Nacelle (canto de Béranger a la Academia).

No llores más, María mía, y observa
El azul del cielo y el viento indulgente…

La Misère des Flandres (canto de Béranger a la Academia).

He visto alla abajo, cerca de una cruz de piedra
A un pobre viudo implorar al Eterno…

Me gustaría estar en la avenida Montaigne… Le beso las manos, mi incomparable amiga.

XXV

Philippe a Denise.

Marchienne, 30 de enero.

Amiga mía, con sus dos notas exquisitas al llegar a casa de la señora de X…, me he encontrado renconfortado y conmovido. Es el primer momento agradable de mi viaje. Ayer noche he pronunciado mi conferencia ante un público un tanto frío. Sin embargo todo ha ido bien, excepto un poco de cuchicheos aquí y allá, y los he animado por momentos. En definitiva, algo intermedio entre el éxito de estima y el éxito propiamente dicho. Y ademas, como dice usted con elocuencia, *Omnia nihil*.

Me acosté a las diez. Noche reparadora. Tomé el tren a la una. Atravesé el país completamente negro de carbón. Lúgubre. Llegué a las tres a casa de la señora de X…, encantadora. Tuve que hablar de París durante una hora. Ahora subo a mi habitación donde no tengo más que el tiempo justo para recordarle que siempre estoy a sus pies. Lo sabe, ¿verdad señora?

XXVI

Philippe a Denise

Anvers, 3 de febrero.

Señora,

No he tenido tiempo de escribirle ayer, y hoy no dispongo más que de un momento. En Marchienne, el martes, he tenido un gran éxito. Ayer, almorcé en Bruselas con los de X…, comí unas ostras exquisitas y unas cosas curiosas excelentes. Luego partí para Anvers. Allí, otro gran éxito. Personas agradables. Paseo nocturno fantástico a través de las calles hasta las dos de la madrugada.

Unos café-concert con una decoración extraordinaria: estilo indio, babilonio, asirio, bizantino, extra oriental, algo deslumbrante y bárbaro, hecho para dar una visión de Eldorado y de la Alhambra a los marineros que desembarcan después de seis meses en el mar, y unos cantantes de todos los países y todas las lenguas. Es de un cosmopolitismo muy divertido.

Adiós, amiga mía, mañana estaré en París.

XXVII

Denise a Philippe.

10 de abril

He pensado en usted ayer, y le he echado de menos; era las cinco en punto. En el salón, por casualidad, se encontraban cuatro literatos de la joven generación, de los que ya hay dos geniales. Se conocían. Se improvisó una cena, lo que siempre resulta un modo favorable de reunir a las personas. Se conversó mucho, se discutió, filosofó, bromeó y hasta se hizo análisis psicológico. Luego acabamos mediante una partida de manos abiertas entre uno de ellos y la joven esposa de otro, sorprendentemente inteligente, fina y distinguida. En el fragor del combate, como ella perdía sus fuerzas, su marido gritó: «¡Usa la estrategia, cabrona!» Todos nos reímos durante veinte minutos, y tan locamente de esa grosera palabra en esa boca de refinada elocuencia, que no paramos de reírnos más que para retomar fuerzas y volver a reír.

Habíamos cenado en el invernadero, entre las flores, para satisfacer el capricho de uno de los invitados. La lluvia arreciaba sobre el techo de cristal. Producía un bonito ruido cantarín.

Y ese servicio en medio de todo… mi viejo criado asombrado. Uno acaparando las ostras, otro la gallina en gelatina, un tercero el asado, otro los cangrejos. El postre sobre la mesa, no más respetado: uvas, almendras, confituras. No, no, ¡había que vernos! Una vez tomado el café, en el salón, salieron a relucir los más elevados pensamientos aportados por todos, borrachos de alegría, ebrios de elocuencia y de ideas; luego la sabia música que tranquiliza; canté con toda mi alma – usted todavía no ha escuchado esta voz – y toda mi emoción artística sobrexcitada, en comunión con la suya. Y tras todo eso, no sé que languidez, que suavidad y recogimiento me invadió que no permitía detenerme; en fin, ¡exquisito!

Adios, burlón por excelencia. Un buen shake hands très friendly[2], y sobre todo intente al leerme, a falta de indulgencia, tener *the most understanding soul…*[3]

[2] apretón de manos muy amistoso. (N. del T)
[3] el alma más comprensible. (N. del T.)

XXVIII

Philippe a Denise.

11 de abril.

¡Qué mala suerte la mía! y si usted cree que me consuela pensar que yo hubiese podido estar ahí… Ni siquiera tengo el recurso de decirle: ¿No podía llamarme por teléfono? Pues si lo hubiese hecho yo no estaría en mi casa; he cenado en el Círculo, luego he estado en una recepción en el domicilio del príncipe X… Nada más que Altezas – excepto yo – reinando en los salones de sus nobles súbditos.

Mi querida amiga, no quiero encontrarme más con un principie, ni uno solo, porque no me gusta permanecer de pie veladas enteras, y esos patanes al no sentarse nunca, dejan no solamente a los hombres sino también a todas las mujeres encaramadas sobre sus patas de pava, desde las nueve hasta medianoche, por respeto a la Alteza real.

¡Y que admirables comedias se representan allí! Tendría un placer infinito – repito, infinito – en divulgarlas si no tuviese amigos, amigos encantadores, entre los fieles a esos grotescos. Pero el príncipe de X…, la princesa de N…, la duquesa M…, el propio duque de B…, son tan amables conmigo, que estaría mal: no puedo; pero a veces me siento tentado, tengo unas ganas que me carcomen…

En cualquier caso, todo eso me ha servido para formular este principio que es más verdadero, puede estar convencida de ello, que la existencia de Dios:

– Todo hombre que quiere conservar la integridad de su pensamiento, la independencia de su juicio, ver la vida, la humanidad y el mundo como un observador libre, por encima de todo prejuicio, de toda creencia preestablecida y de toda religión, debe apartarse de un modo absoluto de lo que se llaman las relaciones mundanas, pues la estupidez universal es tan contagiosa que no podrá frecuentar a sus semejantes, verlos y escucharlos sin verse, a pesar suyo, mermado por las convicciones, las ideas y la moral de esos imbéciles.

Enseñe esto a Héléne si quiere hacer de ella una auténtica mujer, y déjeme besar sus manos.

XXIX

Denise a Philippe.

13 de abril.

¡Diantre! ¡Qué discurso, qué energía, qué elocuencia! ¡Ya ha tenido usted que aburrirse muchísimo ante sus Altezas serenísimas!

Creo firmemente que ha habido menos conversaciones inteligentes en casa del príncipe X… la noche pasada, que en mi humilde hogar. Pero esté seguro, amigo mío, de que sus grandes señores no son los únicos en detentar el record del aburrimiento. ¡Ah! qué sublimes le parecerían si los frecuentase saliendo de las casas de los burgueses… Yo poseo estupefacientes en la familia de mi marido. Para los que tienen un corazón y piensan, el único y verdadero enemigo es el burguesismo.

Si los grandes señores no tienen el fondo, al menos tienen la forma; eso ya es algo, y de lo que carecen completamente los demás. ¿Qué es el burguesismo? Consiste en los

pequeños sentimientos forrados de ideas estrechas. Vivir con elevados pensamientos, nobles preocupaciones de estudio, de arte; tener grandes sentimientos, rasgos de gran generosidad, eso ocurre de vez en cuando a los nobles, a los príncipes, a los reyes; pero a los burgueses, le digo a usted que nada de nada. Están vacíos, son idiotas, desconfiados, cobardes, egoístas y ladrones. Saben rodear de tal hipocresía sus viles acciones que parecen impecables ante la ley y sin embargo permanecen siendo repulsivas. Entiendo por burgués a todo aquel al que puede aplicarse esta definición: el burguesismo no es un estado social, sino un estado del alma; hay burgueses hasta entre los artistas.

¡Ah! ¡las clases dirigentes! los grandes explotadores de todos y de todo… del genio tanto como del trabajo… Nada más pensar en ellos, me convierto en socialista. ¿Y su delicadeza? sus mujeres tiran la piedra a la pobre enamorada que sucumbe en brazos del amante. Pero ¿quién recogerá las perlas que caen de sus labios? Conocí a una viuda que se casó en segundas nupcias; un día se hablaba delante de ella y de su segundo marido de las noches más o menos dulces de recordar; ella exclamó: «¡Pues bien, mis dos noches más hermosas son mis dos noches de boda!»

– ¡Oh, Marie! – respondió el segundo marido, – sin embargo tú me habías dicho…»

Si supiese usted las nauseas que sentimos, mamá, yo y otra joven mujer que había puesto imprudentemente ese delicado tema entre esas bocas profanas.

Por de pronto he formulado este axioma: volverse a casar es un adulterio póstumo.

Cuando he pasado una hora, por obligación, en compañía de esas personas de la peor especie, regreso a mi casa apresuradamente, tomo un baño, y me gustaría arrancar de mi cerebro todos los pensamientos que lo han atravesado; me parecen mancillados. Como Hamlet, tengo ganas de exclamar: « ¡*to sleep… to dream*!»

XXX

Phililppe a Denise.

14 de abril.

Tal vez tenga usted razón; al menos mis príncipes son príncipes. ¡Como me gustan sus cartas! Estoy dichoso de cenar esta noche con usted. Espero que la instintiva señora Ravelles tenga la astucia de ponerme junto a usted. Le advierto sin acritud que si no lo hace estaré de un humor de perros.

Y además, ¿no adoptará usted aspecto de enfado, verdad? porque me gusta su ánimo que es el más bonito y directo que conozco.

XXXI

Denise a Philippe.

14 de abril.

¿Ve usted?... Como soy muy buena, he aquí mi respuesta a su pequeña amenaza en el caso en el que me vea separada de usted en esa cena; en resumen: técnica de consuelo - y también para que usted no ponga una cara tan triste que, de golpe, para combatir el deplorable efecto, yo tenga que adoptar un aire muy alegre. ¡Oh diplomacia!... Y todo eso para nada: «Rodrigo, ¿quién lo hubiese creído?»

Simplemente creo, amigo mío, que mi alma es dulce, clarividente y firme, un poco tierna, sobre todo tomada de un cierto ideal de orgullo y de respeto por sí mima. Maupassant decía un poco paradójicamente: «El genio es un buen estómago.» Yo digo: « La organización de un ser, es su carácter, y el carácter es la fatalidad.» La educación nos concede un poco de hipocresía, eso es todo.

Y demuéstreme lo contrario. Nuestro organismo es un galimatías inextricable de mezclas de razas, y es la herencia cruel lo que nos hace ser lo que somos. Es por eso por lo que la hija de mi padre, que soy yo, no es muda, al contrario que la enamorada de Molière. He tenido detrás una abuela muy viva y muy charlatana; pero resulta que de lengua en lengua, como hilo en aguja, no me gusta hablar sino escribir.

Señor, ahora tengo el honor de decirle buenas noches. ¡Ah! querido indolente, debe usted haber tenido una marmota entre sus antepasados.

XXXII

Philippe a Denise.

16 de abril

¿Le ha contado Hélène que la encontré en los Campos Eliseos y que, bajo la muy correcta mirada vigilante de mis May, hemos entablado un pequeño flirteo? Su hija estaba divinamente bonita en su vestido de terciopelo azul y con ese abrigo gris de chinchilla. Me ha dicho sobre sus « pobres amiguitos » y sobre el frío, cosas divinas.

Le advierto, señora, que me ha invitado a cenar mañana con sus amigas y su querida abuela de Nimerck, y que yo iré si usted no me disuade, pues he prometido hacer una representación con el gran guiñol.

Your always.

XXXIII

Denise a Philippe.

17 de abril.

¿Hélèle? es una niña dulce y cariñosa, una niña de ensueño, un rincón de cielo en mi vida.

Venga. Desde esta mañana se prepara para usted una parte del salón. Su teatro ya está listo y las marionetas cuelgan pesadamente sobre un brazo del sillón, esperando que usted les dé vida. Cuántas almas de mujeres son así despertadas entre las manos delicadamente acariciadoras del hombre que las ama…

Hélène me ha contado su paseo y debo decirle que usted tambíen tiene un pequeño lugar en ese corazoncito. Sí, ¿no es un poco divina, mi hija? Me gusta dejarla vivir viéndola aumentar sus dulces instintos; ella seduce, cautiva, porque he respetado esta flor de infancia que la ha hecho tan inocente a sus ocho años, tan lejos de las cosas prácticas de la vida. De ahí proceden esos refinamientos de pensamientos que a usted le encantan.

Aparte de eso, hay en ella una fuente de poesía. Es realmente bella, físicamente y moralmente. ¡Dios mió! ¡Cuando pienso que un día tendré que entregar ese querido tesoro a un hombre que tal vez no comprenda del todo las exquisitas y finas cosas que

ella representa!... El peor de los maridos no es el que pega, engaña, bebe; es el que no cree en nosotras, que nos desdeña educadamente, nos juzga inferiores a él y nos hace sufrir en nuestros impulsos, en todas las cosas buenas, finas y tiernas que creemos deberle ofrecer.

¡Oh! ¡los muertos vivientes! aquellos que nos desprecian porque ante nosotros la multitud de los vulgares pensamientos, de las mujeres vulgares, han apagado para siempre su alma. ¡Aquellos cuyos recuerdos decepcionados acosan, a los que nada puede reanimar ni hacer creer en nada bueno, recto, bello! Odio a los que no nos piden o no nos dan nada.

La atrofia del cuerpo no es nada, la atrofia del alma lo es todo; del mismo modo que la posesión es poca cosa mientras que el deseo lo es todo.

Fíjese, Vandérem en su novela *la Cendre*, ha hecho un estudio perfecto, preciso y doloroso de ese estado del alma del hombre que entra en el matrimonio en cenizas.

No diga que eso no ocurre, puesto que a mí me ha ocurrido. Se lo juro, es el menor de los males que se nos considere una desabrida. ¡Pero por lo que yo he pasado! Aún era enérgica; ¿pero Hélène? tierna, melancólica, perdida en el ensueño, moriría si tuviese que padecer lo que yo he padecido. Nada más pensar en ello, detesto mi género.

Hará falta que uno de estas noches le cuente a usted el doloroso drama de mi vida, y que le presente un poco a ese primer secretario de embajada que es mi marido, y de quién provienen todos mis desengaños, para la eterna y muy gran estupefacción de mi suegra, naturaleza fría, orgullosa, bastante vulgar, que no ha comprendido nada. Para ella, la cortesía todo lo justifica.

XXXIV

Philippe a Denise.

18 de abril.

Todavía profundamente conmovido por nuestra conversación de ayer por la noche, le envío, mi querida, querida amiga, el testimonio de mi respeto y mi cariño.

XXXV

Denise a Philippe.

18 de abril.

¡Qué bueno es usted! ¡Que bien me ha hecho su breve nota!

Tras su partida me he preguntado por qué le había contado todo; y he sido invadida, a mi pesar, de una dolorosa vergüenza. Estaba sola, rota por mis recuerdos, pobre marioneta más vacía y vapuleada que las de Hélène, arrastrándose dispersas sobre los muebles. Y he aquí que sus tiernas palabras me demuestran que usted ha presentido lo que debía pasar en mí, el abatimiento en el que me habían dejado esas confidencias.

Sí, he sufrido mucho; siempre será usted indulgente con la amiga herida, ¿verdad?

En ocasiones me desquicio, me invade la rabia por ese recordatorio de mi vida carente de amor, perdida. Sin embargo cuánta ternura siento en el corazón, y como habría sabido amar. Pero hay seres que viven así, en una perpetua imperfección; se

acabó, nada me sacará nunca de los limbos donde permanezco y en los cuales mi corazón sublevado no puede apagarse.

Tenía veintidós años cuando desistí de continuar con mi vida como el azar y la sociedad me la habían creado; Hélène tenía dos años. Tomé a mi hija y me he salvado. Pronto cumpliré treinta años. Durante estos seis años de separación consentida por ambas partes, me han surgido interesantes comienzos de aventuras, pero únicamente eran eso. Estaba en plena detención de entusiasmo en el momento en el que ellos se envalentonaban; de ahí algunos malos ratos. Por esta razón el mundo me concede algunos amantes que no tomo, y no siente mi corazón vivir en toda la ardiente y fogosa pureza de una ternura siempre en vacío, sin objetivo, un poco exaltada, precisamente a causa de ese *sin objetivo*.

Añada a esto que tengo el espíritu coqueto; lo que a veces me conduce a transformar indiferencias en todo tipo de pequeñas cosillas intelectuales peripuestas, que los fatuos toman por intentos de seducción. Tengo pues una reputación un tanto calumniada. No me disculparé ante usted. Usted sabe mejor que los demás lo que es mi vida.

Pero todo esto le explicará por qué soy tan feliz con nuestra rara y ferviente amistad, feliz de pasar esas íntimas veladas con usted, en el goce dulce y recogido de haber encontrado un corazón un poco hermano del mío.

XXXVI

Philippe a Denise.

19 de junio, medianoche.

Amiga mía, me faltan palabras para expresarle la respetuosa ternura que me une cada día más a usted. Esta noche me hablaba con su voz dulce y baja, contenida, casi sin palabras, llena de emoción. Usted me hablaba y yo estaba conmovido. Me parecía resignada, pero llena de fuerza, de paz, algo que es tan precioso, tan escaso, tan querido como puede ser para usted su Hélène. Todo, de usted y de ella, me parece una armonía. No diga que estoy loco, no diga nada, con el objetivo de que unas palabras irreparables no sean un obstáculo entre nosotros, y déjeme conservar en mi corazón la idea que tengo de usted como algo santo.

XXXVII

Denise a Philippe

1 de julio.

¿Cómo es eso, mi querido claro oscuro? Me escribe casi una carta de amor por la que me dispongo a regañarle y luego desaparece: ¡ni cartas, ni visitas durante doce días!

Durante este *siglo* mi cólera ha desaparecido; no hablemos ya pues de la carta, la he olvidado. Solamente, como dejo París dentro de algunos días, me dispongo a decírselo, con la intención de que un amigo un poco extraño que yo tengo en las cercanías de la avenida de Messine no venga a golpear mi puerta para saber que estoy muy lejos… a lo que podría darle tal vez demasiada importancia y provocar un ligero resentimiento…

Incluso ya debería haber partido; pero como había tenido la loable intención de saludar a mi vieja tía de Giraucourt antes de mi marcha para Nimerck, ella me ha invitado a cenar. No he podido negarme: eso habría apenado mucho a mi madre que, debido a la gran diferencia de edad, considera un poco a esta hermana mayor como a su madre.

Es a esta tía a la que mi hermano Gérald, mis primos y yo, hemos bautizado irreverentemente: *l'habitude des cours*. ¡Y que bien le sienta ese nombre! ¡de maravilla! Creo que ella se sabe el Gotha al pie de la letra, y redacta sus invitaciones así: *de orden de la baronesa de Giraucourt*, etc., etc.

Era monárquica - por sentimientos paternales, - pero no supo resistir la avalancha del segundo imperio; creo que se convertiría republicana si los republicanos se dedicasen a tener una corte y sobre todo mucho decoro.

Es todo un personaje, mi tía. Se la presentaría a usted. Alta, todavía bella bajo sus cabellos blancos, generosa, inteligente y fantástica, dispensa todas sus rentas en buenas obras. Detesta a mi suegra y la intimida; es curioso y divertido de ver. Cuando sus recepciones familiares están salpicadas con algunos extraños, el maestro de ceremonias - lease el mayordomo - pasa discretamente entre los grupos, al salón, antes de cenar, para colocar una tarjeta sobre la que está escrita: «El Señor du Rand» - mi tía no puede decidirse a ennoblecer a todas las personas que frecuenta - « ha rogado colocarse en la mesa a la derecha de la señora de Borde y ofrecer su brazo a la señora de Nières».

Y el Sr. Durand, la señora Deborde y la señora Danières, españolizada por una noche, se turban, se pierden leyendo demasiado atentamente sus pequeñas notas; eso conduce a las confusiones más divertidas, mientras que mi tía, muy digna, ofendida por sus torpezas, murmura: «*Pas l'habitude des cours*…» y los jóvenes hacemos esfuerzos sobrehumanos para no partirnos de risa.

¡Tengo una idea¡ ¿Por qué no viene a Nimerck con nosotros? Gérald nos dejará allí para embarcar en Cherbourg.

Tener que ocuparse de un invitado distraería un poco a mi pobre mamá de su pena.

Yo estaría radiante viajando algunas horas con usted; pero eso no tiene arreglo, ¿cierto? ¿Ha notado como nada es favorable a nuestro deseos, a nuestras alegrías en la vida? Que lástima pasar tanto tiempo diciendo: ¡Qué lástima!

Adiós; tengo la sensación de dar la impresión de un Jeremías de bolsillo. Adiós. ¿Realmente no puede usted partir el viernes?

Heme aquí aplicando en usted una ley de atracción extraordinaria… ¿no debería estar un poco enfadada, indisciplinado amigo? Adiós, adiós. Este sentimiento puede durar indefinidamente entre nosotros - quiero decir el espacio de una mañana, lo que es enorme.

¡Adiós, adiós, adiós! esta vez es en serio. Adiós, amigo mío, piense, trabaje; no se conforme con arrastrar su indolencia por lugares selectos, y atrapar corazones de mujer con la punta de sus espolones; no entregue ni su alma, ni su espíritu a la muchedumbre, a ese tropel insoportable, sin corazón, sin bondad, sin distinción y sin alegría.

Es lo que deseo de usted diciendo *amen* y estrechando afectuosamente su mano.

XXXVIII

Philippe a Denise.

2 de julio.

Amiga mía,

Digo lo mismo que usted: ¡qué lástima! Me gustaría tanto pasar esos días en su compañía; casi los necesito, triste como estoy.

Es usted muy afortunada yéndose; en realidad cuanto más estoy en esta ciudad, más aversión tengo a París, a la que antaño tanto amaba. Algunas horas tranquilas y buenas que he robado a mi mal destino estos últimos años, los he pasado lejos de París. Cuan diferentes son, más sanas, más personales, y más profundas las emociones que se experimentan lejos de Paris. Sobre todo en el mar al que adoro.

Estoy colmado de contratiempos de todo tipo, materiales y morales, grandes y medianos. Siento subir a mi pobre cabeza una tormenta espantosa. Las buenas personas dirán: es culpa suya. ¡El bonito e inteligente consuelo! Mi valor y mi resignación están al límite.

En estas tristes circunstancias, su compañía, señora, tan vigorosa y tan buena, me hubiese resultado particularmente preciosa; pero, mire usted, es necesario también que renuncie a ella. Al menos, espero que piense un poco en su amigo y que encuentre tiempo para escribirle. Si supiese el placer que le producen sus cartas, le escribría usted muy a menudo.

Le ruego que presente mis respetos a su hermano así como los mejores y más afectuosos recuerdos. Es en efecto poco probable que pueda ir a Nimerck. Los acontecimientos no parecen dispuestos a dejarme. Sin embargo no he perdido toda esperanza, y puede contar usted, si puedo escaparme durante un instante, con que vaya a besar su mano.

Hasta pronto pues, espero. Disculpe la desolación de esta carta, no vaya a ser que la familiaridad de mis afecciones la transformen en una hermana de la caridad. Sobre todo señora, esté convencida de que la amo tiernamente; esta es mi manera de agradecerle la bondad e indulgencia que tiene usted por mí.

XXXVIX

Denise a Philippe.

3 de julio.

Usted sufre, está triste, su carta me ha afectado. Noto en ella un espíritu en desorden, uno de esos desórdenes morales que martirizan el alma. Así pués, he bendecido el dolor de muelas que me ha retenido en París y me permite responderle con más rapidez.

Sí, ¿podrá creerlo? habiéndose refugiado todo mi juicio en una muela del mismo nombre, ella se encuentra probablemente tan incómoda en ese domicilio de nácar, que mi muy americano dentista habla de quitármela - no mi juicio - ¡mi muela!

Bromeo, pero le juro que es con la punta de la lengua, pues estoy completamente conmovida por su pena. ¡Qué desgracia que nuestra amistad sea tan reciente! Yo le diría: «Tal vez yo sepa por qué sufre usted », y podríamos hablar de sus cuitas, sin que esta terrible susceptibilidad que tienen todos los hombres en contar sus males se manifestase, sin que eso pudiera parecerle una indiscreción por parte de su reciente amiga.

No, no es culpa suya. ¿Acaso podemos no someternos al dinero, ese viento de locura que nos empuja de repente con tanta fuerza al abismo? Toda resistencia se nos hace imposible y sin embargo deberíamos resistir.

Yo he sufrido mucho ya en mi corta vida, por eso comprendo todos los sufrimientos. Mi padre tenía por costumbre decir: «Se hace del dinero un rey; también yo experimento una cierta satisfacción en destronarlo.» Y lo destronaba tan bien que hemos conocido años de días aciagos, tan tristes que a veces uno se pregunta como hemos sobrevivido a esas situaciones.

Hélène no tendrá esos contratiempos; una vez muerto mi pobre padre, hemos heredado; el porvenir de mi hija está asegurado; felizmente, pues me da la impresión de que ella tiene las mismas ideas que su abuelo.

Hace algunos días le pregunté lo que hizo de una gran cantidad de centavos nuevos que cada uno se complacía en darle.

– ¿Mis centavos de oro? ¡oh! mamá, ¡se habían vuelto completamente negros y feos! los he tirado por la ventana.

No he tenido valor para explicarle el error que había cometido de lo limpio, escaso y poco burgués de ese desprecio por el dinero. Y además no tiene más que ocho años; ya será tiempo más adelante.

Vamos, amigo mío, los peores sufrimientos son los del corazón. El mío ha sufrido tan cruelmente que una ya ha tomado placer en atenazarlo, en hacerlo trizas. Mi daño, poco a poco, se ha hecho más sordo, menos punzante; sin embargo todavía permanece.

Mire usted, puede gritarme pidiendo socorro: yo sabré comprender sus lamentos, sino curarlos. Por desgracia, tan fuerte como sea mi amistad usted es un hombre y yo soy una mujer. ¿Esas únicas palabras no ponen entre nosotros esa tonta barrera mundana que anula todos los impulsos espontáneos y generosos de los corazones? También me ha afectado mucho su: «La amo tiernamente» Puede estar usted persuadido de que siento toda la rectitud, toda la exquisita franqueza de su frase, y soy muy feliz de ser amada por usted de ese modo.

Creo haber encontrado el verdadero nombre del sentimiento que nos une, llamándole un sentimiento sin nombre. De tal modo, innominado, me gusta porque no une.

Adiós, mi pobre amigo, sea valiente, sea fuerte, confíe en las inspiraciones dictadas por su espíritu, no tema atacar de frente sus contratiempos. Sobre todo, tenga fe: todos aquellos a los que amo y me aman lo consiguen.

Adiós. Comience por reírse de esta locura supersticiosa, y luego envíeme un latido de su corazón, yo se lo devolveré.

DENISE.

P.D.- Con este retraso debido a mi muela que se cura, todavía permanezco dos días en París. ¿Por qué no viene con nosotros a Nimerck? Vamos, decídase.

XL

Philippe a Denise

4 de julio.

Su carta me ha aliviado mucho, es usted recta y buena. Realmente no me atrevo a ausentarme en este momento. Más adelante los acontecimientos me serán más favorables. Perdóneme mi muy involuntaria negativa, señora.

XLI

Denise a Philippe.

5 de julio.

Amigo mío, es usted el más terrible indeciso que conozco. Venga puesto que hace algunos días, usted tenía la esperanza de venir. Eso lo animará. Sacará provecho de esa paz que nos dan las cosas cambiantes: ¿Nunca se planteó el bien que provocan a un cerebro fatigado el perfumo de un campo de alfalfa y el relajamiento de la vista reposando sobre tanto verdor ahogado en tanto azul? Y el mar tan hermoso con su rítmico canto, ese "gran pordiosero", como lo llamaba Gustave Flaubert. Y todo, en fin, comprendida la recepción tan amistosa que se le prepara.

¡Venga!...Estoy un poco harta de los preparativos de mi partida y me gustaría arrastrarlo. Disponiendo mis baúles, he tenido que mezclar mi ropa, mis tules, las sedas y demasiado polvo de iris; la intangible polvareda del fino perfume se ha expandido por todas partes; me resulta embriagador.

¡Vamos, anímese! No tiene usted idea del encanto de Nimerck en esta estación. Venga, querido perezoso: le encontraré una habitación en el pueblo (¡vea en ello una discreta concesión a las conveniencias!) Me pondría de rodillas *for you*. ¿Eso bastaría, mi maestro? No vaya esta noche a casa de mi cuñada para responderme: «¡Sí, gran tonta!»

XLII

Philippe a Denise

20 de julio.

Todavía bajo el embeleso de la belleza de Nimerck, de esa copiosa y salvaje naturaleza bretona, de esas orillas del mar retiradas y solitarias, quiero agradecerle el haberme convencido. Estoy feliz de poderla seguir con el pensamiento. Veo a la pequeña Hélène rodeada de pájaros en el césped, y a usted y a su querida madre. He pasado allí, cerca de ustedes tres, unas horas inolvidables. ¡Gracias!

XLIII

Philippe a Denise

4 de agosto.

Amiga mía, me tiene usted sin noticias, sin cartas, sin nada. ¿Cree poder desarrollar de ese modo este sentimiento sin nombre? ¿Puede haber algo más triste que un silencio tan mortal?

Me siento completamente miserable habiendo perdido el horizonte. Así pues, para consolarme, trato como los fanáticos de ser feliz en la fijación de los pensamientos: los míos son todos para usted, para la bonita y deliciosa Hélène.

Puede usted ver que el tumulto de mis ideas se reduce a usted y a lo que la rodea.

XLIV

Denise a Philippe

Nimerck, 6 de agosto.

Es cierto. No le he escrito. ¡Es usted tan raro!

Amigo mío, en dos ocasiones, durante su estancia entre nosotros, me ha perturbado el corazón.

La primera vez fue la noche en la que Hélène, mirando con nosotros la puesta de sol enrojeciendo el horizonte, y siguiendo con la mirada el vuelo de los pájaros que allí querían perderse, exclamó: «¡Oh! ¡el cielo es tan bonito que los pájaros van a acariciarlo! » – ¿Lo recuerda? Usted la tomó en sus brazos y la besó tan apasionadamente que mi hija turbada, murmuró: «Mamá, mamá…» Y usted, loco amigo, dijo entonces tan desesperadamente: «La amo, la amo…»

Luego, otra noche yo cantaba. Tras cada *Lied* de Schumann usted murmuraba: « ¡Otra! » – Así canté durante mucho tiempo sus amores, sus desesperaciones. Cuando por fin me detuve, usted lloraba; tan triste, tan solitario, ¡tan amargo parecía su dolor! De pie cerca del piano, sin atreverme a consolarle, a ir hacia usted, yo esperaba. Entonces, usted dijo: «¡Váyase, déjeme solo… vayase!» – Yo le obedecí. Pero su turbación me encogió el corazón y permanecí dolorida y ya no sé a donde nos conduce esto…

Sus pensamientos son enfermizos, enervantes. Me hunden dulcemente en un ignoto culpable; el sueño es el mal de las almas que acaban desmoronándose. Me he blindado junto a usted, pero ya he perdido un poco de mi rectitud y mi fuerza. Amigo mío, no debemos vernos ni escribirnos, al menos durante algún tiempo.

Le dejo ahora, querido, debilitada, enervada, bastante dueña mi misma aún para retomar mi vida de labor, de acción. Quedo en la soledad educadora más enérgica. Ella me armará con los más sanos pensamientos.

XLV

Philippe a Denise

7 de agosto.

Así pues, ha llegado la hora… La he retrasado hasta este momento con toda mi voluntad; he vivido con un deseo loco, doloroso como un mal físico. Esperaba no sé qué ocasión de probarle hasta que punto estaba aferrado a usted, hasta que punto mi corazón, mi vida, son suyos. Tenía miedo de apresurar de un modo vulgar ese instante. Poniéndome a prueba por encima de mis fuerzas, he permanecido cerca de usted en la soledad; entonces usted ha conocido mi corazón.

Me invadía tal angustia con la idea de que hablando con usted quizás la perdiese… ¡Ah! esas mañanas, esos días, esas veladas donde mi vida rozaba la suya… ¡Qué querido me resultaba ese tiempo de indecisas voluptuosidades huidas para siempre! Yo espiaba, febril, el instante en el que su alma arrastrada por la mía se fundiese con ella… esperaba un sueño imposible.

Sí, yo la amo. Sus ojos, su voz tan armoniosa, ejercen sobre mi una irresistible fascinación… ¡Cómo me posee ese límpido timbre, grave y dulce de su voz! Da a sus palabras, cuando una emoción las vela levemente, no sé qué de acariciador, de modulado, de misterioso, que hace brincar mi mente, extasiándome de deseo por los

labios por los que pasan esos sonidos. La amo desde el momento que la oí hablar. Su voz, a pesar de su voluntad, exhala caricias.

La amo; no puedo vivir lejos de usted, querida claridad que me guía, vigilante, y ha sabido animarme por su cálido magnetismo.

La amo por la rectitud de sus pensamientos, por la reserva de sus gestos, por la fascinadora inmovilidad de sus actitudes.

La amo porque es usted natural, auténtica y buena, lo que constituye el supremo encanto.

La amo porque es usted alta, esbelta, pálida; porque es resuelta y fuerte en sus decisiones; porque habiendo adivinado tan bien su alma, tengo curiosidad por usted. La amo porque la amo, esa es la única y auténtica razón.

Denise, quiero sentir la dulzura de sus labios en mis labios, quiero ser el dueño de su alma, quiero verla desfallecer para consolarla y ser en ese breve minuto toda su fuerza, toda su esperanza…

Amiga mía, sea clemente; no me vuelva a sumir en la nada de donde me ha sacado. Seré todavía el que usted quiera que sea; pero consérveme porque la amo.

XLVI

Denise a Philippe.

Nimerck, 9 de agosto.

¡Qué carta!... Tengo el corazón conmovido y tembloroso. Le agradezco esa franqueza; le hace bien decirme todo eso.

Se muestra usted tan leal y tan recto en medio de toda esa turbación, que le propongo lo siguiente: Voy a permanecer aquí hasta que usted se haya curado.

¿Verdad que entiende que no puedo regresar a París y estar este otoño cerca de usted para hacerle sufrir? Usted se acostumbrará a vivir sin mi presencia, empleará toda la fuerza de su inteligencia y lo conseguirá. Ninguno de nuestros amigos, de nuestro entorno, habrá visto el drama que asola su corazón y entonces, solamente entonces, volveremos a vernos.

Doy la impresión de huir de usted; ¿cree tal vez que es porque me siento susceptible de desfallecer? Por duras que sean las palabras que voy a decirle, son la mismísima verdad que anida en mi corazón: Yo no lo amo a usted.

Si estuviésemos el uno junto al otro, yo quizás mantuviese leves coqueterías - ¿acaso no las he tenido ya? - que podrían inducirle a creer que lo amo. Y además, ¿quién sabe? tal vez me prendiese a la melodía de sus palabras y llegaría a estar a punto de caer por contagio. Pero eso no sería el amor como lo concibo, como lo justifico. Mi falta sería la de la sorpresa y la cobardía; pues es algo triste y curioso: cuando un hombre nos dice « La amo », – por poco sólidas que nos parezcan los fundamentos, los principios, las primeras causas de ese sentimiento expresado, algo irracional, irrazonable, nos empuja a aceptar por cierto ese fenómeno. Ese algo tal vez no sea más que la búsqueda de la sensación dulce y halagadora que una tiene diciéndose: Soy amada, – palabras con las que siempre se engaña el corazón.

Mire usted: no solamente le perdono el que me ame, sino que estoy orgullosa de que así sea. Eso debe a su vez hacerme perdonar lo que involuntariamente le estoy haciendo sufrir. Adiós.

XLVII

Philippe a Dense

10 de agosto.

Denise, Denise, ¡no sea tan cruel! ¡Abandone Nimerck y regrese!... ¡Con qué fría decisión me arroja lejos de usted, fuera de su vida! Apenas puedo comprenderla y creerla… ¿Entonces no era para usted más que un relleno en sus horas vacías? Sin embargo yo había creído… Mire, se lo prometo; tendré valor y fuerza en el futuro; pero matar así todos mis sentimientos hacia usted, todos sus recuerdos, es un horrible esfuerzo. Tengo tal nube de dolor a mi alrededor que ya no sé lo que escribo.

XLVIII

Denise a Philippe.

11 de agosto.

Pobre y querido amigo, yo también me siento muy desdichada. ¿Cómo podía llegar a pensar que esa dulce y maternal envoltura no estaba carente de peligro para usted? En su naciente amor no he visto más que un interés fraternal. ¡Mi pobreza intelectual me hacía tan inferior junto a usted! Yo aprendía de usted cosas que había sentido confusamente antaño. Oh, mi dulce maestro, su amor me lacera el alma; pero no puedo, no debo regresar. Las leyes del mundo me imponen esta prudente retirada.

Amigo mío, ¿tendría decididamente más amor en el adulterio que en el matrimonio? Libre, siento que me casaría con usted y podríamos ser felices.

Pero no soy libre; ahora bien, no lo amo lo suficiente para creer ciegamente en la inmutabilidad de este amor que usted me ofrece. Cuando en lugar de soñar pienso, no veo más que el lado material de este asunto; pienso en ello fríamente y me falta valor para ceder.

Usted está alimentado en el árbol maldito del paraíso; él lo ha hecho conocer la ciencia del bien y del mal y usted me instruye con gran elocuencia. No tengo un espíritu de controversia que sería necesario para resistir más tiempo a la intoxicación de esos sutiles y embriagadores venenos. Créame, amigo mío, cualquier continuación de nuestras relaciones sería una concesión tácita a sus deseos de amor. Esas cosas repugnan a mi corazón. Me quedo.

Tal vez también, en el fondo de mi alma, yo me sienta turbada… ¿Por qué me ha sumido en el envolvente canto de amor?... ¿Por qué implorar tan fervientemente lo que yo juzgo como la vergüenza y la irreparable falta de una vida censurable?

XLIX

Philippe a Denis

12 de agosto.

Hay en usted un instinto que duerme y que no he podido despertar. He carecido de ese poder bienhechor. ¿Perderla? Con este pensamiento pasan los « cortejos de las horas olvidadas » –¡Ya– por usted.

¿No sentía nada, señora, cuando la electrizaba mi pensamiento y mi corazón? He aquí el encanto por el que usted me ha tenido: amaba esas sonrisas de esfinge aflorando en sus labios, esas palabras susurradas, su manera de suspender una frase, de dejarla tan extrañamente inacabada; todas esas fugitivas cosas tan personales, con las que usted expresaba ciertos movimientos interiores…los amaba…

¿Dónde estaba usted entonces? ¡Parecía tan cerca de mí!

¿Cómo viene a hablarme de las leyes del mundo? son generales y lejanas; mi espíritu se rebela en asumirlas desde que mi corazón ama. La sociedad ya no me parece selecta, sino una muchedumbre indiferente, hipócrita, sin piedad, sin consuelo. ¿Por qué habría de sacrificar lo que, para bien o para mal, creo considerar toda la felicidad, la dicha íntima de nuestras dos vidas?

La naturaleza no tiene moralidad, y no soy yo el primero en constatar este hecho. La conciencia de la sociedad, sus escrúpulos, sus pudores, me parecen algo realmente cómico. La virtud de todos no es más que apariencia; surgida la necesidad de amar, el vértigo de los sentidos los posee y hete aquí a esos púdicos mundanos, ciegos sobre sí mismos y con tanta intensidad clarividentes sobre los demás.

Y además, ¿qué importa todo eso? Denise, ¡cuánto la deseo y la amo!

XLX

Denise a Philippe

13 de agosto.

Su insistencia comienza a irritar mi corazón. Soy evidentemente muy anticuada y de esas a quienes haría falta un poco más de entusiasmo para dar ese terrible paso, imperceptible linea que separa la pureza moral de una vida del banal adulterio; esa linea, sin embargo, constituye un abismo entre una mujer decente y sus modernas Manons. Mi fuerza filosófica no me permite saltar a pies juntillas de una orilla a la otra. No puedo evitar el vértigo; es un desfallecimiento físico que no podría vencer.

No quiero decirle: usted no me ama. Discutiría usted este extremo y tengo mucho miedo de la sabia casuística que le haría concluir: « ¡Por tanto, la amo!»

Pero puesto que usted razona tan bien, usted que me ama, déjeme exponerle mi ínfima teología moral, a mí, a quién la despreciable razón todavía guía.

Lo que le gusta de mí, aquello por lo que ha sido tocado, amigo mío, son – espero no herirlo – no mis cualidades ni mis defectos, sino la seducción con la que usted me ha conquistado amistosamente. He sabido, reflejarle a sí mismo y, finamente, hacerle aceptar el halago e interés que un espíritu complejo, de una naturaleza como la suya, no pueden dejar de inspirar. He sabido hablarle de usted y hacerle gozar muy dulcemente de las alegrías descubiertas que yo hacía de un *Usted* ignorado por la muchedumbre. He sido el util trampolín necesario para su espíritu; lo he distraído, lo he divertido, y finalmente lo he interesado; le he dado la delicada sensación de ser comprendido, amortiguando todo ángulo en esta amistad, proporcionándole un estusiasmo casi pasional. Yo tenía por objetivo sacarle de esa languidez en la que se solazaba; esperaba hacerle desear, luego encontrar una carrera que proporcionara pasto interesante en una alma sufriente como es la suya. Usted ha tenido para conmigo, un sentimiento muy

intenso de dicha, y ese gran movimiento invadiendo súbitamente su corazón podrían no ser más que un poco de agradecimiento.

Sí, usted es bueno, generoso, seductor. Da a algunos días alegrías de una suavidad inenarrable. Su gran inteligencia abraza y abarca todo. Raramente he escuchado hablar con tanta claridad, profundidad, delicadeza y sentido sobre temas de arte. Una oleada de ideas luminosas salen a veces de usted como una tempestad; fecundan las inteligencias. Todos mis amigos artistas lo estiman, reclaman su presencia, le escuchan y creen en usted a causa de ese poder generador que diversifica a manos llenas y que, cayendo sobre sus cerebros bien preparados y dispuestos a producir, los fecunda. Por una ironía del destino, usted solo no puede aprovecharse de ese *usted* poderoso. Por una gracia del cielo, solo yo se lo he hecho descubrir, y había contado con ello para realizar ese mito exquisito: una querida amistad entre un hombre y una mujer.

Su escepticismo, su desdén por las demás mujeres, me llenaban de orgullo por haberle conquistado *de ese modo*.

Pero su corazón vacilante no ha visto claro todo eso y no ha sabido resistir a la deliciosa depravación de instintivos pensamientos que no dejan de nacer sobre un terreno amistoso tan bien abonado. Ese comercio incesante de nuestros espíritus y nuestras almas ha arruinado todo. Sus deseos han aflorado hacia mí, ennoblecidos por sus delicadas maneras, y, tomando una fantasía por un sentimiento, usted ha hablado imprudentemente - ¡y con tanta ligereza! - de amor, esa bella y casi santa religión humana.

No niego el gusto que usted tenga por mí; poquito a poco, en el encantamiento de una especial amistad muy frecuentada, por eso mismo finamente apreciada por nosotros, ha llegado usted a creer que me ama, y con la más grande fuerza de la que es capaz.

Por desgracia yo no siento por usted más que simpatía, un poco llevada al extremo tal vez. Y bien, sí: «Yo lo amo amistosamente», con ese toque de coquetería que desgraciadamente le ha inducido a error.

Créame amigo mío: usted se curará y regresará a la indolencia sentimental que en usted es tan natural. La imposibilidad de obtener más va a disuadirle y entonces seremos para la sociedad, una bella y decente excepción de personas que se aman sin amarse, y pronto no sentirá más que la dulzura de una amistad tan pura y tan duradera.

LI

Philippe a Denis

14 de agosto.

¿Por qué negar mi amor? ¿Lo ha puesto a prueba? La encuentro muy osada exponiendo razonamientos para demostrarme que yo no la amo.

Yo la amo. Pongo a sus pies mis más suaves ternuras, mi más inédito amor. ¿Al rechazar la alegría de vivir bajo esta forma, está usted bien segura de tener, en esa imperiosa negativa, una compensación equivalente a las alegrías que el amor concede - aunque solo fuese en un fugitivo instante- en nuestro ser?

¿De tantas cosas que ha pasado usted en su joven vida, ninguna de ellas la ha dejado llena de desilusión?

Nada existe excepto la manera relativa de aceptar la efervescencia que se produce, de vez en cuando, en esos violentos movimientos que se elevan en nosotros y nos empujan a algún acto determinado; así hizo la larga penetración de su encanto actuando sobre mi y arrastrándome a decirle: «La amo»

Yo la conjuro, Denise, tome por auténtica la turbación con la que se ha embellecido el aislamiento de mi vida, ella me ha guiado lentamente pero con seguridad hacia usted, y no oponga más una resistencia tan grande a la debilidad natural de los pobres afectos humanos. No perdamos la ocasión de frecuentar la felicidad.

Cuando un hombre de mi especie está «penetrado de una perfecta compunción, el mundo entero le resulta entonces amargo e insoportable », dice el libro divino. Por primera vez he sentido gracias a usted esa compunción… Denise, mi rebelde amada, todo mi amor siempre será suyo, alma elegida.

LII

Denise a Philippe

15 de agosto.

« Me he alejado, he huido y he permanecido en soledad…»

El libro divino también dice eso y hago de ello mi irrevocable respuesta.

No insista más, amigo mío; ¡es ya tan doloroso perderle!

LIII

Philippe a Denise.

Saalfelden, Tirol austríaco, 22 de agosto.

No hubiese sido justo, señora, que mi amor os condenase al exilio. La sociedad, de la que usted se preocupa a veces con tanta intensidad, habría podido asombrarse de una estancia tan prolongada en sus tierras este otoño y este invierno.

Yo he abandonado París. ¿Qué habría de hacer sino, sabiendo que no iba a encontrarla allí?

Paseo mi gris penar por un pueblo delicioso, desierto, rodeado de altas montañas verdes, con cimas cubiertas de nieve.

Más que nunca mi alma se llena de desamparo, y es necesario el aislamiento bienhechor en el que estoy para amortiguar la llamada malsana y enfermiza de vagas ideas de suicidio.

Adiós, señora. Regresaré a Francia cuando se apacigüe mi desdén hacia los movimientos exteriores de la vida.

Esperando este olvido del único yo valiendo la pena mirarlo vivir, aquí permanece el que la ama.

LIBRO II

El amor es como la fiebre; nace y se apaga sin que la voluntad participe en lo más mínimo

……..

Todos los placeres no provienen del cese del dolor.

……

Los espíritus muy delicados son muy susceptibles de curiosidad y prevención.

Para esas almas demasiado ardientes o ardientes por exceso… antes que la sensación, que es la consecuencia de la naturaleza de los objetos, llegue hasta ellos, y antes de verlos, los cubren de lejos de ese encanto imaginario con el que ellas encuentran en sí mismas una fuente inagotable.

STENDAHL

LIV

Philippe de Luzy a Denis Trémors

Paris, 27 de octubre de 18…
2 de la madrugada.

Acabo de volver a verla, pasando una velada tan semejante a aquella que había puesto en mi presencia nuestras dos vidas hace catorce meses, que tanto a usted como a mi, nos daba la impresión de creernos en la misma noche exactamente.

Es usted siempre tan fina y tan encantadora, señora. Sin que me haya sido posible explicarle lo que ha pasado por mi alma - ¿tal vez también en la suya? - durante estos largos meses, he creido sentir en el estrechamiento claro de su pequeña mano una intensidad tan cordial que me atrevo a pedirle como antaño permiso para verla y tomarme el derecho - que desde luego he ganado - de considerarme entre sus amigos.

LV

Denise a Philippe

28 de octubre.

Su carta me ha hecho brincar de alegría: He conservado la carta sin abrirla durante mucho tiempo en mis manos, tratando de adivinar lo que usted había escrito en ella.

Responderé francamente a su petición y le ruego que me responda francamente a la mía: ¿está usted completamente curado?

Nuestro reencuentro imprevisto de ayer me asegura que mi pregunta no es vana. Usted ha podido contar los latidos de su corazón, usted conoce su estado. Tengo tal confianza en su honor, me ha parecido tan leal durante estos largos meses en los que no ha intentado nada para verme ni para escribirme, que estoy conmovida y feliz de ser la amiga elegida.

LVI

Philippe a Denise

28 de octubre.

Estoy curado. Solo puede ser usted, señora, a quien yo escriba esas decepcionantes palabras. Así como Henri Heine, puedo decir:

Mon coeur n'a fleuri qu'une fois
Il me semble qu'il y a cent ans…

¿Quiere usted que esta noche vaya a tomar una taza de té y curarme un poco - no de amor - sino de esa modorra indolente que va aumentando sin que mi voluntad sirva para otra cosa que para fortificar el malestar moral en el que vivo?

LVII

Denise a Philippe.

30 de octubre.

Venga. Hélène a leído la palabra *curar* en su telegrama. Me ha dicho: « ¿Es que mi amigo Philippe está enfermo, mamá?» Y como yo respondí: « sí » – « ¡Oh! mamá, hay que cuidarlo; tú sabes hacerlo bien y eres tan dulce cuando cuidas… eso consuela de estar enfermo.»

Tendré pues que fortalecer a dos delicados; a ella, mi querido angel, y a usted.

LVIII

Philippe a Denis.

29 de octubre.

Hélène ha sido tan exquisita ayer noche que la he comprendido a usted así como a sus actos, hata en lo que éstos han tenido para mí más secreto.

Es usted como ella y ella es como usted. Ella es la dueña de su alma. Yo no sospechaba que semejante ternura pudiese tener lugar entre una hija y una madre. Eso la hace un ser de excepción, señora, de quién me hace muy feliz ser amigo.

Bendigo el azar bajo la forma de la celebración del aniversario del matrimonio del rey de Grecia con la gran duquesa Olga; bendigo la voluntad de su marido escribiéndole desde Atenas, de representarlo, mediante su presencia en la recepción del embajador, de su celo en velar por su carrera; bendigo a Aprilopoulos, el anodino flirteo de su sobrina, que me arrastró a esa velada, puesto que, contra todo pronóstico (yo la creía en Nimerck) volviéndola a encontrar allí. Bendigo su infinita bondad, señora, puesto que me ha permitido que volviese a ser su amigo.

Pero, en la tierna emoción en la que me ha puesto esta recuperación de nuestras relaciones, he omitido contarle algo que es importante que sepa.

Desde hace apenas un mes, estaba encerrado en Saalfelden, cuando me llegó desde París una carta de su sobrina. La señorita Suzanne d'Aulnet me preguntaba inocentemente las razones de mi ausencia. Me confesaba haberse informado de mi dirección y, ante la negativa de usted a saberla, se exasperaba por el misterio con el que usted envolvía mi desaparición de París.

Para tranquilizarla le respondí afirmando su perfecta ignorancia y, en vistas a combatir sus dudas y su curiosidad, yo se lo contaba *a ella sola.* Como se puede imaginar, se sintió halagada. Siguieron otras cartas, bastante vacías. En este momento y durante algunos meses todavía, solamente contaban para mí aquellas que me hablaban de usted. Así que, amiga mía, he sabido de su vuelta a los estudios de armonía; incluso leí las tres obras que usted ha hecho aparecer. Luego debo decirle que he sido afectado más allá de todo, viéndola aislarse de mí en el estudio y no en las ligeras distracciones mundanas. Permanece usted exquisita hasta en sus severidades, y esa pena de exilio impuesto por usted a su amigo, no sé que piedad caritativa la hacía compartir de lejos su miseria…

Pero, regresando a la señorita Suzanne, como desde mi regreso a Paris ella continua sin embargo escribiéndome, encuentro que la situación se complica. ¿Qué piensa usted de eso?... Y, dígame, ¿cómo no habría de adorarla a usted, comparándola con las demás?

Ahora sin embargo, cuando pienso que habríamos podido arruinar por un banal amor el sentimiento que a partir de ahora nos une, estoy lleno de un retrospectivo remordimiento. Sería necesario recomenzar donde estamos ahora. Las mujeres de su

clase no caen. Saben permanecer intactas sobre el pequeño pedestal de honor que se han hecho, y se las ama aparte de las demás, precisamente porque son tan seductoras y no accesibles.

Por desgracia, todos estamos un poco asqueados de nuestras remilgadas aventuras, hartos y decepcionados, y ese es nuestro mal, el mal del siglo, el no tener la energía de amar.

Usted es una de esas raras mujeres que me habría gustado amar, antes de conocerla tan bien, querida señora; ahora siento que abismo nos hubiese separado en el amor, y lo que usted me habría hecho sufrir obligándome a darle un vigor de alma que yo no tengo. Si aún hubiese sufrido solo… Pero lo que usted ha sentido, ¡usted! ¡Que despertar, mi pobre pequeña! Lo que nos ofrecemos es tan poca cosa comparado a lo que dan los convencidos como usted. Es la eterna historia *del juguete que creemos recibir y del tesoro que usted cree dar*, - del que habla la gran reina-pensadora, Elisabeth de Rumanía.

Como amigo, me siento a la altura de mi mancha pues yo la amo demasiado; la amo con ternura, con respeto, admiración, incluso con celos. Y estaría extremadamente furioso, se lo juro, si algún otro se permitiese amarla como yo la amo, señora.

¡Ah! ¡qué bueno sería pasar un mes solo con usted en el campo, impregnándome de su fuerza moral!

LIX

Denise a Philippe

28 de octubre.

¡Qué placer me ha producido su carta! Tras estos largos meses trascurridos nos hemos vuelto a encontrar con una apariencia de frialdad, y sin embargo todo ese drama discreto de antaño ha establecido entre nosotros no sé qué de tierno… ¿no lo siente así usted?

El sentimiento sin nombre, cada vez más sin nombre, invade mi corazón hasta un punto álgido.

¡Pero cómo ha tratado usted con tanta ligereza esa atrevida gestión de mi sobrina! Esa noticia de una correspondencia secreta me ha hecho estremecer. Piense usted que si ella no se hubiese dirigido a usted, a quien yo estimo, de quién me consta la delicadeza de sentimientos, piense en todo lo que semejantes libertades podría atraer de comprometido en su vida futura de esposa y cuanto podría perjudicar ya su vida de soltera.

Si me atreviese, querido amigo, le pediría que destruyese conmigo las cartas de Suzanne antes de mi partida para Nimerck; vuelvo allí mañana por la noche sin falta, habiéndoselo prometido a mi madre.

Suzanne es una chiquilla mimada en la que no se han desarrollado las cualidades de las apariencias. Si usted me lo permitiese, yo le mostraría el peligro que ella corre tomando la vida en ese sentido. Mi cuñada se ha encontrado muy pronto desbordada por la vitalidad imperiosa y descontrolada de su hija; es una correcta criatura, ésta buena Alicia, creyendo el mal tan imposible para los suyos como para ella misma, no sospechándolo; d'Aulnet es un bruto cortés, más ocupado de los círculos y las carreras, pero escrupulosamente honesto. Suzanne tal vez no haya comprendido la audacia de mal tono que tienen sus arranques. Yo estoy contrariada y confusa por ella, dispuesta a pedirle a usted perdón.

¿ Querrá usted, verdad, librarnos a ese auto de fe?

Volviendo a nosotros, ¿hay, en el fondo, algo más extraño que este sentimiento que nos vincula? Es realmente sobre esta cuestión que el delicado psicólogo que es Bourget debería escribir su próxima novela, pues nuestras cartas completamente deshilvanadas, apenas tienen continuidad, no pudiendo constituir una. Sería necesario su talento para crear, animar con vida novelesca y filosófica lo que encierran en pequeñas dosis las nuestras: rincones de nuestras almas cuyas íntimas expansiones muestran de vez en cuando el fondo de reserva. Aun así no divertiría al público, siendo las alegrías del corazón el ideal de aquellos que las saborean, pero no de quiénes las leen. ¿Quién sabe sin embargo? Una obra que dejaría mucho margen a la imaginación de los demás, una obra que dejaría adivinar, sospechar, inventar, más allá del marco en el que ella se encierra, tal vez sería una obra biográfica.

Sé perfectamente que la novela debe siempre componerse de una exposición, de una intriga, de un nudo, de un desenlace, la gran escena (ávidamente siempre reclamada por Sarcey). Ahora bien, nuestras cartas van transcurriendo como en la vida. Son ilógicas, pues el hombre es ilógico; llenas de contrastes, pues la mujer no es más que un compendio de contrastes; alegrías, tristezas, disparates, pintan a un hombre real, a una mujer real; van como pueden, ¡tan bien como mal, así y asá!

No se adecúan a las exigencias de un carácter de héroe, héroes desde el comienzo al final del libro; probablemente no acabaremos nuestras vidas, yo en un convento y usted en el Sena; no seremos asesinados por nadie, ni incluso por el diplomático de mi marido; esa no es una novela (¡me vanaglorio de ello!) y eso no interesaría a nadie, pues cada uno quiere ver en una novela, o una especie de ideal de la vida, o sufrimientos tan extremos, u horrores tan completos que, gracias a Dios, he visto raramente semejantes en las vidas auténticas, la suya, la mía.

Y además, nadie querría creer que esto pudiese existir, una amistad tan intensa, una necesidad de verse, de entenderse, de conocer los menores acontecimientos de la vida de uno y del otro; una atracción innegable., usted, tanta obediencia a mis deseos, yo, tanta complacencia con los suyos; y en fin: la simplicidad, la complicación, el encanto, el refinamiento, la fuerza, la sutilidad, la franqueza, lo exquisito, lo incomprensible del sentimiento que experimentamos el uno por el otro.

LX

Philippe a Denise

30 de octubre, 4 de la tarde.

Desde luego nuestras cartas no constituyen una novela. No tienen ningún encadenamiento predeterminado, concebido previamente; no poseen la coordinación progresiva de acontecimientos deseados, dirigiendo la obra hacia un desenlace bien explotado y con demasiada frecuencia conocido y previsto por el lector.

Pero a causa de eso me parecen más interesantes; si fuesen una novela, ¿no consideraría usted que sería en la forma y en el fondo bastante novedoso? Son mejores que una novela, son *un pedazo de vida*. ¿No expresan la decepción de un hombre confesando su lucha contra sus facultades latentes – a las que siente y considera como las más sublimes? –Bromeo; pero la espontánea confesión de una impotencia dolorosa es, después de todo, una noble humildad bastante digna de estudio. ¿No describen esas cartas la perpetuidad de un querer fracasado, una sensibilidad malsana monstruosamente

desfalleciente, una voluntad hundiéndose a pesar de los esfuerzos de una imaginación ávida de acción?

Creo tener elevación de espíritu; tengo la sensación de poseer algunas facultades superiores sin el poder de realizar mis concepciones. Como un soñador impaciente, asumo todas las penetrantes miserias morales. Si en ocasiones, gracias a influencias pueriles, me distraigo, la consciencia de mi daño me transporta a profundas desesperaciones. Lloro sobre mi ocio, me siento por mí mismo irrelevante.

Todas esas miserias, esos desfallecimientos francamente confesados que arrojo fuera de mi y entrego a su tranquila amistad, dulce y apacible, ¿no son el peor de los males de los jóvenes de estos tiempos? Y si supiese, si tuviese la fuerza de expresar el infinito que existe entre lo que soy y lo que podría ser, ¿no constituiría el hallazgo del virus inoculable a los que sufren del mismo mal que yo?

Nuestras cartas, querida, ingresarían con toda seguridad – exceptuando a las personas que no pueden pasar, de un matrimonio o de una muerte, a las últimas páginas de una novela - a las almas rectas y sanas semejantes a la suya; después, a los irritables y calurosos, los agitados y confusos con su debilidad, como la mía, perpetuamente en lucha contra sus más inspirados deseos cuyo valor niegan.

Si nuestras cartas fuesen conocidas por esas almas profundas, esas inteligencias despiertas, tal vez las encontrasen lo bastante atractivas para leerlas.

¿No revelan los íntimos y secretas fluctuaciones de dos almas humanas liberadas del falso estallido y de la variedad de los sucesos ambientales? pues usted también tiene sus horas de turbación, valiente mía.

Iré esta noche a despedirme de usted, puesto que se marcha tan pronto para Nimerck. Llevaré la correspondencia de la señorita Suzy y la quemaremos.

Le hago llegar antes esta carta, a fin de tener una respuesta de inmediato.

LXI

Denise a Philippe.

30 de octubre, a las 5

No, esta noche no, sino inmediatamente; venga cuando su sirviente llegue a su casa.

Yo también iba precisamente a hacerle llegar esta carta, escrita antes de la recepción de la suya:

Amigo mío,

Paul Hervieu, Grosclaude, Vandérem, Germaine y Paul Dalvillers vienen a cenar esta noche; ¿quiere unirse a nosotros? Entonces venga a las seis, para que antes de la cena, que tendrá lugar a las ocho, tengamos tiempo de conversar y de gozar de la imprudente prosa de la personita.

Esta reunión se decidió espontáneamente en casa de Germaine, poco antes, de una divertida manera. Yo había ido a verla, sabiendo que ella vuelve a celebrar sus recepciones desde su regreso a París.

Se econtraba allí una mujer muy elegante, envuelta en un gran vestido, una norteamericana presentada a Germaine este verano, en Dinard, por nuestros amigos los O'Cornill.

No sé si la dama había descubierto que mi sombrero no era de Reboux, ni mi vestido de Doucet, pero mi sencilla vestimenta con su discreta y correcta tela (vestido de viaje,

además), hizo adoptar unos aires altivos a la bella extranjera. Su actitud me juzgaba con unas reticencias y matices que me divirtieron. Poco intimidada por la diferencia de dinero que nos separaba, me dediqué a ser divertida, alegre, fina, incluso muy espiritual (¡a mí, a mi, Marie Baskirscheff!). Espolvoreé a la bella dama con el polvo azucarado y salado de mis agudezas.

¡Y qué éxito! Los tres hombres presentes, todos pendientes de mí, nada más que de mí; uno tomando mi sombrilla, el otro mi bolso para permitirme beber cómodamente el *Lacryma Christi*. Hervieu, Vandérem, Grosclaude, me contestaban cuidadosamente, un poco achispados, bromistas, exquisitos. Germaine trataba en vano de arrastrar a su pomposa millonaria a nuestra conversación; asombrada, la bella señora, con el alma en duelo por sus efectos de elegancia perdidos, parecía hipnotizada.

Bella revancha en verdad, pero simple genio del momento y que no impide que hoy el dinero no sea el medio de todo. Es así como la cena de esta noche se ha decidido para gran estupefacción de la dama.

Cuento con usted, ¿no es así, amigo mío?

LXII

Philippe a Denise.

31 de octubre.

Antes he experimentado una ligera emoción escribiendo sobre el sobre: Nimerck, Finistère.

He aquí pues el dulce hilo vuelto a anudar. ¡Con qué esmero voy a aplicarme en lo que nada viene a quebrantar esta querida amistad definitivamente asentada! He tenido ganas de besar los bajos de su vestido – vestido despreciado por América – cuando ayer por la noche, sus hombre célebres dedicándose a hablar para descansar de escribir, Hervieu planteó su pregunta:

– ¿Cuándo se deja de amar?

Y usted respondió:

– ¿Es que se deja de amar? Hay personas que están muertas y a las que todavía siento que me aman.

Este pensamiento ha revoloteado alrededor de mi corazón toda la noche; yo siento perfectamente que sería uno de esos, amándola más allá de la muerte.

¡Espero que haya llegado bien, señora! Nimerck debe estar tan hermoso estos últimos días de otoño. Dé por mi una caricia con sus ojos a los grandes céspedes, a los negros pinos, a las duras rocas de sus grises acantilados, a todas esas cosas tranquilas y hermosas, y permítame besar devotamente el extremo de sus guantes.

LXIII

Denise a Philippe.

Nimerck, 1 de noviembre.

Sí, el otoño es una hermosa estación. Todavía hay sol y hojas en los árboles, flores en las matas y viento que hace cantar las ramas y gime recorriendo toda la casa. Éste, furioso, se convierte en el huésped con el que se pasa en un rincón de la chimenea las horas recogidas de la tarde. ¡Cuántos recuerdos despierta el ruido continuo de sus largos

silbidos, y qué tristezas afloran al corazón remontándose mediante sus monótonas rachas! A veces siento el alma perdida.

Octubre ha muerto. Nace noviembre, despojando cada día un poco más la tierra; Hace frío, aunque buen tiempo. Le escribo esta noche, triste día de difuntos, el obsesivo pensamiento del recuerdo de mi padre, recuerdo querido y doloroso. Esta mañana he llevado para él, al camposanto, una gran corona hecha con hojas de plata y ramas flexibles de fucsias cuyas flores largas, delicadas, delgadas y rojas parecen lágrimas de sangre.

Duerme bajo un menhir, pesado bloque del país natal; no quiso nada más en el cementerio, afirmando así a los humildes la igualdad en la muerte. Allí, nos ha prohibido depositar flores; solamente Hélène lleva los días de aniversario, una rosa que ella planta, tras besarla, sobre el césped al pie del monolito.

Regresando, por una extraña casualidad, abrí un libro y vi en la primera página la firma de mi querido difunto. Consignó en el libro una fecha: 1860. Ese: «De mi propiedad» – permanece más allá de él enterrado, en algunas líneas blancas, bajo la piedra blanca. Eso me ha encogido el corazón y removido todas mis tristes entrañas. He pensado en cosas infantilmente tiernas: su mano había rozado ese papel.

Una regresa a las sensaciones inocentes cuando se sufre. El corazón se aferra a todo, se hace por completo bondadoso para avivar su delicado sufrimiento. La fuerza de la voluntad se pierde. Eso me ha hecho recordar a Germaine que conserva preciosamente los últimos patucos blancos que llevó su bebé, con un poco del barro sobre el que su piececito se había posado. Ella conserva ese barro que el niño rozó, donde él puso su pequeña huella, con el mismo fervor con el que conserva las flores pálidas, disecadas y marchitas que han rodeado y tocado su bello cuerpecito muerto. ¡Tonto corazón que siembra de chispazos de amor las más ínfimas cosas!

Hoy estoy triste con mis recuerdos, invadida de una profunda tristeza; afloran lágrimas a mis pestañas sin que llore: Una tristeza hecha de un vago espanto por la aridez de mi vida futura si me atreviese a deducir y concluir lo desconocido de lo conocido.

Pero no quiero aburrirlo más con estas cosas. Adiós, amigo mío. Le envío mis mejores pensamientos de otoño dorados todavía por un poco de sol, como las hojas muertas que el viento marino hace, en este momento, revolotear alrededor de nuestras últimas flores.

LXIV

Denise a Philippe.

Nimerck, 15 de noviembre.

No ha respondido a mi última carta y eso me ha apenado un poco. Sin embargo debería burlarme de su pereza… por lo que nos debe atar y lo que espero de usted, está usted bien como está. Solamente le pido que no me olvide demasiado, suponiéndole una particular tendencia a amar que siempre está con usted, como el gato.

Acabo de pasar grandes preocupaciones relacionadas con Hélène, y todavía estoy dolorida por pensamientos que me han alcanzado el cerebro estos días. Contaba con regresar el fin de mes a París; mi marcha se ha retrasado, y Dios sabe cuando regresaré ahora.

Espéreme un poco y escriba a fin de que mi gran soledad se llene de recuerdos amistosos.

No olvide sobre todo que camino bastante tristemente por la vida, y que la más minima señal suya me causará una gran alegría.

LXV

Philippe a Denise.

Paris, 16 de noviembre.

Ayer me he enterado, en casa de su suegra, del accidente sufrido por la pequeña Hélène y las penosas consecuencias derivadas del mismo.

Sin embargo, según su suegra, la señora d'Aulnet, con la que he tenido el placer de cenar, esperaba verla esta semana con la niña curada. ¿Debo renunciar todavía a esa esperanza? Espero que no, por mí, que deseo intensamente volver a ver a mi amiga, y por usted a la que siento tan entristecida por sus preocupaciones y su soledad. Esté segura al menos de que en medio de todos esos contratiempos mi amistad jamás la ha abandonado; si incluso pudiese ir a pasar uno o dos días con usted, lo haría con alegría. ¿Pero que dirían? Esta sociedad de cotillas se habría escandalizado.

Y además yo no puedo, a mi pesar, echar mucho de menos las dichas que están lejos de aquí. Es realmente en París como los aburrimientos adoptan un color gris y envuelven el alma de una niebla triste donde ella se apaga. Pero la naturaleza, el mar, el horizonte, mantienen el espíritu en una salud moral excelente y reaniman el valor. Para aquellos que piensan y componen, es en soledad y en recogimiento como les vienen las mejores inspiraciones. Su personalidad se desarrolla allí, su talento se expande. Puede estar persuadida de que si usted se encuentra ahora demasiado abatida, no tardará en sentir los felices efectos una vez que regrese aquí.

Que quiere decir, por favor, señora, « por lo que nos debe atar y lo que espero de usted, está usted bien como está».

¡He aquí una frase terrible! Le ruego que me la explique.

Ha cometido el error de suponerme el tener una tendencia particular a amar a aquellos con los que estoy siempre, como el gato. Es una idea falsa; yo podría escribirle al respecto mucho sobre eso. Si usted quiere compararme con algún animal, hágalo más bien con el perro fiel y bueno.

Adiós, triste querida.

LXVI

Denise a Philippe.

18 de noviembre.

¿Triste?... No, no lo estoy, tan solo un poco lánguida y dolorosa. Si usted estuviese aquí, le diría el por qué de este estado mórbido. Consiste en unas naderías que sé analizar y no puedo vencer. ¿No le ha sorprendido mantener una mano un poco más tiempo de lo normal en la suya sin que su corazón o su espíritu se alterase por nada? eso es maquinal y resulta agradable. Es como un poco de rozamiento ideal; es fugitivo, no es nada; sin embargo turba y emociona como una promesa de amor. Mi estado es ese: algo indefinido flotando a mi alrededor y ¿gravitando hacia qué? no lo sé.

Me siento bucólica… es el otoño, el aire puro y limpio de los campos y la gran soledad es lo que me transporta. ¡No se burle demasiado de mi, por favor!

Por lo demás, dado que no le gusta ser gato, es al perro bueno y fiel a quién hago esta confidencia de una molestia completamente moral, y no al caballero elegante, con una gardenia en el ojal y corbata blanca.

Sí, sí, sería encantadora una visita suya; pero no tengo derecho a tomarle la palabra…

Sin embargo me digo que encantadora cosa podría suponer ese viaje si usted fuese apasionado del gran viento, de la escarcha sobre el césped, de los acebos con hojas brillantes, de los matorrales que lloran hojas muertas.

Si los paseos en las tormenta no le disgustan, ni los retornos a la casa cerrada, ni los halagos ente los grandes fuegos sin otra luz que la llama de la chimenea a la hora fugitiva y melancólica del crepúsculo, venga. Entonces las extrañas sombras de los muebles tiemblan bajo el fluctuar vacilante de las llamas y se prolongan sobre las alfombras, llenas de misterio, mientras que en el exterior las puestas de sol rojas tiñen de sangre el cielo y dan la impresión de un gigantesco incendio sobre el mar.

Tal vez todo eso le gustase en gran manera.

¡Oh, Dios mío!, ¿qué digo? ¡Ya me olvidaba de su gran temor a los cotillas!

LXVII

Philippe a Denise.

20 de noviembre.

No me gusta esa ironía, señora, en tanto me parece provenir de un mal nervioso muy inferior a sus acostumbradas bellas energías.

Usted sabe perfectamente por qué temo a los cotillas, ¿verdad? ¿Así pues encuentra usted oportunas sus burlas?

Soy mejor que usted; me he encontrado con Germaine y le he sugerido la idea de que partiese para darle una alegría a usted antes de la llegada de su cuñada y su sobrina. Eso ha dado lugar a una cómica escena entre ella, su marido y yo:

–¿Está triste? acudo de inmediato – exclamó gentilmente Germaine.

– ¿Y yo, qué? ¿me abandonas? – replicó Paul.

– Puedes acompañarme; y además debes ser razonable, querido; saben bien que estás en tu fase casta, por lo que poco notarías mi ausencia…

–¡Germaine! – exclamó Paul, severo.

– ¿Qué, mi amor? ¿lo has dicho o no lo has dicho la pasada noche? *To be or not to be* – y tú estás muy : *Not to be*, estos días.

– Continúa ridiculizándome ante Philippe, te lo ruego.

– ¿Él? ¿el *amante blanco* por excelencia? Pero, amor mío, lo tuyo es por fases… lo de él, es a la vez cotidiano, crónico y agudo. Puedes creerme: ¡siempre peca por omisión!

Yo emití algunos: «¡Oh! ¡oh! ¡oh!» cómicos, estupefactos, ofendidos, riéndome con ganas, mientras que Pual, desconcertado, preguntó:

– ¿Qué sabes tú de eso?

– ¡Suelo adivinar con mi olfato de artillero!

– ¡Germaine! he aquí esas palabras que tan mala fama le dan en sociedad y…

– Vamos, no me regañe, ¡oh mi loco amante!

– ¡Pero protesto, señora Germaine!

– ¿Qué cambia eso? ¡es usted un *superficial*, mi querido Phil, usted lo sabe bien, caramba! Imagínese, amor de marido, recuerdo que él decía a las muchachas mayores, nuestras amigas, cuando era pequeño (y yo todavía más) cuando ellas le imploraban un beso: «Yo quiero, pero sobre todo que sea rápido, no fuerte y sin apoyarse…» Una gracia que él les hacía ya en esa época, ¡ese esbozo de hombre!

–¡Bueno! querida; como amante me abandono a sus sarcasmos, aunque usted habla un poco sin saber, pero amistosamente, confiéselo, Germain, uno puede arriesgar la inversión, yo soy un fondo del Estado…

– Caramba, eso está bien: ¡seguro, pero no reportando nada!

Reímos los tres como locos; Paul dirigió miradas apasionadas a su esposa, y yo les doy mi bendición.

Quedó convenido lo siguiente: Germaine parte para Nimerck dentro de tres o cuatro días. Su marido la lleva y regresa a París, de donde partiremos, él y yo, a cazar con los Ferdrupt, habiendo Germaine declarado todo el rato que no quería poner los pies en la hacienda de esas personas, porque allí había que *trabajar demasiado*. ¿Conoce su aventura con la vieja dama, muerta desde hace algún tiempo? - ¡y no de eso! - Era de buen tono en esa casa hacer alarde de las costumbres extra-patriarcales. Ahora bien, habiendo ido Germaine a pasar quince días al Tilloy en los primeros meses de su matrimonio, y no habiendo pensado en llenar su baúl con bordados, tapicerías, corchetes, ¿qué sé yo?, en fin, de todas esas cositas etéreas, sin forma, suaves al tacto y que se mueven débilmente entre los dedos estilizados de las mujeres, la señora Ferdrupt, una noche, en el salón, le hizo descortésmente, aunque con dulzura, la observación de que ella era la única ociosa.

Al día siguiente, a la hora de la costura, ¿adivina usted lo que inventó la terrible muchacha? ¡Llevó al salón una enorme cesta y ante la estupefacción de todos extrajo una oca muerta y se dedicó a desplumarla! Un cuadro.

Si usted no sonríe después de esta carta es que he perdido mi latín. Vamos, aprisa señora, una bella sonrisa al amigo que tiernamente la quiere y que la hace amar también un poco, ¿no?

LXVIII

Denise a Philippe

Nimerck, 21 de noviembre.

Aquí va mi sonrisa y mi agradecimiento. ¿La amable idea de enviarme a Germain es toda suya? Es usted un amigo delicioso.

¡Pero qué Philippe insospechado para mí hasta este momento me revela su carta! Va por lo del *amante-blanco*. Germaine, la querida niña terrible, tal vez no lo sepa todo, ¿verdad?

LXIX

Denise a Philippe.

Nimerck, 28 de noviembre.

Acabo de recibir su envío de caza. Gracias por ese detalle. A Hélène le encantan las codornices; la querida es una apasionada.

Pienso que esos bonitos animalitos deben llevar una carta, querido perezoso; leo entre sus pequeñas patas y su sedoso plumaje, todo tipo de cosas amables, de palabras de afecto, de dulces burlas, incluso de excusas consoladoras. No estoy muy segura de no haber visto también un poco de ironía en el extremo del pico en un perdigón; pero no he insistido, y quiero creer que me sonreía con bondad, sencillamente, sin burlarse de mí en los más mínimo, y sin tener el aire de decirme que mis cartas circulan poco después de las suyas.

Le escribo mientras Massenet, encantador como siempre, cuenta a Germain, ebrio de armonía, una divertida palabra que le dedicó la pasada noche una mujer de sus amigos –. Massent está de paso aquí y debe asistir pasado mañana a su festival musical en Nantes; triunfará con toda seguridad. Mi maestro está habituado a ello. Massenet llegaba con un poco de retraso a casa de la señora X…, a una gran cena que ella daba en su honor. Se excusó diciendo que lo que lo había retrasado era que le acababan de anunciar su nominación como miembro del Instituto de Bolonia. «¡Ah! dijo la dueña de la casa, ¡*Inmortadelo*, entonces!»

Massenet, que tiene un gran sentido del humor, quedó encantado con la palabra.

Tal vez crea usted que le envío esta carta a causa de los animalillos enviados. No del todo, señor, sin caza la recibiría igualmente.

Quisiera estar persuadida que al menos su amistad es tan grande como la mía; hago de ello toda mi alegría, incluso toda mi esperanza.

Realmente, entre un hombre y una mujer, la amistad se tiñe de un ardor encantador; esta clase de amistad tiene, creo yo, el destino de lo que es grande en el hombre, procediendo de su elección, de su voluntad, de su pensamiento, y no de su instinto como el amor. O es sublime o no lo es. Cuando existe, existe para siempre y siempre va en aumento.

Espero que así será la nuestra. También no tengo demasiado miedo de que el alejamiento nos separe el uno del otro. Este sentimiento forjará entre nosotros una necesidad dichosa que se mantendrá en medio de las necesidades del cuerpo y las del alma, una especie de deseo abstracto y dulce de saborear. ¿No ha resistido ya la prueba de fuego?

Usted vive en mi corazón, amigo mío; que le vamos a hacer si no le agrada permanecer ahí. Pero todo esto no es una razón para que usted me tenga demasiado tiempo sin noticias. Adiós.

LXX

Philippe a Denise

Le Tiloy (Somme), 28 de noviembre.

Tiene usted razón: la amistad entre un hombre y una mujer no es un sentimiento natural, y no se puede lograr más que después de haber pasado pruebas y haberlas superado mediante una gran rectitud de corazón, un gran esfuerzo de voluntad; la principal y más dolorosa de esas pruebas es el amor. Yo la he amado con la más grande fuerza de la que era capaz; usted me ha reconducido amistosamente, yo me he curado, y heme aquí inmerso de nuevo en mi indolencia habitual de corazón. La amistad que siento por usted es muy dulce y me abandono a ella sin reticencias; me abandono al

placer de someterme y de decirle que nada en el mundo me penetra de una dicha igual: He besado ese « *usted vive en mi corazón* ». ¡Ah! ¡qué ese adorable corazón me resulte una querida residencia!

Un cierto instinto que todo poseemos nos arrastra por momentos hacia un ideal no formulado, abstracto. La necesidad de pureza en ese sueño, producido por nuestros desfallecimientos en la lucha social, me arrastraba antaño hacia Dios y yo le habría llevado esa vaga poesía latente, si no hubiese pensado en esta otra que tenía por divisa: «Acuérdate de no creer».

Ahora es usted ese ideal, señora. Eso *yo* buscador de la luz en la vida ya no es errante: está en usted, beatífico, querida belleza pura.

Me alegra mucho que Hélène haya comido las codornices; las había cazado para ella. Dalvillers y yo hemos partido de París el 24 para el Tilloy. Allí nos encontramos con un grupo del clubmen, lo que me arruinó un poco el placer del que me impregné al contacto con la naturaleza. La miserable necesidad de tener que volver a vestir el frac negro tras las largas horas de batida por los bosques, la obligación más dolorosa todavía de bailar parte de la noche con toda la femineidad del castillo y de los castillos de los alrededores, me hacen sentir cruelmente la inferioridad de no tener para sí una caza con la que uno no se vea obligado a alabar, dónde se podría vagabundear casi solitario, un techo más o menos puntiagudo donde se regresaría a refugiarse, a descansar, con los pies sobre los escabeles y la pipa en la boca, ante una buena llama de madera seca. He aquí un sueño poco elegante, sin corbata blanca; muy prosaicamente confieso que me acosa desde mi llegada aquí. Casi echo de menos a la vieja dama y sus sabios trabajos de aguja; al menos éstos permitían a los hombres dormitar fumando.

¿Es de tontos, amiga mía, estar nervioso hasta el punto de sufrir de un modo físico de inferioridades morales emanando de los demás?

La mediocridad intelectual de los Ferdrupt me irrita y me pone enfermo. Prefiero la auténtica estupidez; al menos ésta es divertida. ¡Ah! ¡qué bien ha hecho Germaine en plantar a esas personas! Paul y yo apreciamos ahora en su justo valor el golpe de efecto de la oca.

He acabado por añorar su casa, entre sus amigos intercambiando ideas, librando de vez en cuando « ese rincón divino que hay en el hombre», del que habla Henri Heine.

Aquí, yo me doy de bruces únicamente con las «ideas releídas en cuero de cerdo» y eso es bien penoso.

Para sustraerme de ese dolor, he emprendido la aventura de un pequeño flirteo. No desdeño en absoluto ese exceso de comida y bebida de peluquero cuando se trata de salir de un creciente aburrimiento. Cuando con su amable filosofía para no extraer de ello más que indulgentes deducciones sobre mi enojoso carácter. Ese régimen – fácil de seguir, sobre todo en el campo – ha dado resultado. Acepto el baile, la insuficiencia moral de mis anfitriones y sus huéspedes, con más valor, una voluntad más sólida. Esta resignación me ayudará, espero, a soportar con pasividad todos los contratiempos que mi mal destino me reserva aún durante los días que me quedan por permanecer aquí; desgraciadamente no puedo acortarlos habiendo tenido la imprudencia de comprometerme desde París a permancer aquí un tiempo determinado.

Escríbame, dígame lo que hace; ¿trabaja mucho? Si ha compuesto tres notas nuevas, envíemelas. Nimerck está menos desierto, según parece. Georges Granbaud, llegó aquí ayer y me ha dado vagamente noticias suyas. Su espiritual vecino es muy discreto sobre usted. Entre dos bocanadas de humo de cigarro me ha dicho que su madre continua lamentando que su sobrina no se haya casado. ¡Pobres esperanzas de la señora de Nimerck! le deseo larga vida. Y sin embargo la señorita Suzy vale mucho más que

otras casadas todos los días; tal vez le hiciese falta un hombre valiente para ponerla en el sendero correcto.

Granbaud nos ha contado, a medias, la última anécdota de Germaine; cuénteme toda la escena. Paul está ansioso de saber el nuevo avatar de ese loco espíritu, y como ha ocurrido la aventura entre el sustituto y la querida incorregible San Juan Boca de Oro.

Cuénteme todo: lo que usted piensa, dichos, hechos; – y sobre todo déme noticias de su deliciosa Hélène.

Respectfully tours.

LXXI

Denise a Philippe

30 de noviembre.

He aquí una carta abarrotada, lo que se dice abarrotada. Sentimentaliza usted en ella de una manera de lo más sublime su amistad, habla de caza, música; cita a sus clásicos, baila, se sume en el flirteo, solicita las palabras de Germaine, da una colleja a Suzanne… ¡uf! ¡estoy sin aliento!

Comencemos por lo alegre: el otro día cenamos aquí con el general Hepper, el coronel de Frégon, el almirante de Issarts y un joven sustituto de magistrado de los alrededores, sobrino de la señora de Ravelles. Una cena seria, pero encantadora gracias a los tres primeros invitados. Tras la cena, en el salón, el joven Ravelles creyó poder brillar a su vez y chapoteo en los lugares comunes que nos arrojan a todos una ligera frialdad. Con el espíritu fino que usted le conoce, el general trató de sacarlo del atolladero; el coronel vino en vano en su ayuda. Las ineptitudes llovían. El espíritu de la magistratura sentado, de pie, acostado, mal representado por el Sr. Ravelles, nos llevaba de estupor en estupor.

Habituado, en nombre de la ley, a disciplinar, a ordenar, a condenar, a castigar, a indultar, ese muchacho locuaz, impetuoso en sus afirmaciones, esbozo de juez, amenazaba con arruinar nuestra velada. Ese hombrecito, hablando de la Autoridad como si fuese su amante, tonto hasta llorar, pero no idiota – lo que es muy diferente – daban ganas locas de interrumpir de golpe su impertinente cacareo.

– « Hay que socorrer a ese futuro procurador… ya no puedo más, ¡voy a inmiscuirme en su bonito discurso!» me susurró Germaine al oído.

Entonces se las ingenió con bondad para dirigir la conversación de ese joven oficial sobre sí mismo, pensando: si desprovisto de tacto y de espíritu como parece, que fuese de él lo que tuviese que contar. Él habló, hablo, y llegó a la cuestión del matrimonio:

– Sí, señora, la vida es triste en provincias; para hacerse allí una carrera hay que casarse; pero elegir es tan difícil y tener tanta fortuna.

GERMAINE. – Sí, usted necesitaría una muchacha de posición elevada, rica…

EL SUSTITUTO. – Por supuesto; la quisiera de la alta sociedad, pero muy sencilla; inteligente, con conocimientos de música, incluso espiritual; bonita, encantadora como…

GERMAINE. – ¡Ah! caballero, ¡lo interrumpo! ¡Va usted a hacerme un cumplido!

Y Germaine poniéndose a tono, melindrosa.

–¡Ah! señora, no es un… ¡usted vale por mil! Pero para vivir en provincias en una posición de algún modo oficial, sería necesario que la joven fuese más… menos… ¿cómo diría yo? en fin menos… más…discreta. ¿No sé si me explico bien?

– Perfectamente: tiene usted razón, señor, eso es muy justo, pues en la magistratura no basta ser tonto, ¡hace falta aún tener modales!

Y esa impertinencia fue lanzada con un tono que nos maravilló a todos.

Puesto que usted está contento y partiéndose de risa y bien dispuesto, déjeme decirle que de su carta se desprende, a pesar de la forma bastante irreverente, un vago interés por Suzanne. Si me atreviese lo reprendería. Ha arrojado usted la semilla ligera y fecunda al viento, sin preocuparle si algún grano, por azar, no va a germinar. Eso está mal.

Desde la llegada de mi sobrina, he tratado en vano de tener con ella la conversación proyectada. Suzanne lo evitaba.

Su carta me ha brindado la oportunidad, y he aquí como han sucedido las cosas:

Yo acababa de acabar la lectura cuando Suzanne entró en mi habitación. Tal vez reconoció su escritura sobre el sobre, al buscar su correo en la bandeja donde el cartero deposita las cartas.

–¿Te molesto, tía?

– No, Suzanne.

– Pero creo que leías…

– Sí: una carta de Philippe de Luzy y me ha entristecido.

– ¡Bah! ¿el querido irónico está cada vez más triste, desesperado, lánguido, sin duda? Pero tú eres la buena, la única consoladora; escríbele pronto, tía Denise, sin que tu Werther vaya a recurrir a sus pistolas; ¡te dejo, me voy!

Dicho eso se echó a reír, con esa risa tajante y breve que sale de la garganta de las mujeres cuando tienen pena, una risa que retiene las lágrimas. Y consideré el instante propicio y hablé - ¿Cómo? No lo sé, ¡estaba tan conmovida! Mis veintinueve años me hacen joven ante la fría experiencia de esa muchacha de veinte años; hablé con la persuasiva elocuencia de las madres: Suzanne, afectada, lloró con la cabeza apoyada en mis rodillas…

Me prometió ser más reflexiva, más seria en el futuro. Amigo mío, esta chiquilla que parece mirar sin ver, oír sin escuchar, ha adivinado todo el drama de su corazón, del querido secreto que nos ata.

Ávidamente me decía: «Te he dicho todo, tía, todo; dime tú también la verdad como recompensa…»

Así es como somos, amando hasta la tortura infligida por aquellos a los que amamos. Pues bien, regáñeme si quiere, pero ante tanta franqueza he confesado. La pobre pequeña tuvo una frase sublime: «¿Cómo has podido resistirlo? ¡Él te amaba y es tan seductor!»

Suzanne me ha agradecido haber quemado sus cartas.

– Tía, yo también he guardado las suyas, ¿debo quemarlas?

– Sería lo más prudente, querida.

– ¡Oh! qué triste…

Se levantó y, tomando mi brazo, me llevó hasta su habitación. Allí, detrás del montón perfumado de su ropa de verano rosa, malva, azul, bajo el encintado sedoso de las frescas batistas, tomó « su pecado », – dijo eso tan sentidamente con una sonrisa tan forzada… ¡Lástima que no la viera!

Ese pecado (que es también un poco el de usted) estaba oculto en un gran sobre; ese secreto era ya algo acabado, muerto, una bella esperanza juvenil para siempre perdida…

– Tía, ¿me permites leerlas una vez más?

– Vas a sufrir por más tiempo; pero lee, hija mía, si ese es tu deseo.

Y mientras leía, yo miraba por la ventana. El ruido imperceptible de las hojitas cayendo, los grandes suspiros, todo ese pequeño drama pasando detrás de mí me entristecía; involuntariamente pensaba: los hombres ligeros son muy culpables.

Pero ella, no pudiendo más, exclamó:

–¡Ah! tía Denise, debes leer también y verás entonces si yo estaba loca creyendo…

Leí. Desde luego, esas cartas bonitas, elegantes, hablando vagamente de otro amor, han podido turbar a mi sobrina; amigo mío, usted ha jugado con ese pequeño corazón; toda su bella moral caía porque usted le escribía a escondidas y esa falta cometida juntos los vinculaba a ambos con un lazo de amistad malsana. Con sus melindroso lenguaje hay que tener buenas razones para no caer arrastrada.

Philippe, la gestión que intento es un poco peculiar, pero Suzanne lo ama, esa es mi excusa: ¿por qué no se casa con ella?

Usted la ha llamado su «consoladora amiga…»

Déjeme poner esa pequeña mano en la suya. Suzanne es voluble, usted podría guiarla, dirigirla. Vamos, hay que desconfiar de las jóvenes demasiado prudentes. ¿Las que buscan amar no son realmente las auténticas? ¿Y no es usted y su egoísmo eludiéndose, lo que las hace volverse irónicas y coquetas, y las arroja en la culpa y en consecuencia a una vida decepcionada?

¿La primera experiencia de amor de una joven muchacha, cuando tiene éxito, no se glorifica mediante el matrimonio? De esta primera e inocente imprudencia nace ese mito, sueño de todas, el matrimonio por amor.

Vamos, querido, abandone el pequeño flirteo, los bailes, los disparos de fusil, la insipidez de sus buenas cenas y conviértase, en Nimerck, en el sobrino de su gran amiga.

DENISE.

P.D. – La pequeña Hélène ha completado con una frase esta jornada. Como Suzanne enjugaba las últimas lágrimas que diamantaban las llamas de sus cartas, mi hija entró en la habitación de su prima. «¿Estás triste, Zon? ¿Lloras? ¿Por qué llora, mamá? – Tiene una pena, ángel mío. – ¡Ah! ¡pobre Suzanne! Es cierto, la vida es triste desde hace unos días… y mi muñeca está en su… y mi pequeño pájaro ha muerto… Me gustaría irme a una estrella, por favor, mama.»

LXXII

¡Rayos, amiga mía!, ¡cómo se le ocurre! Estoy tan poco hecho para el matrimonio como la pequeña Hélène para convertirse en una mujer vulgar. La adorable frase de la pequeña me ha conmovido más que toda la exposición de la pena de la señorita d'Aulnet.

Para pedir la mano de Suzanne haría falta en primer lugar saber si la bonita muchacha aceptaría lo siguiente:

1º Un hombre que la amaría muy *razonablemente* y estaría deseoso de dirigir su vida, su vida como él lo considerase oportuno.

2º Ese hombre posee exactamente quince mil libras de renta. Hasta el momento apenas le han bastado para llevar la vida ociosa que practica; y pide al juego el añadido necesario no obteniéndolo más que de vez en cuando.

3º Ese hombre, una vez casado, estaría pues en la obligación de vivir de las rentas aportadas por su esposa, lo que no bastaría; entonces, queriendo comportarse como un

hombre de honor, se retiraría a la tierra de Luzy que posee (compartida con su hermano), castillo, estanque, granja, coto de caza, prados. Como los ingresos de los cuatro últimos enunciados bastan para mantenerse, pagar los impuestos, conservar el susodicho castillo, con los quince mil francos de renta, la pareja tendría que vivir con estrecheces en sociedad.

Le digo esto en broma, pero es la absoluta verdad. Encuentro odioso consumir los ingresos de la dote de una esposa si uno mismo no aporta más, al menos tanto mediante sus trabajo o sus rentas. Lo contrario me parece una situación inaceptable. ¿No es una especie de venta de sí misma entregando al marido una subalternidad moral completamente degradante?

Si la señorita d'Aulnet tiene como yo quince mil francos de renta, me caso con ella. Pero con esos treinta mil francos seríamos una triste pareja en nuestra sociedad, y tendría que aceptar un entierro de primera clase en Luzy, donde yo trataría de comportarme a la altura de los acontecimientos educando bien a los hijos que ella tendría la obligación de darme, – para distraerme – y tratando de asumir yo solo y sustituyendo la multitud dispuesta de sus admiradores, el palco en la Ópera, las compras o los concierto de las tardes dominicales, la hípica, los martes de la Comedie Française, los sábados de la Opera Cómica, las diversas exposiciones, los estrenos de los múltiples teatros, los paseos de las cinco en punto por la avenida de las Acacias, las sesiones de polo de primavera, las aguas en los balnearios elegantes del verano y las cazas del invierno, sus caballos, sus coches, y Doucet, y Reboux, y el patinaje en diversos salas de hielo, y las claras mañanas, la avenida del Bosque, y los pequeños pastelillos de la pastelería, y las recepciones en casa de las señoras X…, Y…, X…, y los bailes blancos, azules, rosas, etc., etc, – ¡Uf! ¡Estoy agotado!

En serio, si usted considera que hace falta que me case por el muy leve daño que me he visto obligado a cometer, un poco por el amor del imprudente y mucho por amor a usted, me decidiré a ser el afortunado esposo de la deliciosa Suzanne. Únicamente le pido que exponga mis condiciones *sine qua non*; están absolutamente reflexionadas y son serias.

Adiós amiga querida.

¡Ah! ¡qué pena verla dejarse llevar de un modo tan sentimental y alegre hacia ese desconocido terrorífico!

LXXIII

Denise a Philippe

4 de diciembre.

¡Pues bien! no tenga miedo. No he leído su terrible carta a Suzanne, pero la he interpretado y la he resumido.

Ella ha tenido un minuto de vacilación, hay que hacerle justicia; después, muy tranquilamente, dijo:

–¿No crees tía que sería una gran tontería por mi parte casarme en esas condiciones? Philippe se hace el ogro, el barba azul, con ese pomposo anuncio de una eterna retirada a su castillo; ¿sin embargo, si su indolencia se conformase con esa vida no me condenaría? Sus quince mil francos de renta son poca cosa. Yo tengo quinientos mil francos de dote: eso nos proporcionaría más o menos treinta y cinco mil francos para gastar al año – un poco menos de tres mil francos al mes, eso es poco… bien poco.

– Pero yo vivo con veintiocho mil francos, yo, querida, y muy confortablemente. Y además no solo debes ver la cuestión del dinero; ¿tú lo amas? ¿te sientes atraída hacia él? El otro día llorabas, me preguntabas como yo había resistido a su encanto. Eso es amor, Suzanne.

– Sí, tal vez lo he amado. Desde luego es absolutamente atractivo: alto, elegante, distinguido; tiene muy buenas relaciones, ¡pero sabe tan poco aprovecharse de ello! Y además, todos eso para ir a enterrarse todo el año en Luzy…

– Vendrías a pasar tres meses de invierno conmigo, al apartamento desocupado de tu tío; él viene tan raramente a París… Estarás allí perfectamente.

– Pero treinta y cinco mil francos… ¿qué se puede hacer con eso?

– Se puede vivir como vivo yo, rodearse de amigos, recibirlos bien, aunque con sencillez. Alejando a la muchedumbre de los indiferentes, la multitud de los placeres vanos, la multitud de las cosas vacías, a veces incluso aburridas, con los que los mundanos emborronan sus vidas, una se hace una existencia encantadora; vale la pena, te lo aseguro.

–Tú lo pones tan fácil, tiíta; en primer lugar, tú vives en un palacete que mi tío compró cuando se casó, y es muy elegante este palacete. Además, en el verano, vas a Nimerck a casa de tu madre; ese viejo torreón bretón es estupendo; todavía es muy elegante: En fin, tú tienes esa manera de vivir; conocer poca gente, elegir las personas que te gustan, cerrar tu puerta en las narices a los demás que esperan detrás, muriéndose de ganas de ser introducidos y haciendo todo para conseguirlo. ¿Pero yo? yo siempre he sido representativa… y además, aunque quisiera intentarlo, no sabría siquiera fingirlo. Necesito a la multitud para que me ayude a gozar de lo que poseo; me gusta que se me mire en la calle, me gusta el homenaje y la curiosidad de todos. Me hubiese gustado ser reina o gran artista…

–Entonces Philipppe deberá renunciar a la vaga idea de una posible unión contigo. ¿Lo has pensado bien? ¿Debo escribirle una carta en ese sentido?

– Creo que será lo mejor: Luzy a perpetuidad sin la gran vida detrás… ¡brrr! no me siento con fuerzas para aceptar eso. ¡Si aún hiciese algo, ese Philippe! Solamente, dile eso de otro modo, tía, dile que he hecho decir a Aprilopoulos por mamá: «que aún no quiero casarme; que ya tendré tiempo de pensar en ello más tarde »; en fin, arréglalo del modo que pueda conservarlo como flirteo. Reflexionando en ello, Aprilo sería un partido más soportable; huérfano como Luzy, tiene cuarenta y cinco mil libras de renta, un nombre histórico en Grecia; un palacete en Atenas, un palacio en Corfou… y además, está embelesado conmigo, orgulloso de mis éxitos… Evidentemente no tiene el encanto de Philippe… sí, pero uno me adorará mientras que sería yo quién hubiese sido capaz de adorar al otro… ¡Y no hay peor tontería para una mujer que adorar a su marido!

A mi vez, yo me he dicho mentalmente ¡brrr!. Me parecía estar escuchando a mi marido. Confieso pues humildemente mi paso en falso y le ruego que me perdone. Amigo mío, espero no haber turbado en nado, de cara al futuro, su curiosa manera de estar cara a cara el uno ante el otro. ¡Qué cómico me parecería todo esto sino me entristeciera infinitamente a pesar de mi voluntad para reír!

LXXIV

Philippe a Denise.

6 de diciembre

A mí todo esto me parece encantador.

Vamos pues, yo encuentro a mi Suzanne, bonita muñeca inteligente, desde luego, pero sobre todo qué superior como muchacha práctica. ¿A través de que prisma la había visto usted y me la presentaba? ¡Ah! que buen trovador es usted, querida, y como beso con ternura y respeto los bajos de su vestido.

Pero sí, en el fondo estoy contento del giro tomado por los acontecimientos, aunque en la superficie estoy rabioso. En su desdén por mí – observe que lo encuentro natural – su sobrina ha tocado la llaga de mi vida: «¡Si todavía hiciese alguna cosa, ese Philippe!» Esa duda hacia mí, esta eterna vacilación que me hace incapaz de producir sea lo que sea, que me hace incapaz, incluso de ser un marido, – la peor de las condiciones sociales en estos momentos sin embargo, – me exaspera.

Ellas no se equivocan, por ligeras que sean, despreciándonos un poco; nos parecemos demasiado en ciertos aspectos para que sea de otro modo. No se elige un suelo de arenas movedizas para construir su domicilio. En el fondo, hay una gran lección que extraer de su «si todavía hiciese algo». Siento el alma completamente humillada de humildad.

Veamos, mi sabia señora, le pido un consejo: ¿qué diría usted si su amigo se dedicase a hacer política? Es la carrera de las personas que no tienen otra. Grandes peces gordos de mi país me han tentado últimamente al respecto. Yo había reservado mi decisión, queriendo consultar con usted cuando regresara a París; pero los acontecimientos me obligan a comentárselo antes. Usted conoce la situación, déme sinceramente su opinión.

Cariñosamente.

LXXV

Denise a Philippe

7 de diciembre.

Es mi turno de escribirle: ¡Rayos, amigo mío, ¡cómo se le ocurre! Sabe usted que debo darle al respecto una opinión muy seria. Si usted tiene realmente la intención de hacer política, cambie un poco sus armas; atraviese su *escudo escarlata* con una *onda* donde hará grabar esta divisa: *Tener la conciencia pura es un goce superior*. Valdrá, en caso de ser así, la que usted tiene. Los *mirlos* sobre *sinople* no bastarán, ni para usted ni para su patria.

¿Por qué lanzarse a esa agitación estéril donde los políticos debaten?

Hacer política es comprometerse a tener el genio en el momento… y el momento me parece mal elegido para dejarle la facultad de tenerlo. No debe escaparle que estamos en el punto, en el estado, en el que la pequeña Hélène nos ha descrito una tarde a los romanos que « no pueden padecer sus males ni los remedios a esos males». Y además, si lo espartano y su caldo tienen algo de bueno, las costumbres atenienses, indolentes y lujosas, también lo tienen: el arte en proceso, el arte siendo en sus manifestaciones eminentemente aristocrático.

¿Entonces qué? ¿será usted socialista u oportunista? Nos dará siempre «pan y circo», diga lo que se diga los romanos eran filósofos y noblemente inspirados no pidiendo lo uno sin el otro. Y además, fíjese, esta es mi impresión: la política actual nos conduce a no sé qué abismo, y el futuro social se me antoja repleto de cataclismos.

Así pues, tímidamente, le sugiero la buena idea de plantar sus coles. Tengo miedo de ver su rectitud, su lealtad, entrar en esa liza un tanto sucia.

O bien heureux qui peut passer sa vie	O bienaventurado quién puede pasar su vida
Entre les siens, franc de haine et d'envie,	Entre los suyos, libre de odio y de envidia,
Parmi les champs, les forêts et les bois,	Entre los campos, las selvas y los bosques,
Loin du tumulte et du bruit populaire	Lejos del tumulto y del ruido popular
Et qui ne vend sa liberté pour plaire	Y que no vende su libertar para agradar
Aux passions des princes et des rois!	A las pasiones de los reyes y prebostes!

Sin príncipes ni reyes la canción tiene razón y la moraleja es siempre aplicable. Puesto que acudo a la poesía, déjeme acabar de citarle estos versos modernos del poeta Desportes que vivió hacia 1570.

Las! que nous sommes miserables	¡Harto de que seamos miserables
D'être serves dessous les lois	De ser siervos bajo las leyes
Des hommes légers et muables	De los hombres ligeros y mutables
Plus que le feuillage des bois!	Más que las hojas del bosque!
Les pensers des hommes ressemblent	Las ideas de los hombres se parecen
A l'air, aux vents e aux saisons	Al aire, a los vientos y a las estaciones
Et aux girouettes qui tremblent	Y a las veletas que se estremecen
Inconstamment sur les maisons…	Inconstantemente sobre las mansiones…
Leur amour est ferme et constante	Su amor es firme y constante
Comme la mer grosse des flots	Como el mar lleno de olas
Qui bruit, qui court, qui se tourmente	Que ruge, que corre, que se atormenta
Et qui n'a jamais de repos.	Y que nunca tiene descanso.
Ce n'est que de vent qu'est leur tête;	De viento es su cabeza
De vent es leur entendement	De viento es su entendimiento
Les vents encore et la tempête	Aún así los vientos y la tempestad
Ne vont point si légèrement.	No se producen tan ligeramente.
Mais cet ardent feu qui les tue	Pero ese ardiente fuego que los mata
Et rend leur esprit consumé	Y que consume su espíritu
C'est un feu de paille menue.	Es un fuego de paja menuda
Aussitôt éteint qu'allumé.	Tan pronto apagada como prendida
Ainsi l'oiseleur au bocage	Así el pajarero en la jaula
Prend les oiseaux par ses chansons	Mete a los pájaros por sus canciones
Et le pêcheur sur le rivage	Y el pescador sobre la orilla
Tend ses filets pour les poissons.	Tiende sus redes para los peces.

Sin embargo, amigo mío, a pesar de todos mis discursos, haga lo que le parezca. Si usted entra en la Cámara tal vez sea un impertinente y muy desdeñoso diputado, pero sobre todo un hombre decente, lo que es una cualidad cada vez más rara.

En medio de todo esto ¿qué es de su flirteo? Tengo miedo de que no haya en ese asunto un poco de violación moral por parte de la adversaria. ¿Está usted seguro, con todo el trajín de ideas contrarias a la paz del flirteo, como su posible unión con Suzanne y su proyecto de político, haber cumplido con todos sus deberes de buen acompañante de la «pequeña sacudida» que se le ha puesto a tono en coqueterías cerebrales y otras por usted? Haga un examen de conciencia y dígame si no pongo, con una intuición notable, el dedo sobre la llaga.

Ayer, hemos pasado una hora exquisita en la isla de Sena; Germaine, entusiasmada, se sentía una druidesa; regresando le ha entrado su vena marital y ha telegrafiado a su

loco amante para que se reuniese con ella aquí. ¿Si pudiese usted acompañar a Paul? ¿Los Ferdrupt no le pondrían demasiados inconvenientes?

LXXVI

Philippe a Denise

9 de diciembre.

Ha dado usted un ligero soplido sobre el castillo de naipes que su amigo quería edificar esforzándose un poco; se ha caído, no hablemos más de ello. Esta solución no la sorprenderá a usted, que me considera el más indolente de los hombres. De acuerdo; pero va usted demasiado lejos: no creyéndome capaz del menor pequeño flirteo sin tener fuerzas para ello, es exagerar. Violación – he aquí una palabra muy exagerada para un ligero divertimento pinchado, al pasar, en la punta de mi bastón de paseante. La pereza y de la indolencia forman parte de mi manera de ser. A decir verdad, soy un convaleciente: He estado completamente traqueteado estos dos últimos años, he vivido en una atmósfera tan malsana, tanto intelectual como moral, que mi voluntad a punto ha estado de fallar. Todavía no estoy completamente repuesto, pero – un poco gracias a usted – estoy más dispuesto y me encuentro mejor. Déme algún tiempo más.

Me perdonará, mi dulce amiga, manteniéndola tanto tiempo lejos de mi. Mi tiempo es generalmente odioso, pero al menos están permitidas las cartas. Eso es lo que las hace deliciosas cuando vienen de una persona querida. De otro modo se tiene el recurso de no leerlas. Espero que usted recorra la mía y la responda con prontitud. En esa respuesta háble me más de usted de lo que lo hace, eso es para mí un tema más interesante que los versos de Desportes, y que su tesis filosófica sobre la política.

Dalvillers me ha comunicado el despacho de su loca amante, va a partir a reunirse con el objeto amado. Perdóneme que no lo acompañe; estando la señorita Suzanne en Nimerck, prefiero dejar que se haga la paz en su espíritu y lejos de mí. Puede estar segura que ella me culpa de haberse sentido obligada a expresarle a usted francamente su opinión acerca de sus proyectos; estaría agresiva y creo que yo sería cruel.

Como todos los humanos me gusta hacer sufrir un poco, pero este sentimiento no es dulce salvo cuando mediante una sonrisa o un gesto, se puede transformar ese sufrimiento en alegría. No ocurre nada permitiendo derramar lágrimas y enjugarlas con besos. Pero no sería oportuno en estas circunstancias y además me abstengo.

Adiós.

LXXVII

Denise a Philippe.

10 de diciembre.

He hecho filosofía sin saberlo; ¡me encuentro confusa!

¿Cómo quiere que hable más de mí? mi yo esbelto, pálido, moreno ¡es tan poco interesante! además, encuentro mis cartas pesadas. Nosotras, las mujeres, no valemos más que por lo imprevisto de nuestras sensaciones, las cuales sabemos analizar mal; ¿cómo expresarlas bien entonces? De verdad, me encuentro poco atractiva; no tengo otro espíritu que el del corazón y éste es, entre todos, el más tonto. No, no hablemos de

mí, sino de las demás que usted quiere también, de Germaine por ejemplo. ¡Ella siembra nuestra vida de acontecimientos tan divertidos, de respuestas tan atinadas! He aquí una mujer exquisita. Habiéndola conocido muy joven, ¿cómo es que no se ha casado con ella? ¿Cómo es posible que usted no la haya amado?

Granbaud multiplica sus visitas a Nimerck en su honor; gracias a ambos nuestras veladas no descansan. Ayer, tras la cena, la conversación versó sobre los maridos:

– ¿Quieren ustedes por una vez, por un instante nada más, ser sinceras? interrogó Granbaud. – A ver, ¿qué es para ustedes un marido?

– ¡Puf! ¡Vaya pregunta tonta, querido!– exclamó Germaine, –

suena a la presunción de un candidato a amante. ¿Cree usted, hombre de talento, que vamos a criticar a nuestros maridos en su honor? eso es demasiado burgués para nosotras. ¿Un marido? algunas veces es un ser encantador; el mío, por ejemplo, es delicioso; hay personas que, comparándonos, me encuentran más inteligente. No es así: tal vez ambos tengamos una parte igual de inteligencia, solo que nuestros espíritus no habitan en los mismos países.

–¡Delicioso!... pero eso no me dice lo que en general piensa usted que es un marido.

– ¿En general? Bien, es un aduanero… (rostros de estupor en todos nosotros). Sí, hijos míos: ¡un aduanero que debe cuidar la exportación por temor a la importación!

¿No es ocurrente la frase? Esta Germaine está llena de imprevistos. Escuche aún: Usted sabe que mi madre está obligada a dedicar un día a la semana a recibir a sus viejos amigos y vecinos del campo; ellos estarían muy afligidos de haber importunado en vano a sus viejos criados, a sus viejos caballos, de haber usado sobre las piedras y en los regueros de nuestros caminos sus viejos cacharros para venir a encontrarse con las puertas cerradas del viejo dominio. Ahora bien, ayer era el famoso día de mamá. Después del almuerzo nos dispersamos por nuestras habitaciones, unos para escribir, otros para leer o pensar.

Hacia las tres, del lado de la llanura, advertí un coche luchando valerosamente contra una borrasca como solo la alta mar sabe ofrecernos. Todas las puertas y las ventanas gemían, el huracán se encarnizaba; el pequeño punto negro se acercó valientemente cortando la brisa; yo lo vi aumentar de tamaño bajo los pinares. Entonces pensé: una visita; salí de mi habitación y bajé al gran salón. Allí encontré a Germaine sola, instalada en un sofá y leyendo al amor de la lumbre de la chimenea, pero vestida con su chaqueta de fieltro, su sombrero, su velo, su boa y su mantón sobre las rodillas.

– ¿Vas a salir?

– No.

– ¿Acabas de entrar?

– No.

–¿Cómo que no? ¿Entonces a que viene que estés así vestida?

– Te diré, querida, que he observado el pasado martes, lo siguiente: cada persona que viene a visitar a tu madre, al cabo de un momento de confortable instalación en una de esos sofás Luis XVI, exclamaba: «¡Dios, qué buen tiempo hace en su casa, querida señora; ¡realmente tengo demasiado calor!» Yo, ese mismo martes, estuve helada toda la jornada a pesar del calefactor y un fuego considerable para asar varios cerdos en esta amplia chimenea. Pero, en un salón semejante, no hay ni fuego, ni colgaduras, ni alfombras, ni contraventanas, ni cortinas! ¿Qué recursos tienes contra ocho ventanas, seis puertas, noventa metros cuadrados de superficie y seis metros de altura hasta el techo? Vale la pena luchar, también yo actúo con astucia. Querida, habría tenido la carne de gallina dando la mano a un hombre decente, si éste se hubiese arriesgado a tocarme. Entonces, hoy, no he dudado, me he vestido para la ocasión. Estoy muy bien

por otro lado, lista para decir como los demás: « Dios, que bien se está aquí, etc.» ¿Estás ahí, mi Tanagrette?

He aquí uno de sus encantadores cohetes; brotan espontáneamente al son de su capricho.

Ayer, fue a ver a Sainte-Anne-la-Palud a la vieja dama Le Thiludec, aquella que dijo sobre ella las maliciosas palabras en relación con usted.

Mi madre, un poco temerosa de las bromas de la indisciplinada Germaine, antes de dejarla subir al coche, le dijo:

–Prométeme, hija mía, no decir nada incorrecto a esa vieja amiga de tu madre y mía. Olvida lo que ha dicho de ti: eso poco te ha perjudicado; nadie en sociedad le ha prestado atención; siempre ha sido de lengua tan viperina que sus calumnias no tienen ningún alcance. ¿Me prometes, querida, simular ignorar sus despreciables cotilleos?

–¡Ah! querida señora, de gran corazón. No abriré la boca; ¡estoy muy por encima de eso! ¡Si usted cree que me rebajaré a sacar a colación las incongruentes palabras de esa vieja loca, es que no me conoce! Voy a verla por deferencia hacia mamá y a usted; pero no diré nada, absolutamente nada, ¡nada de nada!

Cuatro horas después, la vimos descender del coche ante la escalera principal, animada, fresca, lozana por el aire de la llanura, bonita como un colibrí; atravesó rauda el vestíbulo, entró en el saloncito donde mi cuñada, Suzanne y yo conversábamos, y, desde el umbral, exclamó agitando su pequeño manguito emplumado y florido de un modo desesperadamente cómico.

– ¡Ah! ¡hijas mías! ¡Ah! ¡hijas mías! ¿Sabéis? ¡He dicho todo!, pero todo, todo, e incluso más! ¡Ah! ¡qué escena!

Nos reímos un cuarto de hora mientras ellas, imitando a la gruesa Le Thiludec, nos contaba su visita, su disputa cortés, y hasta los ladridos del perrito faldero de la vieja condesa.

Luego, deteniéndose bruscamente, tras una pausa seria que parecía descubrir y hacer surgir en su cerebro ligero una reflexión llena de sabiduría, dijo:

–Fijaos, en el fondo soy como Jules Renard: ¡cuando tengo algún problemilla con una persona, me gustaría verla muerta de inmediato!

¿Es esta una carta, amigo mío, más filosófica que la otra?

Regresaremos todas y todos a París el 23. Germaine y yo lo invitamos a cenar, a solas los cuatro, en mi casa, al día siguiente de nuestra llegada, will you?

LXXVII

Philippe a Denise

12 de diciembre.

Acepto gustoso su invitación, pero le ruego que me deje invitarles a mí cenar en el cabaret. No diga que no; me apetece esa fiesta. Después, podremos ir al teatro o escuchar la misa de medianoche, según gusten las señoras, pues estaremos en el 24 sin que puedan tener la menor duda. Celebraremos la navidad a continuación.

Voy a pensar en el menú; ¿qué puedo inventar, a fin de que sea más exquisito que los suyos, señora Denise?

By God, estoy emocionado.

Germaine, ayúdeme, aconséjeme; inspíreme una combinación de platos raros, sorprendentes. Lucullus cenando con Lucullus, eso es lo que necesito realizar.

Adiós, señora Tanagrette; no tengo nada más que decirle, tan absorbido estoy por la confección de mi menú, y por la dicha de pensar que tendré para mi solo durante esa noche de Navidad, a las dos que quiero. ¡Paul no cuenta!

LXIX

Denise a Philippe.

Sábado, 14 de diciembre.

Paul deseña sus insultos y lo trata de polizón aceptando este pequeño desenfreno; yo estoy ilusionada. ¿Lo creerá? jamás me ha ocurrido ir a cenar al cabaret. No confesaré eso a las buenas amigas… ¡cómo se burlarían de mí!

Adiós, querido amigo. Hasta el martes a las ocho. Llegaré con los Dalvilliers a Paillart – nos ha dicho Paul que es su restaurante habitual.

LXXX

Philippe a Denise.

Domingo, 15 de diciembre.

¿Quiere ser exquisita? Déjeme ir a recogerla. Estaré el martes hacia las seis en su casa. Tendré una buena hora y media para verla, yo solo, en un gran recogimiento, y eso es por lo menos lo que me hace falta depués de una tan larga ausencia. Nuestra amistad tiene necesidad de esa entrevista. Me hubiese gustado que usted también así lo hubiese sentido, dear.

Your as ever.

LXXXI

Denise a Philippe.

Lunes, 16 de diciembre.

No habría deseado otra cosa, amigo mío, que recibirlo antes de nuestra salida, pero Germaine y Paul, habiendo dispuesto las cosas de otro modo, y, teniendo ganas de ese particular cara a cara (lo que hubiese podido sorprenderles un poco), no me he sentido bastante hábil para retomar mi libertad y cambiar el orden y la marcha de esta decente cita.

Por lo demás, eso no tiene mayor importancia.

Adiós; estamos en plena organización de baúles, inventario de la casa con el jardinero y su esposa. Esta valiente tía Callac me ha interrumpido al menos seis veces mientras le escribo. Cuando se tiene que organizar una casa, ordenar, cerrar, ya no se tiene el derecho de pensar en otra cosa, una está tomada por la estúpida materialidad de la existencia. ¡Es entonces cuando mi sangre medio bohemia se revela! A mamá le gusta eso. Nada deba faltar a la llamada. Antes, con la ropa, ante esos armarios repletos y esas

pilas de sábanas numeradas a pares que había que mirar y reclasificar con las sirvientas, tuve ganas de llorar.

¡Oh! ¿dónde estás, caravana de mis antepasados? ¡Cómo te echo de menos!...

Hay que perdonarme y no olvidar, señor civilizado, que mi tatarabuela materna fue una zíngara tan bella que un gran caballero la esposó. Hicieron juntos algunos pequeño bohemios, creo que dieciséis. En esa época no se vivía humildemente de ningún modo. Se encuentran por casualidad en mí mil veces más glóbulos de sangre de la gitana que del gran señor – tanto que algunos prejuicios sociales no me preocupan demasiado, de ahí mis tendencias un poco socialistas, – y tengo de la abuela Rurika, extraño nombrecillo duro como un grito de guerra, mis cabellos azules, mis labios demasiado sanguineos, mis ojos demasiado negros y mi tez de muerta.

Adiós. Ya espero hasta las ocho: volver a verlo me resultará dulce.

LXXXII

Philippe a Denise.

Martes, 17 de diciembre.

¿Tiene algún deseo de volver a verme? no dudaría de ello… Pero hace usted prueba de una inhabilidad insospechada por mí hasta ahora. ¡No haber sabido desbaratar los planes de Paul!... La quiero.

No me sorprende saber que tiene usted sangre gitana en las venas; son los días en los que tiene usted ojos de fiera, la mirada cruel, terrible. ¿De dónde procede ese nombrecillo de Rurika? Debería investigar eso.

Pero háble me un poco de las descendencias de raza y dígame de quién puede heredar Hélène su bello toisón de oro, sus ojos azules, su tez transparente, pálida y rosada. Pues las señorita Suzanne me ha dicho que su marido es moreno también.

Adiós. La quiero, ya lo sabe.

LXXXIII

Denise a Philippe

Nimerck, miércoles 18 de diciembre.

Espero que no sean serios esos dos terribles: « La quiero ». – ¿Es cierto? ¿me quiere usted, malévolo amigo voluntario?

Vaya con el curioso: quiere saber, y, tomando las moscas con vinagre, contra toda regla establecida, pide detalles a la pobre propietaria de los ojos de fiera. Es usted educado, usted, ¡magnífico!

Todo lo que sabemos de la abuela Rurika, es que fue encontrada por Michel de Grodnoy, su marido, en Lituania, en el gobierno de Volhynie donde él poseía unas tierras. Iba allí muy raramente, siendo muy ruso y en consecuencia detestaba a los polacos.

En el lindero de uno de sus bosques se habían instalado unos gitanos. Una mañana, Michel, bajó el alto monte, se cruzó con la bella Rurika. Ella regresaba de la fuente y llevaba sobre su cabeza un cántaro lleno de agua. Rurika envolvió con una mirada acariciadora al noble que ella sabía ser el señor de la tierra, y le dijo:

– Salud. Mi cántaro está lleno. Estoy feliz.

Luego, orgullosa, pasó.

Entre nosotros, en Rusia, es señal de buena suerte encontrar a una muchacha cuando regresa de la fuente con su cántaro lleno, y señal de desgracia encontrársela yendo con él vacío.

Mi abuelo, golpeado por el famoso flechazo, siguió largo rato con la mirada a la bella criatura medio desnuda bajo sus harapos, bella como una estatua, caminando «orgullosa y con los ojos bajos».

En definitiva, se prendó; creo que intentó no casarse; pero los bohemios son orgullosos. Una mañana no se les volvió a ver en el lindero del bosque. Habían huido, llevándose a la diosa.

Michel hizo ensillar su caballo, los alcanzó y se casó.

Probablemente ese matrimonio le suscitó disgustos en las altas esferas en las que gravitaba su vida: al cabo de un tiempo abandonó Rusia y vino a establecerse en Francia.

El padre de Rurika se llamaba Rurik: ese gitano pretendía que todos los Rurik descendían del fundador de la dinastía rusa. Si creemos en su leyenda, habría descalabrado él solo la escala social. El Abuelo Michel de Grodnoy era muy rubio, la abuela Rurika, muy morena.

Hélène-Micheline-Rurika –esos son los tres nombres de pila de la pequeña Hélène – heredó únicamente del antepasado su pureza eslava. Se producen estas sobresaltos en las razas: la herencia es la memoria de la especie.

Mi madre, Valentine-Micheline-Rurika, era rubia antes de ser canosa. Gérald-Michel-Rurik es castaño claro; mi padre era moreno, y yo Denise-Micheline-Rurika, soy completamente morena. Y eso es todo. No sé más sobre los Michel y los Rurik de Grodnoy, salvo que uno de sus hijos fue guillotinado bajo el Terror, como un príncipe, dos días después de la caída de Robespierre. Esta muerte de un Michel Rurik de Grodnoy no hizo gran ruido en plena tormenta. De aristócrata que era su padre, él se había convertido en peletero. Tal vez fue acusado de haber vendido abrigos que calentaron los bellos hombros de las austriacas; no lo sé. Sus hijos siempre se dedicaron a la peletería, los viajes a Nijni-Novogorod en los tiempos de la feria de Makariev, y tomaron lo que se llaman profesiones liberales, así denominadas probablemente porque liberan rápidamente a aquellos que las eligen de la buena fortuna adquirida por sus padres en el negocio.

Uno de los hijos de éste se hizo soldado y murió en Rusia, en el paso de la Bérésina. Es el único hecho más o menos ruso que haya ocurrido en la familia, pues me niego a creer que las manifestaciones Cronstadt-Toulon sean un acercamiento intentado por nuestros parientes rusos; hay que ser modesta… ¡yo lo soy!

¿Quiere usted una brizna de lavanda? acaban de traerme unos frascos. Se echa en las habitaciones y en los armarios para perfumarlos. La modesta y deliciosa flor, con tono azul tan fino, tan perfumada tan suave y tan fresca.

Adios.

LXXXIV

Denise a Philippe

Paris, 25 de diciembre.

Es usted cruel y sabe hacer sufrir con refinamiento, vertiendo la ironía y mirando crecer el dolor hasta el punto que le place; luego, una palabra de consuelo, remontando

el corazón dolorido, exigiendo su calma y su alegría como usted ha exigido, en una voluntad mezquina, tamizada de egoísmo y bien poco viril en definitiva, sus latidos dolorosos y su angustia enloquecida.

¿Todo esto fue porque no he sabido mentir a nuestros amigos, traicionar su confianza y recibirlo como usted exige?

Lo perdono; pero me ha apenado mucho, mucho, y por su culpa he pasado una triste cena de Navidad. ¡Ah! ¡qué nervioso es usted! torturador y bueno, fútil y serio, orgulloso y sencillo, vanidoso y modesto, ser de capricho y fidelidad.

Se asombrará con esta carta, por supuesto, creyendo haber compensado sus aguijonazos por la tierna amistad desplegada en la velada y durante la cena. La influencia expansiva de su espíritu me ha reconquistado, desde luego; pero yo lo amaría menos brillante y más preocupado de la felicidad de aquellos que le son a usted queridos.

No conozco a nadie en nuestro mundo que lo iguale a usted, no lo conozco en absoluto. Y sin embargo conozco a algunos hombres muy eminentes. ¡Qué fuerza podría surgir en su espíritu si usted no fuese tan indolente como una muchacha, nervioso y caprichoso como una mujer!

Paul me ha dicho la pasada noche: « es un espíritu superior.» Pero usted me había hecho sufrir demasiado y no he podido responderle: tal vez… pensaba yo: el espíritu no lo es todo; el corazón significa algo también y su corazón es malvado.

LXXXV

Philippe a Denise.

26 de diciembre.

No, no, no soy malvado, pero he estado apenado también. Y cuando la he visto llegar tan sonriente, tan bonita, bonita hasta volverme loco, he sufrido por no haber tenido ni un solo minuto con usted a solas, para envolverla, después de tanto tiempo sin verla, para mirarla, para admirar lentamente recogido, fervoroso de usted como de una Virgen.

He sufrido con el banal beso depositado sobre el guante; he sufrido por no haber tenido, al encontrarla, su auténtico *Usted*, el que amo. Usted se comportaba de otro modo en ese cabaret, manteniendo una actitud curiosa en la escapada, una compostura fútil, coqueta, seductora. Si yo la he hecho sufrir, fue ese *Usted* que allí veía, lo reconozco, lo que me alegró ver diluirse en ese sufrimiento.

Mi querida Tanagrette, sea indulgente, no se burle de estos prontos de mi carácter; después de todo constituyen toda mi pequeña personalidad. Los inquietos entre los que me encuentro no pueden aceptar nada de lo que provoca las alegrías de los demás. Ellos buscan nuevas emociones, y sencillamente porque está en su naturaleza. Tanto en humanidad como en política, en música, en literatura, en filosofía, no les gusta lo que no es, lo que no puede ser. Pero porque somos de los inacabados con violentas aspiraciones, de altas miras, de los dolorosos sueños no teniendo ni la fuerza ni el poder de actuar para intentar llevar a cabo nuestros sueños realizables, no se nos debe despreciar. Al contrario, los árboles estériles, los frutos secos que somos son el buen estiércol que fecunda la tierra donde los demás siembran. El corto camino que recorremos en el bajo monte y el enmarañamiento de los boques vírgenes, activa y prepara la entrada de los investigadores, « cerebros servidos en bandeja » éstos y los

genios perfectos tal vez nos sean deudores de las grandes personalidades que son, y las grandes obras que producen.

Yo me desprecio por haberle provocado una pena por ligera que sea, y le pido perdón de rodillas, como un niño arrepentido, muy triste por la pena que ha causado.

LXXXVI

Denise a Philippe

27 de diciembre.

Está perdonado. Le diría más bien lo que Michelet decía de San Juan en relación a sus evangelios: « El carácter de esos discursos es inimitable.» Pero realmente, ¿por qué una inteligencia penetrante y no creadora, debería sufrir tanto en nuestra amistad?...

No voy a atreverme a rechazar la menor entrevista, por miedo a pagar el pato – como dicen los pilluelos – no abuse de ello, malévolo amigo.

LXXXVII

Philippe a Denise.

28 de diciembre.

¡Qué dulzura tener por amigo un corazón como el suyo! Usted acepta sin rebelarse la apoteosis del egoísmo. Mi pirronismo me da vergüenza; es usted quién es el alma blanca y no yo.

¿Quiere hacerme feliz más allá de lo que pueda decir? Déjeme ir cada día cinco horas a verla, a escucharla, a vivir una hora o dos su vida. Leeremos, interpretaremos música, tendremos a Hélène, esa armonía viva, entre nosotros. ¿Quiere usted? Digámelo.

LXXXVIII

Denise a Philippe

29 de diciembre.

Sí, quiero. ¡Aunque no es muy razonable será tan encantador!

Vamos a vivir en un corazón a corazón envidiable… ¡cuidado con los cotilleos!

¡Bah! procuraremos, al menos durante un tiempo, esquivar a la gente. ¿Pero no teme cansarse de mí, de Hélène y de la casa, al cabo de pocos días?

Tengo un poquito de miedo de no proporcionar un alimento espiritual bastante sustancioso a su gran apetito. ¿Sabe usted que he buscado en el diccionario lo que quería decir « pirronismo »? He ahí una prueba de la pobreza de mi entendimiento; ¡incluso se me escapan las palabras! En fin, prométame ser indulgente y no incluya en nuestras entrevistas cotidianas ese suntuoso pirronismo. Sea el perro bueno que en vano busco en usted desde que me ha indicado su presencia, y conserve su costumbre de

dudar de todo en nuestros encuentros en sociedad, hábito que le confiere un leve aire de frío desdén, muy elegante.

Adiós. ¿Hasta las cinco, entonces?

LIBRO III

Las mujeres se aferran a los favores. Como el noventa y nueve por ciento de sus ensoñaciones habituales son relativas al amor, después de la intimidad, esas ensoñaciones se agrupan alrededor de un solo objeto…

……..

Nada tan interesante como la pasión; es que todo allí es imprevisto y que el agente es la víctima…

…….

Nada mata el amor-gusto como los arrebatos de amor-pasión en el compañero…

……..

El amor es la única pasión que se paga con una moneda que se fabrica a sí misma.

……..

Una alma hecha para el amor no puede disfrutar con transporte ninguna otra dicha. Ella encuentra, desde la segunda vez, en los pretendidos placeres del mundo un vacío insoportable; cree a menudo amar las bellas artes y los aspectos sublimes de la naturaleza, pero estos no hacen más que prometerle y exagerarle el amor, si es posible, y ella pronto se da cuenta que le hablan de una felicidad de la que ella ha decidido privarse.

STENDHAL.

LXXXIX

Philippe a Denise.

26 de marzo de 18…

Unas insignificantes y absurdas circunstancias son el motivo de que no haya podido ir a su casa tal y como le había prometido y deseaba. Espero que me perdone. Le suplico que no me responda, como a Chevrignies que se excusaba al no haber asistido a una de sus veladas:

«Ni siquiera me he dado cuenta de su ausencia.»

Esta tarde estoy completamente libre, y si no le molesta recibir a un desdichado en horas melancólicas, envíeme una nota a mi casa y otra al círculo, pues no sé aún a donde me conducirá mi tedio.

XC

Denise a Philippe.

26 de marzo.

No venga esta tarde, más vale así; compadezco su melancolía, no me asusta, pero sería capaz de conmoverme demasiado.

El baño maría en el que debemos mantener nuestros corazones no tiene necesidad de esas pequeas sesiones de buena camaradería donde usted me explica con elocuencia, sobre todo con persuasión, que quiere un poco más que nuestra tranquila amistad.

No sé lo que expermento exactamente, pero después de estos tres meses frecuentándonos casi a diario siento un lento trabajo producirse en mi; me arrastra a escucharle, a obedecerle. ¡Son unos minutos en los que siento tan bien su presencia, el tema que usted ha elegido, que le pertenezco! tengo que luchar conmigo mismo.

Perdone lo que voy a decir: a veces me parece que me conquistará friamente, a su pesar, como por una revancha, usted al que yo antaño y con total involuntariedad he hecho sufrir. No diga que eso es falso, que es un cálculo monstruoso indigno de usted. Eso lo sé, estoy segura de ello; pero los acontecimientos que han dirigido nuestras dos vidas me inducen a pensarlo, menos aún a pensarlo que a sentirlo.

Constituía para mí una gran imprudencia, y ahora lo comprendo, verle todos los días, vivir en esta intimidad amistosa. Usted me hacía los honores de su espíritu, delicado, con una refinada gracia, una afectación de bonhomía perfecta. Atento a mis menores deseos, correcto, franco, sutil, usted me ha mantenido bajo el encanto y hecho su esclava; *para hacerme feliz*, ¿dirá usted? La dulzura de permanecer en esta envoltura no me impide sentir la esclavitud.

Usted ha estado gruñón anteayer, en esa velada con los Dalvillers, incluso malévolo cuando me hablaba como si se vengase en mi persona de todas las mujeres en general, y de una tal vez en particular. He sufrido finamente muy dolorosamente: un sufrimiento de la misma naturaleza que la alegría causada antaño por su tan corto telegrama, ¿se acuerda?

Tengo el alma delicada y nerviosa, es porque resistía en darle esa amistad tierna que usted imploraba. Lo tierno no va conmigo sin un poco de lágrimas, y ya he llorado tanto…

Entonces, sin enfadarme, me reprendo, teniendo la sensación de que tal vez usted sea feliz, aligerado de un afecto demasiado pesado.

Ya no seremos más, ¿no es así?, amigos viviendo en un corazón con corazón lleno de confianza, sino los amigos de los meses del pasado otoño, un poco banales e indiferentes.

XCI

Philippe a Denise

27 de marzo.

Y bien, puesto que estas tenemos, déjeme pasar por su casa antes de las dos. Usted no me ha comprendido, y pienso que dos palabras justificarán los reproches que me ha dirigido.

He querido suicidar al viejo hombre por la pasión que hace tiempo me arrastraba hacia usted. Usted lo ha impedido. Después, me he divorciado voluntariamente, con toda esperanza de alegría superior, del amor. La facultad de creer en otras mujeres, de amarlas, ha muerto en mí. Un cierto o, mejor dicho, un incierto deseo solamente, ha sobrevivido fantástico, irrealizable, punzante; todavía tiende a desaparecer, y es cuando yo hundo una mirada en la nada hacia la cual usted me ha empujado y donde flota mi alma, como yo siembro de acerbas mezquindades mis burlas.

Conoce usted ahora esta porción infirme de mi individuo donde se ha agitado y cumplido el poema extrañamente doloroso de mi amor decepcionado; no haga caso pues nunca de mis ironías.

Métase bien en su cabeza que *sin amarla*, la amo seriamente. Lo demás ya se lo explicaré.

XCII

Denise a Philippe

28 de marzo.

Me lo esperaba; usted me ha persuadido y he creído todo lo que quería que creyese, y ha sido exquisito, fraternal, afectuoso, tierno. ¿Pero… pero, todo eso es razonable?

He sentido por primera vez entre nosotros algo indefinible, verdaderamente dulce, nunca experimentado ni entrevisto en nuestra rara amistad. Pero « porque me gusta escuchar cosas nuevas, debo soportar a continuación la turbación de mi corazón.» Esa turbación me ha causado un goce delicioso. ¿No vaya a creer?... ¡No! ¡no! Usted sabe demasiado bien cuan arisca soy, temerosa del rozamiento como un mal, completamente desdeñosa de la caricia.

Suya espiritualmente (en el sentido eclesiástico).

XCIII

Philippe a Denise.

30 de marzo.

¡Cómo la amo! No puede tener ni idea del bien que me ha hecho su carta. La he encontrado regresando de casa de la señora d'Aulnet; su cuñada me había informado que el 26, es decir hace tres días, el día de su carta ofendida, que usted le había anunciado su marcha para Nimerck, en los primeros días de abril. He recibido una verdadera ducha de agua fría con esa noticia. ¿Por qué no me lo había dicho? Luego me he retractado; ¿así que no se va usted tan rápidamente, señora?

Me siento tan abandonado cuando usted no está aquí; no se imagina el bien que me produce su presencia. Es como un aire sano y vivificante, flotando en torno a mí; hasta impide germinar en mi espíritu tormentos innatos.

Desde nuestras deliciosas citas a las cinco, no he disfrutado más; usted me ha dado lo que Spurzheim, « fundador de un nuevo lenguaje psicológico, tiene, mediante un ingenioso neologismo calificado como *aprobacionidad*. » –Su *aprobación* me hace vivir.

La maravillosa rectitud de su espíritu me obliga a rectificar el mío. Como la bella Sanderson, me gusta que se me quiera. Soy de los que hubiesen hecho cualquier cosa, si hubiese podido persuadirme de que se esperaba la eclosión de esa cosa. La duda de mí mismo, el desdén y la certeza de la ineficacia de mis esfuerzos, la nada donde ellos se sumen, todo eso hubiese combatido y vencido por la *aprobacionidad*. Solamente usted podría dispensármela; la he encontrado demasiado tarde; pero al menos permanezca cerca de mí; no me deje volver a caer en el juego de esta vida ociosa de donde me ha sacado a medias.

Siga siendo mi amiga para sobrevivir y mantener en vilo mis energías.

XCIV

Denise a Philippe.

31 de marzo.

Mi querido Philippe, me hace usted sentirme casi orgullosa. ¿Hay una sensación mejor que la de sentirse útil a aquellos a los que se ama? Pero a pesar de mi deseo de acudir en su auxilio, necesito partir. Hélène ha sufrido unos síncopes, usted lo sabe; he consultado con Robin y Félizet; me han dicho: «Váyase, déjela vivir al aire libre y destrozar sus bonitos vestidos con los juncos de sus landas, ese es el tratamiento que necesita », – es por eso por lo que me voy.

Pero vendrá usted a reunirse con nosotras; yo también me he acostumbrado a usted, a sus humores tan cambiantes como las nubes, a sus bromas, a sus aprobaciones. Marcho el 10 de abril; Pascua es el 14. Venga a pasar las fiestas con nosotros, querido.

Mamá viene conmigo. Está triste por las malas noticias de Gérald. ¡Ah! ¡ese Tonkin! ¡que ya ha dejado a madres sin hijos! Mi hermano habla de pedir un permiso. El pobre muchacho debe estar muy enfermo para pensar en descansar.

Esperando mi marcha, venga a menudo; retomaremos nuestras conversaciones diarias. Va usted a perderme un poco; no sea más, durante esos últimos tés servidos tan cariñosamente por Hélène, el querido tirano que se ama a pesar de todo.

XCV

Philippe a Denise.

10 de abril.

Mi querida amiga,

Déjeme en primer lugar, comenzando esta carta, volver sobre la confidencia que le he hecho al despedirme. No creo – esta cuestión es tan delicada – haber faltado a mi deber diciéndole lo que le he dicho. Me ha parecido que usted no estaba suficientemente advertida, ni lo bastante convencida, y que tenía interés en eludirlo. Ahora actúe como le plazca cara a cara con la señorita d'Aulnet; pero cuento con su absoluta discreción.

Ha abandonado usted muy oportunamente París. Tenemos un tiempo insoportable. Eso me hace desear ir a reunirme con usted. Pero se me ha hecho observar que mejor sería *para usted*, esperar el momento en que todo el mundo esté allí. ¿Qué piensa de eso? A mi me enoja; sin embargo no quiero ser egoísta y lo someto a su juicio.

La sociedad es mal pensada y estúpida; sin embargo es peligroso tenerla en contra. ¡Qué hay más frágil que la reputación! ¡Que fácilmente es acogida la verosimilitud del mal! ¡Con qué mala intención se interpretan las acciones y las palabras, con qué estrechez de espíritu, que falta de indulgencia y a menudo de inteligencia!

Esas exclamaciones tal vez la sorprendan, pues yo no soy de una naturaleza exclamativa; pero me han sido sugeridos por un asunto muy penoso y grave en el que me encuentro mezclado y del que no puedo contarlo por carta, pero que seguramente llegará a sus oídos y que, por el momento, ha relegado mis preocupaciones personales a un segundo plano.

¿Sabe usted, señora, que hace aproximadamente dos años y medio que usted me escribe estas cartas que me asombraron y me interesaron, y fueron por así decirlo el principio de nuestra amistad? ¿Qué piensa de ello? ¡Qué camino hemos recorrido desde entonces!… A usted debo, querida, algunos buenos momentos pasados durante estos años más bien tristes que alegres. Le estoy por ello agradecido. Espero, por mi parte, no haberla hecho sufrir demasiado. Me doy a mi mismo este testimonio de haber tenido siempre por usted un creciente y fiel efecto, así como una gran estima.

Usted tiene una parte en mi vida, en su aspecto más noble y más delicado. Escríbame pronto.

Suyo, muy afectuosamente.

XCVI

Denise a Philippe.

Nimerck, 12 de abril.

¿Entonces no vendrá? Esa idea me ha lacerado el corazón todo el día. Me imaginaba la alegría que experimentaría estando a solas con usted en esta bella campiña, antes de la llegada de todas esas personas. Sentía que le habría mostrado un *yo* aún desconocido por usted, el yo fraternal, tierno, calmo y confiando en su afecto. ¡Pobre afecto que hay

que ocultar y fingir en una actitud de indiferencia! ¡Pobre amistad ardiente, tan leal y tan hecha para ser calumniada! Esos días prometidos se me aparecían en una gran dulzura.

Realmente, amigo mío, ¿no hace más que dos años y dos meses que nos amamos? Nuestros corazones, me parece, se unían bien antes, como de un modo latente. Nada puede hacerme más feliz que escucharle decirme: « Le debo algunos buenos momentos pasados durante esos años.» No me esté agradecido, querido; me gustaría darle más, más de mi vida, más de mi valor soportando los pequeños males, afrontando los enojos, los dolores de los días y los años que pasan. No hablo de mi corazón; usted lo tiene por entero, en su más alta, su más leal y su más delicada expresión.

DENISE.

P.D. – No quiero faltar a mi rol de mujer que es situar los asuntos más importantes en una miserable post-data, al final de una carta llena de naderías.

Puede estar tranquilo, amigo mío, en relación con la confidencia que me ha hecho. Crea que hay entre nosotros la secreta solidaridad de dos seres francos, que una misma alta estima de sus actos y de sus pensamientos encadena. Ha hecho bien en advertirme. Su confidencia me ha contrariado y afectado; entristecida porque se trata de mi sobrina que la tolerancia de su abuela extravía; afectada, porque es estimarme librándome a tal secreto. Le juro que lo mantendré inviolable.

Desgraciadamente tengo miedo de que la muchacha no sea mezquinamente viciosa, curiosa por cosas malsanas, pues no tiene la excusa de ningún extravío del corazón, ella no está animada por ninguna pasión. ¡Ah! querido, ¡qué hipocresía de Dios y de la sociedad como la misa escuchada cada domingo y las continuas mentiras a la madre, mi pobre cuñada Alice, ¡tan recta, tan dulce, ella, para aliviar sus preocupaciones!

Se tiene el derecho de ser una apasionada; pero no se tiene el derecho de ser una cualquiera.

Usted me asusta con esa otra historia « muy penosa y en la que usted se encuentra involucrado ». Aquí, en la recogida tranqulidad, envuelta en el encanto que expanden los árboles, las flores, el mar, en el aire que hay a nuestro alrededor, me parece que en París todos los hombres y mujeres llevan una vida malsana. Esa agitación mata su auténtica fuerza, altera su moral y hace de esas personas unos desdichados sin corazón, sin ternura, sin pasión, sin valor; banales solamente capaces de charlatanismo, de futilidad y de placer; culpables unas veces, inconscientes siempre.

Perdone el garabateo de esta carta, y la tinta desplegada prolongando las palabras. Me he movido tres veces mientras le escribía. La primera, para indicar un tono a los pintores que se afanaban en un techo amarillo dorado semejante a un cólera de pajarillo. La segunda, para elegir en el invernadero, con el jardinero, las plantas para poner al borde de los parterres. La tercera, para hacer albóndigas de carne cruda que una joven aldeana enferma y pobre viene a comer cada mañana.

Se reirá usted, mi muy aristócrata amigo, viéndome en la cocina, con las mangas arremangadas, cortar con encarnizamiento y un cuchillo – ¡el encarnizamiento solo no sería suficiente!– el trozo de filete, luego sazonar la carne con sal y pimienta y servir a mi enferma esas albóndigas rosadas que le proporcionan fuerza y vida. Con un vaso de buen Burdeos a continuación, hela ya atiborrada para un día. ¿Darle dinero para que lo hiciera ella? No lo haría. Jamás podrá usted decidir a un aldeano a comprar carne, ni hacerle comprender que esa carne comida todos los días puede salvarle la vida.

Desde mi llegada aquí la cuido, y la pobre digiere ahora y siente sus fuerzas florecer, y yo estoy muy contenta con mi cura. Pero usted, amigo mío, usted gana una carta embrollada, inconexa, una nadería de carta y una post-data que no acaba nunca.

XCVII

Philippe a Denise.

14 de abril.

Carta y post-data han sido devoradas. Escríbame muchas como esas, eso es todo lo que le pido; su pluma cabalga del mismo modo que un caballo de raza. Amo sus cartas.

He cenado ayer en la calle Murillo; hemos pasado la velada en el jardín, mirando lo mágico que está el parque Monceau por la noche. Suzanne, a quién he tenido el placer de inquietar con un vago proyecto de un próximo viaje a Nimerck, ha acercado más su oído. Entonces, me he reído, – lo que la ha ofendido – y me ha dicho frases picantes que me he tomado en serio *con la mejor fe del mundo*. Finalmente, nos hemos enternecido ambos *con la misma* fe y se me ha hecho prometer que esperaría.

Hemos representado una divertida comedia, se lo juro. Su suegra seguía ese tejemaneje de lejos con mirada conmovida. Su cuñada, mucho más triste y sombría, evitaba mirarnos. Lo más cómico, es que el joven adjunto de la embajada, enviado desde Grecia por su marido y rendido de amor ante su sobrina, nos seguía melancólicamente con los ojos. ¡Pobre Poulos!

He hecho algo loable: he salido de la casa de la señora d'Aulnet con ese buen Aprilopoulos y, como quién no quiere la cosa, le he hablado de cosas serias y trascendentes que se pueden mantener ahora en sociedad con las jovencitas: « Fíjese, antes acabo de tener con la señorita d'Aulnet una conversación de lo más…» He visto el alma inquieta de Poulos renacer sobre su bello rostro griego, y no dude que gracias a mí él haya soñado esta noche con una Suzanne casta de pensamientos, inocente de porte, entre varios solterones parisinos.

Eso es todo. Esa noche he hecho méritos, no para la patria, sino para las madres de familia.

Adios, la amo.

XCVIII

Denise a Philippe.

16 de abril.

He tenido una percepción muy clara del rostro de Aprilopoulos escuchándole a usted, eso me ha hecho sonreír. Pero henos aquí pués. *Se* le ha hecho observar que debe esperarlos para venir a verme. Detrás de ese *se*, entreveo a mi suegra adoctrinando a su nieta, pues a la desdichada Alice, tan resignada de carácter, tan preocupada por el porvenir de Suzanne, no se le habría ocurrido. Apripoulos le parece realmente formal y le gustaría verle ya convertido en su yerno de lo encantador y bueno que es. Pero Suzanne alega que ella no quiere abandonar París. Cuando tienen veintidós años, no se casan a las hijas como una quisiera. Trate pues, persuasivo como es usted, de decidir a la niña mimada, a la niña terrible, a ese matrimonio; esa sería una buena acción. Ahora es necesario que le revele la conversación que ha mantenido conmigo mi suegra. Jamás lo habría aburrido con estos asuntos familiares si no viese, por lo que ha pasado entre mi sobrina y usted, afirmarse la voluntad de la señora Trémors y de Suzanne. Es usted el elegido para casarla. Mi suegra, a quién un amigo de mi marido llama con buen tino «la

Reina de las Varas», tanto en recuerdo de las largas pértigas con las que se hacen caer las nueces maduras sobre la hierba, como por su imponente porte, ha venido a verme al día siguiente del que usted me contó los últimos coquetos avances que le había hecho mi sobrina, ardiendo de deseo en su compañía. Yo disponía mis baúles. Mi suegra estaba más regia y adoptaba una pose más envarada que nunca. Después de algunas frases banales, abordó la cuestión de las relaciones que se han establecido entre usted y yo y, para *su gran pesar,* me confesó que veía con pena que en lugar de continuar comportándome de una manera correcta, ella comprobaba como yo ejercía una mala influencia en la familia, que el Sr. de Luzy era decididamente mi más grande servidor y que yo me hacía notar un poco por todas partes con él…

–Perdón, señora, le ruego que me deje dirigir mi conducta como yo lo considere. Tal vez tenga usted bastante que hacer con la de Suzanne. El Sr. de Lucy es un amigo leal y encantador por la parte que nada hay que temer. Yo lo veo en su casa con Alice, con mi madre en mi casa y aún en sociedad. ¿Le parece eso demasiado? Nada más sencillo para usted y mi cuñada, no recibirlo más. De ese modo lo veré menos. Pero estoy decidida a conservar esa preciosa amistad, aunque deba provocar los cotilleos de las malas lenguas.

– Pero en fin, para el mundo… por su hija… en su situación…

Imagine la diatriba y como pude fácilmente responderle, yo que conozco las cartas boca arriba. Aproveché para servir a mi suegra las bonitas infamias cometidas hacia mí, en nombre de esa misma sociedad, mediante su hijo, y he insinuado delicadamente que veía perfectamente a dónde se quería llegar. Que Suzanne, con su mala fama de muchacha demasiado elegante y demasiado casquivana, se preocupaba poco de peinar a santa Catalina, y que la *señora de Luzy* le parecería un nombre bastante agradable para llevar, aunque hubiese declinado una primera vez el honor de tomarlo. He añadido que yo no vería ningún inconveniente por poco que eso le guste; pero he rogado que se me dejase en paz, diciendo que las calumnias no me preocupaban demasiado, que caerían por si mismas en los buenos espíritus y que me preocupaba poco lo que pensaran los maliciosos. Me he asombrado hipócritamente de que ella se hiciese la portavoz de ellos, pensando que tenía cosas mejores en que emplear el tiempo con la moral de la familia que reprochármelo todo de un modo tan arbitrario.

Tenía ganas de añadir que Suzanne había sido muy torpe con usted, y que esa no era manera de conquistar un marido… pero ese es su secreto y la confidencia que he prometido callarme.

El fondo de todo esto, querido, es que la quisieran casar ¿con quién? ¿Usted? ¿El griego? Grandes baterías se preparan. Venga pues a Nimerck cuando todos los Trémors de la Trémorsieres estén allí. Estoy un poco apesadumbrada de no poder estar a solas con usted… pero será bueno verle aquí.

XCIX

Philippe a Denise

17 de abril.

Envío a todos los diablos a la Reina de las Varas; me inclino sin embargo ante la sabiduría de mi amiga a la que amo y venero con creciente piedad. Su solo pensamiento me consuela, en mis negras tristezas, del disgusto de mi existencia mediocre e inútil. Tal vez una gran pasión me salvaría. *Chi lo sa*?

C

Denise a Philippe.

22 abril.

¿Está usted siempre triste, amigo mío? Comienzo a adivinarlo estando tanto tiempo sin noticias suyas. ¿O bien ha llegado la gran pasión que lo hace feliz hasta el punto de olvidar a su pobre amiga? ¿Quizás pierde en las carreras? ¿quizás se ha vuelto trabajador y haya encontrado la paz y el olvido en la eclosión de una obra? He aquí unos grandes quizás que, por no menospreciar el de Montaigne, no son menos atractivos para mí quizás…

Mientras usted enviaba sus miserias a la luna, yo trabajaba como un ángel. Le pasaré eso. Usted juzgará y criticará. Yo mismo he hecho las frases, pero, pero…– Sobre ese trabajo pediré también la opinión de su hermano menor Jacques, el que me ha parecido ser un señor mandarín en muy centelleante botón de cristal, a pesar de su primaveral edad.

Adiós. Pienso en usted, ¿piensa usted en mí? Le estrecho muy afectuosamente las manos y pido: ¡noticias, noticas! sobre el aspecto «¡de los farolillos!»

DENISE.

P-D.- ¡Qué horror esta dinamita!

CI

Phillippe a Denise

23 de abril.

Es usted la mejor y más inteligente de las amigas. Soy muy poco digno de usted. Mi estado anímico no ha mejorado; estoy en la nada. Ni siquiera tengo el valor de escribirle.

Es una espantosa desgracia sentir el infinito en las aspiraciones de un cerebro, sin poder encontrar nunca la fuerza ni la forma para expresarlo. Amiga mía, hágase a la idea de querer a un fracasado. ¡Su afecto me resulta tan dulce! Tengo en el alma la añoranza de San Agustín pero no tengo, como él, el recurso de desvestirme descubriendo con ello las sublimes claridades del cristianismo.

He perdido el amor por los transportes que afectaban antaño mis pensamientos; no me quedan fuerzas para cultivar el secreto encanto de mis estériles aspiraciones, sin cesar renacientes y expirantes en mi enfermizo cerebro.

La influyente expansión de su espíritu me falta dolorosamente, pero le ruego que no espere nada de mí en cuanto a lo que se refiere a una resolución activa. Todavía conservo mi eterno malestar, angustiado por el deseo de algo imposible. ¡Bah! ¿qué importa? la vida no merece que se la viva.

Sin embargo tengo que agradecerle y decirle que la amo tiernamente. Escríbame; sus cartas me hacen bien, y conserve para usted sola las miserias de su amigo.

PHILIPPE.

CII

Denise a Philippe

24 de abril.

¿De dónde proceden esos nuevos negros nubarrones? Qué tristeza verle sufrir de esa superioridad de espíritu sin que nazca en usted la fuerza fecunda que daría el impulso a sus concepciones.

Usted sufre y yo estoy demasiado lejos para dulcificar ese sufrimiento. Todo el fraternal afecto que le he manifestado se rebela al no poder hacer nada para extraer de usted ese mal.

Comparo sus cartas con las de Gérald, navegando, combatiendo; las que me llegan del Tonkin son valerosas y alegres. Mi hermano que sufre realmente, me grita con un ardor hermoso: «¡Viva la vida! ¡Viva la juventud!» ¿El deber cumplido, las grandes virtudes de una vida de hombre, para un alma tan indolente como la suya, le parecen tiempo perdido? Su desgracia es considerarlas como por encima de sus fuerzas.

¿Por qué no se le ha enseñado que el valor de cada invidivuo es util a su patria, a la humanidad? ¡Qué fallo ha cometido su tutor al no enseñarle que el deber es una necesidad dulce, una condición suprema de la existencia!

A fuerza de decirse a sí mismo: « La vida no es nada », toda su energía viril se ha atrofiado. Nuestros desastres pesan sobre su juventud como un fardo que lo doblega, mientras que mi padre ha educado a Gérald a actuar, a querer, a poder, a atreverse. Como todo crío, mi hermano creyó inocentemente que el mundo contaba con él. Ahora lleva a cabo valientemente su tarea en la humanidad. En su dura carrera, a pesar de su corazón afectuoso y tierno, encuentra el medio de ser feliz, – aunque separado de nosotros que lo adoramos y que él adora, – porque cumple con su deber…

¿He aquí un gran pequeña palabra que le haga sonreír tal vez? Sin embargo es bueno para algunos porque hace de ellos modestos heroes.

¡Es como la moral para un club deportivo! Hay que perdonársela; su recaída es la causa de todo; ¿qué puedo yo ordenar, mi querido enfermo, para combatirla con eficacia, puesto que las grandes energías y los grandes remedios no van con su temperamento? ¿Vendrá a vernos, entonces? Correremos por el campo bajo este bello sol; con Hélène nos iremos a sentar a la orilla del mar.

Hemos tenido días de tempestad, pero el tiempo se ha vuelto maravilloso. Se ve nacer la primavera. Y el marrón de los flexibles tallos se muestra con pequeños brotes verdes llenos de savias que estallan, alegres, reventando sus yemas bajo el duro sol de abril. Todo eso relaja y encanta. El alma se empapa de esos primeros efluvios y, como lo demás, se vuelve a vivir.

No, amigo mío, usted no es ni un mediocre ni un inútil; está usted perdido y algo triste; en su inacción hay un desperdicio de sus fuerzas e inconscientemente acaba por impresionar su espíritu.

Su alma sufre, se agita, se atormenta, como hace el cuerpo cuando está enfermo; usted pierde las ilusiones sobre sí mismo y, lo que es peor, sobre su futuro. Esos continuos análisis agotan su voluntad. Cree alcanzar la verdad cuando, después de haberse preguntado: «¿Qué he hecho de mi vida? – ¡Nada!» ¡Eh! no, usted puede hacer de todo. En usted solo está enfermo el querer, se ha vuelto atónico por una vida fácil y sobre todo por el mal ejemplo de amigos vividores, desabridos y tontos, de espíritu vacío, como para producir bostezos.

Esta vez me gustaría transfundir en usted esta energía ardiente que tengo. Vería que hombre surgiría. Tendría lasitudes, dudas, malos momentos, desde luego, pero vendría la costumbre, lo fortificaría y un día descubriría que está curado.

Contrariamente a usted, no creo que una pasión le sea necesaria; la pasión da una energía ficticia aplicable a ella sola y no sirviendo más que a ella, en el límite de la felicidad, del goce, hacia el cual tiende. Actúa en la vida para su exclusivo provecho; no puede existir sin exaltación; ahora bien, lo que no es una fuerza razonable es una fuerza efímera. Eso no es lo que lo salvaría.

¡Ah! amigo mío, si supiese usted que astucia, que esfuerzo pone cada uno en ocultar el trabajo secreto, la labor formidable, la voluntad perseverante que cuesta el lanzamiento, el éxito de una obra, usted tomaría valor. Un pudor orgulloso le hace ocultar a todos; ¿pero qué contiene de misterios dolorosos o humillantes ese éxito que nunca se atreverá a contarlo?

Vamos, recupere su fe y confianza junto a mí, puesto que yo soy el arbolillo que usted ha elegido, mi robusta liebre. Eso sacudirá esa tristezay ese tedio que lo devoran. Déjeme animarlo con la voluntad que me anima. En medio de la ardiente amistad que sentimos el uno por el otro, tal vez encontremos la felicidad que dispensan las pasiones y seguramente, para colmo, ¡la confesión de la razón! Soy susceptible de tener un inmutable apego hacia usted; haría nuestra amistad tan noble, tan bella, que lo desencantará del amor, y le dejará todas sus fuerzas para crearle una vida según sus aspiraciones hasta ahora estériles. Aprovechémonos de esta simpatía de espíritu y de carácter que tenemos el uno por el otro; usted me devolverá eso más adelante con ternura y con fidelidad.

Hélène le envía un «kiss» totalmente rosa y yo le estrecho las manos.

DENISE.

P.-D. – ¿Irá usted al concierto el domingo sin mí? ¿Sí? Entonces no lo hará completamente sin mí. Le escribiré, y usted me llevará en su bolsillo. ¿De acuerdo?

CIII

Philippe a Denise

25 de abril.

Hay un fondo de *muchachita* en los más serios cerebros femeninos. Sí, la llevaré en mi bolsillo, señora.

Me apresuro a escribirle estas palabras para agradecerle su reconfortante carta, su viril y sabia amistad.

¡Ah! si ese sueño de impregnarme de su fuerza moral pudiese realizarse…

CIV

Philippe a Denise.

Domingo, 27 de abril.

Continúo estando triste; su voluntad más grande que la mía no puede hacer nada por ello. Para evitarlo parto de nuevo a escuchar la novena sinfonía, pero sin la carta de mi amiga de esta mañana. ¿De dónde procede este olvido? ¿Acaso la pobre se ha congelado por esta fría primavera? ¿ O bien fue porque no le he escrito más que unas palabras? ¿O bien mi bolsillo ya no la tienta? ¿o bien qué?

Quisiera saberlo, escríbame.

Durante este tiempo he estado muy ocupado con Jacques. Soy un poco el padre de ese muchacho de veinte años.

Le doy un beso que, si lo ve inconveniente, transmitirá a Hélène.

CV

Denise a Philippe

28 de abril.

Me repito; pero, amigo mío, ¿acaso hay en el mundo algo más divertido que el sentimiento que nos une? Nadie quisiera creer que pudiese existir entre un hombre y una mujer una amistad tan intensa, una necesidad de verse, de escucharse, de conocer los menores acontecimientos de la vida del uno o del otro, una atracción innegable. Usted, tanta obediencia a mis deseos, yo, tanta complacencia a los suyos; elevadas emociones compartidas, palabras como las que usted dice: «Sería bueno estar solos juntos en el campo»; – y « querida mía» – se escapan tan gentilmente de su pluma, a veces incluso de sus labios, y todo lo demás; toda la complicación y el encanto del sentimiento que experimentamos el uno por el otro.

Le propago las vibraciones de mi corazón; por usted, para usted, vivo emociones subentendidas. Eso es un gran refinamiento, pues usted no sabe nada de ello nunca. Pues bien, a pesar de todas esas apariencias y ese beso que usted envía, no es amor. ¿Entonces qué? ve usted que tengo razón cuando digo: salvo en dos locos de nuestra especie, esta cosa extraña no puede ocurrirle a nadie. Este estado anímico me intriga, a mí que leo en usted y en mí y ya no comprendo nada.

No le he enviado unas palabras para el concierto porque usted ha parecido encontrar pueril esa idea que había surgido en mí. ¿Acaso no son todas las manifestaciones de cariño un poco pueriles?

He sido a la vez feliz y desgraciada por no haberlo hecho, recibiendo esta mañana su nota. Feliz de que usted echase de menos la mía, desgraciada de haberle privado de ella. Pero todo eso es un poco culpa suya; si yo me echo atrás, usted avanza; si yo avanzo, usted da un paso atrás. Entonces me pierdo… el fin último de todo esto es, creo, que usted me ama a causa del caos sentimental en el que vivimos el uno frente al otro. Si no me diversificase por todos los rincones liberados de mi espíritu o de mi corazón, usted tendría menos cariño intelectual hacia mí.

En cuanto al beso, sí, me parece inconveniente, no sé que hacer con eso; entra en nuestra amistad un poco de aturdimiento, como un gorrión en una catedral. Tengo miedo de que no haya sido puesto ahí por una excesiva cortesía, o por indolencia encontrando la frase justa que hubiese sido necesaria para terminar bien esa nota.

¿Por qué haberlo enviado, ese pobre beso, puesto que seguramente no respondía a un deseo de su corazón, ni incluso a un apetito de sus labios?

Hélène no lo ha querido; ella está ligeramente celosa de usted; y luego ha manifestado: «Me gustan las cosas, que son solo para mí » –Pobrecilla, no sabe que hay muy pocas cosas para ellas solas en la vida de las mujeres.

Adiós, amigo querido; ni el más mínimo beso, incluso traspasable al joven hermano Jacques, el cual tal vez no tenga los escrúpulos de Hélène; pero un muy afectuoso apretón de mano de su amiga.

CVI

Philippe a Denise.

30 de abril.

Cada vez soy mas desdichado; mis lamentos sobre mi vida se hacen más acuciantes día a día. Perdóneme por entristecer su alma con mi desolación. También porque no está usted ahí para impedirme caer en mis ensoñaciones y mis tristezas.

Necesito señales de su más tierna amistad, señora. Continúe dándomelas escribiéndome; solamente ellas pueden despertarme del letargo en el que está sumido mi espíritu. Ni siquiera tengo el valor de ir a recuperar fuerzas junto a usted.

CVII

Denise a Philippe.

1 de mayo.

¿Cómo? ¿Ni siquiera eso? Su melancolía me aflige. Dios mío, ¿qué le ocurre? Usted no me cuenta todo, de ese modo me siento impotente para proporcionarle consuelo.

Usted me pertenece por ese lado triste; ahí, yo le siento bien en mi y, si no fuese para usted un sufrimiento, yo le amaría más de otro modo.

Vamos, mi gran desesperado, tenga valor. Después de todo, lo que le falta tal vez sea amar y ser amado. Necesitaría una señorita de Lespinasse, una amante que le permita ser feliz manteniéndose indolente; una amiga con igual espíritu, una compañera de su vida que no encontraría su sexo más que en las horas en las que usted quisiera.

Hay en el amor, incluso en el amor más sumiso, todo un bonito vocabulario un poco exagerado, un poco delicioso, que sería el pimiento suficiente para mover, animar su vida y darle el valor de tener coraje.

Me río. Esta carta es todo lo contrario de la del otro día; estas son las inconsecuencias femeninas que hacían decir muy irreverentemente a Proud'hon: « La mujer es la desolación del justo.»

Sin embargo, no me desdigo por eso. Estas son las raras cualidades que yo sueño en el objeto amado que, en mi idea de hoy, a usted salvarían. Así pues, amigo mío, ame. Trate de ser amado por ella menos por ella que por usted, y de todo esa agitación de su corazón, que quede para mí un poco de perdurable cariño amistoso. « La gota de rocío en una flor quita la sed al alegre pájaro.»– Trataré de ser también sobria como el animalillo emplumado, y me consolaré con ese poco pensando en el buen corazón en el que sacio mi sed.

CVIII

Philippe a Denise.

3 de mayo.

Su carta me ha hecho sonreír. Evidentemente la mujer que usted me describe me habría sido de una gran ayuda. Yo la hubiese vuelto a recuperar, creo. Usted la conoce, querida. Pero ella no ha querido ver mi mal, ni curarlo con un poco de amor. Sí, yo tenía curación en ese instante; ahora, sería demasiado tarde. Y además tendría que encontrar a *una como usted* y creo que eso no sería una tarea fácil.

Hasta pronto, mi querida amiga. ¡Qué buena es usted y cómo la amo!

CIX

Philippe a Denise.

14 de mayo.

¿Por qué ese silencio? ¿La he ofendido? No es un misterio ni para usted ni para mí que la he amado antaño… ¿Desea que mi pasión se extinga? Casi pudiera decirlo viéndola, a consecuencia de una inocente nota, constatar que no se hace renacer el fuego de las frías cenizas.

No sé que pensar y soy muy desgraciado. Una palabra pronto, amigo mía.

CX

Denise a Philippe.

15 de mayo.

Aquí van las palabras reclamadas; ¿noticias? Desde hace cinco días tenemos con nosotros a mi suegra que irrita mi soledad sin hacerme compañía; Suzanne llorando sus flirteos números 1,2,3,4, 5 etc.; su madre, siempre dulce y resignada; – ¡afortunadamente mamá me ayuda a soportar mi aburrimiento y mis enojos! – luego, mi tía, a veces muy interesante cuando se digna a no ser demasiado oficial. Me consuelo viendo a mi Hélène fortalecerse y tomar color; en este momento la pequeña lucha con una gavilla de heno tres veces más gruesa que ella y que va a tirarla… ¡ya está! gavilla y niña están por el césped. La pobrecilla se vuelve a levantar, me ve escribir cerca de la venta y me grita: «¡No me he hecho daño, mamá! » Le envío un beso por respuesta y vuelvo a ocuparme de usted. ¿Qué le decía? ¡Ah! que mi tía de Giraucourt a veces resulta interesante. Sí, ayer lo ha sido. Por la noche, cuando estábamos en el salón (Nimerck es un gallinero sin gallo de momento), fue a buscar a la biblioteca un libro para que ella lo llevase a su habitación y le comenté al dárselo, el placer que me había causado su lectura. Se trataba de « Choses vues » de Victor Hugo. Le cité el pasaje donde él habla del general Bertrand en relación con el regreso de las cenizas del Emperador a los Inválidos. La hija del general, Hortense Bertrand, casada con el Sr. Amédée Thayer, era la ahijada de la reina Hortense y una gran amiga de nuestra familia,

sobre todo de mi tía, su contemporánea, más joven que ella unos diez años, sin embargo. Entonces sus recuerdos han aflorado y mi tía me dijo que la señora Thayer le contó que… ¿Pero que hago? ¿todas estas historias lo aburren, verdad? Entonces pasemos, querido.

Pero, a propósito de lecturas, déme su opinión sobre la *Reine Pédauque*. La he releído con detención y debo confesar que «la alfarera animada» que yo soy no ha comprendido nada, decididamente, aunque esta reina me guste mucho más que el *Lys Rouge.* ¡Ah! ¡ah! usted que me ataca en mi gusto por las obras de mi Maurice Barrès, tomaré mi revancha con su Antatole France. ¿Su libro es serio o es una broma? ¿Qué filosofía se desprende de él? ¿Es una enseñanza? ¿Es un trocito de vida? No me extrañaría nada que la *Rôtisserie* hubiese sido escrito para rompernos la cabeza. Admito que es delicioso de leer, pero ¿qué significa? Es un cuento de hadas muy erudito (para niños grandes), completamente embadurnado de términos científicos, con unas simplicidades muy pedantes y remilgadas.

En fin, leyendo esa cosa bonita, bien torneada y muy originalmente concebida, no experimento la gran agitación de corazón, la fuerte sacudida, el impulso caritativo hacia los humildes que me provoca la lectura del admirable libro de J.-H. Rosny, *l'Impérieuse Bonté*. Una de esas obras me parece un cuento delicioso de viejo mandarín escéptico; la otra, un rincón de la auténtica vida arrancada palpitante de un cerebro que busca lo Justo, lo Bueno y lo Sabio en la humanidad.

La fantasmagoría de la que se compone la *Reine Pédauque* es un delirio suntuoso; interesa por su forma pura, rebuscada; pero la otra es una obra de vida, de vida con un objetivo ideal y que se quisiera poder realizar. Con Anatole France, la frase es divertida, graciosa en su seudo ingenuidad, llena de hallazgos para hacer desternillarse a gusto. Pero con el otro se piensa, se sufre, se llora.

Amigo mío, la voluptuosidad es esencialmente triste, y por ello es divina.

Anatole, es un autor excesivamente gracioso y libertino… de pensamiento. Los Rosny son los apóstoles del bien y de amplios pensamientos. ¿Le sorprende la palabra libertino? Digamos picante, si quiere. Acuérdese de Jahel diciendo a Jacques: « Esa vez, sea menos arrebatado y no piense más que en usted. No hace falta ser egoísta en amor; eso es lo que la juventud no sabe suficientemente, pero se les forma. » ¡Uf, uf, señor France! Sin embargo hay que confesar que a veces tiene exquisitos hallazgos en sus inconveniencias; su: «ocupado en volver a nacer con decencia » es una perla.

Tal vez porque no he sido concebida « por una salamandra » y no seré amada « por un silfo », el fondo se me escapa. Siempre careceré del genio que esos seres dispensan a los hombres. No hay nada en todo esto que deba sorprenderle, puesto que esas quimeras no frecuentan más que a las personas de genio y, mediante una bonita ficción, se inmortalizan en ese genio; no pudiendo evitarlo, la obra me deja fría. «Las ideas, cuando se imponen, enseguida se vuelven impertinentes.» – Es precisamente el caso de las mías que se atreven así a juzgar, criticar y bromear sobre su autor favorito. Pero eso a usted le hace tan poco daño y a mí me hace sentirme placenteramente un poquito pedagógica.

Y además, como decía Maupassant a los tontos que se extasiaban cuando les decía que escribir era un parto penoso, a menudo doloroso, y preguntaban:

–¿Entonces por qué escribe usted?

– Dios mío, murmuraba Maupassant, ¡más vale eso que robar!

Si fuese usted de mi opinión sobre France, yo soplaría esta noche, como Tournebroche, «mi vela sobre el más hermoso de mis días.»

CXI

Philippe a Denis.

16 de mayo.

Tengo una carta – la responderé un poco más adelante – pero ¿qué es eso de no contestar ni palabra a una nota llena de signos de interrogación? ¿Me lo puede explicar?

Ahora le diré que no estoy sorprendido, mi querida amiga, de que la *Reine Pédauque* no le haya gustado. Ese libro no puede ser más antipático a los espíritus femeninos. En general, la ironía les resulta desagradable. Y se convierte en odiosa cuando ellas no saben si deben reir o no. Su turbación es completa cuando, a la ironía, se añade la paradoja, y que se ejerce sobre temas que les parecen estar al abrigo de cualquier tipo de duda.

En fin, en *la Reine Pédauque*, la erudición – que no está allí más que de un modo superficial y como el picante en la salsa – viene a poner la espantada. En esas condiciones, me imagino perfectamente que el estado de una mujer, cerrando el libro, sea preguntarse si no se han querido burlar de ella. Ahora bien, he notado que a las mujeres no les gusta que se burlen de ellas; incluso las dudas respecto a ese punto les resultan insoportables.

He aquí por lo qué a usted no le gusta la *Reine Pédauque*, aunque haya valorado en su justo valor la forma literaria, la cual, para ambos sexos, es absolutamente superior.

Yo le diría porque me gusta a mí esta reina Pédauque; pero entonces sería hacer de mi carta una especie de artículo periodístico, y he tenido esta mañana tal decepción cuando llegando al final de sus ocho páginas he visto que me hablaba de France y no del todo de usted, que no quiero exponerme a ello a mi vez.

En primer lugar experimento la necesidad de decirle que la amo, que pienso en usted, que sufro realmente de estar tanto tiempo sin verla. Todas esas personas que la rodean y me impiden ir a verla, me irritan y no se lo oculto.

Aunque su tía sea una notable tía en zinc, no es ella quién me molestaría acudiendo a Nimerck. El verdadero obstáculo es la reina de las Varas. No se sorprenda pues si, en el secreto de mi corazón, envío a paseo a toda esa corte.

¿Qué hago? Voy al salón, a las carreras, al teatro. Irrito mis ojos viendo malas pinturas, pierdo mi dinero, escucho ineptitudes que ni siquiera me hacen reír. Ese es mi estado anímico.

Esa gavilla de heno que tiró a Hélène me hace soñar. ¿Cuándo podré verla? Dígame hora a hora como pasa usted sus días; pero se lo ruego, ni una palabra más sobre la reina de las Varas con la que me exaspero ante sus chismes.

Adiós; quiero a Hélène, la beso en la frente, en sus bucles de oro, y a usted le beso las manos con modestia.

PHILIPPE.

P.-D.– Envíeme historias de la tía de cinz sobre el segundo Imperio, incluso sobre el primero, si la querida señora le cuenta alguna; no suelo desdeñar las cosas inéditas.

CXII

Denise a Philippe.

17 de mayo.

¡Especie de rabioso autoritario, caramba! ¿Explicar qué? Usted constata verdades de una lógica irrefutable, del tipo de « ¡El Señor de La Palisse ha muerto, muerto de enfermedad; un cuarto de hora antes de su muerte, todavía estaba vivo!»

¿Qué debería exclamar ante este hallazgo?: « No puede renacer el fuego de las frías cenizas » He dicho un *in petto: amen*, y me consideré en paz con usted. Ya lo ve usted, no estoy en absoluto enfadada. Pero no insista, pues eso le daría, en verdad, un aspecto fatuo absolutamente ridículo. ¿Va usted a comenzar sus cartas por un aguijonazo de hiel? ¡No aprecio mucho ese género!

Y además, si usted creyese que a mí no me hubiese gustado su artículo sobre la *Reina Pédauque* en lugar de aprender como juzga usted, se equivoca por completo; y si el respeto no fuese la base de toda amistad perdurable, no me molestaría en decirle: es usted un tonto, en tres cartas, hijo mío, de perder de ese modo sus más bellos años. ¡Cásese, qué diablos, y a falta de otro trabajo, haga niños!

¿Y todavía cree aún que es bonito ese aire indiferente que usted adopta para decirme eso? Si yo le escribiese a mi vez: « ¿Lo que hago? me paseo, estropeo la palidez de mi piel al sol, escucho ineptitudes; ni siquiera me hacen reír; » – pues nadie está al abrigo de las ineptitudes en este miserable mundo, y las que corren, juguetonas, bajo las bóvedas del pequeño castillo de Nimerck, bien valen las que a usted le disgustan en París.

Otro día le contaré las historias de mi tía, hoy no; un gran trabajo de composición me ha roto; usted no sabe el tormento que da el respeto del texto al compositor que quiere mantener intacta la prosodia inocente de un antiguo poeta. He debido dejar unos silencios sobre unos tiempos fuertes, lo que es una herejía, pero da un cierto perfume de inocencia al bonito fragmento que he encontrado y que a usted le encantaría.

Únicamente le diré que Hélène está bien. Desde hace algún tiempo hace largos dictados bastante difíciles sin cometer faltas de ortografía. Juega mucho y cada vez está más bonita. La señorita May dice que se la ve crecer. Desde hace dos días ha inventado un juego que le encanta. Ha construido una gran cabaña cubierta de hojas y ramas sostenidas por unos largueros tan ingeniosamente dispuestos, que mamá y yo, sin decirle nada, estamos absolutamente admiradas. Alrededor de la pintoresca cabaña, salvaje y florida, crea una novela de imaginación brillante, agitada y peligrosa de vivir, como si estuviese abandonada en las pampas. Su cabecita prevé, combina, se desarrolla luchando en el sueño, ya prudente, ingenioso y astuto, esperando la inminente lucha – por desgracia, menos poética – a sostener en la vida.

¡Cuánta energía desplegada por cada individuo para formar esta cadena asombrosa que se desarrolla de siglo en siglo y que es la humanidad! Estoy como aniquilada cuando leo la historia general, y me pregunto si es bueno o si es monstruoso ese trabajo de cada uno por todos que eterniza el dolor humano. En el fondo, y a pesar de las apariencias, nadie lucha para sí, no vive su propia vida.

Hélène ya se me escapa en sus expediciones alrededor de mi habitación. Cuando su imaginación la arrastra, me dice: « Adiós… ya volveré.» El viaje que emprende bajo mis ojos, cerca de mi escritorio o bajo la cola de mi piano convertido en caverna, o en la alta colina, dura una hora, dos horas. ¡Pero qué lejos está de mí durante esas horas y cómo la he perdido!

Traduzco mal mi pensamiento; ¿puede sentir usted lo que quiero decir?

Adiós, amigo mío. Hélène entra: « ¿Escribes a mi amigo Philippe? – Sí. – Entonces dile que su Hélène lo quiere mucho y que venga, y que le escribiré eso muy pronto y otras cosas más preciosas aún.»

Esas cosas *preciosas* me maravillan. ¿Y a usted?

CXIII

Philippe a Denise.

18 de mayo.

A mi también me maravillan. Esa niña tiene el talento del corazón; ha heredado de usted, señora, una secreta exquisitez que me encanta. ¡Qué lástima que ambas estén siempre lejos?

CXIV

Denise a Philippe

19 de mayo.

Me aflige usted con su talento del corazón; eso no sirve de nada, ni siquiera en ser amada.

Por usted, procure «acostumbrarse a no amar más que a los ausentes; entonces nos amará hasta la locura.»

Y si usted cree que enviando notas de cinco líneas, recibirá a cambio largas cartas, se equivoca, señor.

Adiós. Voy a ver el mar.

CXV

Philippe a Denis.

3 de junio.

Le debo hacer observar, señora, que hace quince días que usted no me ha escrito. ¡Si usted cree que eso es una buena conducta! Ya lo sé: usted esperaba unas palabras de mí. Permítame decirle que ese intercambio de cartas mesurado y regular es una combinación absurda y poco digna de usted.

¿Al menos trabaja? Leo con un gran placer sus últimas melodías. Estoy desolado por encontrarme tan alejado de lo que usted hace, de no poder seguir también de cerca la marcha de su talento del que ya estoy muy orgulloso, madre del Cántico de los Cánticos; de no discutir con usted sobre religión o literatura o música; de no estar más atrapado salvo vagamente en mi indolencia y mi pereza; de no oirla cantar, de no disfrutar con usted, como a menudo nos ha ocurrido, de esas fuertes y deliciosas emociones artísticas que hacen que el corazón se detenga.

Confiese que sería una pena que todo eso se perdiese, y déjeme rogarle, para acabar, que ponga un poco de su bondad en mantener, escribiéndome – aún cuando incluso yo

no le respondiese puntualmente a causa de las preocupaciones en las que estoy sumido – el fuego sagrado de nuestra amistad hasta el día en el que volvamos a vernos.

Yours most devotedly

CXVI

Denise a Philippe.

4 de junio.

¡Qué tenacidad tiene usted, querido indolente, y de qué modo la cantinela: «Escriba», se repite en sus cartas! ¿cree usted, pequeño miserable, que no tengo más cosas de que ocuparme que usted? ¿Acaso piensa que componer no supone ningún esfuerzo? bueno o malo, genial o mediocre, el trabajo es el mismo. Hay días en los que quiero casi al maestro indulgente, grande entre todo, que me dice: « Debería hacer editar eso.»

He escrito estos días algo que me ha divertido tocar en el órgano de la iglesia, el domingo. Es una serie de fugas que me han causado una profunda alegría. La investigación del tema me encanta. He preguntaba a mis huéspedes lo que pensaban. Excepto mamá y mi hermana Alice, los demás no han comprendido la obra. Pués bien, señor, tanto peor para ellos. Créame si le digo que es bueno. Incluso se lo he enviado a Massenet para que me devuelva unas tonterías, que él acuchille mis notas con sus grueso lápiz y se enfade por el cerebro obtuso que soy. Acepto su cólera – pero para los demás, ¡a la porra!

Escribir según el gusto de las personas que nos rodean y nos aconsejan nos obliga a dejar de lado toda inspiración, toda originalidad, incluso toda facilidad de trabajo; es encorsetar la inspiración y reducirla a la nada. Hay que escribir con instinto, dejarse invadir por esa especie de fiebre que produce la exaltación cerebral; el trabajo es realmente bueno cuando, empujado por esa fuerza, se logra dirigirlo, dominar el impulso. Ese poder, elevando y arrastrando el pensamiento, se siente en la frase melódica y la hace plena, amplia, lúcida. Produce frases sonoras, luminosas.

Mis composiciones, desde mi punto de vista, no tienen más valor que gracias a una especie de tierno vaho, un poco lánguido y apasionado, del que se envuelven mis frases conforme y a medida que las escribo. Realmente ese es su único valor; y es en el minuto preciso donde el arrebato de mi corazón se amalgama con el trabajo de mi cerebro, cuando ese algo se produce; siento efectuarse la mezcla, y es un gran y voluptuoso goce, entonces, una gran calma, extraña e indefinible me invade.

Es por eso por lo que me gusta componer, por eso es por lo que a usted le gustan mis pobres y pequeñas obras, siendo la esencia de toda voluptuosidad una sensación compartida.

Pero todo eso hace que yo viva en una perpetua exaltación sentimental, en un refinamiento de pensamientos tiernos que hacen sentir vanal, a veces odiosa; es la hipertrofia moral del corazón.

Y además, cuando se crean cosas del espíritu, se quiere estar en comunión constante con los genios inmortales que han llevado su arte hasta la más alta cima; se les lee, se les comprende, se les admira, uno se impregna de ellos, se les sigue hasta en sus menores obras, y eso es una bella y dura frecuentación, se lo juro, y que hace desear estor sola cara a cara con la partitura o el libro, más que perdiendo el tiempo

escuchando cotorrear a las mujeres sobre la forma de una manga o el acampanado más o menos cerrado de una falda.

Si con ese poquito de arte se tiene a una madre y a una Hélène como las mías, y un amigo como usted, una es una mujer que no puede quejarse demasiado.

Es por estas razones de puro goce como quiero un poco a los hombres que se burlan de nuestras tentativas y de nuestros esfuerzos hacia un ideal que ellos quieren cruelmente acaparar. Afortunadamente tenemos unos Maupassant, unos Massenet, unos Sully-Prudhomme, indulgentes maestros que quieren conducirnos y ayudarnos con toda su ciencia a obtener un fino rayo de sol para iluminar para siempre nuestra pobre vida con ese bello ideal: el Arte.

He aquí una carta que me parece de las más sublimes… ¿Qué le parece a usted? ¡No se vaya a burlar de mí! Después de todo, búrlese si quiere. Tomo especialmente en su honor la bella divisa de la señora Geoffrin: « Dar y perdonar. »

Adiós.

CXVII

Denise a Philippe.

16 de junio.

¡Qué temperamental es usted! ¿No le da vergüenza, una vergüenza horrorosa, de no contestar a mi última carta? ¿y que cree usted que tengo ahora que decirle? *Carta gratuita al ingrato*, así es como titulo ésta.

Incluso no la recibiría si no tuviese que anunciarle una buena noticia: mi hermano ha llegado ayer, por sorpresa, y mamá y yo estamos un tanto locas de alegría por tener a nuestro guapo lugarteniente de navío. Hélène está enamorada de su tío. Ella enseguida le ha hablado de usted; fue en el salón, por la noche, después de cenar.

Gérald, que no se anda con rodeos, exclamó:

– A propósito, señorita Suzanne, ¿eres como Hélène? ¿Será el elegido nuestro asombroso Philippe? ¿te has decidido? ¿lo amas? Me daba la impresión de que había un flirteo entre vosotros cuando dejé Francia; ¿qué hay de cierto?

Suzanne respondió un poco secamente:

– Tienes una divertida manera de interrogar a las personas a disparos de fusil…

–Es que necesito saber si está en la fila antes de ponerme yo.

–Tú puedes ponerte ahí siempre, querido; no se hacen buenos regimientos sin buenos soldados.

Y después, disparado ese fuego de pelotón, se han puesto a cotorrear en un rincón.

Esta mañana, a las once, cuando yo estaba en mi habitación, Alice entró. Usted sabe el afecto que nos tenemos mutuamente. Me pidió, después de muchos circunloquios, que escribiese a Aprilopoulos para invitarlo a pasar algunos días con nosotros. A la pobre mujer le ecantaría que él fuese el elegido.

Así pues, dado que el gallinero se enriquece con dos gallos, mi hermano y el buen griego, usted también podría venir; no ponga disculpas.

Para colmar de alegría su alma blanca, le diré que ayer mi suegra se fue al balneario de Aix. Suzanne acompaña a su abuela hasta París, con la institutriz de Hélène; va a estar ocho días ausentes bajo la custodia de su padre y de miss May, pues ella es dama de honor de la riquísima pequeña Meg O'Cornill.

Por lo demás, usted verá a mi sobrina bien en las Acacias, o en algún otro lugar *very select*; ¡los dos son muy exclusivos!

Ya no quedan en Nimerck personas de nuestro entorno íntimo que no lo quieran, salvo – por pocos días aún – mi querida tía de zinc. No crea que usted le disgusta demasiado, puesto que, ella y usted, son ¡¡¡personas de corte con nobles maneras compartidas!!!

La temporada es álgida en los castillos de los alrededores; algunos de mis vecinos son encantadores; en cuanto a mí, me comprometo a intentar ser divina.

No se ría y venga si puede.

CXVIII

Philippe a Denis.

17 de junio.

Unas palabras apresuradas, mi gran amiga, para agradecer su invitación, sus cartas y rogarle que las continúe y someterla al siguiente proyecto: tengo la intención de tomar el jueves un billete de veintiún días para Nimerck. Para evitar todos los cotilleos, alquíleme simplemente una habitación en la casa de los Glycines. Comeré en su casa por ejemplo.

¿Le conviene este plan? Respóndame.

He ido ayer por la noche a casa de Mollier y he encontrado allí a su sobrina, ¡pero usted no estaba!

CXIX

Denise a Philippe

18 de junio.

Cuando yo lo decía… ¡bravo Mollier, bien! No había pensado en él. Es igual, estoy radiante, radiante. Venga; tendrá su habitación en los Glycines. A pesar de ese pequeño alejamiento, tendrá unas buenas horas de paseos y de conversaciones.

Dígame en qué tren llegará y si es necesario que le envíe un coche a la estación, o si tendrá usted bicicleta.

¡Qué alegría verle! ¿De verdad? ¿Va a venir, y tan pronto? Leeremos, correremos a través del bosque, pasearemos a la orilla del mar sobre la fina arena, al pie de los acantilados; nos revolcaremos sobre la hierba como animales en libertad; charlaremos por la noche, con los codos sobre mi mesa de trabajo. ¡Oh! ¡Qué bueno será!

CXX

Philippe a Denise.

Telegrama

Imposible partir, carta a continuación. Llegaré pronto.

CXXI

Philippe a Denise.

30 de junio.

Por desgracia, querida amiga, todo se ha roto. Ya no puedo ir y he aquí mi viaje pospuesto. He esperado hasta el último momento para enviarle esta mala noticia. Por lo que a mí respecta estoy desolado.

Añada que me siento muy mal en tren. La orilla del mar me hubiese hecho bien. En lugar de eso heme aquí indefinidamente. Me gustaría escribirle y hablarle ampliamente. Tengo muchas cosas que decirle y no puedo. Tengo un cansancio horrible y la cabeza me da vueltas.

Le escribiré dentro de algunos días; no me lo tenga en cuenta.

La amo tiernamente.

CXXII

Denise a Philippe

1 de julio.

Mi querido amigo,

Su carta me ha entristecido; no veo más que una cosa: está usted sufriendo, tal vez enfermo más de lo que me dice, y he aquí mi corazón atormentado de inquietud.

¿Por qué no venir? Venga; su habitación está preparada, ya no en los Glycines, sino en Nimerck, y es ésta la que os quiere, decorada con tela de Jouy malva, en la gruesa torre, con el acantilado y el mar hasta donde alcanza la vista ante usted.

Venga; la sociedad, con sus cuestiones de mezquinas conveniencias no tiene ningún derecho a decir nada; ¿acaso no estoy rodeada de mi familia y no es mi madre quién lo recibe?

Venga; encontrará usted en mí la amiga que consuela.

Venga; tomará fuerzas en mi fuerza, calma en mi calma, valor en mi valor.

Venga; el afecto profundo y recto que tengo por usted, emanando con tanta lealtad y potencia de mi corazón, no puede dejarle permanecer por más tiempo sumido en esa tristeza.

Venga, venga, amigo mío, se reconfortará en el calor de este corazón.

Nuestra querida amistad, menos que amorosa, más que amistosa, debe permanecer por encima de las convenciones mundanas; ¿no sabemos bien, tanto usted como yo, lo que en el fondo éstas valen? Se lo ruego, venga.

Me parece que es usted mi hermano mayor, un hermano en quién he despositado todas mis complacencias, y es mi fraternidad dolorida por su dolor la que le grita: ¡venga!

CXXIII

Philippe a Denise.

7 de julio

Mi querida y demasiado lejos, pobre santita, tan creyente e impresionable, ¿cómo resistir por más tiempo al dulce calor de su ferviente amistad?

Tengo que arreglármelas para ir a verla; pero no le he escrito antes al no haber podido fijar el día de mi partida.

Pensaba partir hoy; diversas consideraciones aplazan mi salida hasta la próxima semana, martes a lo sumo. Le notificaré la hora definitiva.

Escríbame.

CXXIV

Denise a Philippe

9 de julio.

Amigo mío,

Venga cuando le plazca; ya no me atrevo a esperar que sea pronto; he tenido demasiadas ilusiones y demasiadas decepciones esperándolo en vano. Cuando partí de París, estaba persuadida de que usted vendría aquí por mi. –«¡ Desde luego! »– va a protestar; pero espere el final: yo, acompañada por Suzanne y todos los pequeños sentimientos que se agitan a su alrededor. ¡Juzge si la idea de tenerle un poco para mi sola, me haría feliz!

Heme aquí, con estas noticias, no sabiendo que inventar para animarle a venir. Mis recursos de revolcarnos sobre la fina arena y la hierba de los acantilados, de las charlas en un rincón de mi mesa, me parecen hoy de una muy miserable elocuencia y de una pobre convicción.

En realidad no tengo el derecho que algunas tienen de decir: «Venga, tengo necesidad de verle.» – Esta razón desprovista de razones o más bien esta orden velada sería entonces, para usted, dichosa de ejecutar; todos sus esfuerzos se aferrarían a ella; pero eso no forma parte de mis derechos amistosos.

La desgracia es que tengo sobre esta pobre amistad las mismas ideas un poco entusiastas que tiene Montaigne; usted está alejado considerablemente y, eso me parece, usted se parece a Aristote diciendo a sus familiares: « Oh, mis amigos, ¡no hay ningún amigo!»– Mientras que Montaigne piensa: « En la amistad de la que hablo, las almas se fusionan y se confunden la una en la otra en una mezcla tan universal que se diluyen y ya no vuelven a encontrar la costura que las ha unido. Si se me presiona a decir porque la amaba, siento que eso no se puedo expresar más que respondiendo: porque era ella, porque era yo. Esta pefecta amistad de la que hablo es indivisible; cada uno se entrega por entero a su amigo al que no queda además nada que lo desuna; si él está casado que no sea doble, triple o cuadruple, y que no tenga varias almas y varias voluntades para conferirles todas a este sujeto… No hay extremos más que para su pareja.»

Aquí acabo mi curso sobre la amistad.

Sé, por una carta de Suzanne a su madre, que está usted distraido y se divierte durante su corta estancia en París y, diga lo que diga a su amiga, la moral y los amores le van mejor.

Todo eso me hace inferir que no nos veremos tan pronto como a usted le parece pensar. Búrlese de mi tanto como le plazca llamándome « santita ». – Coincidirá en ello con el pensamiento de Maupassant. Un día él me escribió una deliciosa carta que comenzaba así: « Mi querida prudencia. » – Me reprochaba con ello no ser *una princesa bastante sedentaria*. – Es un defecto que yo renuevo con usted contra mi voluntad, se lo juro. Ruego al cierlo que esa pequeña causa no me induzca a perderlo.

Le estrecho afectuosamente la mano y tengo buenas ganas de firmar: una princesa que no tiene *su pareja* – retomando a Montaigne.

CXXV

Philippe a Denise

11 de julio.

Querida Prudencia,

¡No se convierta en una princesa amargada! Decididamente tomaré el tren mañana y estaré a la una de la madrugada en su casa. Así evito el espantoso 14 de julio en París.

Métase bien en la cabeza que mi auténtico deseo y mi mayor placer hubiesen sido pasar tres o cuatro semanas con usted en Nimerck cuando allí no había nadie, y que lamento la afluencia de la gente que se encuentra ahí en este momento. Pero no he podido. No me regañe.

Hasta mañana, querida, querido extremo.

LIBRO IV

... Ahora bien, un alma cariñosa se conoce a los veintiocho años, ella sabe que si para ella todavía hay dicha en la vida, es en el amor que hay que pedirle; se produce en ese pobre corazón agitado una lucha terrible.

……..

El amor, incluso desgraciado, da a una alma cariñosa para quién la cosa imaginada es la cosa existente, tesoros de goce de esta especie: hay visiones sublimes de felicidad y de belleza en sí y en el que se ama.

……..

STENDHAL.

El placer del amor es amar, y se es más dichoso por la pasión que se tiene que por la que se inspira.

LE ROCHEFOUCAULD.

CXXVI

Philippe a Denise.

15 de agosto.

Deseo agradecerle el mes delicioso que he pasado en Nimerck; he sido allí feliz más alla de lo que podía soñar.

La profundidad de las emociones no está a menudo relacionada con sus causas. Si le dijese que Hélène con sus ternuras silenciosas, como reuniéndose conmigo corriendo, mirándome con sus bonitos ojos, sonreir con sus labios de flor, rosa húmeda, y, sin decir una palabra, deslizando dulcemente su mano en la mía, me producía un estado de beatitud para el resto de nuestro paseo, usted diría: está loco.

Ha habido sin embargo instantes, señora, en los que he sentido realmente en nosotros una alma única para nuestros tres cuerpos.

¿Recuerda usted esa mañana en la que yo entré en su habitación para pedirle unas tijeras? Estaba usted en camisón, ese sedoso camisón amarillo ardiente, ese matiz color de rayos de sol, completamente rematado de encajes negros, que resalta más su palidez y hace más oscuros sus cabellos, esos cabellos azules que tanto amo. Tenía usted el aspecto de una reina bohemia. Se deslizó en la habitación lentamente. Yo me senté al borde de la ventana abierta, y seguía seriamente sus graves movimientos y las ondulaciones del roce de su vestido sobre la alfomba. Hélène, instalada en su mesa, escribía su dictado.

Usted me entregó las tijeras sin una palabra, y, continuando vigilando a Hélène o removiendo con delicados gestos, sobre su tocador Luis XV, repleto de menudos objetos de plata, de marfil menos pálido que sus manos, usted me olvidó. Yo las he visto cómodamente vivir a las dos. Era, se lo juro, algo exquisito, algo intraducible que me colmaba de beatitud. Esas alegrías que he disfrutado en silencio, al azar de su vida, me han hecho mil veces más feliz que todas con las que su ingenioso corazón se ha molestado en rodearme. No hay nada en el mundo que valga esas sensanciones innombrable: uno siente flotar su alma. El amor no es más que una acción brutal y vulgar al lado de esa impresión; yo lo desprecio, que lo tome quién quiera.

CXXVII

Denise a Philippe.

Nimerck, 17 de agosto.

¿De verdad? Aunque usted no haya sido demasiado cortés con las alegrías preparadas por mi *ingenioso corazón*, le perdono desdeñarlas en provecho de las que hábilmente usted ha sabido crear completamente solo. ¡Qué sutil es usted!

¿Saben ustedes bien, ¡oh mis jóvenes contemporaneos¡, lo que hace de ustedes unos desesperados de la vulgaridad de la vida, incapaces de actuar y de amar? las extrañas búsquedas de sus espíritus; les producen una anemia moral, les enervan y acaban por alejarlos de las dichas sencillas, sanas y fuertes.

Aman tanto esas sensaciones que le consagran sus bellas virilidades; el cerebro toma el lugar del corazón; el amor ya no es para ustedes más que una necesidad vulgar que los apacigua vulgarmente. Su alma, turbada y dolorosa bajo un perpetuo espíritu analítico, acaba por atrofiarse y se vuelve realmente incapaz de amar.

¡Ah! amigo mío, el espíritu no es nada, el corazón solo es algo. No mate el nuestro a fuerza de destrozar sus impulsos por sus remilgadas búsquedas de las más finas sensaciones; deje el sentimiento sin razón, imperioso, egoísta, invadirle. Se viven más bellos amores uniendo indisolublemente esas tres fuerzas: el espíritu, el corazón y la materia, que haciendo cantarles a su aire por turno.

Sienta intensamente, puesto que eso está en sus facultades; pero no se limite a lo inacabado de las sensacones. Sea más ingenuo, más auténtico hacia si mismo, más sencillo ante los latidos de su corazón, y será feliz. Yo estoy completamente asombrada ante la complejidad de su naturaleza.

Dios mío, ¿cómo me amaba usted en ese tiempo lejano en el que me amaba? Se lo ruego, sea franco, dígamelo.

Me acuerdo de un usted respetuoso pero un poco ardiente y animado de una voluntad que yo ya no encuentro en usted; un Philippe que me ha dado a veces miedo y al que no concedía la punta de mis dedos para sus labios, sin temor a algún mordisco.

Le he temido bien, ¡oh analista del vacío¡, ¡oh, bebedor de humo¡, ¡oh, comedor de sueños¡, que he huido valientemente cuando usted me ha dicho: « La amo.»

Y ahora, esas palabras las dice usted en todas las hojas de sus cartas, las hace sonar, dulce cascabel, en mis oídos que las escuchan encantadas. Y ya no huyo y escucho, presa de repente de una alegría atormentada y divina.

CXXVIII

Philippe a Denise.

19 de agosto.

Querida,

Qué finamente sabe usted analizar las almas… Sí, ha adivinado lo que me atrevo apenas a confesarme a mí mismo: yo la amaba mal *antes*, Denise.

Le pido humildemente perdón, un perdón al que tengo derecho, pues este amor de antes hacia usted, me parece monstruoso, y me arrepiento de haber podido desearla de ese modo.

CXXIX

Philippe a Denise.

29 de agosto.

¿Y bien, señora, por qué ese largo silencio? Creo haberme retractado honorablemente en mi última carta. Esperaba una respuesta llena de indulgente perdón, una de esas cartas consoladoras como usted sabe escribir. ¡Nada! una detención brutal que no comprendo.

¿Estará enfadada conmigo, querida amiga? Supongo que no tiene intención de no perdonarme nunca; entonces perdóneme enseguida, y me pondré sin mirar atrás en

camino hacia Nimerck. Al menos espero que no se contraríe con que me invite de este modo. Quedaré de cuatro a cinco días si usted quiere. Esta vez tendría que ocurrir uno de esos acontecimientos extraordinarios para que yo no fuese a pasar esos días con usted.

Envíe pronto unas palabras rápidas de bienvenida; sabe usted que mi imprudencia, mi mala educación y mi negligencia, no me impiden, amarla muy tiernamente.

CXXX

Denise a Philippe

30 de agosto.

Comienzo por decirle: Usted será muy bienvenido. La casa lo espera; he hecho todas las disposiciones para que la habitación malva se convierta definitivamente en la habitación del « Señor Philippe », tanto para los sirvientes como para los amos.

¿Por qué he mantenido silencio? Eso es más complicado.

Permanezco ante usted como una mujer un poco asombrada; ya no comprendo nada ni en usted, ni en mí. Germinan en mi alma todo tipo de pequeños problemas sentimentales de los que no puedo obtener una solución acertada, y eso me exaspera y turba esa calma que usted admira, y me hunde en una exaltación y a continuación en una nadería de pensamientos completamente impropias de mi salud moral y física.

Pues si usted es muy sutil, muy correcto y buscador de ideales sensaciones conmigo, me ha parecido, por algunas confidencias de Suzanne, que es usted muy capaz de tener sensaciones mucho más prácticas con otras.

Esa pequeña duplicidad, que no significa nada y que no debería sorprenderme, me pone nerviosa. Siempre es un poco divertido, sabe usted, descubrir que el soñador en la luna, fino buscador del fin con una tan perfecta conciencia, puede, dependiendo de la ocasión, caminar tan alegremente en la realidad.

Mire usted, me vuelvo malévola. Venga pronto a perdonarme.

CXXXI

Philippe a Denise.

1 de septiembre.

¡Seguro que voy! Pero dado que usted ha desdeñado mi amor, y he filosóficamente tomado la indecisión de no hacer un incendio del humo renaciente de mis deseos, ¿encontraría justo, señora, que viva en lo sucesivo como un monje? He hecho hacia usted un voto de amistad. No supongo que eso conlleve como consecuencia un voto de castidad. Si usted necesita esa nueva prueba de mi servidumbre, pinchándome un poco se la daré. Pero eso me parece muy exigente… Veamos, veamos, razone un poco, amiga mía; no parece demasiado caritativo lo que parece exigirme…

Tengo curiosidad por saber lo que ha podido contarle Suzanne de una conversación que ella ha creído a bien tener conmigo. He respondido como debía para no herirla, para conservar su confianza y gozar a gusto de la contemplación de un alma bastante intrigante y muy pragmática, curiosa y seca, pero sobre todo extraordinariamente orgullosa.

¿Tal vez tomase a la chiquilla por la cintura cuando ella caminaba contándome sus pequeñas dudas sentimentales? ¿tal vez, al dejarnos, he puesto con negligencia mis labios sobre sus cabellos? pura y maquinal cortesía hacia lo superficial. Esas cosas un poco excesivas no equivalen a nada con ella, y hay más ternura y amor en el beso que yo deposito por lo común, respetuoso, sobre sus manos, amiga mía.

Llegaré el jueves a la una de la madrugada. Envíe a buscarme.

CXXXII

Denise a Philippe.

Nimerck, 2 de septiembre.

Mi loco querido, ¡cállese! Yo desvarío y usted pone, brutalmente, las cosas en su sitio. No hablemos nunca más de esto. Venga: eso es todo lo que le pido.

CXXXIII

Philippe a Denise.

Paris, 16 de septiembre.

Una estancia exquisita – un viaje un poco triste – un regreso no alegre – una espera febril de sus noticias en la carta prometida – y las mil y una ternuras de mi corazón para usted y mi Hélène. – Eso es todo, señora, todo lo que puedo decirle hoy su amigo.

CXXXIV

Denise a Philippe.

17 de septiembre.

He aquí la carta solicitada. Pero ¿qué voy a escribir en ella habiéndole dicho tantas cosas anteayer? Esa última velada me ha resultado dulce, – va a reírse y a burlarse de mí – porque usted me ha sacrificado espontáneamente. Apuesto a que ni siquiera se acuerda de eso.

– « Señor de Luzy,¡ le concedo tres valses esta noche! » le ha espetado Suzanne de un extremo al otro de la mesa durante la cena.

– Se lo agradezco, señorita, pero no tengo intención de ir al casino; para mi última velada, pido a la señora Trémors permiso para quedarme con ella.

– ¿Quiere decir que usted la obliga a quedar en casa en lugar de venir con nosotros?

– Te equivocas, Suzanne; desde ayer había dicho que no saldría esta noche; solo está dispuesto el landau…

He dicho esa mentira con vergüenza y alegría. ¿Ha visto usted con que presteza he salido pitando, al salir de la mesa, a cancelar el break?...

Sus ganas de tenerme para usted solo, bien valía disimular las demás… Tiene usted a veces unos modales imperativos que me turban y me entusiasman. En cuando a mí, me siento completamente humilde ante ese capricho expresado. Finjo como puedo, y el pequeño peligro corrido no es lo suficiente para disgustarme.

Por lo demás, usted ha sentido la misma impresión; ha reído demasiado ante el estallido de la réplica cómica apuntada por Gérald, para que yo no haya visto en ello que usted arrojaba al viento su malestar.

– ¡Bueno! ¡heme aquí seis bailes en los brazos, pues ya veo, Suzanne, el triunfo que me vas a dispensar! ¡y decir que el buen público va a concluir de ello cosas exorbitantes! Es así como se escribe la historia.

Esta réplica podía hacer sonreír, pero no tan alegremente como usted lo ha hecho, ¡confiéselo! Por lo demás todo ha estado bien puesto que su alegría ha desviado la atención de cada uno.

¡Ah! ¡qué buena velada! La alegre partida de mi cuñada, de mamá, de Suzanne, de Gérald en el coche… el ruido de la gravilla crujiendo bajos las ruedas alejándose, perdiéndose… Nosotros nos quedamos sobre la terraza, acodados en la balaustrada de piedra.

Fragancias de heliotropos, rosas, resedas, llegando hasta nosotros desde los macizos del gran jardín, embalsamando el aire. Hélène gozaba corriendo alrededor de las cajas de naranjas; serpenteando de una a otra en un rítmico discurrir, mientras la luna la bañaba con su luz blanca proyectando su sombra, su pequeña sombra tan fantástica y tan grande… ¡Ah! ¡qué buena velada! miss May se llevo a la chiquilla a dormir y nos quedamos solos, sin hablar, felices, casi emocionados – ¿de qué, Dios mío?

Y luego se abrió una ventana y nuestra querida Hélène, hundida en su holgado pijama, nos lanzó besos con sus dos manos cantando: « Buenas noches, mi Phillip, buenas noches, mamá querida… atrapad todos estos bonitos besos…» El dulce ruido de sus labios cantarines, parece realmente lluvia de ternura, caer sobre nosotros bendiciéndonos…

Y entonces usted, *para jugar*, tendió las manos al cielo y su voz varonil subió hacia la cristalina voz:

– Tengo todos tus bonitos besos, mi Hélène; ¡pero entra aprisa, hay humedad, angelito!

Esa palabra llenó el aire nocturno… y nos siguió durante nuestro paseo por los senderos sombríos, bajo los grandes árboles de ramas entreveradas de largos rayos de luna, bañando de luz la arena de las avenidas.

¡Ah! ¡qué buena velada, en la que no nos dijimos nada, donde solamente íbamos tan tranquilos en el silencio de la noche!...

¿Qué decir ahora?

He pensado mucho en todo eso de lo que usted me ha hablado, me parece emanado solamente de sus pensamientos y debería perseverar en ese proyecto de trabajo.

Mi hermano que tiene un gran sentido crítico, le considera un espíritu muy fino: en el almuerzo de esta mañana, ha dicho sobre usted cosas que me han resultado muy gratas; no se las digo, pues se convertiría en un presumido.

Por amistad hacia mí, trate de condensar sobre su voluntad sobre este punto. No se asuste demasiado por los temas a encontrar; eso es una tarea que se adquiere pronto, según me han dicho todos mis amigos literatos.

¡Ah! si yo pudiese insuflarle mi *querer*! Esta transfusión moral tal vez sea posible; sería una especie de lenta penetración de las fuerzas cerebrales. Quiero intentarlo; pero ¿no lo estaré aburriendo? ¿Ocupo un bastante elevado lugar en su pensamiento para que su indolencia no me precipite de él, a riesgo de romperme el cuello?

Me sentiría más fuerte si estuviese segura de no haber tomado al asalto esta pequeña ménsula en la que me he metido en su corazón.

Me parece descubrir en mí todo un trabajo oculto que se ha hecho por usted – un poco al margen de su consentimiento – algo como adelantos tolerados por su falta de energía, a causa de que usted me sienta presente.

Me río pensando que si continuamos analizándonos de este modo el uno y el otro por relación al uno y al otro, nuestras cartas serán realmente la expresión un poco extraña, pero curiosa en definitiva, de las afinidades latentes de los contactos cerebrales que podrían haber tenido dos personajes mundanos del siglo XIX. ¡A nosotros, a nosotros, inimitable Paul Bourget!

Adiós; he aquí mis más peripuestos recuerdos, he aquí mis manos a besar, he aquí todavía un poco de ternura.

DENISE

P.-D. – Yo había puesto *for*… Pero no he encontrado conclusión; entonces me eclipso, pues *ever* sería muy atrevido y usted no consentiría en ello tal vez; es tan largo, ¡*siempre*!

CXXXVI

Philippe a Denise.

18 de septiembre.

Mi querida demasiada lejana,

Tengo miedo de que esta transfusión no sea un sueño de su bonita imaginación. Me siento cansado de la vida y de los esfuerzos que es necesaria para conservar un lugar en la sociedad, por pequeños que éstes sean.

Mi pereza natural me arrastra al sueño y a la inacción. También yo soy absolutamente feliz en el campo, sobre todo en Nimerck.

Todos mis males son el no poder querer. Me pregunto como he hecho para estudiar mi carrera de derecho y para doctorarme. Me achico al menor accidente del terreno encontrado en mi camino.

Así, aun *impregnado* de su voluntad, he ido a ver a mi amigo X…, el director de una de las innumerables revistas de París. Ha sido muy amable conmigo y me ha dicho atentamente:

«– Hágame algo con unas evocaciones del segundo Imperio; su padre era consejero de Estado; debe usted conocer anécdotas reales; esas historias están de moda.»

No que querido desengañar y entristecer a este hombre de mundo diciéndole que yo tenía exactamente diez años en 1869; que mi padre fue asesinado el 19 de enero de 1870 a las puertas de París, en el último esfuerzo intentado sin éxito por nuestras tropas sobre las plazas de Montretout, Garches y Buzenval; que del Imperio y su caída, el pequeño mocoso que yo era no se acuerda más que del horrible suceso que lo convirtió en huérfano, – como mi madre, agotada por un mal embarazo, había muerto el 10 de enero del mismo año dando a luz a mi hermano Jacques, – y que mi familia evitó con un esmerado celo (lo que le agradezco) contarme anécdotas sobre el segundo Imperio.

Ya ve usted; no es culpa mía. No vaya a llamarme: ¡indolente! – Me he puesto manos a la obra, no excesivamente, pero al menos un poco; el mismo esfuerzo era noble; tomé un coche, he ido a la Revista, hablé casi de negocios – ¡horror! – salí de la Revista, subí a mi coche y heme aquí roto de un esfuerzo que me vuelve a sumir en mi pereza como antes.

¿Qué quiere usted que haga?

CXXXVII

Denise a Philippe.

19 de septiembre.

Es usted un blandengue y para colmo un gran olvidadizo. ¿No se acuerda de la tía de zinc? La pobre vieja querida tía, por una vez, va a servirle para otra cosa que no sea burlarse de ella. ¡Está usted pillado!

He aquí un tema para escribir un bonito artículo; va usted a escribirlo inmediatamente y lo llevará esta misma noche al amable Sr. X…

Se le dice: «Hágame algo», ¿y usted se sienta de golpe, como un hombre desanimado sobre los cojines de un coche? ¿Pero que necesita entonces?

¡Ah! mi pobre viejo, ¡cómo se ve que tiene usted unas buenas rentas!

¡Si supiese cuántos tormentos, inquietudes y luchas, representa el menor éxito! Si los que triunfan quisieran confesarlo, se desprendería de ellos el coraje de los luchadores. Pero cada uno no muestra más que el resultado, vergonzoso de la lucha y orgulloso de hacer creer que solo el gran talento conquista el mundo.

Usted no tiene un alma de artista; esas almas no conocen el desánimo, permanecen eternamente combativas para dar a luz las ideas que devoran sus cerebros y sus corazones, es por coquetería más que por orgullo como ellas no muestran más que las heridas que les han hecho las zarzas del camino. – «¡Usted lo ha conseguido!» – « Mi idea era tan bella! » – Por desgracia lo ideal es algo, pero la perseverancia le es útil tanto como la vida lo es al cuerpo para que él permanezca en la humanidad militante.

Rápido, papel, pluma y adorne lo siguiente que es cierto:

El 2 de diciembre de 1852 tiene lugar el golpe de Estado que hace Emperador a Luis-Napoleón.

El 7 de diciembre una cena íntima es dada en las Tullerías por el Emperador, que ya había abandonado el Eliseo. Invitados: la señora de Montijo y su hija Eugenia, la señora Edouard Thayer, de soltera de Padoue, prima del Emperador por parte de madre, la señora de Padoue, prima de Loetitia, madre de Napoleón I (incluso se había hablado del matrimonio de Marie de Padoue con Luís-Napoleón, cuando la reina Hortense estaba en Suiza con la señora de Padoue) El Sr. Edouard Thayer, director general de correos; el Sr. Amédée Thayer, su hermano – los dos hijos de lay Thayer que amaba y protegía a los artistas y se hizo una pequeña corte con ellos donde, en primera fila, brillaba la Calibran – y la señora Amédée-Hortense Thayer, de soltera Bertrand, ahijada de la reina Hortense e hija del fiel general Bertrand que siguió a Napoleón a Santa Elena; finalmente el Señor y la señora de Bassanto.

Sentándose a la mesa, cada una de las mujeres presentes en esas primera cena en las Tullerías encontró bajo su servilleta un recuerdo; únicamente la joven señorita de Montijo no tuvo nada. Maríe Thayer, de soltera de Padoue, recibió un medallón; la señora de Bassano, una sortija; la señora Amédée Thayer, nacida Hortense Bertrand, una cruz de rubís, etc.

La señora Hortense Bertrand-Thayer, durante la cena, llamaba *Sire* al Emperador. El Emperador le dijo: « Mi querida señora Thayer, sois vos la única que me llama Sire. » Ella respondió: « He tomado y conservado la costumbre de llamar así a los Napoleón cuando yo era muy pequeña, junto a su tío en Santa Elena ». Napoleón respondió: « Me resultaba mil veces más armonioso escuchar Monseñor ».

En medio de la comida, se habló del modo de componer un discurso. El Emperador dijo: « Yo, en todas las ocasiones que considero buena una idea que me viene, la escribo; a continuación pongo en orden todas esas notas. »

Una vez acabada la cena, el Emperador llevó a sus invitados a su despacho y les mostró esos « esbozos de ideas ». La puerta de su habitación estaba abierta e iluminada. El traje que él habia quitado antes de cenar se apoyaba en un sillón; se podía ver la cama, coronada con un águila inmensa que sostenía las cortinas de seda roja, y sobre un velador una pequeña corona imperial adornada con violetas de Parma.

El Emperador fue de repente a tomar esa corona, y como la señora Thayer, a quién la señorita de Montijo daba el brazo, se adelantaba para admirarlo, el Emperador dio algunos pasos hacia ellas, levantó la corona encima de la rubia cabeza de la española, haciendo el gesto de depositarla allí; viendo esto, la señorita de Montijo abandonó el brazo de la señora Bertrand-Thayer, hizo una profunda reverencia que casi la arrodilló ante el Emperador y dijo con voz emocionada:

« –¡Oh, Sire, es demasiado grande para mí! »

El Emperador posó entonces sobre los cabellos de oro la corona de violetas.

Se regresó al salón. Desde esa noche, la señora Bertrand-Thayer quedo persuadida de que esa cena era la presentación *oficiosa* de la señorita de Montijo como futura Emperatriz.

No se equivocaba. En pocas semanas el Emperador hizo caso omiso de la opinión de sus consejeros y sus íntimos. En el mes de enero tenía lugar su matrimonio civil en la sala de Estado (o en la de los Mariscales); la señorita de Montijo aparecía muy pálida y tan turbada como el Sr. de Tascher, que debía introducirla y le tendía su brazo en la puerta de la sala, cuando ella iba a pasar el suyo por debajo, se vio obligado a decirle:

« – ¡Eh!, no, señora, ¡apoye solamente su mano en mi puño!»

A pesar de su extrema palidez y su gran turbación, la Emperatriz estaba tan bella, según dicen, que dio a todos una impresión de grandeza realmente imperial.

He aquí, señor, lo que usted va a adornar rápidamente y tomarle la palabra a ese admirable director. Enlace, enlace; quítele los: él dice, como ella dice, que dice…; haga un poco de literatura, ¡qué diablos!, con ese pequeñita historia; súmase un poco en la obra de los estilistas, imprégnese de la armonía y riqueza de sus frases y no vaya a exhibirse en la cuarta página del *Figaro*: Se demanda estilo, noble si se puede, atractivo como sea posible, viril o femenino, sorprendentemente original; y dirigirla con acuse de recibo al número 4 del entresuelo de la avenida de Messine.

¿No tengo todo previsto? Vamos, ¡ánimo, amigo mío!

CXXXVIII

Philippe a Denise

21 de septiembre.

La historia es encantadora, pero he caido en pleno desánimo y la he guardado para mi solo, lo que más vale que entregar al público esas cosas íntimas de una mujer ahora tan desdichada y tan agobiada por los acontecimientos.

En fin, que no he hecho nada. He fumado unos cigarrillos pensando en cosas filosóficas por lo menos sublimes: Esta ocupación me ha resultado eminentemente agradable.

No me regañe demasiado, se lo ruego.

CXXXVIX

Denise a Philipe

23 de septiembre.

Querido, si usted se hace el sentimental y si se deja llevar por el corazón en el momento de revelar algo sobre alguien, jamás escribirá. Mire a su alrededor, incluso un poco más hacia atrás: ¿acaso Jean Jacques tenía algún escrúpulo en eso? No temía dar el nombre de todas las mujeres que habían sido *caritativas* con él. George Sand, no conforme con reflejar a sus amores de un modo muy sublime y a medias velados, da bastantes detalles para proporcionarnos el disfrute de averiguar los nombres de los elegidos, contándonos además todas las historias de su madre.

¿Musset? Año a año, mes a mes, seguimos la lista de sus romances.

Así actúan los talentos más grandes; siga un poco ese ejemplo.

¡Vaya, pequeño infortunado, que quiere escribir y no sabe que proezas son necesarios hacer ejecutar a su corazón para ello!

Recuerde que cuanto el autor más cuente de sí mismo, de su cerebro, de sus pensamientos, de su alma, de sus dolores o de sus alegrías, o de los dolores o alegrías que él frecuenta o provoca, más nos cautiva e interesa. Aparte de las concepciones filosóficas abstractas, ¿qué sobrevive de los hombres de letras desaparecidos? *Adolphe*, *Manon Lescaut*, *Fanny*; *Lui et Elle* es una de las obras de George Sand que menos ha envejecido junto a sus *Lettres d'un voyageur* y *l'histoire de sa vie*, porque es su corazón herido, palpitante, y el choque de las pasiones que la han animado lo que encontramos en esas páginas.

Dominique, de Fromentin; *Sur l'eau, Notre Coeur*, de Maupassant, he aquí dos obras vividas. Siempre nos interesarán, porque los autores no se ocultan y se siente y se toca el pedazo de corazón todavía sangrando que han puesto en ellas.

Es la verdadera disección, es la anatomía del escritor *interpretándose*, lo que hay que describir para apasionar al lector; cuanto más se encuentre el autor desollado, más vemos al desnudo sus nervios, sus músculos, su sangre, su carne, su cerebro, su alma, ¡y todos somos más felices!

No diga que exagero. Digo la verdad. Si viviese usted rodeado de escritores como yo, vería que tengo razón. La idea constante de esa *entrega* al público, de esa especie de desfloración de sus sensaciones más íntimas, incluso de las que ellos crean, es lo que hace a los grandes tan tristes:

Ils laissent s'égayer ceux qui vivent un temps;
Mais les festins humains qu'ils serven à leurs fêtes
Ressemblent la plupart à ceux des pelicans.
……
Leurs declamations sont comme des épées:
Elles tracent dans l'air un cercle éblouissant
Mais il y pend toujours quelque goutte de sang.

Permiten animarse a aquellos que viven en una época;
Pero los festines humanos que sirven en sus fiestas
Se parecen la mayoría a los de los pelícanos.
…
Sus declamaciones son como espadas:
Trazan en el aire un círculo deslumbrante
Pero siempre pende de él alguna gota de sangre.

Es una forma de melancolía entregarse a los desconocidos, dejarse juzgar por algunas personas con las que no se hubiese tenido el valor de intercambiar dos palabra, de tan alejadas que uno las siente de sí.

¿Se ganan adeptos a veces? ¡es raro! Es entonces cuando algún lector protesta:

– ¿Cómo se ha atrevido a decir semejante cosa? es a fulano o a mengana a quién usted ha descrito; ¡es usted indiscreto, nada delicado, terrible!

Los interpelados sonríen. ¿Qué han tomado de esas personas? su superficie de marioneta moviéndose en la vida; pero borrando de ellos los pensamientos y los gestos de esas marionetas han revelado otra cosa. Durante seis meses los autores han sido los amantes, los amigos cobardes o valientes de los seres que ellos han creado en su novela.

Han vivido las vidas de todos en una ubicuidad agotadora; han dispersado sobre cada uno los trastornos, las tristezas, los errores, las bellezas, las arideces, las desesperaciones, los sufrimientos, las alegrías, las dichas que su ser, diversificándose, ha imaginado sentir. Las han exagerado, atenuado; han hecho aflorar lo vivido en su imaginación hasta sufrir con ello un padecimiento material.

Un amigo con talento, un día que me leía un pasaje de uno de sus manuscritos y que me hacía llorar, verdaderamente acongojada por la agudeza de las sensaciones que allí describía, me dijo: « Yo también he llorado escribiéndolo». ¡Sublime y conmovedora confesión! Había llorado… ¡Con qué verdad hay que describir el sufrimiento para conseguir arrancar una lágrima en la ficción que se ha creado! Hay quiénes mueren a fuerza de poner en el mundo *pasajes* como ese. Y fíjese, amigo mío, que el que me confesó esa lágrima vertida era un escéptico, un irónico a quién la vida le parecía grotesca y bufa.

Todos tienen un objetivo escribiendo: Los grandes enseñan, eso los mantiene; ganan discípulos, eso los alienta. Los demás, a los que empuja a escribir un pensamiento menos excelso, creo que tienen en ellos un sobreañadido de vida debido a su imaginación que los obliga a hacerse mover en sus ficciones.

Esto no impide que yo nunca haya podido escribir, tal vez porque no soy más que una mujer.

Mostrar al desnudo su alma, sus pensamientos, su corazón, sus aspiraciones, incluso aunque por una hazaña cerebral todo ello no haga más que emanar de nosotros sin ser nosotros, ¿no es cómo un impudor moral tan censurable como el impudor físico? en el fondo es peor mostrar su alma a todo el recién llegado… al menos yo experimento esa sensación. Sufriría por eso tanto que prefiero mejor la complicación y lo arduo de las reglas de la armonía a las que hay que someterse para componer.

El pensamiento liberado no es más que una melodía de mi alma que llora o que disfruta, sin decirlo. En ese canto, cada uno puede encontrar lo que quiere sin agarrar nunca exactamente lo que yo he puesto en él. Los músicos no copian ni la naturaleza ni la humanidad: crean. Con las siete notas por todo tesoro y el infinito soñado por horizonte, tejen a su antojo lágrimas o sonrisas y las hacen tan melodiosas que embriagan y a veces consuelan.

¡Ah! ¡qué cortas se quedan las palabras para expresar: yo sufro! Y ¡qué riquezas constituyen las combinaciones armónicas diversificándolas para cantar ese sufrimiento! ¿Un poco abstractas, dice usted? Pero más personal, única, toda vez que nosotros no tenemos términos fijos para contar ese sufrimiento. Si el público siente el dolor que hemos puesto en nuestros cantos dice: « Eso es bello, estoy conmovido.» No dice: « Es lo que me pasa a mí.» No, yo le hago compartir mi emoción sin que él lo conozca, sin que toque con el dedo la herida secreta. Mi sufrimiento está en Dios y en mí; nadie la profana ni es capaz de expresarla.

¿Qué pequeño temperamento celoso y salvaje tengo, verdad? No hay que olvidar, amigo mío, que desciendo de los Rurik.

Toda esta disertación, que usted puede arrugar y tirar a la papelera sin que yo piense en ofenderme por ello, procede de lo que he temblado, una vez enviada mi carta del otro día, de que usted no estuviese conforme con su artículo; de pronto me di cuenta que poner estilo a un tema indiferente no era una noble tarea; es señal de espíritu literario y usted ha refunfuñado. Describa sus turbaciones, sus dudas, sus sufrimientos de un modo personal y bajo una forma inédita; como le hace daño y como le alegra el amor; mezcle su ser con lo que su imaginación le ha concedido y entonces eso será la buena tarea, sin importar la forma bajo la que la presenta.

Si su corazón ha sufrido, que propague, duplique, triplique, quintuplique ese sufrimiento. Cincele su estilo, deslúmbrenos, o languidézcanos con una forma más flexible, perceptible a través de los matices, las dudas de un espíritu insatisfecho. En tal o cual de esas formas, en el desarrollo de ese fondo, algunos se reconocerán, negligentes o al menos dotados como usted para describirse y exclamarán: «¡Yo he sentido eso!»

Entonces, usted será un autor querido por los que se hayan descubierto de ese modo en usted, pues usted les ennoblece sus sufrimientos, allí se los muestra fina y delicadamente, incluso inéditamente, aunque ya compartidos con los suyos. Gracias a usted ellos creerán en sus raras sensaciones. Usted homenajeará de forma discreta, no prevista, la bella e interesante naturaleza de su lector; la magia de su pluma lo hará salir de los nimbos donde se ocultaban sus embrionarias sensaciones.

Acuérdese también que, para aquellos que escriben, lo contrario de los principios del *Paradoxe sur le comédien* debe ser su ley, porque cuanto más la emoción sentida por el artista es arrojada de un modo brutal sobre el papel, mejor la encuentra más tarde, aún palpitante, vivida, y pude retomarla, atenuarla, moldearla a su gusto antes de entregarla al público.

Estoy pues contenta de que usted no haya hecho ese artículo para obedecerme: Imagínese mi desesperación, si habiéndose publicado, usted estuviese descontento, sabiéndome yo medio responsable de ese éxito.

En fin, si usted quiere que resuma todo esto, le diré que he temblado como una madre que, enviando al combate a su hijo, se diese cuenta, una vez él partido, que no estaba tal vez suficientemente armado para defenderse.

Así pues, esta vez he bendecido su pereza, ¡oh, querido indeciso! ¡Qué resultado, Dios mío, después de tantos esfuerzos para alentarle a emprender algo!

El pensamiento y la reflexión han sido concedidas al hombre para hacerle sufrir…

Adiós, querido. Esta vez, mi carta ha tomado las proporciones de un *in-quarto*.

CXL

Philippe a Denise.

22 de septiembre.

¿A la papelera? Esperaba ser reprendido, tratado de inútil; pero yo amo su carta, la amo; ella me ha liberado de una ruda aprensión.

Me dice un montón de cosas hábilmente conseguidas; ¡pero si usted cree que van a animarme a escribir! Es demasiado laborioso vivir sus dobles emociones: sobre uno mismo y luego sobre el papel. Por lo que se refiere a componer, me sería imposible, no siendo mi vida un tratado abierto de armonía. Soy bastante buen ejecutante, adoro la música, toco considerablemente, pero eso es todo. ¿Recuerda usted nuestra emoción tan

intensamente compartida escuchando la sinfonía coral de Beethoven? El oído tiene sus éxtasis como los demás sentidos.

Me limito pues, amiga mía, a aprovechar el genio de los demás sin buscar en vano y dolorosamente el crearme uno propio. Podría fracasar mientras que nada me impide soñar. Hay un cierto agradable sabor en decir: ¿tal vez yo hubiese sido ese? Me gusta más resistir a la débil tentativa de arte, la cual, puesta en ejecución, me demostraría que jamás habría sido *ese.*

Adiós, la añoro a usted, a Hélène, a Nimerck, incluso a Gérald y a su madre. La querida castellana de cabellos canos, posee una gracia criolla que se puede encontrar en Hélène y, en raras ocasiones, en usted. En fin, ¿qué quiere que le diga? Los quiero a todos y le pido noticias para vivir de su vida.

CXLI

Denise a Philippe.

26 de septiembre.

¿Por qué no viene si nos echa tanto de menos? ¿Es necesario repetirle: su habitación siempre le está esperando?

Los sucesos aquí son bastante escasos. Sin embargo estos últimos días he anotado uno en el libro de oro de la familia: Hélène ha recibido su primera lección de equitación. Gérald se la impartió sobre el césped. Mamá y yo mirábamos bastante emocinadas a ese pequeño jinete tan querido sacudido por el bravo Darling.

Hélène ensillada, no me ha sorprendido diciendo al animal: « ¡Presta atención, Darling! » – Gérald se rió.

Hélène está para comérsela en traje de equitación; ha aprendido tan pronto el trote inglés que hoy el tío ya ha pasado de la pista redonda del pastoreo y ha decidido impartir la lección paseando, montando él mismo sobre Moricaud. He aquí a Hélène radiante; yo un poco nerviosa, aunque muy segura de la prudencia de Gérald. Y por otra parte mamá, todavía más preocupada que yo, preveía mil desgracias:

– Ojalá que Darling no se anime… ese le ocurrió contigo y tú eres buena amazona… ojalá que no brinque, no se encabrite o no dé un trompo… ojalá que Hélène no tenga miedo… ¿se han revisado las cinchas? ¡ese caballo se hincha cuando se le enjaeza!

¡Ah, los: *ojalá* de las madres! En realidad he temblado tanto durante la hora que ha durado ese paseo como si una desgracia planease sobre mi hija, cuando mi suegra, oportunamente, se acordaba de repente, en compañía de mi pobre madre, de los peores accidentes de caballo ocurridos a sus expensas desde su tierna infancia. No dejaba pasar ni uno.

En fin, Hélène regresó triunfante; transportada en un buen tiempo de galope, dio tres veces la vuelta al jardín; Gérald, profesor, estaba exultante, galopando a su lado. El cree que en diez lecciones ella sabrá montar y mantenerse en la silla tan sólidamente como él mismo.

Otra guitarra: Aprilopoulos sigue enamorado de Suxette, siempre vacilante y siempre un poco al acecho de los acontecimientos. Yo creo que la muchacha está prendado de usted, diga ella lo que diga; eso no es sorprendente; despliega usted un gran encanto en sus relaciones con las mujeres. Usted *da la impresión* de tomarlas en serio y eso es algo de lo que más nos seduce. Por lo demás, pronto va usted a volver a ver a esas damas; ellas cuentan con no permanecer aquí más que algunos días. La chiquilla se aburre desde el desierto baile del casino; la vida familiar no es su fuerte,

para ella cuyo pequeño cerebro está enmarañado de historias de trapitos, de placeres y de flirteos. Vive de apariencias; es algo vacía y es por lo que hay tanta necesidad de actuar para complacerla.

Esas son las noticias. Adiós; la moralista le envía su bendición.

CXLII

Denise a Philippe.

1 de octubre.

Estoy un poco triste desde hace tanto tiempo sin sus noticias; eso me quita todo ánimo para enviarle las nuestras.

Usted mismo lo ha experimentado: involuntariamente el silencio induce a creer que uno se ha olvidado; el temor a ser molestado acaba por cortar las alas a todo pensamiento deseoso de volar hacia el amigo, y no se escribe, y se está triste, y todo eso sin embargo no es más que un mal sueño que acosa al espíritu inquieto.

Aquí está Suzanne que ha regresado de la calle Murillo; Alice me ha escrito diciéndome que va a retomar sus cenas semanales los martes; me anuncia entre otros como primeros invitados a los Dalvillers y a usted. Ese acontecimiento, pequeño en definitiva, promete sin embargo una soberbia confesión, querido abad. Mi sobrina y yo lo hemos previsto; hemos reído pensando en la cara discreta y sorprendida que va a tomar el curioso amigo para intentar averiguar todo. Aunque usted sepa adivinar y arrancar los pequeños secretos de nuestros corazones, ¿el abad lo sabrá todo de usted?

Por desgracia nosotros somos pequeños corazones en pena y preocupados, pequeños corazones agitados, con mil rincones oscuros en los que apenas vemos gota; por francas que seamos, no piense que estemos llenas de secretos y que todas las llaves no pueden abrir. Esos pequeños misterios son nuestra fuerza; gracias a eso nos mantenemos.

¡Oh! nuestras confesiones le serán hechas, pues usted es un hombre hábil, ¿pero cuáles? He ahí el punto interesante en esclarecer. Nos mentimos tan fácilmente a nosotras mismas y ¡somos tan hábiles en tomar la realidad por un sueño y el sueño por la realidad, según las necesidades de nuestra imaginación!

Después de que usted libre nuestro pequeño estado de ánimo, me creerá sincera si le digo: voy cada día amándole un poco más que la víspera, y usted sería mi caballeresco amigo si únicamente respondiese de vez en cuando a mis cartas.

¡Ah! ¡el querido perezoso! ¡Se necesita el ardor de mi amistad para resistir a la tibieza de la suya!

CXLIII

Denise a Philippe.

11 de octubre.

¿Es que acaso Suzanne, una vez en París, tiene por « ocupación » que usted ya no escriba?

Debería ofenderme por ser sustituida por esta pequeña ligereza hecha mujer y no escribirle a usted más. Así habría actuado si no hubiese necesitado las veinte melodías

que le presté; al querer leerlas mi editor necesito revisarlas antes de entregárselas; tenga la bondad de enviármelas.

Quisiera tener noticias suyas, saber si la gran combinación de la que usted me ha hablado durante su estancia aquí progresa hacia la conclusión favorable y esperada.

Es usted el más negligente de los amigos. – « Puesto que se me ama asi… » dirá usted.

Entonces continúe, como el negro… Pero es igual, unas breves palabras de vez en cuando no estarían de más. Adiós.

CXLIV

Philippe a Denise.

12 de octubre.

Amiga mía,

Le envío los *Chants d'amour* por correo certificado; esta brusca separación me entristece. Esperaba llevarlos pasado mañana al campo para volverlas a leer allí para distraerme. Pero si usted tiene un compromiso con el editor no hay tiempo que perder. Ese compromiso se me antoja una muy buena noticia: usted sabe todo el placer que eso me causa.

En París hace un calor de otoño tormentoso, insoportable; estoy entusiasmado por poder escaparme. Lamentablemente parto sin que mis asuntos estén arreglados; nada que perder, pero los demoro y con los negocios, como con las mujeres, no se gana nada dándole largas. Todo eso me ocupa, me preocupa, y, con el calor y las carreras en bicicleta que he emprendido con ardor, me impide dedicarme tanto como quisiera al placer de la correspondencia. Así pues usted me reprocha ser negligente… Pero usted que no tiene nada que hacer, que no monta en bicicleta, que esta al aire libre, ¿por qué no escribe más a menudo? ¿Tal vez porque yo no he respondido? ¡Eso sería un poco mezquino!

Cuénteme un poco lo que pasa por ahí; ¿Está todavía Gérald con usted? ¿Cómo está Hélène? ¿y su madre? Escríbame a Luzy; parto para allí mañana.

Adiós. No se puede imaginar cuanto los amos a todos.

CXLV

Denise a Philippe.

13 de octubre.

Implora usted sin descanso: ¡cartas, cartas! y me recuerda a Hélène, cuando era un bebé de dieciocho meses, que, cuando tenía sed, pedía sin interrupción, incluso parecía que sin respirar: «¡*aga, aga, aga, aga, aga*!» hasta el momento en el que su nodriza le ponía el vaso en el pico; entonces, el *aga* cesaba, pero esa petición reiterativa era algo que me volvía medio loca.

¿Qué quiere usted que le escriba, horrible perezoso? En fin, vaya pues una carta; ¡no la merece demasiado! Una pequeñita carta perfumada del aire sano de mi bella Bretaña, llena de fragancias de retamas, largos quejidos del viento, de los ruidillos de las hojas muertas dispersas volando como almas en pena tratando de huir de la tierra.

También puedo enviarle el ronroneo terrible y monótono del mar, el rozamiento de las altas ramas de los pinos, que llena de silbidos la quietud de los bosques, y el sol de otoño que espolvorea de oro el salón mientras le escribo; desliza a través de los pequeños cristales de las ventanas sus ardientes rayos e ilumina, antes de desvanecerse detrás del acantilado, las viejas tapicerías de las paredes llenas de bestias apocalípticas demasiado grandes y de personajes demasiado pequeños.

Amigo mío, pese a mi voluntad, me encuentro en un estado de languidez indescriptible. El efecto es extraño. ¿Tal vez la causa sea la calma y la absoluta soledad en la que vivimos? Nunca he experimentado esto, comprobando en mí una vaga añoranza de nada, un poco de malestar moral y de atolondramiento ante este desconocido mal. Un desconcierto físico me empuja a vagabundear por el bosque y de repente me sorprendo a mí misma con los ojos llenos de lágrimas.

Me siento embriagada con el fino olor de los helechos y de los musgos, de los brezales silvestres y de las hojas de roble. Me vuelvo gitana; mi amor adormecido por las cosas se despierta salvaje, y muestra en mí un instinto bestial, pagano, insospechado hasta ahora. La mujer que he sido ya no está, cazada por aquella en la que me convierto; el bosque me atrae; le canto, perdidamente, los cantos salvajes de Miarka, la maravillosa hija de Richepin… Mi voz me asombra y me emociona…me gana un poco de locura, el eco que despierto me hace estremecer. Llego al borde del acantilado, miro el sol hundirse en el mar, enrojeciendo el cielo, abrazando el horizonte, y pienso, triste, qué bueno seria que usted estuviese allí para gozar de ese grandioso espectáculo.

Solamente él me tranquiliza y deposita en mi alma una indefinida tristeza dejándome muda y lánguida durante el regreso por la landa gris. Adiós.

CXLVI

Philippe a Denise

Luzy, 21 de octubre.

Qué severa es usted conmigo, querida amiga, y qué rigor la empecina en que nuestras cartas se alternen regularmente, yo haciéndo las pregunta y usted dándome las respuestas como en el catecismo, dicho sea sin molestarla. Esta actitud es muy poco digna de usted. ¡Sin embargo es agradable recibir cartas en el campo! La última me preocupó un poco; ¿qué significa esa vaga tristeza? No me gusta que mi amiga sea presa de los sueños; ese estado siempre es temible en una naturaleza como la suya; amo la mujer que es usted y desconfío de aquella en la que parece estar convirtiéndose.

¡Ah! mi querida gitana, se diversifica usted en cada giro del camino… ¡Con qué maravillosas alteraciones del alma y el espíritu agita su vida y la de los demás! Pero no cultive las emociones que la controlan, tengo miedo de ello por usted; mi querida Extrema, desconfíe de sí misma; tema alimentar un falso sueño de felicidad. No diga más orgullosamente *sempre piu*… ese *siempre más* me asusta. Tome más bien la sabia divisa de los Luzy: *plus ne veult*. La compartiré con mucho gusto con usted.

¿Hace usted una mueca? ¿Su peón la aburre? hablemos de otra cosa.

Así pues, para volver a mi primer tema, – Mi inquietud es una disgresión perdonable – quiero creer ese silencio de ocho días debido al absorbente trabajo de la revisión de las melodías; en tal caso, la perdono.

¿En qué se convertirán? Me gustaría creer que ya ha recibido el manuscrito, aunque usted no haya considerado importante hacérmelo saber. ¿Ya está en manos del editor?

¿qué dice él? Estas son unas preguntas que me interesan y sobre las que me hubiese gustado estar informado.

¿En qué se convierte el temible hombre del mar? (La señorita Suzanne me ha manifestado que ella temía a Gérald – *per che signorina*?–) Eso será para usted un excelente ejercicio para contarme cosas prosaicas, y una gran satisfacción para su viejo peón aprenderlas.

Su viejo peón tiene una pasión y es aquí donde se hace placentera, esta pasión y su bicicleta. Si me viese usted pedaleando sobre los repechos que abundan en la región, se partiría de risa. Incluso yo me río de mi mismo – en los descensos.

No se puede imaginar hasta que punto me absorbe este deporte. Es muy sacrificado; tengo ante mí cuatro volúmenes de Renan, todavía no los he abierto. Incluso el flirteo está completamente abandonado. Quiero dejarme invadir un poco en este punto y distraerme de la vida demasiado agitada que llevo. Tiendo a hacer una retirada anual; tengo necesidad de silencio y reflexión, de paseos solitarios por los bosques, aunque los unos y los otros me induzcan, como a usted, a sentirme salir alas o a convertirme en silvano: aún me siento bastante alejado de su poética exaltación.

Espero quedar aquí hasta el 29, pasaré por París e iré a cazar en Sologne durante ocho días, luego regresaré a mi vida habitual.

Tendría gran necesidad de verla del tiempo que hace que no conversamos. ¿Por qué no viene por estos parajes? Iríamos al Monte Saint-Michel. He hecho allí el otro día una agradable excursión. Había sobre el camino pequeños reflejos azules que no olvidaré nunca. La habrían transportada, mi santa artista.

Hasta pronto, querida amiga. Presente mis respetos a la señora de Nimerck; y mis amistosos saludos a Gérald; bese por mí los cabellos dorados de Hélène y crea en mi gran afecto hacia usted.

CXLVII

Denise a Philippe.

22 octubre.

No, amigo mío, no es tan pobre el motivo que me hace guardar silencio; paso por una crisis moral. Cuando estoy así me vuelvo muda para gran provecho de mis amigos.

Además no tenia nada que decirle; nuestra vida es tranquila, Hélène y mamá son felices, eso es todo lo que debería bastar para mi propia dicha.

Gérald ha regresado a París; está solo allí y nos escribe diciéndonos que el apartamento del bulevar Malesherbes, vacío, es un gran vestíbulo muy triste de habitar. No debe volver a Cherbourg hasta dentro de algunos meses para volver a embarcar; debido a eso creo que regresaremos más pronto a París.

Estoy contenta de ver en usted esa sana pasión por la bicicleta; aquí es una rabia. Nuestro animoso vecino Georges Granbaud llama a la suya su « cisne amado ». Ese Lohengrin viene a vernos a menudo gracias al cisne en cuestión. Anima nuestra soledad con sus chispazos brillantes y sus apariciones astrales, luego se eclipsa siempre demasiado aprisa a merced de toda la casona.

Pero a falta de bicicleta, leo. ¡He encontrado cosas exquisitas, interesantes y tan bien dichas en ese mismo Renan que usted no lee! Esos volúmenes están llenos de pensamientos desbordantes.

Va usted a burlarse de mí; pero ¿puedo decirle algo? Me estoy haciendo sutil cada vez más y estoy bastante desolada, pero sin fuerzas para reaccionar. Ese mal indefinible me está ganando lentamente; es una triste embriaguez creciente – la encuentro enfermiza – a cuyo encanto no puedo sustraerme, he dicho: embriaguez; eso explica por lo que a mi pesar sucumbo a ella.

Desde mi última carta tengo una malsana necesidad de retirarme de lo que es vida. Anhelo la soledad y la celda; me gustaría anular mi cuerpo; me preocupa y me irrita. Tengo necesidad de dominar mis pensamientos mediante el sueño. ¡Ah! esos « pequeños reflejos azules sobre el camino », usted los ha puesto precisamente en su carta para hacérmela volver a leer y amar. Era el modo ideal para atizar mi malestar.

Todo lo que vive, vibra, es alegre y dichoso, me indispone y me resulta insufrible. Para darle una idea, ya no compongo en la sala del órgano, expuesta a pleno sur: he hecho trasladar mi mesa, mi piano, a la habitación malva, la suya. Solamente allí me encuentro bien. Me gusta el día del norte que la ilumina; sentada ahí únicamente, ahora puedo pensar, trabajar, porque ese día triste y monótono no contiene más que el reflejo del sol, no el estallido del mediodía que es la vida misma del astro y transforma todo en savia, en conmoción, en agitación a su alrededor.

Por mi herencia gitana cuyos antepasados han hecho un Dios del sol, es una auténtica señal de mal, este desafecto que me invade.

Búrlese de su amiga deprimida, esta vieja mujer de treinta años, bastante prudente hasta ahora y que de pronto se ve presa de un mal extraño, el mal de las *blue devils*, pobres mariposas molestas y queridas.

Que no le dé mucho que razonar todo esto que comparto con usted, incluso ni para hacerme regañar por el querido viejo peón…

Sería una colegiala sumisa, atada, dominada por ese vago molestar contra el que chocan todos los esfuerzos de mi voluntad. ¿Qué hago? No lo sé, pero sé que lo hago y que a veces lloro.

¡Dice tan poco de mí ser así! Yo que le digo que sea recto y decidido como un hombre… ¡Ah! las almas tienen un sexo… A pesar de la energía empleada en vencerme, me siento una mujer, nada más que eso; un pobre y pequeño esbozo de mujer a la que usted debería golpear, se lo juro.

CXLVIII

Philippe a Denise.

24 de octubre.

Tenía mucha razón albergando mis temores. ¿Qué sucede? Se muestra usted de repente desfalleciente, ¿de qué? Usted, que ha tenido hasta ahora tan poca necesidad de protección, ¿está implorando mi auxilio? ¿De dónde procede esa derrota moral?

Mi pobre amiga, va usted a convencerme de la eficacia del matrimonio, que sitúa a la mujer bajo la tutela del hombre.

Métase bien esto en su cabeza: el cuerpo tiene funciones en las que el alma no debe inmiscuirse; divida para vencer. Venza su cuerpo por otra cosa que no sean ensoñaciones; monte a caballo, camine; venga a luchar a París contra la lentitud de su editor en publicar las veinte melodías.

He aquí el peor resultado de los matrimonios, con razón; el hombre y la mujer uniendo sus labios sin amor, sin fusionar en su corazón su inteligencia. La mujer recibe la caricia sin deseo, sin pasión; uno se separa por una incompatibilidad de humor.

La mujer vive prudente, desencantada, concentrando sus esfuerzos afectivos sobre los hijos; pero los hijos crecen, escapan a las caricias. Entonces la madre vuelve en sí, se convierte en esposa. Ella se acuerda, sueña en el amor del que sólo ha obtenido un simulacro; lo embellece con todas las riquezas de ternuras almacenadas en ella y el criadero de todas las ilusiones conservadas inconscientemente en su alma, de todos los deseos sin objetivo de su amplia viudez. Ella se dice: « Lo que se me ha dado no era amor y sin que yo haya amado ».

Amiga mía, claro que era amor. Amar es asociar dos cuerpos; el alma se incorpora siempre que puede. Hay un instante de embriaguez creciente, no se puede negarlo; pero para seres como usted, analíticos e investigadores, no perdura del acto más que una dicha bastante mediocre y brutal que se ensucia en la culpa con un poco de lamento y de vergüenza.

La gran pena de nuestros espíritus procede siempre de un malestar de nuestro corazón; hoy usted lamenta su vida sin amor, mañana usted será desgraciada por haber amado. Para usted sería peor una desgracia que la otra.

Hay mujeres que nacen con la imposibilidad de ser felices. Usted es, entre todas, de éstas. Procure resignarse a ello, mi pobre querida amiga.

¿Está suficientemente golpeada por hoy?

CXLIX

Denise a Philippe.

26 de octubre.

Le escribo: sufro. Y usted, arrogantemente, concluye: eso es amor.

¡Eh! querido, es posible; pero esa no es una razón para refutar sus pequeñas teorías de vividor escéptico.

Me he confiado a usted en un minuto de expansión, olvídelo; es lo mejor que usted puede hacer. Yo también.

Adiós, pedalee bien; voy a ponerme a ello; ese debe ser un excelente remedio para mantener el equilibrio del alma.

CL

Philippe a Denise.

28 de octubre.

¡Malvada, malvada! Es usted un bonito animal salvaje al que tendría placer en domar. No he sufrido por usted, no me he convertido en su amigo para ver plácidamente su imaginación extraviada.

Yo también tengo una voluntad, totalmente sentimental tal vez, pero ella tendrá la fuerza de retenerla y me dará así el tiempo de demostrarle el error en el que usted intenta caer.

Le prohíbo amar, ¿me entiende?

Realmente, mi querida Denise, le lanzo bondadosamente esta súplica y sin embargo tengo miedo: no le permito ser invadida por esa melancolía, ese mal sin objeto. Con nuestra delicada alma todo es susceptible de temor.

Adiós; beso sus pálidas manos con una creciente ternura.

CLI

Denise a Philippe.

30 de octubre.

Sus gruñidos contra mi mal me divierten, pequeño león celoso del descanso de mi *delicada alma*. Hay de este modo en las más serias preocupaciones que nos agitan rincones percibidos a medias que nos hacen sonreír…

Mamá me ha dicho ayer noche unas palabras encantadoras. Yo bajaba de la habitación de Hélène a quén venía de dar un beso de buenas noches. Llegué al salón arrastrándome, agotada por las inquietudes que tengo en mí, y fui a tumbarme sobre un sillón cerca del fuego. Mamá, bajo la claridad de la lámpara posada en una mesita, al otro lado de la chimenea, tricotaba para los pobres.

Al cabo de un instante me miró y me dijo, con una triste intuición:

– Mi Denise, a tu vida le falta algo, pero esa cosa no es lo que tú crees; eres incapaz de dejarte invadir por malos pensamientos, te repugnaría. Pues bien, concédete la ilusión del amor, sin amor. *Te hace falta una pequeña luz* para animar un poco tus días, nada más que eso. Regresaremos pronto a París; este año la soledad no te resulta buena. Se mundana; vete al baile, al teatro, coquetea un poco, da veladas; yo a mi vez daré cenas en honor a Gérald. Eso te distraerá, te curará, hija mía.

» Yo también ha pasado por una crisis semejante estando casada; tu sabes qué amor tenía tu padre por mí y lo mucho que yo lo amaba. No sabía cómo esa sed malévola, sin objetivo, esa crisis de tormentos había entrado en mí; tu padre la presintió. – Del mismo modo yo presiento la tuya – no me despreció por padecerla, creo que me amó más tiernamente. Me arrastró al mundo, dejó a los hombres hacerme la corte; luego, cuando me vio distraída, mejor, se las arregló para que lo viese celoso… ¡Señor! ¡cómo me emociona aún ese lejano drama de nuestros corazones!... En fin, Denise, tu padre me curó. No puedo cuidar de ti así, hija mía, pero al menos comienza ese tratamiento mediante la distracción, conmigo funcionó. Por lo demás, estoy muy tranquila; hay un cierto orgullo que es la estima en sí y que no es para nada vanidad: tú lo tienes. También tienes a Dios.

¡Pobre mamá! he ido a abrazarla y le he prometido intentar curarme.

¡Qué bonito drama del corazón percibido en esta confidencia, y que hombre exquisito, delicado y fino era mi padre! Un imbécil se hubiese herido, ofendido, habría protagonizado escenas. Él no imaginó nada mejor que dejar un poco libre a su esposa, y, contando con su afecto profundo, llevarla de nuevo hacia él mediante un poquito de celos. ¿Es conmovedor, verdad?

Amigo mío, yo lo bautizo como mi *lucecita*. No se asombre demasiado y reciba este bautismo sin oposición; no supondrá para usted ningún esfuerzo, ni ningún compromiso; tendrá el derecho de ser una lucecita indolente, una lucecita huidiza, una lucecita vacilante. Ojala sea usted sencillamente la lucecita de la señora Tanagrette, estaría bien.

CLII

Philippe a Denise.

15 noviembre.

¿Sabe, querida amiga, que con la actitud que usted adopta, acabará por olvidarme? No menos delicada que el amor, la amistad es una flor que tiene necesidad de cultivo, sobre todo con una naturaleza como la suya, donde la eclosión de los sentimientos es violenta, sino rápida.

En realidad, desconfío de usted; considero su alma un poco inquieta, tratando de buscar novedades, capaz de aferrarse solamente en lo que ella se interesa. Temo no interesarla más. Y sin embargo tengo por usted una auténtico y profundo afecto; yo la vería desaparecer con una gran tristeza: sería para mí un vacío y una desilusión amarga. Crea que usted también perdería.

Estas reflexiones son consecuencia del silencio guardado obstinadamente por usted respecto a mí. Dado que usted aún va a estar un poco tiempo lejos de París, debe resignarse a escribir a menudo. Ese es el lazo que nos une. Me espanta no tener noticas suyas; usted no tiene la excusa de la pereza. ¿Ocurre algo más grave?

¿Qué es en lo que se ha convertido esa crisis de la que usted me hablaba y merced a la cual nos hemos enfadado un poco? ¿No me tendrá ya al corriente de lo que sucede en su alma? Nada me interesa más. Ayer vi a Granbaud en el círculo; me dijo que usted estaba bien. ¿Es cierto?

Estoy en París desde el domingo y me aburro soberanamente. Voy a arreglármelas para ir de caza lo antes posible. Estoy retenido aquí por mi gran negocio; está atravesando una fase palpitante: Todo va bien y mi esperanza se afirma cada vez más. En este sentido estoy bastante feliz; pero sufro con la soledad de su alejamiento. No tengo a mi alrededor a ninguno de mis amigos, ni a usted; es eso sobre todo lo que más me hace sufrir.

Como usted ve, una carta me sería un gran consuelo; no me la haga esperar demasiado.

Hasta luego; crea en mi muy grande y seria amistad.

CLIII

Denise a Philippe.

16 de noviembre.

Amigo mío,

¿Duda usted del bien que me ha hecho su carta? ¿Se interesa usted por mí? ¿Formo entonces parte de una parcela de su vida?

No, no, yo no lo olvidaré nunca; mi malestar procede incluso de que yo no lo olvido bastante, y usted desconoce extrañamente mi carácter – lo que es poco – pero sí mi corazón – lo que es más serio – acusándome de ser « una buscadora de novedades ».

Amigo mío, ¿no ha sentido hasta que punto soy suya, única y absolutamente? nada me interesa que no sea usted; todas mis aspiraciones, todas mis creencias, toda mi fe,

todo mi ser, son suyos y están en usted. La violencia de este sentimiento me hace sufrir; es en mí como la vida misma. Por desgracia nada puede distraerme de ello; uso mis fuerzas y mi voluntad en una lucha perpetua contra mí misma, y a pesar de todo me devora una tortura de la que nadie puede dudar, ni siquiera usted.

Hay días de infinita lasitud en los que estoy rota, infeliz sin causa aparente, y en los que quisiera morir porque eso sería el final de todo.

Acabo de encontrarme así durante días: fuera del mundo, ajena a la dulzura familiar, cara a cara con mi mal, presa de una especie de embotamiento hasta el punto que el mismo trabajo me resulta imposible y odioso. Esa es toda la historia de mi mal… y además, yo había estado un poco dolorida con la rudeza con la que usted ha dejado percibir. Quiero curarme y me curaré; no hablemos pues más.

Estoy desolada al saber sus cuitas con las preocupaciones y el tedio. No se puede imaginar que deseos formulo para el éxito de ese gran negocio. Tal vez esté entonces más lejos de mí, y nuestras vidas se separen… ¡el dinero es un buen disolvente! Usted me pertenece mediante sus preocupaciones, miserias y tristezas de su corazón; rico, ya no sería un solitario; ¡la riqueza nos da tantos amigos! Sin embargo deseo la realización de sus esperanzas, estando mi cariño hecho de entera abnegación; no me cuesta nada sufrir con la condición de que yo sepa que usted es feliz.

CLIV

Philippe a Denise

19 de octubre.

He aquí una carta, mi querida valerosa, que no le llegará a tiempo; se me ha pasado la hora del correo y eso sin razón, tan solo aconteció que era la hora y yo soy la impuntualidad personificada.

No lo lamento más que a medias: no experimento placer escribiéndole excepto cuando estoy solo con usted, incluso, cuando estoy con usted sufro mucho con la presencia de un tercero en nuestra conversación. Ahora bien, esta noche estoy muy tranquilo en mi «despacho de paredes tantas veces desiertas», cerca de mi lámpara fiel, y pienso en usted, en nuestra amistad.

¡Qué poco la he visto desde – iba a escribir: desde que la conozco – pero sin exagerar desde hace un año! Esta voluminosa correspondencia suya es la prueba. Acabo de volverla a leer, y me ha dejado emocionado y ensoñador. Si alguien quisiera saber exactamente lo que es la amistad entre un hombre y una mujer, lo aprendería en estas cartas añadiendo a ellas algunas de las mías. ¿No me propuso usted un día hacer esta confrontación? Se me antoja que sería un placer delicioso.

Sí, nuestra amistad está en esas cartas; en ellas se ven los matices, la graduación, y se puede sentir lo difícil que es conservar ese sentimiento, bordeando esos dos abismos: la indiferencia del corazón y el amor, entre los que no hay más que un angosto paso.

Realmente, si esta correspondencia no me hubiese sido dirigida, si pudiese hablar de ella, y sobre todo pensar con una libertad que no tengo, creo que haría un interesante capítulo con las reflexiones que ella me sugiere. No tendría mejores documentos para escribir una novela titulada: *Amistad de mujer*.

Añadiría a sus cartas algunas otras que poseo, observaciones tomadas del natural y de las que he conservado el recuerdo –Lamentablemente no escribo – y finalmente mis impresiones personales. No sé si conseguiría, no solamente ser sincero – lo que me

demandaría un gran esfuerzo – pero siéndolo, lograría aclararme en medio de la contradicción, de la complejidad y de la fluidez de mis sentimientos. Incluso me pregunto si existen palabras para describir ciertos estados del alma, y si no es falsear algunos matices del pensamiento con tan solo evocarlos.

Dígame usted si ha comprendido este último párrafo. Temo haber caído en un espantoso galimatías. Lo que quiero decirle es muy difícil de expresar, y este pobre intento le demuestra que nunca escribiré la novela en cuestión. Por añadidura, me repugnaría infinitamente desvelar ante el público estos rincones misteriosos y sagrados de mi corazón. No tengo el impudor necesario de las personas que escriben. Un instinto irresistible me empuja, cuando experimento una gran emoción, a ocultarla. ¡De ahí que esa preocupación constante de disimular ante la gente, me haga parecer ser escéptico o burlón!

No soy en absoluto nada de eso: en el fondo no soy más que un viejo tonto sensible.

Voy a dormirme con esa idea. Buenas noches, amiga mía.

CLV

Denise a Philippe.

20 de noviembre.

De vez en cuando usted me da unas alegrías únicas; ¡qué bonita carta! Siento entre cada línea la rectitud y el fervor del sentimiento que nos une.

¿Amistad, dice usted? ¡Ah! ¡qué maravillosa y sobreabundante ternura del corazón más bien, que hace que a medida que nos conocemos nos queramos más y sintamos los lazos intangibles que nos unen, estrecharse con tanta intensidad… al menos así lo siento yo, amigo mío.

Me gustaría verle escribir ese libro. De corazón yo le entrego mis cartas y aún otras a usted escritas que nunca le he enviado, si, alrededor de esa flaca rama, deben y pueden enlazarse las lianas fuertes y ligeras de sus pensamientos. Sería una obra interesante y llena de matices. Comprendo toda la fluidez, toda la complejidad que su alma podría plasmar allí. A causa de eso la obra sería muy humana.

¿Cómo menciona usted el impudor de los escritores? Solamente son impúdicos los que nos entregan sus pensamientos vulgares o los comienzos de sus amoríos. De ellos Flaubert decía: « ¡Ah! ¡qué aburridos son todos con sus eternas historias de pacotilla! » Pero Saint-Victor, Renan, Michelet y tantos otros grandes, jamás han hecho otra cosa que inducirnos a pensar, a actuar noblemente.

Piense en eso seriamente, amigo mío, viva en esta idea, remueva en su cerebro, aferre su imaginación a esta concepción. Así procedía Guy de Maupassant; mantenía un libro en proyecto, diría casi en *esbozo*, en su cabeza durante meses, y la obra de repente se erigía hecha y salía de su espíritu completamente armada, como Minerva.

Es cierto… nos hemos visto poco desde que nos conocemos. La culpa es más suya que mía; no es un reproche y le voy a confiar algo que le va a sorprender: no lo lamento. Pienso mejor que escribo y escribo mejor que hablo. Hablando, una mirada, una sonrisa, una demasiada gran atención o una distracción de mi auditor, me turba, me irrita, me intimida, como también la presencia de las personas que merodean alrededor de nosotros. Lo que me parece delicado se me escapa cuando intento definirlo; en lugar de expresar aquello de lo que me espíritu está invadido, no tengo a mi servicio más que tópicos, frases cortadas, atolondradas, que no significan nada. Pero si escribo nada me

intimida: usted está ahí, no lejos de mi papel, casi en la punta de mi pluma; su mirada es como yo quiero que sea, buena, indulgente, llena de comprensión para el lío de mis palabras expresadas. Evoco esa vieja tonta sensible que soy. ¡Ah! ¡cuántas cosas le podría explicar si no temiese aburrirle!

Su muda amiga, *madame Close*, como usted me llamó tan divertidamente una noche, vive en una perpetua exaltación de sentimientos, en un refinamiento de ternuras pensadas que le hacen parecer odiosas las realidades habladas.

¿Decírselo? No – ¿Escribírselo? ¿por qué no? Usted es « mis excesos de espíritu » y puedo perfectamente hacerle confidencias de ese desarreglo de mi pensamiento, puesto que no se avergüenza con usted.

DENISE.

P.–D.– Retoco mi partitura. Tendría necesidad de que usted estuviese aquí para tener buenas críticas y volver a ver con usted esas pruebas cuyo trabajo de corrección me supone realmente una prueba. Una vez acabado ese oficio de orfebre, me ocupo de mis cantos húngaros. He aquí el último gestado; ¿qué le parece? Acompáselo bien leyéndolo. Le traduciré el sentido de las palabras cuanto tenga más tiempo libre y usted me componga unos versos relacionados con ellas. A mi me encanta el húngaro; pero entienden tan pocas personas en Paris esta lengua sonora… por su « poco comercio », el editor lo quiere en francés.

CLVI

Philippe a Denise

22 de noviembre.

Mi querida intelectual,

Unas palabras apresuradas. Estoy radiante del canto húngaro. Está lleno de carácter, de color local. Usted tiene talento, amiga mía, y yo la quiero.

¿Pero, realmente, la intimido tanto? Nunca me había dado cuenta de tanto desperdicio de sus facultades cuando me habla.

En este momento, tengo cerca de mí un amigo de visita y en un minuto Jacques entra… ¡resulta un poco molesto! No quiero dejar de echar el correo y no deja de preocuparme el giro que va a tomar mi carta. Así que prefiero dejarla enseguida.

La quiero, quiérame. Adiós.

CLVII

Denise a Philippe.

24 de noviembre.

¿Me quiere usted? ¡Ah! ¡que bonita nota, qué bonita nota!

¿Puedo discretamente recomendarle, de cara al futuro, no elegir precisamente el instante en el que está todo el mundo a su alrededor para escribirme? Su carta de esta mañana tiene un pequeño matiz marital completamente asombroso; pero puesto que no estoy en tal situación ¡no me envíe tan secamente los beneficios!

Y además ¿qué es ese tono? Usted me arroja un intelectual muy irónicamente en las narices; ¿constituirá acaso la intelectualidad un monopolio para ustedes, caballeros? Algunos de ustedes son eminentemente intelectuales, sin perder por ello sus seducciones; pero crea que en la opinión de una pobre mujercita podrían serlo mucho más sin inconveniente.

¿Por qué ese dominio del espíritu nos tendría que estar prohibido?

Las mujeres a quiénes interesan esas cosas sin esfuerzo, sin fintas, sin imitación, sino por instinto y noble necesidad, son tan poco numerosas; se las puede encontrar y contar en una carreta de heno. A las que se dedican a ello, arrastradas por la voluntad de ser libres, por la necesidad de ganarse la vida, teniendo por objetivo ser las auténticas compañeras del hombre en sus trabajos, sus aspiraciones, tanto como en su amor, se las debería reconocer.

¡A menos que estén maravillosamente dotadas, necesitan trabajar tanto, luchar tanto para conseguir sus metas! y hay tan poco despliegue de voluntad y de perseverancia en nuestra naturaleza… Nuestros sentimientos, nuestras reflexiones, nuestros actos son de entrada y finalmente sensaciones. Ese es nuestro punto débil. Sentimos antes de pensar y casi todas somos intuitivas.

La primera cosa que intentamos en la vida es ser felices. Ser mujer, ¡solamente eso! Dejarse mecer, mimar, amar, vivir de esperanzas y cariño, esa es nuestra única aspiración. Aquellas de nosotras que caen en la intelectualidad, son arrojadas a la orilla, las maltratadas por los acontecimientos, aquellas de las que huye la felicidad.

Al igual que las demás he intentado ser feliz; hasta ahora mal he podido; todavía lo soy comparada con algunas; tengo a mi adorable Hélène, e incluso a usted, para meterlo bajo una muela cuando, rabiosa, me dan ganas de morderlo. A pesar de ella y usted, me he volcado un poco en la intelectualidad con mis composiciones, pero solamente para ocuparme y distraerme.

¿Por qué al ser la misión de las mujeres servirles, adorarles sin discusión, alejar de ustedes las penas, las preocupaciones y el tedio, no la pueden llevar a cabo cuando piensan? Algunas de nosotras me parecen estar más cerca de sus almas, precisamente porque aspiran a otra cosa que no sea el rol de meras comparsas. ¿No las cree usted capaces de que le den una réplica, y que su juego no pueda fundirse con el suyo? ¿Para complacerles, debemos conformarnos con ser pasivas y sumisas? ¿No se pueden acompañar nuestros actos de una luz de reflexión y de espíritu?

¿Por qué querer tratar de convertirnos en una compañera vulgar, buena a los únicos goces de la vanidad, a las únicas voluptuosidades de la alcoba, pero la estrella que resplandece palpitante de solicitud y de amor sobre sus vidas, no desfallece ni palidece, dispuesta siempre a entregarse al fuego fecundador? ¿Este esfuerzo no le parece un discreto homenaje?

La mujer-muñeca los arruina y les hace arrojarnos el anatema; ¡la satisfacéis tan fácilmente en sus apetitos de lujo, de vanidad, de placer, de libertinaje! Sed pues indulgente con las demás, noblemente ambiciosas de un *usted* más perfecto; no se burlen de su modesta intelectualidad: ella les obliga a cultivar « el rincón divino que hay en el hombre».

Fíjese, toda la superioridad de las madres sobre las amantes, consiste en amarles obligándoles al desarrollo de eso « divino », cultivando y exigiendo ese *más* que el hombre puede dar.

No hay que querer a las mujeres que no buscan en ustedes más que al macho de apetitos explotables.

Los bellos gérmenes se atrofian bastante pronto, ¡oh, buscadores de sensaciones! Llaman con desenvoltura chistes del sentimiento, lo que yo bautizo como grandeza de los pensamientos, pureza de los actos, la devoción, la abnegación en el amor.

Para mí, no solamente se plantea esta cuestion en las relaciones entre el hombre y la mujer, sino en la humanidad; un poco de amor noble para los desheredados, un poco de preocupación por su suerte, algunos actos de generosidad, el beneficioso calor de los corazones compadecidos, completarían bien los cerebros extraviados por las utopías proclamadas por indiferentes ambiciosos.

Si yo exclamo: «¡Amor!» de igual modo que Séverine exclama: «¡Caridad!» es que el amor es la misma esencia de la generosidad; el amor no solamente contiene la caridad, sino la esperanza y la fe.

Ante toda otra doctrina, sabiendo perfectamente que ella podía ser la única gran filosofía de los humanos, Cristo enseñó: «Amaos los unos a los otros.»

¡Dios mío! ¿Adónde he llegado? Es muy triste ser una mujer a la que no satisface el parloteo de las visitas, la descripción de un vestido, la vista de un sombrero, la lectura de su nombre en un periódico en relación con una recepción cualquiera, dispuesta a exclamar: «¡Nada! ¡nada!» si la fibra un poco delicada que ella posee no vibra de vez en cuando bajo el toque de elevados pensamientos concebidos por otros corazones ávidos, como ella, de un cierto ideal.

Siento la inferioridad donde me coloca esta búsqueda, y envidio a las felices fútiles que tienen esos ínfimos objetivos a alcanzar en su mundana vida encontrando el medio de atontar allí su vacía existencia con una apariencia de importancia y actividad.

Sí, es triste no poder mirar caer las hojas sin pensar en los males que el invierno va a traer a los pobres; ni la llama de la chimenea sin pena por los miserables que se mueren de frío, ni ponerse a la mesa sin pensar en los que se mueren de hambre. Todo goce material se arruina con esos pensamientos; también he recurrido a los goces morales… ¡Éstos frustran a los más ricos que yo, pero tan poco aún! es un grano entre mil.

Amigo mío, la mujer que no busca, que no es curiosa, ni se preocupa un poco de lo sublime, es estúpida, eso es lo que creo.

A pesar de su superioridad, sé que a la mayoría de los hombres les gustan ser inferiores. Un Jean-Jacques hace sus delicias de una Thérèse, ¡y antes y después de cuantas otras! El reino de las amantes-sirvientas siempre dura.

En cuanto a usted, que no es en absoluto Rousseauniano en ese sentido, cuando pienso con qué encanto, con qué virtudes afectivas estamos provistas, yo y todas aquellas que lo aman, para conservarle como amigo, ¡permanezco maravillada, dispuesta a proclamarlo gran hombre por habernos animado con un esfuerzo tan sublime! ¡Qué colaboración desconocida, laboriosa, decepcionante, entregarle el mejor de nuestros pensamientos, de nuestras almas, a fin de amarlo *en vacío*, todas!

Nuevas Danaides, llenamos en vano ese corazón indolente y sin fondo; la caída en él de tantas cosas dulces ni siquiera lo conmueve. ¿Cuántas de esas almas son necesarias de esas mujeres cogidas al paso, para que le quede un recuerdo?

¿Usted protesta por ese *todas*? ¡Eh!, pero señor, Germaine, Suzanne, yo y tantas otras que desconozco y quiero ignorar, componemos ese *todas*.

Adiós; estoy taciturna. Ese es mi estado de ánimo. No sé si es muy intelectual, yo lo siento más bien vagamente desastroso. De ese modo el campo ya no me encanta; he agotado mi vena campestre anual; enojoso contratiempo, ¿verdad?

Adio, caro mio.

CLVIII

Philippe a Denise

26 de noviembre.

Well dear! ¡qué carta! tenga cuidado, uno va a militar con usted… hay atisbos de socialismo en todo eso; mi nota no esperaba esta elocuente diatriba.

Respondiendo a su anterior carta, de entrada quiero decir que me he dado perfecta cuenta de la exasperación que a usted le provoca la corrección de sus pruebas. Volviendo a leer varias veces una de sus obras uno está fatalmente tomado de una gran duda y un gran disgusto. Todo procede de lo mismo, no se distingue nada y el sentido crítico se atrofia completamente; se llega a detestar lo que se ha hecho y como es un sentimiento contra natura odiar a sus hijos, se sufre.

Eso es más o menos, ¿no es así? lo que usted debe experimentar. Yo lamento no haber estado a su lado para ayudarla; hubiese querido algunos cambios en esas baladas. Se las habría indicando al pasar, cuando las hubiésemos leído juntos delante del piano. Pero, de hecho, tal vez esté equivocado. Pues, si en su penúltima carta usted quiere concederme amablemente las cualidades de crítico, recuerdo que antaño me reprochó carecer de ideas personales y de originalidad en mis juicios.

Siempre adoré el canto húngaro. Es una desgracia para su arte que no haya hecho esta embajada; pero crea que no lamento su carrera abandonada más que por eso ¿Las palabras están bien extraídas de los doce magiares que usted me ha traducido y leído antes? Necesitaría anotar, canto por canto, su traducción, para aproximarme lo más posible a las ideas expresadas por los versos del poeta Szàvay.

Usted me parece estar, querida, en un singular estado de ánimo y creo, no según lo que me dicen sus cartas, sino según lo que me hacen adivinar, que tiene usted una urgente necesidad de cambiar de ambiente. Todos esos sobresaltos de su espíritu, todas esas languideces no me parecen claras. No reconozco en todo eso a mi amiga de firme juicio, de carácter fuerte y decidido; me imagino más bien a una amiga un poco embotada por el gran sol de otoño, enervada por la inacción, buscadora de molinos de viento contra los que se esfuerza en dilapidar su actividad.

Mire usted, uno no se rehace. Esta vulgar expresión traduce un pensamiento preciso. Para ciertos temperamentos como el mío, un poco inclinados al sueño, refractarios y decididos a toda intervención en los asuntos exteriores, puede ser conveniente una vida como la que usted lleva. A éstos le bastan, porque ellos no buscan más allá, el hipnotismo que produce el perpetuo balanceo del mar, la dulzura del aire, la tranquilidad azulada del horizonte, la somnolienta soledad de las cosas. Para ellos, eso es la dicha, pues para ellos la felicidad « se parece a las ganas de dormir ». Pero usted, resuelta, activa, práctica, para quién los sueños son más bien proyectos, es evidente que esa soledad entre su madre y su hija acabará por exasperarla.

Usted padece nostalgia de la acción, de la necesidad de cambio. He reflexionado sobre ello: es todo eso lo que le produce esa inmensa tristeza, el malestar del que usted me ha hablado contra el que no puede prevalecer ni el trabajo más interesante.

Así pues, regrese; veinticuatro horas de París le darán aplomo. Su gran filosofía se amortiguará hablando de un montón de pequeñas cosas que le relajarán el espíritu; cotillearemos sobre lo que sepamos.

Esta noche ceno en la calle Murillo: Anteayer he visto a miss Suzanne; me ha hecho una acogida socarrona. No he quedado muy satisfecho con esa entrevista.

Por ese cerebro que, después de todo, no es más que un cerebro de muchachita, pasan cosas que ignoro y por las que ella cree intrigarme mucho ocultándomelas.

Aprilopoulos me parece haber conquistado una gran plaza en esa pequeña vanidad herida. Le aseguro que, a pesar de mi reputación de curioso, haría todo lo posible por evitar las confidencias que ella cree deber hacerme.

CLIX

Denise a Philippe.

Paris, 1 de diciembre.

Querido,

Hemos llegado. Le traigo una amiga un poco dolorosa.

No le he rogado que viniese a verme por temor a importunarle, y sabiendo que mañana cenaremos juntos en casa de mi suegra con los d'Aulnet; no deje de acudir. Me gustaría tener la impresión de mis *Lieder* húngaros murmurados e interpretados por usted.

He aquí uno nuevo, con *el sentido de las palabras* que usted debe versificar bajo mis notas.

Mañana me hará ver mis fallos; yo no sé descubrirlos; si lo supiese comenzaría por no tenerlos (¡esto no es más que una cita del Sr. de la Pahsse, como se puede imaginar!) Cuando compongo siempre he tenido miedo de ir más allá de lo que puedo. Es una aspiración hacia lo mejor que a veces me arrastra hacia una enojosa mermelada.

CLX

Philippe a Denise.

1 de diciembre.

La cena de mañana en el bulevar Péreire no me basta; iré esta noche a presentar mis respetos y mi cariño a la avenida Montaigne. Había prometido esta velada en la calle Murillo para una partida de póquer. Abandono Murillo street y el póquer.

Y cuando pienso que, sin su nota – ¡con mucho retraso!– hubiese podido esta noche, saber en esa calle y ese bulevar que usted había regresado, ¡*su lucecita* se ilumina en rojo, señora!

CLXI

Denise a Philippe

París, 8 de enero de 18…

Ayer usted me ha dicho en la Ópera algo que me ha hecho dar un brinco el corazón; ¿recuerda sus palabras? No, ¿verdad?

Son las siguientes: « No me gusta usted esta noche con ese vestido de terciopelo cereza y ese abrigo, parece una bohemia; usted sorprende mis instintos de civilizado y el gris a donde tienden mis facultades y mis necesidades. Todo el mundo la mira; un

vecino de mi butaca la ha señalado a uno de sus amigos diciendo: « Mire a esa mujer que entra en el sexto palco a la derecha, es rara ». Y el otro entonces la ha mirado de arriba a abajo de un modo que me han dado ganas de abofetearlo. ¡Trate pues, querida, de no hacerse notar tanto!»

Mi vestido, que tanto le ha disgustado, ha sido confeccionado por Doucet y es un indicativo de buen gusto. ¡Tanto peor si vestida así parezco rara a aquellos que no me conocen!

Después de esta amable lección usted se ha girado, sin tener la educación de escuchar mi respuesta, y ha charlado sin parar con Suzanne, feliz con sus coqueterías, sin darse cuenta de que ella se servía de usted para hacer sufrir al valiente Aprilo.

Esa noche hemos sufrido él y yo; yo hasta el punto de gritar si me hubiese atrevido, y sin poder irme, retenida allí por mi suegra que, habiendo visto que usted me hablaba secamente, espiaba mi actitud.

Su actitud, desde hace algún tiempo, se hace difícil de soportar: tiene usted aires de amo, injustificados. En esta fijación de su exclusivismo hay un deje de posesión un poco marital según mi manera de ser y mis gustos de la que no me gusta ser objeto.

Encuentro cobarde lo que usted ha hecho, arrojarme al rostro su mal humor y pasar el resto de su velada parloteando con las jovencitas que estaban en el palco de la señora Trémors. No he tenido la fuerza de hacer otro tanto con los hombres idos allí para saludarnos; esta sumisión dolorosa, tan poco corriente en mi naturaleza, me preocupa; prefiero renunciar a su amistad que sufrir de nuevo una situación semejante.

Adiós. Yo solo he entregado mi corazón; lo vuelvo a tomar, segura de no turbar la quietud y las medias tintas del suyo.

CLXII

Philippe a Denise

8 de enero.

Su carta me ha producido una verdadera pena. Reconozco que he cedido a un momento de mal humor; yo le explicaré la causa, y verá que todo eso no es muy serio. Le pido perdón… Pero ¿qué significa entre nosotros un momento de mal humor? Sea un poco indulgente y reflexione.

Ocurra lo que ocurra, esté persuadida de que los sentimientos de gran estima y de profundo afecto que tengo por usted no habrán cambiado.

¿Dice usted que solamente ha entregado su corazón? Pues bien, tómelo, el mío quedará.

CLXIII

Philippe a Denise

25 de enero.

Mi querida amiga,

La amistad que le he confesado es demasiado profunda, demasiado auténtica, para romperse por un simple malentendido; usted lo sabe perfectamente.

He quedado impactado, hace quince días, escuchando a dos desconocidos hablar de usted con irreverencia. Me ha disgustado verla analizada por esas personas, desvestida por ellos, y tratada de «bonito regalo». Caramba sí, ¡usted sería un bonito regalo! Pero perdone la indignación que he tenido al escuchar eso. Me he ensañado con su vestido, en mis celos de amigo. ¿Porque un sentimiento tonto me ha hecho divagar, soy imperdonable?

Veamos, querida amiga, ¿no tiene usted nada más serio que reprocharme? Creo que es usted un poco injusta conmigo. He sido brutal, lo confieso; pero querer hacerla sufrir con saña, es algo de lo que soy incapaz por muchas razones, créalo.

Esperaba unas palabras de respuesta a mi nota; habría acudido a pedirle perdón; al no recibir nada me he presentado en la avenida Montaigne.

– La señora ha salido, me respondió Jean.

No le diré la impresión que me causaron esas palabras, tras la cuales adiviné la orden dada. Regresé al día siguiente – « La señora ha salido » – se me dijo todavía; pero ante el aspecto embarazoso del viejo Jean y su timidez para responderme, me he atrevido y he preguntado si miss May y la señorita Hélène estaban allí. Visiblemente molesto, el criado me dijo: « No. »

¿Por qué esas mentiras y esa reclusión, amiga mía? Al cenar el domingo, en casa de su madre, contaba con su presencia. Llegue esperanzado al domicilio de la señora de Nimerck, que me recibió con su bondad habitual; los invitados llegaron; me informé de usted por mediación de Gérald:

–¿Denise? trabaja; ha almorzado esta mañana con nosotros; la he encontrado nerviosa y pálida; creo que se cansa con su endiablada composición.

Entonces respeté su voluntad bien evidente de huir de mí y no me volví a presentar en su casa. Pero ayer su cuñada me dijo: « Está sufriendo…» Denise, me he preocupado. Yo también sufro; sin embargo, aunque debiese prolongar este sufrimiento y esas inquietudes, tengo que decírselo: yo soportaría todo. Prefiero ser desgraciado, incluso parecerle carente de dignidad que renunciar a su amistad. Descienda al fondo de su conciencia, pregúntele, y verá cual de los dos ama ahora mejor, lo que no quiere decir más.

No quiero que me haga sufrir; desde hace quince días intento verla, espero unas palabras; si la he herido fue casi involuntariamente, ¡pero usted!

No he sabido nunca estar resentido con alguien; con usted eso me resultaría imposible e insoportable. Hoy quiero romper un silencio que me pesa, lo confieso. Querida Denise, tiendo mis manos hacia usted y le pido que acepte el beso que le envío desde el auténtico fondo de mi corazón. Me sobreviene un impulso de enervamiento al comprobar como una palabra escapada en una discusión disipa de repente el capital de afecto y estima, amasado durante años en una querida intimidad… ¡Y es usted… usted! En realidad, cuando pienso en eso, me aflige mucho.

Amiga mía, durante esos quince días una densa sombra se ha interpuesto entre nosotros. Estoy dolorido y conmovido y vengo a acurrucarme junto usted, con quién sufro y tan mal me siento.

¿Quiere usted decirme que vaya a verla? Acudiría, sumiso y arrepentido. Deseo que me hable mucho de usted, de lo que ha pasado por esa maliciosa cabeza y ese gran corazón durante estos últimos y largos días; usted me contará lo que ha hecho y lo que ha pensado.

Sobre todo deseo volver a encontrar en sus labios algunas palabras de afecto del que tan duramente me ha privado, y beso sus manos tiernamente.

CLXIV

Denise a Philippe.

26 de enero.

Si usted quiere, venga hoy a las cuatro.

CLXV

Denise a Philippe.

26 de enero.

¿Así que he sido maliciosa? Estoy cansada a morir, sacudida en esta amistad, no sabiendo si amo o si odio, un día creyéndole bien conmigo, luego, de repente, sintiéndole a mil leguas de mí.

¿Qué ocurre con usted? ¿por qué y hasta que punto me quiere? ¿Por qué haberme flagelado con palabras despreciables porque unos desconocidos indiferentes han dicho no importa qué?

¡Ah! me da usted pena, una profunda pena. Si me atreviese le diría: Incluso sus halagos me han sido dolorosos de escuchar. Era todavía cruel en usted decirme: « Prefiero no encontrarla en sociedad ».

Todos los porque que amplian y explican esta frase no la hacen más dulce a mi corazón. Le citaría de buen grado estos versos de Voltaire:

… Ámeme, príncipe, en lugar de halagarme.

No sé ya quien soy ni adónde voy. He creído morir de desamparo cuando, antes, entrando en el salón, usted se ha precipitado a mis pies y ha besado mis manos murmurando: « ¡Querida mía, quería mía!» Me hubiese desvanecido si, habiendo podido levantarme del sofá en el que la emoción me había postrado viéndole entrar, hubiese estado de pie.

Y cuando ha dicho: «¿Qué me pide que sea para usted? ¿Qué quiere usted de mí?...» ¿Por qué no he tenido fuerza para gritarle?…

¡Qué pobres muñecas somos, imaginativas, insaciables, coquetas y atormentadas, serias y ligeras, siempre insatisfechas! Nuestra amistad ya antigua, ¿qué viento de locura me hace agitarla, animarla de un soplido que no puede hacerla ni más sólida ni más duradera?

El fondo de todo esto no es ni triste ni decepcionante, ¿y hay que profanar por una ternura más familiar esta deliciosa atmósfera de amor que me embriaga perdidamente y en la que es tan bueno vivir?

¡Ah! ¿toda esta comedia de frases le hará comprender mi turbación y mis angustias?

Amigo mío, amigo mío, no diga nada más; ni sus celos amistosos, ni sus cálidas palabras, ni sus ternuras demasiado cariñosas… todo eso sale tranquilamente de su alma y cae sobre la inflamación de la mía sin moderarla ni apaciguarla; cree usted distraer mis labios y engañar mi sed presentándome el borde de la copa y, a pesar de toda prudencia, quiero beber a grandes tragos.

¡Si supiese que torturas me hacen pasar sus palabras de amistad impregnadas de amor!

Vea la debilidad de mi corazón, el pavor de mi ser: Philippe, incluso llego a lamentar haberle conocido. Casi era feliz antes de conocerle; el mundo me había perdonado algunas de mis actitudes rebeldes. Llegado usted, quise huir, y todo eso ahora se me vuelve confuso. ¡Qué vengado está usted si, en ese antes de nuestras vidas, yo le he hecho sufrir!…

No puedo absorberme en Hélène; no me atrevo a invocar más al querido angelito para sostenerme en esta lucha contra mí misma. Tengo por ella esa ternura lejana que hace que piense en mí antes que pensar en ella.

Es en usted en quién pensaba caminando por la landa este otoño; era su nombre que arrojaba sin cesar al aire a lo largo de la queja del mar. Vuela a mi alrededor, me envuelve, me abriga; lo veo en letras deslumbrantes escrito sobre todo lo que miro. Lo susurro para calmarme y crucificarme al mismo tiempo.

Desde hace un año, lucho contra la invasión de este amor, y esa lucha parece fortificar mi desesperación, exaltar mis deseos. He llorado, he rogado… nada me ha aliviado.

¡Por piedad, Philippe, socórrame, presérveme de mí misma! Por desgracia, querido, la culpa sería más ignominiosa, más torturadora para mí que para cualquier otra puesto que no se me ama.

Le confieso lealmente mi desamparo, ayúdeme a no desfallecer; ¡tenga piedad, tenga piedad!.

CLXVI

Philippe a Denise.

27 de enero.

Mi pobre querida, su carta me ha trastornado y hecho daño. ¿Qué decirle? Es usted el más querido y el más dulce hábito de mi vida, todo me resulta amargo excepto usted y Hélène. ¿Debo perderla?

Pienso con terror que mi cariño fraternal haya despertado ese amor por el que se vea privada, en los mejores años de su vida, de los cuidados afectuosos de los que tiene necesidad. Me siento muy culpable… ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo decir? ¿Quiere que me aleje? Ordene, amiga mía.

CLXVII

Denise a Philippe

28 de enero.

¡Ah! ¡no se vaya! ¡no se vaya! ¿qué me ocurriría a mí entonces? Viviría en mi sueño hasta morir. Escúcheme más bien con indulgencia. Era hora de confesarle todos mis pensamientos, de mostrarle todo mi corazón, sino ¿acaso no se habría cansado un día de mis aparente caprichos?

No quiero que usted me ame; no quiero verme privada del amigo seguro que un mal extraño me ha hecho querer demasiado. Me parece que si hubiese continuado callándome, nuestra amistad habría perdido su franqueza y que usted se explicaría mal algunas actitudes mías, tales como estas tristezas de las que a menudo se inquieta. No le hago esta revelación con el corazón alegre. Tengo el alma desgarrada y una gran profunda humildad me penetra… amigo mío, lloro escribiéndole.

Pero de todo esto, espero que vuelva a salir de mi una gran fuerza: usted me amará, me estimará más, conociéndome por completo; será usted indulgente para con esas frías apariencias que no puedo impedir manifestar, por desgracia, a menudo en el mismo instante en el que lo amo con locura; ayúdeme y me curaré. Si, yo lo amo. Eso es una locura pero así es. La frecuencia de nuestros encuentros, la lenta penetración de su encanto, el irrealizable sueño de una pura amistad, eso es lo que me ha arrastrado. Mi única esperanza es que la alucinación en la que estoy sumida se evapore en una tibia lágrima; me será dulce de llorar, si ella también cae sobre su corazón y se entierra allí.

Este amor no es únicamente un dolor moral, es también un extraño mal físico. Me hace falta desplegar una fuerza casi sobrehumana para vencer a mi miserable cuerpo. No creo al menos que esta carta le haya sido enviado para enternecerlo o implorar la caridad de sus caricias. Nunca, mi bien amado, sus labios rozaron los míos; ¿pero tengo el derecho de amarle en la soledad de mi corazón? También tengo el derecho de decirle, a fin de que usted sepa toda la lealtad de mi ser y que al menos en este punto, usted me estime y me pongo un poco aparte de las demás… Este pensamiento será un sostén para mis resoluciones, sobre todo me hará feliz….

Allá, lejos de usted, he intentando olvidarle; no puedo. ¡le he entregado todo mi corazón! Jamás podré retomarlo. Como en el ingenuo ruego infantil balbucido por Hélène: « Ninguna criatura lo poseerá como usted solo ».

¿Cómo ha ocurrido eso? no lo sé en absoluto; lo que sé es que amo todo en usted y de usted. Sus miradas me parecen una caricia cuando se posan en mí; el modo con el que usted pronuncia algunas palabras me resulta muy gozoso… Y puesto que nunca hablaremos de estas cosas, déjeme escribirlas sin trabas: ¡lo amo, lo amo!

CLXVIII

Philippe a Denise.

29 de enero.

Estoy afligido; me siento tan culpable respecto a usted…

Las cualidades de excesivo refinamiento de su naturaleza son sus únicas enemigas; esta pasión que se revela, y que usted cree capaz de tener la fuerza de sofocar, me espanta. Me hace falta la dura experiencia que he adquirido en la vida para concluir: esta tormenta pasará.

Mi pobre niña, tengo sobre usted una influencia de amor; es en este momento su enfermedad moral; pero como usted me ha juzgado antes más digno de su amistad que de su amor, ese mal de amar curándose, espero que conseguirá dejarla de una manera completa sin por eso romper la amistad preciosa que nos une.

Soy profundamente desdichado por haber producido ese daño; solo me gustaría sufrir a mí los efectos habiendo sido la causa involuntaria. Me siento culpable de una demasiada ardiente amistad, de un abrazo demasiado completo de nuestras inteligencias,

de nuestros corazones. Usted es sorprendentemente, querida mía, una de esas grandes almas « propicias al amor » y « que piden una vida de acción…» « Las grandes almas no son de las que aman con mas frecuencia; hablo de un amor violento: hace falta una inundación de pasión para ponerlos en movimiento y para colmarlos[4]».

Con mi aparente amor he provocado esta inundación de pasión. ¡Perdóneme!

Yo la amo con una amistad amorosa. He querido muchas veces arrancarla de mi corazón sin lograrlo nunca. Iba hacia usted, mi casta amiga, con los sentidos cansados, solamente anhelantes de la espiritualidad que egoístamente deseaba que usted me diese. Me embriagaba con la artista vibrante que usted es, tanto como de sus cabellos oscuros, de sus ojos de oro, de la línea fina de sus cejas negras, de sus largas pestañas realzando la palidez de su tez, tanto como de los lentos movimientos de su cuerpo ligero y grácil. Su espíritu se acompasaba tan bien con la melodía, lo aterciopelado de su voz y las bellas iluminaciones de sus miradas, que sentía unos encantamientos increíbles en su presencia, enamorado de este desenfreno puro y contenido.

He intentado tener con usted un amor de sueño que no podía darme, sin peligro para él, más que un cuerpo enfermo. Es el equilibrio admirable del suyo lo que es la causa de la catástrofe. El alma, incendiada con él, ha incendiado el cuerpo.

No le deseo otra cosa que la curación de mi amor, lleno de respeto en ese culto a su bello *Usted*. Siembre bajo el hechizo, la he querido para mí solo, en una amistad fabulosa, única, a la que nadie podía pretender.

He querido que usted fuese mía del mismo modo que la obra de un artista es suya; he animado a mi Galatea de una vida de ternura intelectual que no he visto transformarse para ella en una vida de amor.

Ha sido usted la figurita de porcelana rara de la que se prende celosamente el aficionado y hacia la que vuelca sus más finas sensaciones.

He sido diletante y cruel: yo le proporcionaba la tristeza o la alegría según yo sintiese la necesidad de ver sus ojos anegados en lágrimas o sus labios sanguíneos abrirse mostrando el estallido nacarado de sus dientes.

He amado de usted su suave maternidad, sus impulsos apasionados por las cosas, sus contenciones y pudores ante los demás, sus tristezas, sus alegrías, la soledad y la pureza de su vida. He olvidado al esposo: la he hecho virgen y madre como a María, prudente como a Marta, apasionada como Magdalena.

Denise, porque me acuso y muestro la herida de mi alma, la búsqueda cruel de mi cerebro, ¡no me quiera! Somos demasiado jóvenes, torturados, insatisfechos por las dichas de la vida, buscadores involuntarios de sensaciones nunca experimentadas por los demás. Esta «contracorriente» vivida por mí, al principio con inconsciencia, luego comprendida y saboreada como un sentimiento superficial exquisito, tal vez imposible de encontrar excepto en nosotros, ha llevado el desastre a nuestras vidas. ¡Ah! Denise, Denise, ¡perdóneme! Lo que me había tranquilizado un poco –¡débil excusa, por desgracia!– era el recuerdo de su prudente prohibición y de su huida cuando, antaño, yo le decía: « La amo.»

La amaba turbada por mí de mil maneras, asaltada de vagas impresiones sobrepasando su poder receptivo, feliz de la fuerza de reacción que le provocaban, y, a pesar de ese insistir, sintiéndola mía – y tan puramente – sujeta a mi voluntad.

Ver su alma llena de turbación y sentirla luchar, heroica y victoriosa con sus tentaciones, me resultaba una satisfacción deleitable.

Usted era la flor frágil, delicada, que solo me interesa en la vida. Realmente vivía de usted, de la repercusión de mis emociones en usted. ¡Qué dicha culpable he tenido

[4] Pascal.

observando su personalidad, hasta ese momento tan fuerte, escapándosele! Sus grandes ojos límpidos a veces me afectaban; presa de remordimiento, huía de usted; ¿pero podía vivir mucho tiempo lejos de mi querida palidez? Necesitaba volver a ver los finos matices de su carne, las imperceptibles venas azules sobre el mate de las sienes, el círculo de los queridos ojos; necesitaba sentir palpitar ese corazón; quería sorprender las huidas, los impulsos de la frágil amiga que se ofrecía a mí, enigma oscuro y divino, a mí, enamorado de ella tan extrañamente, sin nunca querer alterar su pureza.

He alimentado mi cerebro con esas borracheras malsanas, y es usted quién delira y grita de dolor…

He aquí mi confesión. ¿Voy a perderla?

¡Ah! querida, cúrese, pues cada día la quiero más, como un pedazo de mí, y perdería mi vida si la pierdo a usted.

CLXIX

Denise a Philippe.

30 de enero.

¡Qué culpable es usted! Hay personas que matan; en realidad son menos crueles.

¡En qué estado estoy, qué tranquilo está usted! razona usted mi mal y me dice: « pasará » y usted se complace en el análisis del suyo, encontrándolo muy superior, muy sutil, menos banal, creador de sensaciones raras.

Debería odiarle. Desde hace años soy el pelele que usted ha elegido para salir de su vida indolente y vacía en la que se complacen los hombres ociosos, sus amigos.

Siento volverme loca…

Usted pensaba: « ¡Canta!» y yo cantaba. «¡Llora!» y yo lloraba. «¡Dame tu alma! » yo la entregaba. « ¡Tu espíritu! » yo lo daba. Usted habría dicho: « ¡Tu vida! » Dios mío, perdóname, tal vez la hubiese dado…

¡Y usted no ha visto nada, no ha comprendido nada de mis sufrimientos! ni un solo minuto ha pensado en mí, y, en este momento, usted espera con tranquilidad mi carta, aún confiando en los buenos resortes de la marioneta no suficientemente rota aún para rechazarla de sus juegos. ¿No había pensado ni previsto esta agonía? ¡Ah! agonizo, ¡disfrute mucho con ello!

Por desgracia tiene usted razón contando con mi desfallecimiento, puesto que lo amo. Vamos, vuelva a tomar los hilos. ¿Qué será de mí sin esa mano cruel que los maneja?

No es usted de quién yo huía cuando me decía « La amo. » Era del amor, la culpa, la vergüenza, los remordimientos.

¿Pero a usted? ¿qué le hace huir cuando a mi vez yo le digo: «Lo amo»? ¿Qué móvil lo empuja a esa austeridad? ¿de qué fuerza de resistencia se arma de repente su indolencia?

Soy joven; usted ha dicho a menudo: encantadora, bonita. En definitiva, soy deseable, puesto que otros me desean y cuantas letanías de amor, – con las que no he querido alterar el pudor de nuestra amistad mediante importunas confidencias,– se me han dirigido.

Una noche, no hace mucho, usted me dijo: « La amo en ese vestido sedoso de un tono tan pálido y el batiborrillo alegre de esos encajes…» Y esa misma noche, acercándose a mí, dijo todavía con la autoridad de un marido: «¿Nos marchamos?

Empiezo a estar harto de esta recepción; todos estos hombres que la acaparan me irritan.» Y como yo sonriese con esa orden imperiosamente dada, divertida de ser un poco suya, usted murmuró: «Adoro su sonrisa y sus traviesos movimientos de cabeza y la ligereza de su cuello de cisne. »

En el coche, un poco temblorosos, estábamos muy cerca el uno del otro… usted posó su cabeza sobre mi hombro, diciendo como los niños: «Ahora… ahora estoy bien…»

¡Ah! ¡Cómo tentaba mis fuerzas arrojándome en todo momento esos dardos de cariño! Usted no sabe el valor del que he tenido que armarme para no inclinar un poco mi cabeza y posar mi mejilla sobre sus cabellos cuyo perfume de iris, mi perfume, me embriagaba.

Y mientras yo desfallecía, usted sabía que todo eso era un juego, nada más que un juego, un juego infantil donde los mayores, imperiosos, tienden a los pequeños los platos vacíos diciendo: «¡Comed!» y exigen de ellos el simulacro.

¡Que pobre tonta he sido! con la cabeza trastornada, el cuerpo rabioso de deseos, ¿cómo habría podido notar entonces la frialdad del beso del adiós depositado sobre los guantes en el momento en el que franqueaba el umbral de mi casa? ¿Por qué he olvidado que para la mayoría de los hombres: « Hoy el amor les hace como máximo, subir a caballo o elegir bien su sastre.[5]»

¡Dios mío! cuando estoy junto a usted, mi cuerpo y mi alma están siempre vigilantes; los suyos llenos de una alegría quieta, tranquilos, descansados, soñando y adormeciéndose. El vértigo de una amistad única, ideal, lo embriaga de pureza, de respeto, y yo sucumbo a todos esos contactos de su espíritu y casi también de su cuerpo.

¿No ha visto, no ha comprendido que el amor insensato está en mí? Yo estoy prendada de su porte, de la forma de su mano, de la de sus pies; cuando le veo entrar, la armonía de su elegante cuerpo me deslumbra y me atrae. Sus cabellos me parecen de un matiz nunca visto, amo la curva que adoptan. Sus ojos me hacen estremecer cuando se posan de lejos en mí en sociedad; sus fijeza me roza como una caricia, sus ojos me poseen. El movimiento de sus labios, cuando usted habla, parece atraer mis labios.

¡Ah! ¡estoy loca, loca! prendada de usted por entero, hasta de sus imperfecciones, dispuesta a desfallecer de amor con la sola evocación de su imagen.

Por esta espantosa posesión moral que usted tiene sobre mí, ya no soy yo, sino una molécula escapada de usted, atraída eternamente hacia su persona.

Al día siguiente de mi llegada de Nimerck, usted me dijo en la velada de suegra: « Ha cantado como una gran artista.» ¿Por qué había cantado bien? porque usted me había dado la orden mediante una especie de orgullo de mi voz; sentí que usted quería mostrar el talento de la que usted había elegido por amigo a los hombres recién llegados que le habían presentado esa noche, sobre todo porque usted estaba junto a mí, tan cerca, que mi hombro desnudo estaba casi apoyado en su pecho; tan cerca, que mi cuerpo rozaba su cuerpo… y he puesto en mi canto toda la pasión, todo el estremecimiento pleno de la embriaguez en la que me sumía su furtivo y desapercibido contacto.

Philippe, yo le amo, le amo, y me resulta una alegría divina que me atormenta.

CLXX

Philippe a Denise.

[5] Stendhal

31 de enero.

Usted me aflige… Pobre querida, ¿tengo su perdón, verdad? Ya no me atrevo a ir a verla, tengo miedo, junto a usted, de sentir flaquear mis fuerzas. Yo quería poseerla cuando, conociéndola de un modo superficial, no sabía qué vida iba a arruinar, perder y turbar para siempre; pues usted no es de las que tomase con calma y placidez la falta. El cuidado que tengo por su honor me obliga a hacerla sufrir; pero ese dolor da pureza a su amor. Denise, es necesario que permanezca inmaterial, de otro modo usted me odiaría…

¿Qué decirle? ¿Quiere recibirme mañana por la noche? No vivo ya desde que sé que sus ideas y su alma están confusas.

CLXXI

Denise a Philippe

1 de febrero.

No, no venga. En esta derrota me quedan instantes de gran lucidez en las que considero el peligro próximo y en los que tengo la voluntad de alejarme. El cuidado que tengo que desplegar para no abandonarme a este dolor, para que los que me rodean no sospechen la causa, me da una fuerza ficticia sobre mí misma; no quiero perderla.

Esta fuerza domina la exaltación en la que me encuentro a ciertas horas. Cara a cara con usted, ¿qué sería de mí? El transporte de una auténtica pasión, única, de un cariño tan profundo tal vez sea contagioso. ¿Qué sé yo si el fuego que me devora no lo calentaría? Tengo miedo de desfallecer bajo la presión de sus labios sobre mis manos… ¡Ah! ¡qué voluptuosamente sus besos recorren mis venas y de qué embriaguez me colman!

Pero puedo verle en sociedad; irá pasado mañana a la Ópera. Sé que mi suegra le ha ofrecido un lugar en el palco. Venga. Me resulta una alegría, y a la vez un martirio, la idea de estar junto a usted durante esas horas.

CLXXII

Denise a Philippe.

Sábado, 4 de febrero.

¡Philippe, mi Philippe, no quiero! Yo quiero volver a verle, a escucharle, a frecuentarle. Me estremezco y flujos de sangre en el corazón van a desvanecerme cuando usted me mira; mi carne grita hacia usted, hambrienta de usted, loca por su carne.

Me encuentran cambiada; no cambio, muero de amor… ¡Qué importa el mundo, qué importa la culpa, qué importa todo, lo amo! Aunque debiese morir, tómeme. Mi alma, mis pensamientos son tumultuosos, ya no sé quien soy ni en lo que me he convertido… ya no tengo pudor, no soy más que una alucinada de cariño.

Vivo, paralelamente a mi vida, una vida de amor; me destroza y me enloquece. Es usted el sueño de mis días y de mis noches; ese sueño misterioso y real me mata. Ya no sé si es a usted a quién amo o al ideal del amor que en usted busco.

Su encanto me envuelve como un halo. Podría, miserable, cantar – no, eso se llora: – « Hay un secreto, Valérian, que quiero decirte: tengo por amante un ángel de Dios que, con extremo celo vela sobre mi cuerpo.[6]»

Vivo perseguida de besos imaginarios que me crucifican… y conozco la espantosa miseria de los que aman y deben vivir sin amor.

¡Tenga piedad de este mal! martiriza mi carne y desangra mi corazón.

CLXXIII

Philippe a Denise.

5 de febrero.

Escúcheme, mi Denise, y perdone al amigo que tiene el valor de pensar por usted. Pensar, es ver. Ver, es juzgar la vida por lo que ésta es, y el amor, ese pivote de la vida, por lo que vale.

El amor, para usted, no representa otra cosa que la poesía de los sentidos. Amiga mía, para mí no existe: es una lamentable necesidad que a veces se impregna de una cierta búsqueda, de una apariencia de sentimiento. Cuando yo la hubiese poseído y la embriaguez cesara, usted sufriría por todos los lugares en los que el dolor y la vergüenza colmarían su pensamiento. Yo saciaría los instintos, los apetitos, toda la materia de la que está usted hecha; sería el amante de su cuerpo, pero usted perdería al esposo de su alma, porque la materia está sometida a inevitables saturaciones. Las más grandes dichas tienen un día siguiente; es ese día siguiente el que temo para nosotros.

La veo con terror, querida mía, espiritualizar la carne, pedirle lo que ella no puede dar. Después del acto habría, para una naturaleza recta y elevada como la suya, un desamparo espantoso que todo el ardor de mis besos no podría disipar; ella le solicitaría romper con todo, no volver a verme; un abismo se abriría entre nosotros; créame: a pesar de la fogosidad de su amor, usted ama místicamente.

¡Las voluptuosidades de la materia no son nada comparadas con las que alimenta su espíritu!

La felicidad es la voluntad de ser feliz. Yo no he tenido esa voluntad ni ninguna otra. ¿Qué aportaría yo en esa vida de amor solicitada? Nada que usted no tenga ya, si se trata de sentimientos nobles y respetuosos del hombre, nada para embriagarla, para arrastrarla, para aturdir y apaciguar, en la borrachera de una pasión compartida, la turbación de su conciencia.

Olvide ese sueño, Denise; se hará la calma. El tumulto en el que usted está sumida aniquila su fuerza anímica, pero yo tengo la íntima creencia de que la virilidad de su carácter regresará cuando usted tenga la prudencia de no volver a contar más cada latido de su corazón.

La profunda emoción en la que me sumen sus clamores, la sublime y conmovedora cobardía de su gran amor, me dan la fuerza de hablarle como lo hago.

Querida, querida, déjeme vivir en su corazón, ¡solamente eso!

CLXXIV

Denise a Philippe

[6] Oficio de santa Cecilia, Breviario romano.

5 de febrero.

En lugar de dedicarme retórica y frases, diga sencillamente que usted no me ha amado cuando yo no lo amaba y que yo le amo cuando usted no me ama; ahí está la razón de sus razones.

Usted tiene miedo también de que turbe la quietud egoísta de su vida; mi pasión le espanta porque es grande y su alma, sus alegrías, sus deseos, son remilgados y liliputienses.

No soy buena más que para distraerse, agitar su espíritu diversificándome. Esa es la misión que usted me ha asignado, la parte muy noble, en verdad, introduciéndome en su existencia; usted no ama de mí más que ese rol.

Sí, si, el amor es una fatal excepción a sus leyes mundanas correctas y prudentes. Háble me de los caprichos ligeros, ¡magnífico! Usted se crea hábilmente una tranquila pequeña dicha individual, tomada con ingenio a expensas de los demás… Usted me comía el alma con delicadeza, a la cuchara; cuando, completamente herida, yo se la entrego usted dice: «¡acabé!» usted se echa hacia atrás, espantado de verla tan sangrante, atravesada de deseos, insatisfecha. Cae de repente en medio de su tranquilidad y ya esta muy harto de la energía que sobreabunda en ella.

Pero comprenda: ¡amo! – Una emoción desconocida me arrastra, me transporta; unos desesperantes deseos me fulminan: ¡amo!... Y tengo la cobardía – usted lo ha dicho – de implorar la relatividad de su amor, a condición de que sea: su amor.

CLXXV

Philippe a Denise

Martes, 7 de febrero.

El amor es en el orden moral un mal comparable a los males físicos; usted injuria en mí al médico que le hace sufrir con la esperanza de salvarla. Oh, querida, querida Denise, pobre atormentada, escuché una vez más mi voz cuya dulzura acabará por calmarla; el amor raramente estalla de repente, viene lentamente, progresa, desbasta el alma en el apogeo de su potencia. Si uno no se muere, disminuye, nos deja convalecientes, luego curados. ¿Curados? no; no estoy seguro de que el corazón no quede para siempre inválido, para siempre roto.

Así ha sido para mí.

Todos sabemos eso; todos queremos amar, sin embargo porque es un estado maravilloso de vivir en esa agitación de fuertes emociones cuando se es joven y para vivir de recuerdos cuando llega la edad de las reflexiones fuertes. Hay pues que dejarla sufrir con filosofía y no maldecir ese sufrimiento puesto que es inevitable y que toda la raza humana lo soporta; es el destino del hombre amar para sufrir o sufrir para amar.

Pero como el mal pasa, los curados no son culpables de preservar aquello con lo que aman sucumbir, y en consecuencia rebajarse; pues cambiar el infortunio del sueño por el infortunio real, vivir en la mentira, el desencantamiento del acto cometido, sin contar con la degradación moral que se pone en sí y en torno a sí, es el peor de los sufrimientos.

Somos unos seres de sentimientos cautivos; la novela que cada uno de nosotros edifica se acaba tan pronto, el aliento que la anima se agota tan pronto, que más vale no vivirla y conservarla en un estado de sueño.

Le parezco un buen argumentador y muy razonable, mi Denise, y usted me lo dice duramente. Simplemente quisiera, amiga mía, protegerla de un mal pasajero, de una caída banal de la que usted habría de enrojecer de una vergüenza íntima que toda la ternura con la que yo podría envolverla no le impediría sentir.

Para nosotros no se trata de engañar a un marido; se trata de embaucarla con un amor que yo no experimento; se trata de mentir a Hélène y – tal vez esto le parezca pueril – no pienso sin malestar en el rol de engañada que la haríamos representar y en lo mal que eso la haría sentir a usted, saliendo de mis brazos, todavía caliente de mis besos, ir a besar la querida pureza que ella es. Sé que de día yo sería su amante, mi vida se separaría de la suya en proporción directa a esas mentiras y vergüenzas.

Hace falta una gran fatuidad en el hombre – y muy poco amor en definitiva – para que piense sin remordimientos en poseer a una mujer decente. Si sintiese mi yo sublime capaz de una fidelidad absoluta o si al menos la amase, tal vez no resistiría a ese gran amor que se me ofrece.

Usted me ha juzgado en ocasiones diciéndome que yo tenía « una inteligencia viril y fría, un corazón vacilante…» Sí, eso es lo que soy, siento intensamente la verdad de su anterior adivinación…

Denise, Denise, comprenda lo que pasa por mí; por piedad hacia usted, hacia Hélène, reflexiones antes de que este vulgar e irreparable acto se produzca entre nosotros.

Ese rol un poco ridículo asumido por mí rechazando su cariño, me cuesta mucho; pero lo hago por usted, por usted a quién respeto, a quién quiero; mi hermana, compañera, la amiga entre todas elegida, sintiendo en ella las más altas virtudes y el honor, la lealtad de un hombre, ¡hacer de usted lo que he hecho de las demás!...

Denise, querida amiga, querido espíritu de élite, sea consciente de la probidad que me hace decir: No ame.

Le escribo afligido; daría todo en el mundo a fin de que un rayo de prudencia le hiciese comprender todo lo que le digo.

Le dicto una ley de dolor; soy por ello desgraciado. Pero ese es mi deber, debo cumplirlo.

¡Ah! pobre, pobre delicada amiga, ¡cómo la quiero para tener el valor de hacerla sufrir!

CLXXVI

Denise a Philippe.

8 de febrero.

¡Oh! ¡esas cartas, esas cartas! frías, calculadoras, advirtiendo todo el mal, toda la vergüenza, todos los desencantos del amor… Las odio… y yo lo amo más aún, más cruelmente que nunca.

Usted arroja desprecio sobre el cariño que se le ofrece, yo estoy por ello orgullosa al igual que una mártir está orgullosa de su fe.

¿Ha visto pues las flores detener su crecimiento y cerrar sus corolas a fin de retener la exhalación perfumada de sus almas de flor? Así, de ese modo tan involuntario, yo lo amo.

¡Ah! usted nunca ha amado para atreverse a censurar así el amor. ¡A pesar de todo yo no sé que me transporta hacia usted, tan poderosamente! Ni siquiera tengo el pudor de no decirle: «¡Lo amo!» y es adorándolo de rodillas como lo murmuro, mi bien amado.

Hay en mi ternura unos matices divinos; niégueme las locas horas de éxtasis pero tome de mi alma su adoración y viva indiferente en la envoltura de este amor. No hay en mi pasión solamente esta violencia que me produce vértigo y me hace estremecer, sino también todas las ternuras fecundas y dulces en sabios hallazgos para la dicha del amado.

¡Ah! ¡ámeme! ¡ámeme! le arrojo ese grito doloroso a usted que no me ama. Philippe, mi bien amado, déme la vida de amor… la imploro a sus pies, desfalleciente.

CLXXVII

Philippe a Denise.

9 de febrero.

Amiga mia, sus quejumbrosas palabras, sus apasionadas ternuras me conmueven profundamente. Esas crisis exhalando de su cuerpo embriagado, esas íntimas convulsiones de su corazón, llenan el mío de curiosidad, de deseo, de amor. Me he hecho más escéptico y más fuerte de lo que no soy. La pasión no tiene decencia, el amor no tiene pudor.

Pues bien, no resistamos más; venga, la espero; es usted bella, yo la amo, me apiado de su sufrimiento. Venga, mi bien amada.

CLXXVIII

Denise a Philippe

10 de febrero.

Philippe, tenía usted razón, yo estaba loca. Quería su amor, un amor igual al mío, pero no su piedad.

No estoy curada, pero estoy tranquila; la crisis ha pasado. Me moriría si me faltase su amistad.

He recibido su nota hace una hora. La he abierto con un tal deseo de encontrar en ella lo que imploraba que a punto he estado de desvanecerme tras haberla leído. Me he repuesto enseguida. Muy tranquila, puesto que el futuro de mi amor dependía de mí, he preparado mi salida.

A las cinco me subí al coche; por prudencia di al cochero el número de la casa que está frente a la suya; una vez llegada allí, no sé que extraño pudor me invadió, qué debilidad me impidió apearme enseguida del coche; bajando el cristal delantero, dije al cochero: «Es ahí, pero espero a alguien». – Él me respondió: «Bien, mi damita». Algunos minutos después dormía sobre el pescante.

¡Ah sí! *damita*, yo no era más que eso: una pobre cosa aturdida por sus actos, perezosa, vacilante, turbada como si hubiese cometido un crimen, temblorosa, y bien, bien miserable.

Pasé una hora en ese pánico de irresolución, de deseo, de vergüenza… Vi iluminarse sus ventanas, vi su mano levantar una cortina; luego pasaban los minutos y yo tenía la cabeza vacía y apretaba en mi mano su nota cuyas palabras parecían salir de ella levantándose ante mí: *Venga – no resistamos más – querida mía*. Sí, solamente esas, siempre las mismas. Yo pensaba: hay otras… otras… obstinándome a encontrarlas… No había nada mas, nada más que un flaco paquete de carne, de huesos, de músculos, como puestos allí en un montón, separados los unos de los otros, no obedeciendo ya a la voluntad que anima los cuerpos; no habría podido hablar, ni caminar, ni pensar. En un momento me dije: « Llueve… el cochero duerme… tengo frío…¿la hora?... él espera… está allí… iré… espera…» Pero eran palabras dichas al azar, palabras sin ligazón, involuntarias, vacías, sin pensamientos. No vivía, estaba paralizada.

Las luces de la calle me parecían destellos deslumbradores. Creo haber oído vagamente como sonaban las seis, luego las siete, luego las ocho… Entonces usted apareció… se detuvo bajo la cochera; abotonaba tranquilamente sus guantes; el suelo brillante de humedad, había bajado y levantado el bajo de su pantalón; vi reflejos de luz brillar sobre sus relucientes zapatos; se ajustó su abrigo con cuidado para no aplastar las pálidas flores engarzadas en el ojal de su chaleco, luego, con las manos en los bolsillos, con su bastón levantado a lo largo de su brazo derecho al igual que un fusil, partió con ritmo alegre, con una compostura de un hombre feliz, libre…

Entonces me eché a llorar tan fuerte, sacudida por tan grandes sollozos nerviosos, que el cochero se despertó. Bajó de su asiento, abrió la portezuela y me consoló.

¡Qué triste y grotesca es la vida!

Me llamaba; « Mi damita…» y decía: « Venga, ya he visto otras bellezas como usted que se languidecen en la espera…. ellas estaba tan *fuera de sí* como usted…Y no ha venido…. Venga, marche, eso pasará.» ¡*Eso pasará*! dijo él como usted…

Entonces, comencé a reir a carcajadas, presa de locura… ¡era realmente divertido ser consolada por ese cochero gordo! Reí tanto que él tuvo miedo; su espanto me tranquilizó. No queriendo regresar a mi casa en ese estado, le dije: « Tiene usted razón, buen hombre, eso pasará; pero necesito calmarme, lléveme al Bosque. » Y, para que no me creyese completamente loca, añadí: «Tome este luís, usted ha sido cortés y complaciente, es justo que sea recompensado. Le pagaré las horas aparte; vaya.» Y entonces partimos.

¡Ah! ¡qué dolores y dramas se viven en los coches! Los ojos que ven llorar, las cabezas que sostienen, bailoteando sobre sus duros respaldos! Qué nomenclatura extraña, a la vez cómica y lúgubre se podría hacer…

Creo que eran las once cuando regresé a mi casa. Miss May me esperaba; me dijo enseguida que Hélène se había acostado afligida y que me había escrito. Corrí a mi habitación. Sobre mi almohada destacaba el sobre rosa con esta inscripción en grandes letras de una escritura bien aplicada: « A mi querida mamá ». – La abrí y comencé a leer «Mamá querida, ¿dónde estás? ¿por qué no has dicho a tu hijita adónde ibas? He cenado sola, muy triste, había ostras y piñas; después he llorado, deseé ir a casa de la abuela, pero miss May no ha querido llevarme. »

» Luego he llorado mucho, pensaba que te había pasado algo o te habías muerto. ¡Ah! mamá ¡qué miedo tengo! tengo miedo también de que alguien te haya tomado, robado como los despreciables ladrones roban a las niñas, ¿por qué no vienes a consolarme? Cuando regreses ven pronto a abrazarme fuerte, que me despierte para no estar tan triste durante mi sueño. Te quiero mamá, mi mamá querida, para mi sola.»

¡Pobre ángel! la había olvidado durante esas horas negras. Fui a abrazarla, se despertó y me dijo con desfalleciente voz: « ¡Ah! eres tú, tú; ¡estás aquí! » Y luego se volvió a dormir bajo mis besos, con los brazos estrechados muy fuerte rodeando mi cuello. Entonces, abrazada a ella la transporté a mi cama; he pasado la noche llorando, pidiéndole perdón por mi conducta. Yo murmuraba en letanía: «¡Hija mía! ¡mi niña! ¡mi niña! » Sin poder detenerme ni pensar en otra cosa, besaba sus manos, sus brazos, hambrienta de ella, desgraciada de lo que la había hecho sufrir…

¡Ah! Philippe, ¡qué lejano estaba ya su recuerdo en ese breve pasado!...

Finalmente el dulce calor de su cuerpecito, la quietud de su apacible sueño, me han tranquilizado. Dormí a pierna suelta, rota moral y físicamente.

Eso es todo; ahora se acabó.

Ya no lo quiero, pero todavía estoy tan débil y turbada que no sé si estoy completamente curada. Desde luego lo estoy de la crisis en la que me encontraba. Usted tenía razón, lo siento. Le perdono el daño que me ha hecho su prudencia. Pero todos esos razonamientos, todos esos hechos no han podido aún arrancar de cuajo un amor tan grande en tanto sus fibras rodean y estrechan con fuerza mi pobre corazón.

CLXXIX

Philippe a Denise

11 de febrero.

Que conmovedora y bonita estaba usted esta tarde, pobre amiga… toda dolorida, toda lánguida, tan noblemente contusionada en la lucha del deber, con sus bellas ojeras… me hubiese gustado poder besarlas.

Ha tenido usted una risilla escéptica cuando, de rodillas a sus pies y rodeando su cintura con mi brazo, he mantenido tan largamente, tan amorosamente su mano en la mía. ¡Ah! Nisette, ¡si supiese como amo su rectitud, su martirio! pero no se ría más así; esa risa me ha hecho daño. He sentido en ella una indiferencia irónica hacia mí y tengo miedo de haber perdido su cariño en esta dura crisis… tengo miedo de perderla, amiga mía.

Volveré mañana, ¿verdad? Tengo una necesidad enfermiza, llena de ansiedad, de seguir de cerca esa convalecencia…

CLXXX

Denise a Philippe.

12 de febrero.

Venga si quiere. ¡Ah! es un buen entretenimiento en libertad, ¿no es así? Usted me divierte…

Usted dice: «Ámeme…, muy bien… no tanto… vamos, un poco más…»

Tengo un vago temor de parecerme a la pobre arrodillada implorando:

«¿Es bastante? dígame; ¿no lo suficiente aún?

Espero no acabar así como ha hecho la cautiva pécora… todavía no estoy muy segura de ello.

Por lo que respecta a nuestra amistad, puede estar tranquilo: no sé tratar con consideración lo que desprecio, y yo no lo desprecio, casi lo amo; sabré pues permanecer siendo la amiga que usted ha soñado.

CLXXXI

Philippe a Denise

19 de febrero.

Amiga mía, a Gérald y a mí nos tiene muy inquietos. Hemos hablado como dos hermanos ayer por la noche cuando nos despedimos de usted. Esos frecuentes síncopes, sufridos desde hace tres días, nos preocupan. Hemos decidido que, para distraerla sin fatigarla, para sacarla de la postración en la que se encuentra, debe partir para el Sur.

No proteste; sus dos hermanos han arreglado el viaje: partimos todos para Cannes, la señora de Nimerck, Gérald, Hélène, usted y yo –si usted me quiere – para instalarse y permanecer quince días cerca de usted.

Gérald va a advertirla de ese proyecto yendo a almorzar esta mañana; pero yo he querido que antes de escucharle a él supiese que su preocupado y torturado amigo, le suplica de rodillas que acepte.

CLXXXII

Denise a Philipppe.

Ese 19.

Hagan ambos de mí lo que quieran; estoy desamparada, cansada de vivir. Quisera dormir, dormir mucho tiempo, dormir siempre, sola con mi querida hijita…

¿Lo demás?... Ya todo me da igual…

Tierra, es de los vivos cuya vida ha pasado,
Tumbas, no tenéis a todas las personas que han muerto.

CLXXXIII

Denise a Philippe.

Les Ravenelles, Cannes, 8 de marzo.

Esta carta va a sorprenderle. ¿Por qué le escribo, puesto que pasamos nuestros días juntos?

Tendré la fuerza escribiéndola; no la tendría diciéndoselo: «¡Aléjese de mí! »

Cuando usted está cerca, la dulzura de su presencia me languidece, me acobarda; amigo mío, déjenos, regrese a París, abandóneme a mi soledad, a la calma de vida entre Hélène y mamá.

Esperar la hora de su llegada al chalet, ver su querida mirada posarse sobre mí, triste, inquieto; seguir desde la ventana de mi habitación sus debates en el jardín con

Hélène, escuchar, inmovilizada sobre mi diván su voz varonil mezclarse con la voz argentina de la chiquilla, es todavía fundir demasiado mis sensaciones con las suyas; todo eso me trastorna el alma, la invade de las atroces depresiones en las que sin embargo vivo. Esas cosas encantadoras, tiernas, extrañas, crueles también – que consituyen nuestra amistad – son la alegría y el dolor de su amiga. Déjeme intentar reconquistar la calma en mis costumbres…

Philipppe, ¡cómo lo he amado cuando usted no me amaba! la posesión no me hubiese permitido saciar el delirio de amor en el que he estado, y usted no se habría convertido en el alma de mi vida como lo es…La realidad hubiese matado la exaltación del sueño, mientras que mi sueño permanece, a pesar de mis esfuerzos por hacerlo desaparecer.

La virtud no es más que un hábito sin alegría, estéril a toda dicha; la frialdad de su razón ha roto toda cálida emoción en mi corazón; silenciado todo mi ser. Ya no tengo más que una única aspiración: el olvido.

Váyase, querido. En tanto usted esté a mi lado, no puedo olvidar.

CLXXXIV

Philippe a Denise.

Splendid Hotel, Cannes, 8 de marzo.

Encuentro su carta al regresar de llevarle a Hélène; es entonces por lo que, cuando he preguntado al subir par saludarla en su habitación, el criado me ha dicho: «La señora descansa.»

Hélène, miss May y yo nos apresuramos a regresar a los Ravenelles para contarle nuestro bonito paseo y llevarle nuestras flores; queríamos admirar con la «querida» la puesta de sol… Yo también estaba orgulloso del rosa pálida que nuestra caminata por la montaña había puesto en las mejillas de « la querida de la querida…»

Estoy triste por esta decisión, pero es prudente. Va a producirme mucho dolor abandonarla aún tan enferma y tan débil. Me siendo desgraciado con esa idea; tengo ganas de no ir a cenar esta noche a los Ravenelles; le hago entregar esta nota mientras me pongo el chaleco: si quiere algo de mí comuníqueselo al cazador; si no es así, cenaré en el hotel.

CLXXXV

Denise a Philippe.

Les Ravenelles.

Al contrario, venga; mamá no comprendería esa ausencia y se sorprendería.

Usted anunciará esta misma noche su regreso a París porque lo reclaman allí, eso será razonable y plausible… y además, soy un poco cobarde y quiero gozar de las horas que me quedan viéndole.

Dios mío, ¡cómo le quiere también Hélène!

CLXXXVI

Philippe a Denise.

Paris, ese martes 14 de marzo.

He llegado anteayer de madrugada a París; la nota de Hélène me ha resultado muy placentera; mi domingo ha sido soportable al saber de su mejoría.

He intentado mantener la promesa de no escribirle, enviando telegramas a la señora de Nimerck; pero el laconismo de las suyas me desespera; para hacérmelas soportar tan cortas sería necesaria que estuviesen firmadas por usted. Ese *Denise*, lo amo sílaba por sílaba, letra por letra, hasta en su forma. Solo ese nombre sería para mí un calmante, un alivio en mis inquietudes.

Así pues, rompo el trato – además es habitual romper los contratos. – Le escribiré y estaré muy feliz si usted quiere y puede responderme; por cartas que sean sus cartas, ellas me aportarán el maná del que tanta necesidad tengo para vivir tranquilo lejos de usted.

Beso tiernamente sus manos, amiga mía.

CLXXXVII

Phililppe a Denise.

15 de marzo.

Ni un despacho ayer ni hoy; ¿qué significa eso? Estoy preocupado… ¡Ah! no habría debido partir.

Quiero pensar que los preparativos para la matiné infantil en casa de lady Lewsings son la causa de ese silencio; no vivo.

La señora Trémors, la señora d'Aulnet, a las que voy a ver lo más a menudo posible para tener noticias, no han recibido nada… Acabo de telegrafiar a Gérald; ¿qué es lo que hace en Cannes que no escribe? Haga responder a mis cartas por miss May, entonces.

Soy dolorosamente todo suyo.

CLXXXVIII

Denise a Philippe.

En los Ravenelle, 18 de marzo.

Gérald no está con nosotros; regresó hacia París visitando Aigues-Mortes y Arles; había partido cuando llegó su despacho. Pero sean cuales sean sus preocupaciones, sea cual sea su sufrimiento, no es nada comparado con los míos…

¡Oh amigo mío! ¿Pasa usted las noches llorando su sueño, echando de menos el esplendor de su desconocida ternura, y diciéndose: ya no podré ser feliz más?

Sigo estando débil; mi sangre me parece que no alimenta mi corazón y mi cerebro se ha retirado de mi carne. No puedo comer: trago con una enorme repulsión un poco de leche. Me vuelvo diáfana, y estas tres líneas escritas para tranquilizarlo, en un gran esfuerzo de voluntad, me han agotado hasta el desvanecimiento.

Me detengo, no pudiendo más. Adiós, Philippe.

CLXXXIX

Philippe a Denise.

20 de marzo.

Querida mía, su debilidad me preocupa; esa palabra siempre repetida en los telegramas me angustia.

¡Pobre pequeña! mis ojos no pueden apartarse de esta carta que le ha costado un desvanecimiento.

Le ruego que haga todo lo posible por reaccionar. Estando usted curada, ¡podríamos ser tan felices! Toda mi ternura por usted, todo su amor, han sacudido un poco nuestra amistad; pero se mantendrá más noble, más bella, más dulce también… ¡Ah! ¡tenga ánimo para vivir!

Esta amistad representará un gran esfuerzo de honestidad por mi parte; por la suya una rectitud sublime, rara de encontrar. Las alegrías íntimas que ya nos ha dado ya constituye un poco de felicidad, créame.

Adiós, amiga mía. Estoy triste. No sé si hago bien o mal cuando pienso en el estado penoso en el que se encuentra….por piedad, ¡cúrese!

CXC

Denise a Philippe.

Les Ravenelles, 23 de marzo.

Tal vez me cure cuando ya no esté lo que me aqueja ni lo que echo de menos; mis horas se arrastran, mis grandes deseos han muerto, estoy abatida y temblorosa.

Mis días y mis noches son singularmente melancólicas. Trato de suicidar mis recuerdos. No me encuentre débil por no ocultarle esos sufrimientos: tengo el corazón lleno de lágrimas.

¿Pero usted? ¿Por qué está triste? ¿qué le ocurre?

CXCI

Philippe a Denis.

20 de marzo.

Comparto su tristeza, y eso es suficiente para que sucumba. Me siento un criminal; llego a encontrar ridículos e imbéciles mis escrúpulos y nuestra honestidad. Yo la amo más de lo que creía. ¿Qué fuerza me ha animado y hecho luchar contra este amor?...

Usted ha nacido para amar; nada la solicita en la vida, excepto el amor; él la ha embellecido, electrizado; ahora, la mata.

Pues bien, amémonos. Me siento penetrado, a mis espaldas, de un tal orgullo de ser el que usted ha elegido…

Tenemos, mi Denis, bellas horas que vivir, esperaré a que suenen para usted, esperaré a que las flores de este amor eclosionen aún una vez bajo usted para recogerlas. Prometo curarla, mi bien amada, en el apaciguamiento de mis besos apasionados. Voy, ¿de acuerdo?

Tours for ever.

CXCII

Denise a Philippe

Les Ravenelle, 29 de marzo.

No, no; lo he pensado demasiado, he llorado demasiado, he sufrido demasiado.

He vivido mucho tiempo con delicias en la incoherencia de mis sensaciones; pero tantas sacudidas han agotado mi amor.

He llegado a no saber si deseo o no que usted recuerde haber sido inmensamente amado por mí.

¡Sin embargo cuantos arrebatos de ternura le he dado! Llevar toda cosa y todo sentimiento al extremo como yo hago supone un gran dolor… Pero ahora se ha acabdo. El sueño permanecerá siendo sueño y se va borrando lentamente sin impregnarse de ningún recuerdo, de ningún roce de realidad vinculándolo a mi vida.

Mi hija me absorbe por entero. No soporto con alegría sus ternuras salvo a condición de que valgan algo. Ese algo es la pureza de mi cuerpo a falta de la quietud de mi corazón.

Ahora que he reflexionado, no podría vivir junto a mi hija en la mentira. Lo sentí de una manera violenta aquella noche lejana que me destrozó y en la que tanto sufrí.

Amigo mío, amo a Hélène más que a usted, más que a mí, más que a mi amor.

No venga. Curaré… no se muere de amor.

CXCIII

Philippe a Denise.

31 de marzo.

Esta bien. Esta carta me ha apenado. No es la piedad lo que me arrastra hacia usted, Denise. Su ardiente cariño me ha penetrado hasta el punto en que la deseo con toda mi alma…

Pero respeto la prudencia, el pudor maternal que me hacen escribir esto último, esa suprema renuncia.

Y la lloro, la amo y la bendigo.

CXCIV

Denise a Philippe

Les Ravenelles, 2 de abril.

Yo también, yo tmbién lo he amado; este instante ha contenido una eternidad de sufrimiento y de dichas…

Le ofrecía todas las bellas ilusiones encerradas en mi corazón, toda la fuerza de mi joven vida, las más puras, las más nobles aspiraciones de mi ser…

Usted me ha decepcionado. La fuerza de mi amor era tan grande que he podido, sin rebelarme, sin rencor, sin odio, obedecerle cuando usted me ordenó la renuncia. Lo amaba hasta la abnegación, hasta el sacrificio.

Heme aquí armada para ir a partir de ahora con el alma fría y libre. Esta armadura es, después de todo, un rico presente que usted me ha hecho. Nos hemos dejado: yo le he pagado con el sufrimiento causado por mi miserable amor.

CXCV

Philippe a Denise

4 de abril.

Su ironía me ha hecho daño. Deseo ardientemente su regreso. Tengo miedo de perderla. ¡Esta carta un poco cruel está tan lejos de su corazón! Me parece que hace siglos que nos hemos separado. ¿Cuándo podrá regresar? No me acostumbre a vivir lejos de usted.

Beso sus manos devotamente.

CXCVI

Philippe a Denise.

4 de abril.

Le escribo esta segunda carta desde el círculo donde acabo de cenar con Gérald; han venido a buscarle antes de parte de la señora de Giraucourt; su tía ha tenido un ataque. Gérald ha corrido a su casa encargándome que la advierta a fin de que usted prepare a su madre para esta triste noticia.

Espero que esta carta le llegue a tiempo; la hago llevar por mediación del cazador, en el tren rápido de las ocho y cuarto.

Estoy triste pensando en la conmoción que esto le va a causar, ¡está usted tan débil! precisamente en este momento, en el que quisiera la máxima tranquilidad para usted, va a ocurrir este cruel accidente. ¿La señora de Nimerck amaba tiernamente a su hermana?

Mi pobre Denise,¡qué caos hay en nuestras vidas!

CXCVII

Denise a Philippe.

Despacho-6 de abril.

Hemos recibido un telegrama de Gérald. La tía está muy mal, partimos; mamá está desconsolada; estaremos en Paris mañana. La triste noticia me ha afectado; estoy casi mejor y me encuentro más fuerte ante esta desgracia real.

LIBRO V

El amor que se apaga cae rápidamente y raras veces se vuelve a levantar

……

En cuanto al coraje moral, tan superior al otro, la firmeza de una mujer que resiste a su amor es únicamente la cosa más admirable que pueda existir sobre la tierra. Todas las demás demostraciones de valor son bagatelas al lado de una cosa tan contra natura y tan penosa. Tal vez encuentren ellas las fuerzas en ese hábito de sacrificio que el pudor hace contraer… las pruebas de ese valor siempre permanecen en secreto… casi indivulgables.

…….

El salto de Leucade era una bella imagen en la antigüedad. En efecto, el remedio al amor es casi imposible. Hace falta el peligro que tanto llama la atención del hombre en el instinto de su propia conservación.

STENDHAL

CXCVIII

Denise a Philippe

París, domingo, 30 de abril

He dicho « sí », antes, cuando en las Acacias, en medio de esos caballeros y de sus peripuestos parloteos, usted organizaba el almuerzo en Ledoyen; pero no estaré mañana en la apertura del Salón de los Campos Elíseos. ¿Por qué no he dicho: « no », enseguida? ¿Sabe usted la teoría? *No* se discute, *no* se combate, ni se hace desesperar a los amigos. Si por el contrario se acepta de inmediato, no se suscita ningún conflicto, no se despierta la *protesta* airada de los que quieren divertirse y que, por excesiva cortesía, pretenden no poder hacer nada sin uno.

Mi gran duelo se acomodaría mal a esa comida, ya que el crespón negro no estaría bien visto en ese reservado. Esa salida mundana podría disgustar a mamá: tres semanas de recogimiento apenas son suficientes para que yo retome una vida activa. Ella quería mucho a su hermana; era una segunda madre para ella a causa de su diferencia de edad.

No debo olvidar, mi querido Philippe, que debo, al impacto que me ha causado esta muerte, el haber sido extraída de mi propia pena. El dolor real que nos golpeaba ha alejado el dolor imaginario en el que voluntariamente y con voluptuosidad se sumergía, cada vez más intensamente, en mi alma.

Perder un ser que se ama me ha parecido el sufrimiento supremo. Me he estremecido en la idea de cómo me estaba consumiendo y dejándome llevar por un mal que podía combatir, que olvidaría, que ya había olvidado un poco, pensando que en lugar de mi tía, fuesen mi hija o mi madre las que hubiesen podido serme violentamente arrancadas de ese modo. He aquí la única desgracia que puede afectar una vida; las demás no son nada.

Para consolar a mamá de esta cruel pérdida, he recuperado mi salud. Es pues por un piadoso recuerdo y homenaje a nuestra pobre muerta, que por miedo de escandalizar al mundo, por lo que me abstendré de asistir mañana.

No vaya a deducir malévolamente un pequeño plantón; nunca, amigo mío, en la soledad en la que me sume mi luto, no he sentido mejor nuestra *querida* amistad.

Lo amo siempre, pero de otro modo; lo amo con la necesidad de hacerle feliz, así pues es con maternidad – a pesar de los años que usted me lleva – con el desinterés de una vida sentimental activa: su dicha me es necesaria para que yo tenga una. Siento que es usted feliz de ser amado así; así pues, a pesar de algunas vagas y fugitivas penas secretas, soy feliz.

¿Qué autor dijo: « El dolor es el crisol donde el amor se depura.»?

CXCIX

Philippe a Denise.

1 de mayo.

Mi querida dicha,

Es usted exquisita y yo la amo. Comprendo ese escrúpulo y lo apruebo. He organizado ese almuerzo tontamente, no sé por qué. ¿No ha experimentado usted esas cosas? uno arrastra a las personas a una reunión de placer cualquiera; se despliega una elocuencia vertiginosa para convencer, vencer los obstáculos, las dudas de unos y otros; luego, cuando todo está decidido, convenido, la cita acordada, se produce una reacción; uno se llama imbécil y se reprocha haber puesto en marcha a esa tropa que va a acapararlo y a aburrirlo durante horas; los amigos incluso lamentan haber aceptado; cada uno nos envíamos al diablo a los demás, *in-petto*… lo que no impide a la muchedumbre, mirando pasar a los reunidos a su pesar, son una especie de forzados del placer, murmurar: «Es el grupo de los Luzy y demás, ¡unos juerguistas!»

Déme plantón pues, lo tengo bien merecido; pero puesto que yo no le monto una escena, recompénseme recibiéndome a cenar.

Salvo telegrama en contra, pasaré por mi casa hacia las seis y media a cambiarme de ropa, e iré.

Your loving friend.

CC

Philippe a Denise

12 de mayo.

Mi querida amiga,

No sé demasiado lo que la señorita Lespinasse va a pensar de mí; ya van dos veces que la olvido. ¿Quiere ser bastante buena para traerla esta noche a casa de los d'Aulnet?

Hacia las diez, ¿verdad? Me gusta verla entrar.

Cariñosamente.

CCI

Denise a Philippe

12 de mayo.

Su despacho me ha llegado hace dos horas; he telefoneado al círculo y usted no estaba allí; envío esta carta a su casa, mediante un coche.

Complázcame, amigo mío, viniendo a recoger usted a la señorita de Lespinasse antes de dirigirse a casa de mi cuñada. Es lo menos que puede usted hacer por la tierna muchacha ante su olvidadizo abandono. Aunque sea cariñosa y esté habituada al sacrifico, temo que no puede soportar de usted tanta negligencia…

Dejemos este tono bromista y volvamos a lo nuestro: Tengo un dolor de cabeza horrible – sin broma, se lo juro, ya no puedo más; no iré a casa de Alice esta noche, – he estropeado mi entrada – ¡gran tonto, vaya!

Desde que le he comentado mi idea de composición, estoy ya gestándola; llevo en mi pobre cerebro un gran concepto, un tanto tupido y difuso… que me hace sufrir bastante; creo que sale, quiero notarlo… frrrr: huye. Lo haré en tres partes… doy a luz, doy a luz… ¡Ah! ¡es un varón!... Quiera el cielo que sea uno.

Esperando, sin la más pequeña bromita, es un daño muy doloroso.

Es necesario que yo lo ame como lo amo, es decir infinitamente, para permitirle venir, pues todos los grandes males son horribles de ver. Mi frente estalla, no soporta nada que vele su desnudez…Usted conoce mi alma, no mi frente; estoy completamente espantosa peinada al estilo chino.

Eso, lucecita, no tiene entre nosotros ninguna importancia. Intuyo que usted ama lo inacabado en las sensaciones; lo hemos explotado muchos. Así pues, haciendo abstracción de mi yo humano, de la mediocre, de la flaca silueta que soy, puedo consentir en verle sin vendas; eso no le impedirá exclamar: «¡La amo!» como usted hace precisamente desde que usted no me ama ya. Esta gigantomaquia (yo una pequeña gigante, usted dios) que representamos me interesa, en definitiva… todo es falso en nuestra manera de ser; no hay más cierto que, a uno tras otro, nos ha agitado.

Sin embargo eso no sé si es el rayo de sol jugando sobre mi papel y en el que se agita mi pluma, o el recuerdo de tres dulces palabras dichas por usted anteayer noche, pero tengo necesidad de cantar a su indiferencia la ternura, un poco lastimera, de mis vagos y eternos: lo amo.

¡Ah! por *nada* que usted me dé, yo sé dar un poco felicidad, ¿no es cierto?

CCII

Philippe a Denise.

Lunes, 15 de mayo.

La sobrina de la señora Ravelles acaba de morir. Es poco probable que seamos recibidos en su casa, incluso íntimamente, el martes. En esas condiciones, ¿qué decide usted? ¿Vamos a alguna parte o hacemos un tranquilo aparte *at home*?

Yours most devotedly.

CCIII

Denise a Philippe.

Lunes, 15 de mayo.

Elijo el tranquilo *at home*. He estado molesta, el otro día, al encontrar a los Villeréal en el Pabellón Enrique IV. Aunque Hélène y miss May estuviesen con nosotros, estaba contrariada de que esas personas nos sorprendiesen en esa escapada. Y además, ¿adónde iríamos? Acabaremos por aparecer en Saint-Germain y su bosque, regresando allí a menudo.

Más vale cenar en el jardin de invierno embalsamado de flores de mayo, y a contiunación la conversación en el pequeño salón.

CCIV

Denise a Philippe.

Miércoles, 17 de mayo.

Esta vez usted recibirá la carta que suelo escribir siempre al día posterior a nuestras veladas, y que de costumbre rompo sin enviársela. Tanto peor si le aburre; al menos, después de esta experiencia ya no las reclamará más. Además usted ha dicho: « Hasta el sábado » – mi excusa es esta: me parece mucho tiempo sin verle… No se ría, mi querido amigo; no es culpa mía; tengo el corazón tierno y el muy imbécil se ha aferrado a usted; es un golpe que no me esperaba; ¡no se podría imaginar qué miserable es todo en este mundo!

Nuestra amistad sin mentiras ni pequeños ardides, noble y recta es algo infrecuente de lo que me enorgullezco. ¿Por qué esta intimidad exquisita no ha sido suficiente en mi vida? Estoy furiosa porque mi corazón ha estado sedienta dos veces de un modo inesperado que tal intimidad no ha saciado. Si queda todavía un poco de languidez, es su culpa: es usted el único hombre con el que cara a cara jamás me aburro.

¿De dónde procede todo esto? ¿por qué son los improductivos los que a veces dan, hasta lo más elevado, una sensación de arte y de suprema intelectualidad? Ellos son la fuente donde se abreva; toda su fuerza salpica a los demás. Eso explica los entusiasmos de la anónima muchedumbre, insospechados fuera de un círculo restringido a los hombres de valía.

Es usted para mí esa fuerza, ese alimento útil para mi mente, para mi alma, para mi corazón y que, por debilidad femenina, he creído por instantes indispensable para mi cuerpo. Sin embargo cuando analizo detalladamente los sentimientos que he tenido hacia usted, me pregunto si todo eso era amor. ¿De que desease poseerlo por entero y que nuestras vidas no se separasen por nada, unidas en las más íntimas cosas, hay que deducir lo siguiente: yo era fácil de arrastrar al mal? Me acuerdo de esas horas de escrúpulos en ese coche; no tenía más que apearme… ¿por qué no descendí? ¿Qué temía encontrar en usted?

Tengo el vago temor que eso sea precisamente porque *usted no me amaba* por lo que yo le amo, y eso me parece un sentimiento tan poco sano, impregnado de decadentismos.... Experimento un poco de vergüenza sintiéndolo en mí.

Ayer, Hélène, jugando al escondite con usted, me dijo: «Mamá, Philippe hace trampas; ¡ponle tu pañuelo por venda bien apretado sobre los ojos!» Me levanté y, pasando por detrás del canapé sobre el que usted estaba sentado, quise anudar mi pañuelo alrededor de su cabeza; era demasiado corto y apenas se unían las puntas. Entonces la pequeña exclamó: «Ciérrale los ojos con tus manos si el pañuelo no sirve.» Ha tenido usted un ataque de risa, una cómica exclamación: «¡Esto no es un juego!» que me hizo olvidar que yo iba a tocarle; usted, usted se rebeló… mis manos errantes sobre sus cabellos, sobre su frente, inmovilizaron su cabeza, se deslizaron hasta sus ojos. Se cerraron bajo mis dedos… sentí la impresión del dulzor de la carne fina de sus párpados; sus ojos palpitaban débilmente al ligero contacto de mis dedos… su cabeza prisionera se inclinó; sus labios cerrados parecían tenderse hacia mi… Miré su rostro con una calma que me sorprendió; ¡me parecen todavía tan cercanas las horas en las que tal cosa me hubiese hecho desfallecer!

A pesar de todo ¿mantuve un aspecto de frialdad? ¿a qué necesidad de mi ser responde usted? por desgracia mi imaginación, creo, ha hecho toda la otra tarea… No he sentido ayer que esas furtivas caricias me turbasen como cuando se ama, como consecuencia del placer que deben causar.

¿No sería más que un impulso del espíritu, lo que en mí parecía pasión? ¿y todas las formulas a las que nos reduce sin ceremonia ese insolente Champfort han matado los sentimientos sencillos? ¿A fuerza de negar una cosa autentica, se acaba por no poder creerla ni volver a sentirla? Responda a todo eso, mi tierno amigo.

El estado en el que estoy debe ser el de los hombres cuyos dolores han sido amortiguados por las inquietudes de la vida, y que las más grandes pruebas de amor no llegan a hacer creer más en el amor.

¿Es capaz de sentir lo que quiero decir y me comprenderá si, a pesar de todos estos requiebros de mis sensaciones, sin embargo le digo: «Lo amo»?

Extraña cosa como en las relaciones humanas, en particular en las que son más refinadas, los mejores sentimientos son a menudo inexplicables y, lo que es auténtico, imposible. Como Bettina d'Arnim yo digo: « Lo que los demás llaman extravagancia es comprensible para mí y forma parte de un saber interior que no puedo expresar.»

Un pensamiento que voy a formular sin el temor de que usted no sea de mi opinión es que: para no ser amantes permanecemos siendo no menos asombrosos amigos.

¡Qué dolor no haberlo tenido para consolarme y afirmarme en el momento en el que tanto he sufrido la vanidad de ese dolor! Mi sentido común desdeñó la poesía del mal moral como mi buen gusto hace de ella un misterio.

Decididamente seremos una pareja rara en la intimidad que el mundo insultará con amables y fáciles bromas; amándonos sin amarnos, mezcla curiosa y extravagante de expansión, y contención; influenciados a nuestro pesar por la estrecha moral del mundo; transformando en hábitos correctos, fríos, lo que en un impulso natural los verdaderos sentimos, las verdaderas atracciones tienen de más involuntario.

¿Tal vez todo esto no sea otra cosa que una dolorosa prueba del alma y los sentidos, una miseria moral a medias, una miseria física a medias, caminando de frente en la vida práctica que los acontecimientos nos obligan a llevar? Comienzo a creer que arrastro conmigo una inmensa tristeza animada.

CCV

Philippe a Denise

jueves, 18 de mayo.

¡Qué bufonada es la vida! mientras usted no siente ninguna atracción hacia mí en ese juego de sus manos sobre mi rostro, yo, emocionado de pies a cabeza, he debido reprimir un impulso lleno de súbita e inexplicable embriaguez…

¡Ah! si esa sencilla situación se hubiese producido tres meses atrás, ¡ah!, pequeña silueta, ¡ah! qué amante deplorable habría tenido usted, mal que le pese.

Querida, nos habríamos consolado usted y yo, formulando: « No siempre son las faltas lo que nos pierden, es la manera de comportarse después de cometerlas. » Habríamos intentado honestamente hacer de nuestro *después* algo sublime, y las inevitables saturaciones no nos hubiesen afectado, porque entre una esfinge fantástica como usted y un animal vacilante, retorcido, atravesado de deseos como yo, el amor hubiese sido una fantasía perpetua de la que nunca nos cansaríamos. Laméntese, Silueta querida. Yo ya comienzo a hacerlo.

CCVI

Denise a Philippe.

19 de mayo.

¡Vaya bromista! y decir que es precisamente el animal feroz lo que amo en usted… pero qué aberración, ¡oh, mi emperador! ¡qué triste payasada, oh, mis ancestros!

Espero, lucecita, que haya recibido la nota de mamá invitándole a cenar mañana, triste cena de despedida de Gérald. Parte inevitablemente pasado mañana y se embarcará dentro de algunos días.

¿Por qué no ha respondido a mi madre, descarado? Nosotros acompañaremos los tres al hijo, al hermano, al querido tío, hasta Cherbourg.

No deje de faltar a esa cena simbolizando el adiós general.

CCVII

Philippe a Denise.

19 de mayo.

He respondido sí, señora, e iré, desde luego. Estoy muy enojado. ¿Y si fuese yo también a acompañar a Gérald? ¿Aceptará la señora de Nimerck a este nuevo viajero? Miss May, la encantadora y rigurosa, no encontrará que: «yo sea un estorbo, realmente un insoportable little monkey ». Prometo no azuzarla más, no llamarle miss turtle-dove, y ser serio como un pastor anglicano, prudente y tan poco estorbo como un swan-cap. Todo eso me resultará además fácil porque estaré muy triste de separarme del querido Gérald.

Friendly shake hands.

CCVIII

Denise a Philippe.

2 de junio.

Quisiera que ternuras, – las que ignoro y a usted le gustarían, – saliesen de mi pluma en cada gota de tinta que de ella se escapa, para agradecerle los tristes y deliciosos ocho días pasados. – Pobre Gérald, ¡él también lo quiere! – Me gustaría que los sueños no fuesen sueños. Me gustaría saber vivir sin que un corazón lata contra el mío…

Pero, sin imaginarse que todo eso sea algo que deba preocuparlo, ¿cómo quiere que sea prudente, en nuestro caso?

Me creía curada; por desgracia, la menor alegría procedente de usted tiene tal repercusión en mi corazón… provoca unos extasis en mi pensamiento.

Si pudiese comunicarle lo que siento, sería usted dichoso, querido; pues, en eso, usted es inferior a mí; usted es el usufructuario, yo el poseedor; usted disfruta de la felicidad de una amistad como la nuestra; solo yo tengo el secreto de esa felicidad; está en mí, yo lo engendro.

Ahora bien, del mismo modo que todas las criaturas, puedo prodigar el bien cuya fuente está en mí. Yo se la ofrezco; tómela, anímese de mi fuerza amorosa, aunque sea para las demás; pero conceda para siempre a su amiga el poder de alimentar su alma con esa ternura especial que ha permanecido entre nosotros durante este corto viaje.

¿Lo que soy, lo que seré después de esto? feliz como un pez en medio de una pradera; pero considéreme siempre muy recta y muy buena, esa es la única ambición de su Denise.

CCIX

Philippe a Denise.

15 de junio.

Usted ha sido un poco malévola en las carreras respecto a su amigo; su querida última nota no me hacía prever esta nueva actitud… Me ha tomado el pelo muy espiritualmente; los demás reían; yo habría reído con mucho gusto como ellos si en el fondo de todo eso no sintiese vagamente que usted tenía cierta intención. Tiene una forma de cerrar a medias lo ojos al mirare, un modo de sonreír, de callarse, que me hacen sufrir.

Créalo, querida, sé perfectamente la tontería que he cometido resistiendo al impulso de su corazón; pero crea también que *la amo demasiado para no lamentar nada.* Ayer, toda la velada, ha usted escuchado con una complacencia destacada las declaraciones de ese gran vividor de Chevrignies. No lo niegue: lo he sentido en sus ojos que me evitaban, en su sonrisa fija de esfinge feliz tomando una revancha, imponiendo una pequeña venganza degustada golosamente. La misma Germaine se ha dado cuenta y me ha arrojado un: «¿Ya no está usted iluminado suficientemente?»

Caramba, me ha sido demostrado sobreabundantemente que es usted una mujer exquisita, una amante deseable; me sorprendo solamente de su obstinación en no comprender el porque infinitamente superior que me ha contenido.

Déjeme pues ponerla en guardia contra Chevrignies y consortes; él la ha seguido demasiado a las exposiciones, por otra parte a las Acacias. Se comienza a murmurar un poco que él está enamorado de usted. Esto es una fijación. Como amigo sincero le digo: «Cuidado.» Por lo demás, también podría decire lo mismo a propósito de Bernard.

CCX

Denise a Philippe.

16 de junio.

¡Eh!, el amigo muy sincero, ¿ya ha acabado de fustigarme? ¿Por quién me toma usted? Me divierto con Chevrignies, con Bernard, con los demás; de vez en cuando ellos tienen talante, son divertidos, alegres, me distraen, eso es todo.

¡Y he aquí un modo de golpearme y señalarme los pabellones de los barcos que se acercan!

¿Es que acaso cree usted que lo hago para darle celos?... ¡Qué gran tonto! ¿No sabe que mi felicidad y la suya son un objetivo común?

«¡Va! le he perdonado…» Eso se canta en la Ópera… eso se canta también muy bajo en el corazón de su amiga, mi Philippe. Solamente ocurre que de vez en cuando todavía me es necesario un poco de movimiento; esos caballeros son mis iguales. Es una pequeña cura moral para llevar a bien, sin recaídas, la gran curación. Chevrignies me divierte más que los demás porque tiene el aspecto de tomar en serio mis palabras.

Venga a verme esta noche, gran celoso, lo haré reír contándole que Germaine, el otro día, cuando él me dirigía unas frases zalameras, ella exclamó: «Digame pues, Chevrignies, ¿ella no le estará engañando con su gran luto y su crespón?: no está viuda, ¿sabe?... ¡Mi pobre amigo, ella solamente llora por su tía! » Yo estallé a reír; él, no. Después, habiéndose dado cuenta que había fracasado con sus declaraciones ligeras, cambió repentinamente de táctica y tímidamente, por miedo a ser sorprendido, creo, balbuceó unas vagas palabras sobre el divorcio.

Adiós, viejo peón. Lo amo; pero más alegremente, convengo en ello… pongamos: género de opereta.

CCXI

Denise a Philippe.

18 de junio.

¿Por qué adopta usted esa actitud, cuando le he dicho ayer: ya no lo amo?

Ciertamente yo no lo amo ya. Me moría; habiéndome percatado del peligro de morir, la más sencilla de las lógicas me ha llevado a concluir lo siguiente: Usted ha sido para mí una especie de enfermedad de la imaginación. Yo tenía una latente necesidad de amar; lo elegí a usted; usted me rechazó con todo tipo de razonamientos que me parecieron mezquinos en el instante psicológico, y que ahora juzgo muy sabios.

Ahora, dueña de mí, me río de todo eso, pero puedo vanagloriarme de haber conocido, en esa temporada, todas las profunidades del sufrimiento. He pasado horas terribles; me parecen increíbles, inexplicables. ¿Lo he amado tan locamente? Era ridícula, insensata. Esa ya no soy yo; jamás he sido yo.

Está bien eso de la pasión: grandes impulsos, palabras grandilocuentes, enormes crisis pasando como un huracán y… como se olvida.

La tormenta se ha llevado todo con ella. Soy una amiga completamente nueva, limpia y clara, virtuosa y tranquila, dispuesta a decir: «¡Pobres mujeres!» a las dolorosas extraviadas, sin acordarme de que yo sufrí como ellas y también fui loca como las más locas.

Y cuando pienso que sin su bella resistencia, – así ha sido, mi querido Joseph, ¡no se enfade si la señora Putiphar se atreve a confesarlo!– yo habría podido imaginar y creer que ante mí usted no hubiese amado nunca, que yo era el *gran primer amor de su vida* … pues usted me habría acunado con todos esos cánticos y, tan absurdos como hubiesen podido ser, yo me hubiese persuadido, hubiese creído en ellos, inocente, y… hubiese sido feliz creyéndolos.

Eso es el amor: una aberración, es una quimera; pero, pero, pero… debe ser bueno conocerlo y a veces es un poco triste decirse: «los laureles han sido cortados!»

CCXII

Philippe a Denise.

19 de junio.

Debe perdonarme, mi querida amiga, si insisto, si parezco celoso, si la vigilo con la perseverancia de un esposo; pero usted lleva tan rápido esta curación que no comprendo ya nada.

Conozco la vida, soy un joven viejo de treinta y seis años desconfiando un poco de sí mismo y de los demás; Chevrignies la ama: es discreto y usted tiene esas frases reveladoras si uno le pregunta:

«– ¿Eh? ¿Qué? ¿Señora Trémors? hace un siglo que no la he visto » –Entonces como usted acaba de decirme: – «Chevrignies acaba de irse de aquí. »

Señora Nisette, los laureles están cortados pero se pueden recoger, y Michel Chevrignies no pediría otra cosa que afanarse en esa tarea.

Es usted una apasionada que anima y hace arder una llama que la devora, vivificante para los demás… Tenga cuidado.

CCXIII

Denise a Philippe.

19 de junio.

Mi pequeño Philippe usted me aburre; tenga cuidado también: si continua así acabará por herirme. Porque yo no renazco a su antojo con una sabia lentitud, eso le causa realmente demasiada inquietud. Si me consuelo de haberle amado pensando que se puede ganar el cielo por el amor, es un pobre consuelo sobre la tierra, ¡no se lo oculto! ¿Dónde ve usted tan gran daño a lo que alegra mi existencia mediante una distracción de coquetería no buscada pero aceptada porque se presenta la oportunidad? ¡y tan poco seria, en el fondo! más bien tolerada, usted lo sabe perfectamente.

¿Quiere que se lo diga? Pues bien, yo lo amo; hay que perdonarme y compadecerme de estar así todavía; nuestra vida no es más que una sucesión de inconsecuencias, ¿no lo he demostrado ya? Encontrarse siempre de acuerdo con una misma es algo imposible; el yo de hoy no es el yo de ayer ni el de mañana, y usted, que me amaba, corría por los campos cuando llegó a mí la idea de acogerlo. ¡Ah! no me reproche la existencia un poco mundana que me creo; la busco para distraerme de mi amor; hago ruido para evadirme y no escuchar los últimos espasmos de mi corazón. Todo me parece bueno para lograr esta completa curación. Hasta ahora rocé la felicidad de los demás sin granjearme una propia; soy un alma dolorosa y alegre, sucumbo y renazco sin cesar, soy prudente y alocada, tengo creencias fervientes y locas decepciones; sufro siempre y por todo: arte, amistad, maternidad, amor, nada me resulta un sentimiento moderado; tres mujeres podrían vivir del añadido de vibraciones que desprende la fuerza de mi imaginación. Yo empleo una paciencia sobrehumana moderándome, reprimiendo mi existencia desbordante, usted no puede imaginar los esfuerzos que para mí representa todo eso.

Va usted a decir, mi casto y deportivo amigo: ella está loca… ¡Bah! ¡qué importa! ¿Locos? conozco otros como yo en el mundo que no se les piensa en encerrar y que sin embargo están locos hasta el más alto grado; la única diferencia entre ellos y los que están encerrados, es que divagan y desvarían sobre aspectos diversos y numerosos. No solamente se creen reyes o presidentes de una república, sino genios, dioses, mesas, palanganas.

Philippe, acepte mi curación como se presenta; lo importante es que esté curada. Siento ya en mí una gran mejoría. Tómeme como soy, sin mal humor.

Hay días en los que mi espíritu está serio y parece colmado de pensamientos dolorosos latentes; usted me ama esos días… otros en los que él está alegre; yo amo esos días… los días en los que está dominado por el alma, los días en los que está bajo la dependencia del cuerpo joven, en definitiva, y que se aferran a esta miserable vida. Hoy es un día de influencia del *cuerpo*; también yo le perdono su carta. Los días del *alma*, me hubiese hecho llorar. ¡Haberle amado tanto y conocerme tan poco! Hoy he recibido unas flores como las reciben las cortesanas – y versos de amor muy malos, a fe mía; No quiero pensar: « que el pensamiento de los que nos aman sucumba indefinidamente ».

Adio, caro mio.

CCXIV

Philippe a Denise.

24 de junio.

Ha sido deliciosa para mí esa cena en Armenonville, mientras esa melancólica balada se escuchaba en la fiesta de Neuilly. Hay días en los que se puede sentir su corazón y su espíritu arder como una soberbia antorcha. Esa luz de incendio consigue animar, penetrar en algunos de aquellos que la estiman y la aman; ese deslumbramiento procedente de usted, lo hace destacar. Desconfíe; es el reflejo de la llama que emana de usted quién los ilumina; no tome la sombra por presa.

CCXV

Denise a Philippe.

25 de junio.

¿Pero qué le ocurre? ¿Está definitivamente celoso? Eso es una debilidad por su parte; yo la desprecio un poco. ¿Cómo? ¿usted prestándose a eso? hay en ese movimiento de su alma, parecido y común a otros tantos hombres, una vulgaridad penosa.

Vamos, querido, Chevrignies no es de temer, ni ningún otro. Al interés, a la vanidad, mucha apariencia y un poco de deseo, es a lo único que se reduce el amor moderno, y eso no es lo que moverá montañas. No hablemos nunca más de estas cosas; prefiero contarle: le escribo desde el pequeño salón Luis XV, el sol ocultándose, todo está silencioso, inmóvil a mi alrededor. Sólo, una rosa muriéndose deja caer sus pétalos; se deshoja en el fino jarrón de Venecia… esta agonía de una flor pone en la habitación una débil sensación de vida, de mudo movimiento … eso es tan suave, lento, meloso…que me impresiona el corazón. ¡Qué delicada muerte la de las flores!

CCXVI

Denise a Philippe

28 de junio.

Esperando la partida para Royat, trabajo a marchas forzadas. ¿Por qué viene tan poco a la avenida Montaigne? Mañana tendrá usted cuatro días de invisibilidad sobre la conciencia; ¿es eso una conducta?

Germaine sale de aquí; me ha dicho que le vio ayer cenando. Paul, tras la comida, quería venir a pasar la velada conmigo; usted se negó a salir. Eso no es muy gentil de su parte, ¿sabe?

CCXVII

Philippe a Denise.

20 de junio.

Es culpa suya, querida, si usted no me ha visto; yo llegué a su casa anteayer y vi a Chevrignies metiéndose bajo la puerta del garaje. Qué oportuno; entonces le he dejado a Chevrignies y regresé tontamente al círculo donde tomé uno de esos culotes… eso me consoló un poco.

CCXVIII

Denise a Philippe

29 de junio.

¡Eh! el hombre de las cintas verdes, es usted insoportable. Mi querido héroe perfectamente educado, usted persigue con una educación y una rara habilidad a una pobre mujer, ¿por qué? ¿Porque ella lo ha amado? ¡eso es conmovedor!

Es usted como aquél de la leyenda italiana a quién se exclamaba: « ¡Ama, animal, que eso acabe! » y que respondía rascándose la oreja con perplejidad: « Povero! Vorrei e non vorrei[7] ¡»

Yo le he enviado a todas y no he estado celosa; imíteme.

En cuanto a Chevrignies, no me rompa más el tímpano; ¿cómo no ha entrado el otro día? Expliquémonos; estoy segura que él salió de mi casa en un estado deplorable: « la ceguera de la desdicha que renuncia a la dicha de poseerla ». ¡Así es como está la cosa, mi príncipe Gruñón!

CCXIX

Philipe a Denise.

30 de junio.

Búrlese de mí tanto como le plazca; el hombre de las cintas verdes no era en absoluto un idiota, su único error fue aferrarse a Célimène. Usted no es tan banalmente coqueta, sino más bien atormentadora.

[7] «¡Pobre! ¡Quisiera y no quisiera!»

¿Quiere saber lo que me agita y me aflige? es la despreocupación con la que usted trata este asunto de Chevrignies cuando yo le hablo de ello, y la seriedad y gravedad de la que él se rodea. Ha abandonado a la Manon encargada de amenizar su vida. La liquidación la ha hecho con acompañamiento de lágrimas por parte de la pobrecilla; las casquivanas, cuando creen tener una pena de corazón levantan una gran polvareda; es por lo que nadie ignora esta ruptura.

Usted no me quitará la idea de que Michel Chevrignies pretende tomar en su vida un lugar preponderante. Yo lo presiento; los acontecimientos posteriores me darán la razón, ya lo verá. Su espíritu puede habituarse a la idea de un divorcio… Entonces yo perdería a una querida amiga, una amistad imposible de hallar.

Michel me trata con frialdad; intuye mis prerrogativas; una enemistad sorda e inconsciente crece entre él y yo, aunque hagamos todo lo posible por mantener la cordialidad de nuestras relaciones de antaño.

¿Cómo quiere usted que, pensando en esas cosas, esté tranquilo e indiferente?

Amiga mía, si la pierdo, estoy desamparado, perdido.

Le beso las manos con toda mi alma.

CCXX

Denise a Philippe

1 de julio.

Que infantil es usted; ¿no recuerda mis teorías subversivas sobre el divorcio? ¿No quiere comprender sobre todo que el gran impulso del amor por el que he pasado, que me ha transportado días y noches sobre las alas del sueño en un ideal de pensamientos de alegría, me ha dejado en un estado de total escepticismo, aniquilada, cuando he aterrizado?

Vamos, yo podría, como la enamorada Iroquoise, decir a Chevrignies: « El amigo que tengo ante los ojos me impide verte.»

Todo ese tejemaneje de diplomacia de Michel Chevrignies, si existiese, y que a usted tanto le place ver con lupa para imaginarse un temblor de tierra, me afectan tanto como leer en los ecos de sociedad de los periódicos: «Gran recepción en casa de la señora de Z… Se ha cenado en pequeñas mesas.» ¡Oh! ¡esas pequeñas mesas! ¡oh! ¡ese Michel! ¡oh!, usted, ¡dándole importancia todavía a eso!.

Vivo en mí y cada vez menos en el mundo, habiendo tomado en mi amor el hábito del recogimiento. Sueño lejos, muy lejos de las villanías de la vida, solamente dichosa de sentir la mano de Hélène siempre agarrando la mía, y a usted, y a mamá, y a Gérald, en mi aire, esa atmósfera especial, de latente y constante ternura en la que me gusta vivir. ¿Qué importan las distracciones obtenidas aparte de eso? No es necesarios singularizarse demasiado viviendo en solitario; Hélène crece; conservo para ella mi lugar en el mundo. ¡Todavía soy un poco mundana!

Hace falta ser usted para lograr hacerme ver algaradas como las que contienen sus cartas.

Vamos, príncipe Gruñón, venga esta noche a pasar dos horas con su amiga. Ella le cantará un *Lied* recientemente compuesto y no demasiado malo. Piense que hacia el 12 marchamos a casa de los Danans. Aproveche este corto tiempo que me queda, antes de estar unos meses separados, y veámonos mucho.

Yours Denise.

CCXXI

Philippe a Denise.

1 de julio.

Imposible esta noche, amiga mía; he comprometido la velada. ¿Quiere que vaya a cenar mañana? Envíeme un gran sí en una notita.

Adiós, querida prudente.

CCXXII

Denise a Philippe.

2 de julio.

Mi querido Philippe, he aquí una carta para probarle que nuestra amistad está garantizada; todo lo que nos rodea no puede nada contra usted y yo.

Ayer, a las cinco, Alice me telefoneó; su marido había tomado un palco para escuchar a Yvette Guilbert; me invitó a asistir con ellos. Acepté ya que mi suegra y Suzanne llevarían a Hélène al circo, y usted telegrafiándome para decirme que no podía venir. Nos instalamos en nuestras localidades diez minutos antes, cuando Chevrignies nos vino a saludar; mi cuñado le había comentado en el círculo que él nos llevaba a escuchar a la diva. Acogí fríamente a Chevrignies, pero la dulce Alice, creada y puesta en el mundo para no comprender nada y no ver nada, le ofreció un asiento y le rogó que se quedase. Comienzo a creer que está enamorado, pues a mesar de mi fría acogida y aunque durante el simulacro de discreto combate entre él y Alice, yo me obstinase en mirar de reojo a la sala, él aceptó la invitación y se quedó.

Ahora bien, apenas se instaló que, siempre mirando a la sala, me fijé atentamente en las personas que se encontraban en un palco enfrente al nuesto y dije a Alice: «Ahí están los moscones de tu hija: Bernard, Maurice de Lourois; una bonita mujer con ellos y…»

Y usted, querido… Tenía ante mí la *velada comprometida*.

¡Ah! amigo mío, ahora estoy segura de amarlo puramente, santamente. Apenas he sentido el corazón un poco alterado, una pequeña sacudida, un estremecimiento, luego, nada más.

Entones, sin dejar de mirar ni un instante su palco y sin tener aspecto de mirarlo fijamente sin embargo, seguí todos sus movimientos, todos.

Cuántas prodigas deferencias tenía usted hacia esa pequeña; que esmero con su abrigo, con sus guantes, – los extrajo usted de su bolsillo.– Qué desplazamientos de su silla para que ella viese bien la escena, y como estaba sentado cerca de ella, completamente al lado, tan cerca…

Philippe, concédame esto; yo no me he visto afectada en mi compostura, no he sentido desdén ni curiosidad; he sido fría con Chevrignies, en absoluto coqueta, he hablado poco, vi poco el espectáculo, ¡pero cuánto he pensado!

He sido – ¡qué lejano me parece, Dios mío!– tonta y he estado enferma; he deseado verle aportar a mi vida un complemento que le faltaba; lo amé anhelando una alegría que quería crearme, donde era necesaria su individualidad para que fuese completa. Ahora estoy curada y soy prudente; ya no lo amo *para mí*; he dejado de ser egoísta, me

he sosegado, usted ya no representa para mí una reciprocidad buscada… Philippe, yo lo quiero porque usted es el receptáculo de cosas buenas, tiernas, seguras, dulces, eternamente accesibles. Tengo en usted una fe irreductible.

Le agradezco el aspecto desdichado y molesto que ha mantenido usted descubriéndonos en la sala; procedía del temor de hacerme daño, ¿verdad? No, no ha sido así, casi no, y he comprendido por qué usted no me ha amado: esa mujer es rubia como Eva, rubia como Venus, como María Magdalena, como todas las grandes enamoradas, como todas las amadas…

Vea, querido viejo peón, a que se puede deber el interés por una mujer: ¡a un matiz de sus cabellos! oh, fragilidad… la pálida y frágil pasa arrugada que soy no lo ama; ella solamente dice un poco triste: así levanta el vuelo el amor…

Suya

DENISE.

P.-D. - Siempre hay un lado grotesco en los asuntos humanos; ¿ha observado la cara de Michel cuando lo miraba a usted? Creo incluso que su bonita rubia también reía. Chevrignies tenía un aire entre furioso y encantado; ¡qué mezcla! ¿por qué esa rara furia? ¿tal vez creyese que yo iba a recibir una desilusión en pleno corazón?

No sé por qué su aspecto y modales me han horripilado y casi hacerme odiarlo. No me gustan las personas que se arrogan para sí, sin estar autorizado para ello, una parte de una emoción que ni siquiera tienen el derecho de sospechar. Por lo demás, yo lo he hecho sentir un poco despreciable.

Y además, ¿me creería usted tan tonta? Cuando en un entreacto él salió de nuestro palco y usted del suyo, imaginé no sé qué idiotez y bobada, y mi corazón se ha encogido. ¡Ah! esos corazones de mujer completamente tan imaginativos, ¡qué enemigos de ellas mismas! ¿Ha escuchado usted el concierto? Yo, ni un sonido, ni una palabra. Habrían podido todos hablar en japonés sin que me diese cuenta de ello. ¡Dulce alegría mundana! Santa Yvette, ¡perdóname!

Le espero impaciente esta noche. Son ahora las diez de la mañana; me da la impresión que para la hora de la cena falta un siglo.

CCXXIII

Denise a Philippe.

3 de julio.

Amigo mío,

¿Por qué ha mantenido ese aspecto preocupado durante toda la velada de ayer? ¿Qué le ocurre? Hélène se ha dado cuenta como yo; ella me dijo: « Mamá, los ojos de Philippe estaban llenos de lágrimas cuando tú acabaste de cantar el *Adiós* de Schubert…» Éramos tan felices los tres juntos… ¿por qué mariposas negras se ha dejado invadir?

No falte a la cena dominical, mañana en casa de mamá. Festejaremos el aniversario del nacimiento de Hélène. Su dicha sería incompleta si usted no viniese.

CCXXIV

Denise a Philippe.

Domingo, 4 de julio.

Amigo mío ¡qué emocionada estoy!... leí en el periódico que ayer sábado por la mañana tuvo lugar un duelo a espada entre dos conocidos socios del círculo, los señores, M. Ch. y P. de L. y que después de la segunda acometida, P. de L. fue herido en el antebrazo, lo que puso fin al duelo.

¡Es usted, es usted! ¡Ah! mi Philippe, ¿esa era la razón de su aspecto preocupado? Estoy conmocionada; mi primer pensamiento ha sido correr hacia su casa; pero he tenido miedo de encontrarme allí con su amiga rubia; entonces decidí hacerle llegar esta carta por mi fiel François. ¡Ah! permítale entrar y que le vea para que me diga que él lo ha visto y como está.

¿Tiene a alguien para cuidarlo? ¿Quiere que vaya? Estoy loca de preocupación. ¡Ah! mi gran, mi querido, querido grande… ¡cuando pienso que él podía matarlo!...¿Pero por qué ese duelo?

Fíjese, ¡lloro como una tonta!

CCXXV

Philippe a Denise.

Domingo.

Mi querida amiga,

Dicto esta carta a mi hermano; mi herida es dolorosa pero poco grave; tengo la parte superior del antebrazo atravesado. El doctor no parece preocupado; tengo un poco de fiebre; mi brazo ha hinchado y me parece pesado; por prudencia se me ha hecho guardar cama hoy.

François me ha visto; ese bravo muchacho me ha estrechado la mano (la izquierda), con una emoción que me ha ganado. Le enviaré a mi hermano esta noche, a casa de la señora de Nimerck, para que le dé más detalles.

Adiós, la amo con tomo mi corazón; beso con ternura a mi pequeña Hélène: espero que las flores y los alfileres de perlas finas le hayan gustado.

PHILIPPE.

P.-D. – El secretario se permite, querida señora, saludarla aquí respetuosamente y de todo corazón esperando verla esta noche.

JACQUES DE LUZY.

CCXXVI

Denise a Philippe

Lunes 5.

Su hermano me ha contado todo, excepto las razones de ese duelo y de las que no me he atrevido a preguntarle… Mi única preocupación además era…, es usted. Vivir solo con un criado cuando se está herido no es vivir. Yo languidezco con la idea de que

me está prohibido ir a verle; me rebelo contra las convenciones mundanas que no impiden la realización del mal y prohiben la manifestación del bien. ¡Me daría tanto placer proporcionarle los cuidados capaces de distraerle!

Déjese siempre *ver* por François; él conserva en su memoria recuerdos que a Hélène y a mí nos interesan, incluso nos divierten.

Describe los vendajes del gotero que mantiene el brazo… y nos emociona. Cambia de tema para decir: «Sobre la chimenea tiene el retrato de nuestra pequeña señorita al lado de un perrito que se diría de azucar, barnizado y pintado.» – Mi Hélène, alegre, exclama: «Es mi perrito de Saxe que le he dado a Phillip, cuando yo era pequeña (¡) ¿y todavía lo tiene? ¡buen Phil! aún no lo ha roto *jugando con*…» Y, volviéndose grave y seria: « Ves François, él me ha prometido conservar su retrato toda su vida:» – François, aturdido, no comprende nada al concordar los adjetivos de Hélène en la conversación como pueden.

Adiós, querido enfermo; pensamos demasiado en usted.

CCXXVII

Philippe a Denise

8 de julio.

Il mio fratello todavía me presta su mano, mi querida amiga. Veo que François, dándole cotidianamente cuentas de mi estado, es de una gran discreción a pesar de todos los detalles que le da. Estaría mal por mi parte abusando de su piedad, al menos en lo que concierne a mi abandono; prefiero fiarme de su indulgencia y discreción confesando que desde el domingo por la noche, viéndome privado del uso de mi brazo, me he visto en el enojo de quedar en soledad y he llamado a la rubita que me ofrecía sus manos blancas para cuidarme. Estoy rodeado de simpatía… no me quejo demasiado. Usted imagina bien, en efecto, que si las cosas no hubiesen pasado así yo habría acudido a usted y rogado que se sentara a mi cabecera; pero eso no habría sido prudente, aunque no hubiese en ello nada con que que alarmar al mismo Sr. Béranger, al que nuestra historia más bien reconfortaría.

La razón de no poder invitarla a venir es la hospitalidad que he ofrecido.

Por lo demás, espero estar pronto recuperado; creo que se me permitirá salir el próximo jueves. Iré a verla; de aquí a allá tendré el brazo menos impotente con vendas más ligeras.

Adió, amiga mía; le agradezco sus cartas y aprovecho los privilegios que da la enfermedad para abrazar muy tiernamente a usted y a Hélène.

CCXXVIII

Denise a Philippe.

Viernes, 9 de julio.

Mi corazón se ha convulsionado un poco una última vez… Era la agonía final, pero no se entristezca demasiado. Yo me aferraba a un pensamiento y un sentimiento que deben morir; están muertos… ¡que su recuerdo le sea leve!

¿Si usted debe salir el 15, no lo veré pues antes de nuestra partida para Royat? es triste. No hay medio de retrasar ese viaje – crea que he pensado en ello – por las siguientes razones: Marie-Anne Danans nos ha invitado a Hélène y a mí, no a Royat, sino a sus tierras de Fontana, cerca de Royat. Nos espera sin falta el 13, fecha fijada anteriormente entre nosotros; mamá y mi suegra se explicarían mal el retraso que yo provocase para partir, en tanto y cuanto las señoras de Trémors, d'Aulnet y miss Suzanne, deben viajar con nosotras y un compartimento está reservado.

No solamente también el terrible calor que hace explica que no quieran permanecer más tiempo en París, pero además, Chevrignies ha debido proferir en el círculo vagas y absurdas palabras que se ha apresurado a divulgar en la familia el imbecil de mi cuñado. He aquí la escena que ha tenido lugar ayer en casa de Alice y cuya ironía me ha golpeado: Aprilopoulos, con ingenuidad, nos contó que Chevrignies ha partido para Bade dos días después del duelo.

– Por otra parte, ustedes deben saberlo tan bien como yo, señoras, él no ha podido irse sin despedirse de ustedes; ¿no estaba él en su palco la noche de la provocación?

YO. – ¡Ah! ¿fue en el concierto cuando esos caballeros?...

APRILO.– Pues claro; parece que Luzy consuela a una amiga de Michel; ella estaba enfrente a él con su nuevo protector. Michel, alterado al verlos, abandonó un instante su palco; Philippe, viendo eso, no habría debido salir del suyo en las condiciones en las que él se encontraba, al ser tan rápido sucesor de Chevrignies. Fue entonces cuando se encontraron en el corredor; se intercambiaron palabras hirientes; al día siguiente, Luzy enviaba testigos a Chevrignies y usted sabe el resto. ¡Qué estúpida aventura! por una damita… es toda una novela.

SUZANNE.– ¡Oh! la auténtica novela no es solamente eso; la auténtica novela, querido, es otra cosa…

ALICE.– Suzanne, tú deberías ignorar esas cosas; señor Apripoulos, lamento que haya usted hablado delante de mi hija…

SUZANNE.– Mamá, te lo ruego, no seas tan correcta; tengo veinticuatro años, no soy una niña. Salvo ser una tonta, ya tengo edad para no ignorar *esas cosas*.

Alice replicó no sé qué a su hija, sin hacerla callar además. La discusión tomó otros derroteros; yo no logré volverla a llevar de nuevo hacia el tema del duelo; estaba un poco turbada, habiendo tenido en ese momento una bella ocasión de aniquilar mis inquietas palpitaciones.

Habiéndose producido esos acontecimientos, no puedo permanecer en Paris y esperar allí su convalecencia; eso estaría sujeto a malévolas interpretaciones, y puesto que usted ha hecho de mí una mujer decente, aún es de una cierta utilidad que yo parezca tal al público… ¡Ah! ¡qué daño se tiene en mantener una querida y ferviente amistad!

Mi cuñada, mi hermana Alice y Suzanne, van a Royat al Gran Hotel. ¿Por qué no viene usted a pasar allí su convalecencia? Está a dos pasos de Fontana. Yo iría cada mañana a hacer mi terapia y a sumergir a Hélène en la piscina; nos encontraríamos allí. Por la tarde usted subiría a casa de los Danans y charlaría con el buen Paul. En fin, trate de arreglarlo…

Me río, pensando en todas estas propuestas, tan alejadas de sus propios planes, tal vez. ¡Ah!¡pobre de mí!

CCXXIX

Philippe a Denise

18 de julio.

Amiga mía,

Antes de su partida, quiero enviarle unas palabras; perdone esta escritura deforme; he recordado con alegría antes que, en mi infancia, yo era zurdo y, aunque bastante estúpidamente no haya aprendido a servirme de mis dos manos, usted se beneficiará de algunos buenos restos de instinto.

No me he batido, querida, ni por usted, ni por *ella*, esa es la auténtica realidad. Me he batido egoístamente por mí, porque ese caballero me irritaba. Me he dado cuenta de repente, y me ha hecho bien distender mis nervios en el intercambio de esos golpes de espada.

He aquí una psicología a cien leguas de la de la amable y despierta Suzanne; a ella le sorprendería mucho.

Ese duelo se ha producido inopinadamente entre nosotros; surgió sin razón. No se trata de suceder a un amigo de círculo en la vida de esas señoritas; nosotros nos las pasamos así, más o menos; Michel tenía una parte de accionista que yo he comprado temporalmente, y eso es todo. La funesta imaginación de las almas sensibles descubre, en ese simple hecho, demasiadas cosas que no son ciertas.

Si por indolencia, he dejado creer a esa encantadora señorita que ella valía algunas gotas de mi sangre, es pura galantería. La pobrecilla se ha sentido honrada. He tenido la caridad de no despertara de sus ilusiones. En ese mundo, un duelo para ellas las hace sentirse más valoradas…

Pero usted, amiga mía, usted debe saber la verdad; es por completo lo que le he dicho: me he batido por mí.

No me pregunte que le analice ese sentimiento en suma lleno de egoísmo. Mi poca paciencia se alteró un segundo; Michel estaba bajo mi mano; antes de que él tuviese tiempo de sacudirla, ya había recibido la bofetada. Y eso es todo.

Iré a verla no a Royat, sino a Nimerck. Sepa todo: he prometido llevar a Suiza a la jovencita en cuestión; la vista de mi sangre pura le ha hecho soñar con la nieve de los glaciares.

Espero vagamente que ella me sea arrebatada por un rico turista inglés; tiene la cabeza un poco ligera y estoy habituado a más finura de comprensión hacia mí. A través de ella, Chevrignies me persigue y todavía me importuna.

La ruptura será fácil; ésta se anuncia ya, la chiquilla me dijo esta mañana – a propósito de las botas –: « Y yo que te creía más rico que Che-che… ¡vaya una historia! » Perdone el horror de esta cita, pero me parecía, en la forma y en el fondo, deber aclarar de una vez el estado de ánimo en el que estamos el ángel del mal y yo. *Che-che*, sabe usted, es Chevrignies.

Adiós; recupere sus fuerzas en las aguas, mi querida morena amada; mi mano izquierda está rota; adiós aún… Escríbame y espere sin impaciencia mis respuestas, ahora que usted sabe lo que ha pasado, lo que pasa en el fondo de mi corazón; los intermediarios entre usted y yo me agobian, y además yo no sé dictar.

Adiós, besos a Hélène y en sus manos pálidas, mi querida dicha.

CCXXX

Denise a Philippe,

13 de julio.

Adiós a usted también. Mamá parte dentro de pocos días para Nimerck; si su cura de amor ha acabado antes de mi cura de agua, ella lo recibirá allí y usted me esperará. Adiós. Hélène le devuelve sus besos.

Miss May prepara, en auténtico inglés, y sobre mi mesa, los doce paquetes que tiene que llevar *en la mano*.

Adiós. *Dear child, I love you*. – ¡Ah! usted no es más que eso: ¡mi querido, querido niño!

CCXXXI

Denise a Philippe

15 de julio.

Hemos hecho un buen viaje, yo atormentada por usted y un poco triste, Hélène, feliz de atravesar países nuevos; miss May radiante de estar en *movimiento*; Marie-Anne había venido a recibirnos a la estación de Clermont-Ferrand. Hemos abandonado allí a nuestros compañeros de viaje y hemos partido inmediatamente para Fontana.

El castillo de los Danans es una gran casona Luis XVI Auvergnat, sin refinamientos, pero con bellas lineas simples. El parque es soberbio; llano por un lado, en terraza por el otro, con una arboleda de ejemplares centenarios sobre una inclinación de la colina hasta un arroyo por el que discurre un pequeño curso de agua: el Tiretaine. En el horizonte, a la izquierda, el pico de Dôme; a la derecha, Royat, su vieja iglesia, las ruinas de su castillo, y, a lo lejos, las inmensas llanuras de la Limagne con Clermont plantado sobre una pequeña montaña plana, dominando su catedral todo y puesta en medio de las casas sobre ese montículo como sobre un taburete. El letrado gran señor Paul Danans ha sido encantador con nosotras; se ha extasiado con la belleza de mi hija, lo que siempre me resulta muy halagador.

Él mismo me ha conducido a mi habitación y me ha dicho: «Era la que ocupaba nuestra querida Magda.» Tuve un estremecimiento. Magda Leprince-Mirbel era una gran amiga de Marie-Anne y la amante del apuesto Philippe Montmaur a la que ella amó locamente.

La vida es triste, amigo mío; heme aquí sentada a la mesa de esa mujer superior, entrevista en sociedad por mí cuando ella se disponía a acabar tan trágicamente y yo prometía triunfante mis jóvenes inicios, en la que ella venía a apoyarse y pensar, y a escribir a su amante. Pobre sombra de gran enamorada, si usted errase por la habitación, como iba a sonreír por la fugitiva llama que me ha abrazado un tan corto instante, luego se ha apagado…

Querido, ¿no siente usted lo que yo? A menudo tengo la impresión de que el tiempo nos exprime al vivir: agrupa y apresura los acontecimientos de nuestras vidas, como si tuviese la intención de sacarnos del encanto tentador diversificado por las situaciones latentes. Esta coincidencia de nuestro encuentro en el concierto, ese duelo, esas nuevas explicaciones entre nosotros, esta nueva separación, he aquí aún una etapa franqueada por nuestra amistad; henos aquí próximos al desenlace, bien cerca de haber conquistado la calma en la que viviremos a partir de ahora, después de todos esos sobresaltos de nuestros corazones. Hemos agotado todas las sensaciones que comporta la amistad amorosa. Gocemos de ese descanso y vivamos decididamente en decencia, en dulzura, en belleza, al igual que los protagonistas de Ibsen.

Adiós; suena el primer toque de campanilla para la cena; tengo que vestirme. Marie-Anne me ha aconsejado dar importancia a mi vestimenta si quiero seducir a su marido: «Muestra un poco la piel blanca de tu cuello. Paul adora tanto creerse en Londres.» Ella sonreía, estando por encima de esas cosas, pero indulgente… Usted es indolente… él es londinense…. «Cada uno tiene sus defectos…» como declara miss May en su jerga declarándose francesa.

DENISE.

P.-D.– Vuelvo a abrir mi carta antes de dormirme. Deme noticias suyas; esta noche, después de cenar, hemos hablado de usted. Danans me ha preocupado; yo le contaba la naturaleza de su herida, él exclamó: «¿Y ha estado confinado en su habitación tanto tiempo por eso? Vamos, los que nos siguen están decididamente un poco delicados».

Usted no lo es, lo sé… rápido unas palabras a su princesa Extrema.

CCXXXII

Philippe a Denise

Miércoles, 16 de julio.

Respondo apresuradamente a su carta: calme sus inquietudes, amiga mía; yo estoy muy bien; pero he tenido una complicación en mi herida dos días después del duelo. No le había dicho nada a fin de no atormentarla; usted podrá dar esos detalles al gran novelista, si él le vuelve a hablar de mí, pero que me trate mejor: la espada de Chevrignies me ha atravesado la piel de la cara interna del antebrazo y me ha hecho una herida profunda de algunos centímetros; se me ha vendado y por prudencia he tenido el brazo en cabestrillos dos días; se me han dado baños locales de fenol; por horror a ese olor no me hubiese atrevido a salir ni a presentarme en casa de nadie. El segundo día, he sido presa de unos estremecimientos, teniendo el brazo completamente dolorido y tenía fiebre; Félizet lo encontró rojo, hinchado en la parte herida; ha sido necesario cauterizar la llaga en toda su profundidad, lo que ha sido poco agradable. Fue un recrudecimiento del mal que le he ocultado y que me ha obligado a guardar cama con el brazo inmovilizada por un gotero.

Esa es toda la historia, querida; nuestro gran cirujano y amigo común podrá confirmárselo; esa es la razón por la que no he ido a besar su mano antes de su partida, ese es el motivo por el que Danans se equivoca llamándome delicado.

Me molesta bastante escribir con la mano izquierda: sea paciente por mis respuestas y escríbame usted, todo lo que haga y diga.

Besos a Hélène, recuerdos a los Danans. Estoy triste. Sea cariñosa.

CCXXXIII

Denise a Philippe

17 de julio.

Y yo sin adivinar nada; no he sentido que estuviese tan enfermo; he creído lo que se me decía y ningún presentimiento me ha turbado…

Es usted cruel habiéndome dejado partir en esta ignorancia.

Ahora esta triste; ¿a qué se debe? Tengo unas ganas locas de escribir a Félizet… a fe mía, que piense lo que quiera: él es fino y bueno; tal vez a causa de eso encontrará mi petición simple. Lo que me retiene escribir es el temor de contrariarle a usted y se ser regañada por el querido viejo peón.

¿Está triste? Por desgracia, si es cierto que «el alma más experimentada tiene más poder de curación sobre la otra», debo pues curarle… ¿pero de qué mal, Dios mío? Esa palabra *triste* me quema los ojos volviendo a leer su carta, y siento, desesperada, que no puedo hacer nada por usted. No lo hago responsable del estado en que está usted, porque lo amo, acuso el medio en el que vive. No puedo decirle que asco tengo de ese mundo inútil y chic, vacío de pensamientos, improductivo y jugador. Dos amigos de Aprilo, mariposeando ayer por la noche en el Casino alrededor de Suzanne me han dado nauseas. Esos guapos mozos arrastran sus existencias como rameras; en el fondo de todo eso tengo miedo de que no haya otra cosa más que una terrible pereza. Sufro por usted al verle continuar esperar que un dios de la maquina venga a sacarle del caparazón de aburrimiento en el que está… ¿No hará usted nunca nada? Reflexione, encuentre algo, estará menos triste. ¿Me esquiva? ¡Ah! Enfádese si quiere, pero «quiérame, he aquí la ley y los profetas».

CCXXIV

Denise a Philippe.

19 de julio.

Recibo con alegría todas las mañanas el parte médico; pero ¿qué quiere decir el: «estoy triste, solo…», que contenía el de esta mañana? Triste, lo sabía, ¿pero solo?

¿No fue a Suiza con el objeto amado? ¿Qué ha ocurrido en su vida? ¿un pétalo de rosa, una pluma de pájaro, se han interpuesto en su camino? Dígame a fin de ser consolado…

Acabo de recibir la visita de mi hija (la he dejado esta mañana en Royat para almorzar con su tía y no la traeré a Fontana hasta la noche, después una cena que mi suegra ofrece a los Danans en su hotel), con Suzanne y Aprilo, ambos alegres y amables, confiados a la guardia de un pequeño caballo, de un pequeño coche y de una chiquilla: Hélène. Han entrado por la gran avenida como tres radientes primavera. Se ha hablado de usted bebiendo vino de Asti perfumado de moscatel, chispeante como el champán. Hélène estaba divina diciéndome: «Te hago una visita, mamá.» Tenía un orgullo de mujercita, jugando conmigo a ser *dama*.

Marie-Anne puso flores en sus manos y se fueron contentos, alegres, frescos bajo el sol, por el polvoriento camino.

¿Por qué Alice no casa a esos muchachos? el bravo y sano corazón de Grégor Aprilo sería muy saludable para Suzanee, más voluble que culpable, en definitiva.

CXXXV

Philippe a Denise

20 de julio.

Usted lo ha adivinado, no he ido a Suiza, mi infante me ha abandonado, no encontrándome lo bastante *rigolo* para ser el que le ordenase sus pequeños placeres. Tengo miedo por el futuro de ese objeto; en la galantería hace falta saber aburrirse para triunfar… Pero dejemos a ese ser inferior en el eterno olvido, y no estemos más que usted y yo en el universo.

Me dispongo a tomar una formidable decisión y me hubiese gustado mucho que mi amiga estuviese aquí para guiarme e incrementar mi valor.

¡Que pobre corresponsal soy! Cuando vuelvo a leer mis cartas antes de enviárselas, siempre estoy a punto de romperlas. Nunca he podido escribir correctamente ni traducir exactamente mi pensamiento surgiendo espontáneamente.

Si hubiese sido escritor habría tachado mucho; usted debe darse cuenta de ello y a menudo encontrarme oscuro. Lamento no tener la tontería necesaria que me daría una confiada conformidad conmigo mismo. Por otro lado, yo ya se lo he dicho, no me habría disgustado ser un hombre de genio; pero sentirse mediocre e impotente y reprochármelo continuamente, ¡qué vida es la mía! En fin, mi corazón es bueno y es suyo; es por eso por lo que me ama un poco, creo. El cuadro de Grégor, de Suzanne, de la chiquilla, del pequeño caballo, del pequeño coche es idílico. Soy de su opinión: alegre, alegre, casémoslos. Siempre hay tiempo de ver que ocurre luego. Si usted fuese un poco hábil, debería intervenir en ese asunto.

Beso sus manos. Mi brazo está mejor.

CCXXXVI

Denise a Philippe

23 de julio.

Tengo tantas cosas que decirle que no sé como comenzar: En primer lugar: usted. No debe dejarse invadir por esas desesperanzas; está usted en plena forma, en plena juventud, y han de pasar mucho días antes de que sea tiempo de decir como Louis Bouilhet:

Mon rêve est mort sans espoir qu'il renaisse, Le temps s'écoule et l'orgueil imposteur Pousse au néant les jours de ma jeunesse Comme un troupeau dont il fut le pasteur	Mi sueño ha muerto sin esperanzas de que renazca El tiempo ha transcurrido y el orgullo impostor Empuja hacia la nada los dias de mi juventud Como un rebaño del que él fuese el pastor.

Pero no, querido, usted no es un pobre corresponsal; yo lo quiero como usted es y dado que su « corazón es bueno » y que « es mío » no hay nada que pedir, ni más ni mejor.

Siento no estar junto a usted cuando sufre y se hunde en el marasmo; mi buen humor es contagioso y le daría valor. Mi madre sola en Nimerck me llora en sus cartas desde el mismo punto de vista. Parece que soy un estimulante admirable. Eso debería constituir una situación lucrativa en el mundo; ¡sería rica! Pero hete aquí que a una no se le ha ocurrido cobrar por los sentimientos alegres; algunas señoritas han hecho eso muy bien en el amor… no sé exactamente por qué causa eso les ha dado en el mundo una incuestionable mala reputación.

¿Tal vez han falsificado la admirable mercancía? ¿o bien, decididamente, el amor es un sentimiento que debe engullirse triste?

Tenga valor, mi desesperado de usted y de los demás; no haga que me tome un poco a broma sus grandes pequeñas penas; eso se debería a que se prepara un feliz acontecimiento…

Ayer noche, depués de la cena, mientras Suzette y Hélène bailaban en el Casino, Grégor me ofreció el brazo, y, en las avenidas silenciosas del parque me confesó el secreto de su corazón y me pidió hablar por él. El buen muchacho estaba conmovido, y yo emocionada de sentir en él tanto amor por mi sobrina. Ahora bien, desde esta mañana, he mantenido una entrevista con Alice y Suzanne. La cifra de la fortuna de Aprilo, mucho más elevada de lo que habían pensado esas damas, ha decidido a mi sobrina a « recorrer las embajadas ». Hela aquí hermosamente y bien casada; yo estoy radiante. Mañana, en casa de los Danans, irán todos a la cena.

Mientras le escribo, Marie-Anne, de corazón ingenioso y delicadas atenciones, transforma el comedor en un bosque de verdor en medio de ramas de árboles cortadas en el bosque y entre las que los criados, los jardineros, Marie-Anne, Hélène, y un joven vecino de la aldea, hijo de una amiga de los Danans, Claude Barjols, colocan aquí y allá, flores blancas.

El efecto es delicioso; Hélène, sonrosada de placer, admira la obra con entusiasmos juveniles; alteran un poco la buena coordinación de mi carta, pues le escribo desde el saloncito que da al comedor con las puertas grandes abiertas. De vez en cuando se me llama y me veo obligada a exclamar mi admiración sin que mis interlocutores se dignen a detener ni un minuto, para escucharme, la algarabía de su organización sabia y florida.

El estado de toda la casa está un poco agitada por esta gran noticia, y yo tan emocionada que no hubiese creído los recuerdos que ésta despierta en mí…

Esta vez, he sido detenida por Marie-Anne.

Vino a sentarse en un sillón, diciéndome un: «¿Y bien?» tan dulcemente imperativo que he dejado mi pluma.

Amigo mío, ¡qué soberbia es esta mujer con sus cuarenta años! ¡qué noble y bello porte! Se sacaba lentamente sus guantes, y el brazo y la mano me parecieron tan puros de linea… estaba maravillada.

– ¿Y bien, Denise?, henos aquí comenzando de nuevo… he aquí la rueda que gira tan próxima a nosotras, y con dos nuevas existencias en su engranaje; dicha o desgracia, ¿cual es su futuro?... *Chi lo sa*? y decir que, por desengañados que estemos, nadie tendrá el valor de decir a esa pareja: Intentáis un sueño imposible, no tengáis fe en él; y, a fin de no empozoñar vuestros días de desilusión: «*lasciate ogni speranza*».

Se levantaba y caminaba a lo largo de la mesa donde yo estaba apoyada; pude leer sobre sus rasgos una emoción fuera de lo común… ella también se acordaba…

Marie-Anne me pareció más alta, más bella en los largos pliegues de su vestido de lana blanca; su majestuosa estatura evocaba en mi espíritu a una diosa sabia y desencantada:

– Sí, ni tú ni yo diremos a la muchacha lo que hemos sufrido. ¿De qué serviría? ¿Podríamos darle otra alegría que sustituyese el deseo que nace en ella? Entonces, hagámonos las tontas para atontarla, y sonriámosle para que ella sonría; nuestros labios murmuran: «¡Va!» y la empujamos suavemente ante nosotras a fin de que no vea nuestros ojos bañados en lágrimas y no sospeche los martirios que en el camino sufre el corazón; nos volvemos alegres, le hacemos fiestas, le ocultamos el montón de dolor que la vida deposita en las almas: ¡va!... si tienes el alma tierna, serás la víctima; si es él, él será la víctima; pero podéis estar seguros, pobres novios, ¡que vuestra estrella, no más que las nuestras, no irá por el mundo sin desvanecimientos de luz!»

– Marie-Anne, todos los hombres no tienen el espíritu arrogante y no niegan en nosotras nuestra sed de amor y de ternura; todos no aportan al matrimonio un alma escéptica, en cenizas…

– Tal vez… además tu sobrina tiene la suerte de valer para esos hombres. Está satisfecha de ella, es orgullosa y positiva, imperiosa; es de la categoría de aquellas que nos vengan. Pero, ¿y tu Hélène?

– ¡Oh! ¡Hélène es todavía un bebé!...

–¿Así lo crees? pequeña Nisette, eres como todas las madres… incubas la cáscara vacía del huevo sin darte cuenta de que el pollito tiene sus alas y que vuela… fíjate, mira…

Querido, la señora Danans me mostraba a mi Hélène, extendida sobre una mecedora. Claude Barjols (tiene diecisiete años), lentamente la mecía; con un ramo que él tenía en su mano, dejaba caer una a una las flores sobre Hélène y sonreía mirándola. Ella hablaba; las respuestas de Claude parecían negaciones, prohibiciones… pero ella tomaba un aspecto huraño, enfadado, y él, humilde, se excusaba. Sí, sí, allí no estaban dos niños, sino un hombre y una mujer jóvenes… sentí desfallecer mi corazón… yo iba, enfadada – ¿de qué, Dios mío? – a llamar a Hélène, cuando Marie-Anne tomó mi mano, diciendo: « Escucha…»

Entonces prestando atención, las palabras llegaron hasta nosotras:

–¿Por qué quieres que guarde tus flores? Tú te has portado muy mal ayer; tenías vergüenza de bailar conmigo en el Casino, sí, ¡vergüenza!

–No, no, te lo juro, tienes unas ideas…

–¡Oh! ¡cómo no! y todo porque parezco una niñita con mis vestidos cortos; pero el año que viene serán largos, seré más vieja y entonces seré yo quién no baile ya contigo sino con auténticos caballeros, y eso te estará bien empleado…

Él joven muchacho reía, y continuada meciendola suavemente, divirtiéndose dejando nacer en ella, para su provecho, algunas preocupaciones de mujer…

–Eres tú en proyecto, Denise… tu hija es tan bonita, tan dulce!... Mi marido incluso la quiere y la mima. Viéndola correr la otra tarde sobre el césped por primera vez él manifestó esta añoranza: « Su hubiese estado seguro de tener una hija como esa pequeña, me hubiese gustado que tuvieses un hijo.» ¡Ah! tuve celos de ti en ese instante, Denise; celosa de ese deseo tardío de paternidad como de una infidelidad. Pero no solamente es como padre que Paul ama a Hélène; es por esa fresca feminidad, esa coquetería en ciernes, que emanan de ella. Posee un encanto por encima de su edad, un tacto, un refinamiento, una zalamería…

–Sí, tanto como quieras, pero es inconsciente; creerla capaz de ver otra cosa que flores, en esas flores que caen de las manos de Claude sobre su falda vaporosa de niñita…

– Bien, vas a ver.

Entonces tomándome por el brazo, se adelantó sobre las escaleras empedradas y, allí:

–¿Hélène?, exclamó ella.

–¡Ah! ¿es usted, mi amiga Anne?

La pequeña se levantó, recogió rápidamente sus flores y corrió hacia nosotras con su compañero, tan francamente, tan inocentemente que no pude contenerme y le di un beso en la frente.

–¿Me ha llamado, Marie-Anne?

Y, hablando así, mi hija agrupaba tristemente sus flores deslizando una parte en su cintura.

–Tienes un bonito ramo. ¿Quieres dármelo?

–Marie, prefiero coger otro para usted.

–Eso me gusta.

–Vea, las flores de este están ya casi marchitas…

–¿Tú tienes cariño a ese ramo?

–Mi buena amiga, yo le haré uno más bonito; de éste voy a dar la mitad a mamita (dirigiendo una mirada hacia Claude y volviéndose roja viendo el aire un poco ofendido del muchacho) porque mamita es todavía un poco yo… ¡Pero para usted corro a buscar uno bonito, uno más bonito, amiga mía!

Y hela allí en el extremo del césped. ¡Ah! ese « es todavía un poco yo…» Marie-Anne sonreía; en cuanto a mí, dos lágrimas perlaban mis pestañas y pensaba: ¡ya!

–¿Ves? ¿no tenía razón? ella agudiza su corazón y ve «otra cosa que flores en esas flores ».

¡Ah! Philippe, ¡quedé aterrada! ¡pesar que hace algunos meses apenas me sentía arrastrada por esa locura de amor sin pensar que la hora de mi Hélène estaba tan próxima!

¡Con qué esmero voy a tener que ocuparme de su corazón y convertirme en confidente de sus más secretos pensamientos! quiero ser su amiga: la tarea será dulce y fácil… pero que frustración armarla para la lucha sentimental en lugar de tener que decirle: «¡cree, ama, espera!» ¿Qué diligente madre ha conservado puro el corazón de su hijo y dirige en este momento a ese hijo que se convertirá en el esposo de mi hija?

¿Podré, como se ha hecho con todas nosotras, entregarla, basándome en bellas apariencias, a un desconocido? ¡Ah! me gustaría poder quitarle quince años de su vida, a usted, de la que conoce sus cualidades y sus defectos y comenzar a educarle con vistas a esposarse con mi hija… No se ría de esta locura; tengo el alma anegada en lágrimas.

Créame siempre y por encima de todo, su muy afectísima.

CCXXXVII

Philippe a Denise

26 de julio.

Mi querida Denise, vea en esta carta, sobre la que llamo su atención de un modo un poco solemne, un compromiso que voy a adquirir; podrá estrechar entre nosotros los lazos de amistad basados en nuestra recíproca y profunda estima; transformará mi existencia dándole un objetivo.

Desde hace algún tiempo ya, tenía el deseo de llevar a cabo un proyecto; hoy voy a someterlo a su opinión. Si no lo he hecho antes, es por escrúpulo: no quería influenciarla; pero en este deseo de educar a su yerno para que sea digno de su hija, veo como una aquiescencia anticipada a un deseo que ha ido germinando en mí vagamente. De la amistad como la nuestra, amiga mía, se desprende una idea muy elevada. Es un sentimiento que respeto mucho y crea, desde mi punto de vista, unos deberes estrictos. Uno de los primeros de esos deberes es la confianza; si la idea que me guía le resulta inoportuna, le suplico que me lo diga con franqueza; prometo no ofenderme con ello, no se producirá esa cuestión entre nosotros, eso es todo. Me explico: Usted recuerda sin duda que bella encontramos ambos a Hélène el día de su primera comunión. Alta, elegante, diáfana en sus velos blancos, deslumbrante con una belleza de forma y de alma verdaderamente ideales. No éramos los únicos en admirarla. Su madre había tenido la gentileza de invitar a mi hermano Jacques a la cena familiar. Cuando vio a

Hélène entrar en el salón, oculta virginalmente en su velo, tuvo, más que todos nosotros, un deslumbramiento que sorprendí. En ese instante su entusiasmo no me llamó la atención. Pero desde ese día, cada vez más a menudo, él me pide información de nuestra querida niña.

Ahora bien, la noche de mi duelo, después de la visita que él le hizo, regresó habiendo conservado de Hélène y de una conversación que ambos tuvieron sobre mí, una especie de celos traduciéndose mediante bobadas del tipo: «Que suerte tienes… se te ama en esa familia… esa pequeña me ha dicho de ti cosas exquisitas; es deliciosa, esa chiquilla… si tuviese tres años más, me pondría en fila para pedir su mano. »

Usted me dirá que eso no significa nada. Amiga mía, si nosotros queremos eso puede convertirse en algo. Vengo pues a pedirle – no la mano de Hélène para Jacques, lo que sería grotesco – sino que consienta en que yo dirija a mi hermano y vele por él, induciendo en su espíritu el pensamiento de Hélène, con vistas a una posible unión de nuestros dos niños.

Claro está que ni ellos ni nadie en el mundo sospechará el objetivo perseguido por nosotros; con arte, podemos hacer que se interesen el uno en el otro. Jacques tiene veintidós años; hay diez años de diferencia entre ambos; la proporción es buena. Mi dragón tendrá veintiocho años cuando razonablemente podrá pretender la mano de Hélène. Si este proyecto le parece realizable, seré muy feliz.

Este otoño iré a vivir a Luzy; tomaré las riendas de nuestros intereses, hasta el momento confiados a uno de nuestros granjeros, especie de intendente que no deja de explotarnos para que no se pierda la tradición.

Usted conoce nuestra fortuna: quince mil libras de renta cada uno, ce las cuales una veintena en tierra y las otras diez inscritos sobre el Gran Libro. Desconozco la dote que tendrá Hélène y no quiero preocuparme por eso. Si logramos que nuestros niños conserven sus corazones intactos, puros de emociones causadas por otros, serán felices entre todos y algún millar de libras de renta de más o menos no supondrán nada.

Encomendándome a la tarea de hacer prosperar nuestros bienes con vistas a facilitar el futuro de mi hermano, tomo una seria resolución. Renuncio a un vida fácil de la que siento una creciente desgana. He reflexionado mucho antes de decidirme a escribirle esta determinación. Es una prueba que quiero intentar. Espero ver en ella mi actividad moral e intelectual desarrollarse en lugar de ralentizarse. Pensaré, leeré, trabajaré.

Para mí se trata de romper con quince años de tontería y pereza, no es un asunto menor. Y además, estableceré definitivamente lo que valgo. O me levantaré o me dejaré caer suavemente en una materialidad beata e inactiva; ella encontrará su conformidad en la vida larga y fácil que me proporcionará el campo.

¿Estaré apoyado por usted, verdad, amiga mía? y por ese objetivo a alcanzar: la felicidad de nuestros jóvenes.

Adiós; es usted la bondad y la misma gracia. La amo.

CCXXXVIII

Denise a Philippe.

29 de julio.

Su carta me ha impactado… Qué emoción ha puesto en mi corazón esta petición anticipada … Hélène, en mi habitación en este instante, me decía: « ¡Mamá, creo que el año que viene mis muñecas no me divertirán ya… incluso esta tan bonita!» Resultaba al

mismo tiempo extraño y cruel pensar en la futura unión de una chiquilla jugando aún con sus muñecas.

He pedido consejo a Marie-Anne ¿Me perdona usted? Ella ha discutido, sopesado, juzgado conmigo esa propuesta que durante dos días ha sido el tema de nuestras íntimas conversaciones. Finalmente he aquí mi respuesta: en principio acepto, pero sin compromenter en nada a mi hija. Acepto por dos razones: si su proyecto tiene éxito, creo en efecto que habremos intentado algo bueno por la felicidad de esos chicos; si fracasa, si su hermano no ama a Hélène, si ella no ama a su hermano, ambos volverán por sus sendas individuales casándose como tantos otros: al azar.

Ahora, hablemos de usted. La prueba que usted quiere intentar me parece ardua. Tengo miedo de verle sufrir de un desamparo más grande, cuando su espíritu no esté más alimentado que por esa vida del pensamiento de la que es usted tan apasionado. Aún está a tiempo de reflexionar, amigo mío, antes de transformarse en un gentleman-granjero.

He aquí una nueva etapa franqueada; ahora se acabó… nuestra amistad se hace abuela; una llamita que iluminaba aún con débiles e intermitentes estallidos, se ha apagado; esos jóvenes nos arrastran al olvido de nosotros mismos; sus delicadas manos nos separan, nos empujan hacia la cuneta, sus labios murmuran: « Dejadnos paso. »

¡Ah! Philipe, ¡qué corazón he amado en usted! ¡Cómo lo he adivinado bueno, grande. Usted no les dice: « ¡Deteneos! » a esos jóvenes, sino, con una ternura paternal, les prepara la ruta y despeja el camino de las piedras y zarzas que podrían herirles. Usted olvida que un hombre de su edad puede crearse toda una vida… ¡Ah! ¡mi querido, mi querido Philippe!

Puesto que todavía voy a estar por aquí durante algunos días, en el recogimientos, ¿quiere usted enviarme mis cartas a fin de poder clasificarlas con las suyas? Las leeremos en Nimerck juntos. Tengo aquí todas las suyas, las recorro, pero resultan un poco enigmáticas leyéndolas sin las mías.

Adiós, amigo mío. Gracias a usted, he logrado mantenerme siendo una mujer decente; me inclino respetuosa y agradecida, ante el elevado sentimiento que usted ha hecho actuar. Gracias a usted, he conocido las supremas felicidades del amor, del mismo modo que me he sumido en los peores sufrimientos… ¡Ah! ¡le agradezco de todo corazón haber tenido el coraje de mantenerme recta! Y todavía es usted, mi Philippe, quién a mis treinta y cuatro años un poco rebeldes, arma a veces y me guía y me abre el camino, mostrándome nuevos deberes, un porvenir que, en su coquetería femenina, la madre no creía tan cercano.

CCXXXIX

Philippe a Denise.

30 de julio.

Gracias, Denise, por haber aceptado mis proyectos; si llegan a buen término, la vida todavía nos podrá ser dulce, amiga mía. Aprobada por usted, me voy a poner con dedicación a la tarea. He aquí sus cartas. Me he conmovido antes con esos pedazos de papel leídos al azar. Me han traído a la memoria penas y placeres, antaño intensamente sentidos.

He reencontrado de ese modo entre sus líneas, bellas y radiantes esperanzas a las cuales la realidad ha cortado las alas después… Es una manera sobrecogedora de acordarse…

Estoy aferrado extremadamente a esas cartas, Denise. Ellas contienen mucho de nuestra amistad que ha mal vivido por correspondencia. Usted se ha entregado en ellas, por eso las amo. Cuento con que usted me devolverá, con una fidelidad absoluta y completa, ese depósito que le confío. Esté persuadida de que esas cartas siempre han sido acogidas, sea con la ternura, sea con el respeto amistoso que ellas merecían. No soy indigno de poseerlas y tengo la confianza de que no le inspirarán ningún arrepentimiento.

En fin, no me crea si quiere, pero este envío me emociona un poco…

CCXL

Denise a Philippe.

2 de agosto.

Sí, ¿verdad? cuantos latidos de nuestros corazones, los mejores tal vez, están en esas hojas…

Querido, ¡qué importa envejecer cuando se es dos, tan maravillosamente, tan amorosamente, amigos!

Este libro se acabó de traducir en Pontevedra en agosto de 2009 por José M. Ramos González, para http://www.iesxunqueira1.com/maupassant